



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
PSICOLOGÍA SOCIAL Y AMBIENTAL

**“NUNCA FUE FÁCIL...”: IDENTIDAD/ES Y EXPERIENCIAS
EMOCIONALES DE HOMBRES GAY DE LA CIUDAD DE MÉXICO**

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

IGNACIO LOZANO VERDUZCO

TUTORES PRINCIPALES:

DRA. TANIA E. ROCHA SÁNCHEZ (FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNAM)
DRA. CLARA JUÁREZ RAMÍREZ (PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO
EN PSICOLOGÍA)
DR. SALVADOR CRUZ SIERRA (PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO
EN PSICOLOGÍA)

COMITÉ TUTOR:

DR. DAVID M. FROST (PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN
PSICOLOGÍA)
DR. JOSÉ TORO-ALFONSO (PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN
PSICOLOGÍA)

MÉXICO DF, SEPTIEMBRE DEL 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A la **Universidad Nacional Autónoma de México**, que me ha brindado todas las herramientas y espacios para desarrollarme profesionalmente, por abrir sus puertas a la comunidad y por permitir la producción de conocimiento desde diferentes disciplinas, posturas y visiones. Al **Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología**, que apoyó todos mis estudios doctorales.

A **Tania Esmeralda Rocha Sánchez**, más que una tutora, y más que una amiga, fue una guía y una luz en el camino, una compañera siempre dispuesta a resolver y a apoyar. Gracias por siempre compartir tus ganas de renovar, de repensar y de discutir. Son pocas las palabras que encuentro para mostrar mi enorme agradecimiento.

A **Clara Juárez Ramírez**, que hace honor a su nombre, me proveyó de una claridad metodológica indiscutible, siempre dispuesta y ávida de acompañar y apoyar. A **Salvador Cruz Sierra**, por cuestionar, discutir y confrontarme con mis propias ideas y formas de pensamiento, por ayudarme a buscar una interpretación no siempre visible, y no siempre clara. A **David M. Frost**, por ayudarme a reconsiderar propuestas teóricas, dar un poco de luz cuando el camino se perdía de vista. A **José Toro-Alfonso**, en la distancia siempre fue quien me brindó muchísima motivación para terminar este proyecto.

A **Marisa** y **Nacho**, no me cabe la menor duda que me contagiaron de su escepticismo, su visión crítica y sus ganas de discutir y transformar nuestro mundo. Sin duda alguna, este proyecto y lo que representa no hubiera sido posible sin ustedes; por su paciencia y su eterno cuestionamiento, gracias.

A **Kari, Margarita, Eréndira y Clau**, compañeras en este camino, gracias por compartir sus experiencias, por el apoyo en los momentos de “crisis”; sin ustedes las discusiones que aquí intento plasmar no estarían. A **Paulina Lecanda**, amiga entrañable y amorosa. A **Olivia Tena**, por aclararme la diferencia entre la perspectiva de género y la perspectiva de género feminista, por enseñarme cómo usar la academia para transformar y por creer en los hombres. A **Ana Cristina Zamora**, quien abrió la puerta para que conociera el mundo de la psicología, del que nunca me he apartado y ahora forma parte de mi vida profesional. A **Lucy Solloa**, quien me ayudó a descubrir y recorrer laberintos que no sabía que existían, laberintos que recorro en este trabajo. A **Rita Melendez, Jessica Fields** y **Amy Souyoshi**, de San Francisco State University, quienes realizaron aportaciones fundamentales para el análisis de los datos.

ÍNDICE

<u>1. RESUMEN</u>	
<u>2. INTRODUCCIÓN</u>	6
<u>3. CULTURA DE GÉNERO, “MASCULINIDAD” E IDENTIDAD</u>	13
3.1. MASCULINIDAD HEGEMÓNICA EN LA CULTURA DE GÉNERO Y SUS IMPLICACIONES EN LA/S IDENTIDAD/ES	17
3.2. LA MASCULINIDAD HEGEMÓNICA Y EL CUERPO	26
<u>4. IDENTIDAD/ES GAY</u>	32
4.1. TEORÍA QUEER E IDENTIDAD SEXUAL	40
4.2. HOMOSEXUALIDAD: ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y SUS IMPLICACIONES IDENTITARIAS	46
4.3. GRUPOS GENERACIONALES: HITOS Y MOMENTOS EN EL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD GAY	64
4.4. RELACIONES SOCIALES EN LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA	71
4.4.1 RELACIONES FAMILIARES	72
4.4.2. RELACIONES AMICALES	75
4.4.3. RELACIONES DE PAREJA	76
4.4.4. RELACIONES LABORALES	79
<u>5. EXPERIENCIAS EMOCIONALES EN EL PROCESO IDENTITARIO DE HOMBRES GAY</u>	82
5.1. LA “SALUD” COMO EXPERIENCIAS EMOCIONALES EN LAS IDENTIDADES GAY	86
5.2. EXPERIENCIAS EMOCIONALES EN SU VÍNCULO CON LA IDENTIDAD GAY	93
<u>6. PROPUESTA DE DISEÑO</u>	104
6.1 PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	104
6.2. PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN	107
6.3 JUSTIFICACIÓN	108
6.4. OBJETIVOS	111
6.5 TÉCNICA DE LEVANTAMIENTO DE INFORMACIÓN	112
6.6. PARTICIPANTES	113
6.6.1. CRITERIOS DE SELECCIÓN DE LA MUESTRA	114
6.6.2. CONFORMACIÓN DE LA MUESTRA	114
6.7 TÉCNICA DE ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN	115
6.8. ÁREAS DE EXPLORACIÓN	117
6.9. PROCEDIMIENTO Y CODIFICACIÓN	121
6.10. CONSIDERACIONES ÉTICAS	125
<u>7. ¿DE QUIÉNES HABLO? DATOS GENERALES Y CONTEXTUALES DE LOS PARTICIPANTES</u>	126
<u>8. DESEO, CUERPO Y ORIENTACIÓN SEXO-AFECTIVA</u>	134

8.1 EL DESEO HETERONORMADO: RECONOCIMIENTO, ACEPTACIÓN, RECHAZO Y SOCIALIZACIÓN	134
8.2. LA INEXPLICABILIDAD Y LO “FEMENINO” EN LA NATURALEZA DEL DESEO: EL CUERPO ABYECTO	136
8.3. DISCURSO HETEROSEXISTA Y SU IMPACTO EN LA ACEPTACIÓN Y SOCIALIZACIÓN DEL DESEO	145
8.4. SOCIALIZACIÓN Y RECHAZO	162
8.5. APRENDIZAJES SOBRE LA SEXUALIDAD	176
<u>9. VIVENCIAS EMOCIONALES</u>	<u>180</u>
9.1 CREENCIAS Y TRANSGRESIÓN DE LOS ESTEREOTIPOS DE GÉNERO FRENTE AL CUERPO Y LA EMOCIONALIDAD	180
9.2. EL ESPECTRO DE OCULTAMIENTO-VISIBILIDAD Y LA SOLEDAD GAY	187
9.3. BÚSQUEDA POR ATENDER LAS EMOCIONES	197
9.4. CONSUMO DE SUSTANCIAS	202
9.5. ESPIRITUALIDAD Y RELIGIÓN	207
9.6 VIOLENCIA	209
<u>10. EXPERIENCIAS Y PRÁCTICAS SEXUALES</u>	<u>219</u>
10.1 EL SEXO Y LA EDUCACIÓN INFORMAL	219
10.2. INICIACIÓN EN LAS PRÁCTICAS SEXUALES HOMO-ERÓTICAS	233
10.3 LIGUE, SEXO Y ESPACIOS SEXUALES	240
10.4. PAREJAS SEXUALES, PAREJAS AFECTIVAS Y ROLES SEXUALES	257
10.5. INFECCIONES DE TRANSMISIÓN SEXUAL, USO DE CONDÓN Y SERVICIOS DE SALUD	267
10.6. VIOLENCIA SEXUAL EN CONTEXTOS GAY	283
<u>11. RELACIONES Y VIDA SOCIAL</u>	<u>290</u>
11.1. EL PODER EN LA INTERACCIÓN FAMILIAR Y LOS APRENDIZAJES EN LA INFANCIA	290
11.2. RELACIONES AMICALES	298
11.4. RELACIONES DE PAREJA	311
11.5. RELACIONES LABORALES	320
<u>12. PRÁCTICAS POLÍTICAS: ENTRE LA TENSIÓN Y LA NORMALIZACIÓN</u>	<u>325</u>
12.1. POLÍTICAS PÚBLICAS, IDENTIDAD Y DESEO	326
12.2 VISIBILIDAD	330
12.3. HOMOSEXUAL VS. GAY... Y SUS TRANSFORMACIONES	341
<u>13. CONCLUSIONES: LA CRISIS DE LA “IDENTIDAD GAY”</u>	<u>347</u>
<u>14. REFERENCIAS</u>	<u>360</u>
<u>15. ANEXOS</u>	<u>375</u>

1. RESUMEN.

Este proyecto de investigación analiza la construcción de la identidad de hombres gay de la Ciudad de México, como un proceso permanente y dialéctico, basándose en los conceptos teóricos del Interaccionismo Simbólico y la Teoría Queer, así como en las bases epistemológicas del Punto de Vista Feminista. Examina los diferentes contextos históricos, políticos y personales para entender su efecto en la identidad y en las experiencias emocionales. Se entienden a las emociones como una parte fundamental de la experiencia y la base para el desarrollo de problemas de salud mental, como depresión y ansiedad, mismas que se han asociado a los hombres gay. Basándose en hitos importantes del Movimiento Gay Mexicano, se llevaron a cabo 15 entrevistas a profundidad con tres generaciones de hombres gay que vivían en la Ciudad de México. Los resultados se organizaron en 5 categorías que emergieron de los datos y de la teoría: 1) deseo, cuerpo y orientación sexo-afectiva; 2) experiencias emocionales; 3) prácticas y experiencias sexuales; 4) relaciones y vida social; y 5) prácticas políticas. Se concluye que la identidad como categoría psicosocial es diversa y heterogénea, a pesar de los elementos culturales compartidos. Sin embargo, el Movimiento Gay Mexicano ha congelado el deseo de la identidad porque no considera la diversa gama de expresiones identitarias. Asimismo, la violencia es un elemento que acompaña a los hombres a lo largo de todas sus vidas y afecta sus emociones constantemente llevándolos hacia la producción de vergüenza, culpa y miedo. Los datos también permitieron analizar la matriz heterosexual que pre-existe a la identidad y que moldea expresiones sexuales y de deseo a través de normas rígidas. Los hombres gay se confrontan a éstas normas constantemente y son colocados en un lugar de subordinación ante el orden heterosexual y de “masculinidad”.

2. INTRODUCCIÓN

El concepto de identidad, parte de la premisa de que existe un “sujeto”. Esto significa que surge como una crítica al carácter estático del constructo psicológico de “personalidad”, e intenta responder a la pregunta “¿quién soy yo?”, dando énfasis al sí mismo y a un carácter dialéctico en el proceso de construcción de los sujetos. Esta dialéctica implica un diálogo permanente de la persona con sus medios circundantes. Bajo estos planteamientos, el construccionismo social postula una construcción dialéctica del sujeto, basada en un añadir y restar al sí mismo; y también del *Interaccionismo Simbólico* (Blumer 1969/1998; Longmore, 1998), considerando el reconocimiento a las relaciones de cada sujeto, como aquellas que brindan significados e interpretaciones que el propio sujeto es capaz de incorporar a su sensación de persona. Coté (2006) identifica las raíces epistemológicas de la identidad en la subjetividad, es decir, que la subjetividad es un vehículo para estudiar la vida social (Castro, 2010). Por su parte, Rattansi y Phoenix (2004) relacionan este constructo con una epistemología postmoderna, debido al cuestionamiento del determinismo y estructuralismo de la personalidad.

Hablar de identidad es reconocer la singularidad de cada sujeto, volviendo necesario reconocer su carácter relativista e histórico. Desde aquí, la identidad se vincula con ambientes históricos, particulares de momentos dados, bajo un diálogo entre el sujeto, el ambiente social y la cultura. En este contexto, vale la pena revisar a Foucault (1978) para entender la manera en que el sujeto es subjetivizado, o bien, que se vuelve un sujeto sujetado. Foucault sostiene que este proceso sucede a través de mecanismos de poder, conceptualizados como *tecnologías del yo* que permiten a las personas entenderse como tales; se trata de formas que colocan a la persona bajo una forma de ser (Careaga, 2010; List, 2010; Rangel, 2009).

Así, llegamos a entender la identidad bajo un conocimiento situado en espacios culturales específicos, como una característica que posee un sujeto dado. De manera que no es posible entender la identidad sin entender el contexto social, cultural, político y familiar de quien la posee. En la presente investigación parto

del supuesto de que existe un sujeto, con capacidad de reflexión y autodesignación. Amorós (2009) señala que es esta autodesignación lo que permite la autonomía de los sujetos. Uso la propuesta de Van Dijk (2011) para comprender la noción de “contexto”; Para este autor, “el concepto de ‘contexto’ (son) aquellas propiedades de la situación *comunicativa* que son *relevantes* para el discurso, (... . . .) esto es así para los hablantes, y, por ende para la *producción* del discurso, o para los receptores, y por lo tanto, para la *comprensión* del discurso.” (p 19). En otras palabras, el contexto es un concepto amplio que incluye la situación social desde donde se produce el discurso, la interpretación subjetiva de las estructuras sociales, culturales y políticas que le dan sostén a dicho discurso.

Ubicándonos en el momento actual, la ciencia y la academia han difundido “tipos” de identidades: sexual, de género y social, bajo el supuesto de que los valores sociales participan de la construcción de estas identidades a través de normas y estructuras específicas (Butler, 2001; Foucault, 1978; Millet, 1995; Rubin, 1986) que condicionan al sujeto. Cabe destacar que el estudio sobre la identidad reconoce el poder de transformación, transgresión e inclusive de emancipación de los sujetos (Careaga, 2010; Cortina, 2008; de Lauretis, 2010; List, 2009), lo que significa que el/la poseedor/a de la identidad tiene un potencial de cambio y de agencia (Blumer, 1998), es decir, un potencial de modificarse y de modificar lo que lo circunscribe. Estos aspectos son característicos de una postura crítica y post-estructuralista (de Sousa, 2009), que cuestiona la forma en que la modernidad ha entendido al sujeto (racional, ilustrado, como objeto de estudio), más que cuestionar la propia existencia del sujeto.

En el campo del estudio de identidades gay, las personas que la aprehenden no han sido plenamente comprendidas como sujetos, sino como identidades periféricas (Foucault, 1978) o abyectas (Butler, 2004), no autónomas (Amorós, 2009); fuera de lo común, y fuera de lo normativo, señalando que de manera general hay discursos de poder que marginan a estas personas en la periferia social. En la academia actual, a este discurso se le conoce como

homofobia (Herek, 2008; Lozano, 2008; Toro-Alfonso y Varas-Díaz, 2004). En consecuencia, estos discursos llevan a los sujetos que asumen sus deseos homoeróticos¹ a la periferia social, manteniéndolos en una posición de subordinación con respecto a otras sexualidades. Sin embargo, también han permitido que éstas mismas identidades busquen una emancipación de lo normativo, llevándolo al campo político, en búsqueda de su reconocimiento como personas plenas; este cuestionamiento identitario otorga una postura crítica a la forma de estudiarlas. En este marco, es importante reconocer la *Teoría Queer* (Butler, 1992; Halperin, 2004; Jagose, 1996) como epistemología de identidades gay, como un intento insurgente que emerge del concepto gay, en búsqueda de transformación de realidades y de sujetos. La *Teoría Queer*, si bien no se opone a la existencia de identidades, sí se opone a un sostén normativo y restrictivo de ellas, con el objetivo de promover una construcción verdaderamente subjetiva y singular del ser. En conjunto, la identidad se piensa como un marco epistémico que otorga a los sujetos la capacidad de agencia, de cambio, de reflexión, de cuestionamiento y de transgresión.

Si la construcción identitaria es vista en interacción constante, implica entonces que, para quien la investiga, hay un reconocimiento de su propia identidad/es, de los cambios que ésta/s ha/n vivido y del lugar individual, social y cultural que ocupa quien investiga. Significa también reconocer que en la interacción con lo que investiga, el investigador también es investigado, forma parte de la construcción identitaria misma e incluso de la posibilidad de transformar y transgredir lo establecido. La transformación no sólo puede ser de aquellos discursos que sujetan a las identidades, sino del propio proyecto y del

¹ A lo largo del texto, usaré el término homo-erótico, como lo acuña Núñez (2000), para referirme al deseo erótico y sexual de las personas, que es orientado a otras personas de su mismo sexo. En este sentido, puede reemplazar el uso de “homosexual”, término usado en la literatura y en lo común. Sin embargo, como se aclara más adelante, coincido con Núñez (2000) al aclarar que “homosexual” refiere a una identidad surgida en el siglo XIX, que refiere a hombres “desviados”, enfermos y criminales. Homo-erótico es un intento de alejarse de esta identidad y únicamente referirse al deseo. Homo-erótico no hace referencia a una identidad, sino a la orientación de un deseo sexual. Por otro lado, Parrini (2007) usa el término homo-erótico para referirse a un deseo sexual que “circula *entre* hombres y *por* hombres” (p. 203).

sujeto-investigador-investigado. De forma que se trata de un conocimiento construido de manera compartida (Ríos, 2010).

Es evidente que parte de mi persona como investigador está plasmada en estas páginas. Mi subjetividad se encuentra tejida con la de aquellas personas que entrevisto y a las que investigo. El trayecto de realizar este proyecto implicó, en cierta medida, investigarme y cuestionarme a mí mismo también. Si bien como cuerpo-hombre he tenido y gozado de ciertos privilegios masculinos, mi vivencia subjetiva siempre se ha visto permeada por la sensación de romper con un orden establecido desde las normas de género. Este proyecto me plantea justo la interrogante de cómo vivir las experiencias contradictorias con el poder patriarcal y la manera en que este poder se inscribe en ciertos cuerpos y ciertas experiencias emocionales. Mis experiencias contradictorias con el poder, como las nombraría Kaufman (1999), es lo que me han permitido sentirme parte o identificado con grupos de hombres subordinados ante la masculinidad hegemónica, como los hombres gay. Hacer sentido de la propia sexualidad, en un sistema rígido y controlador de la misma es complejo, incluso es un fenómeno que se complejiza más cuando nuestra sexualidad cuestiona el mismo orden heterosexual y nos coloca como cuerpos no-nombrados. Es en la creación de sentido de esto no nombrado, que encuentro alianzas con mis entrevistados: una forma de entendernos como sujetos. Esta subordinación ha sido la que me ha permitido situarme cerca de la gente con la que trabajo.

Mi experiencia subjetiva de hacer sentido de mi sexualidad, de mi cuerpo y la manera en que me vínculo con los otros, ha sido lo que me ha llevado a plantearme la posibilidad de este proyecto. Es así como mi subjetividad-investigadora afecta mi (forma de) preguntar sobre las identidades gay. No pretendo resolver esta interrogante, ni asumir que lo que aquí plasmo es objetivo. Lo que sí pretendo es dar una visión de una realidad desde mis propias contradicciones y la de otros hombres y la manera en que cobran una forma unificada cuando narran sus historias. Finalmente, vale la pena reconocer que

este espíritu científico es el que me ha permitido cuestionarme de manera teórica sobre aspectos íntimos y subjetivos, como lo pueden ser la sexualidad y la identidad.

He de reconocer que los aspectos visibles y colectivos de lo que sucede en las interacciones entre hombres gay en la escena social, como en bares, antros y cafés, para mí ya eran conocidas. También había compartido algunos aspectos de índole más íntimos con amigos que se identifican como gay, escuchando sus alegrías, dolores y experiencias en torno a vivir su vida como gay, incluyendo aspectos sexuales, de pareja y familiares. Algo que siempre me llamó la atención fue justamente la diversidad de formas de apropiarse de estas experiencias y la amplia gama de vivencias en torno a un solo elemento: *la gaydad*². En gran parte, esto fue algo que motivó mi pregunta de investigación. A partir de ello, considero que mi interés fundamental justamente es respetar y comprender toda posibilidad de experiencia identitaria.

Me parece importante aclarar desde ahora que en este trabajo distingo diferentes niveles de análisis en las/s identidad/es gay. Como veremos más adelante, comprendo a la identidad como un proceso psicosocial, por lo que se requieren de elementos socioculturales y subjetivos para su construcción. Así, el concepto de “gay”, se entiende como un aspecto social y político que nace con la intención de subvertir a lo conocido como “homosexual”. También distingo el concepto de “homo-erotismo” como una parte meramente subjetiva que obedece al deseo erótico de las personas. Dicho de otra forma, una persona homo-erótica es una persona que desea eróticamente a personas de su mismo sexo, independientemente de si se identifica como gay, bisexual, heterosexual, transexual, etc.

² Retomo el uso del concepto “gaydad” de List (2005) para referirme a la forma de cultural de ser gay.

Esto implica, bajo la lupa de identidades gay, reconocer que éstas han sido marginadas y oprimidas. De cierta forma, se asemeja al Punto de Vista Feminista, que reconoce un “mirar hacia arriba” (Harding, 2010). Implica, para quien investiga, ubicarse en un contexto de poder en referencia a sus participantes “investigados”; asimismo reconocer que relaciones de poder existen entre ambos. Considero que estas relaciones de poder son difícilmente cambiables, sin embargo, coincido con Ríos (2010) cuando sostiene que si bien toda investigación está sesgada por la propia subjetividad del/a investigador/a, éste/a puede poseer una parcialidad consciente, lograda a través de la identificación parcial con los/as participantes, disminuyendo así la relación vertical. Al compartir con los entrevistados mis experiencias vinculadas al poder y la subordinación, la relación de dominio investigador-investigado logra difuminarse construyendo así una comprensión más amplia sobre la opresión; indagando en la causa, la forma y la manera en que nos enfrentamos a ella. Cuando quien investiga logra una identificación parcial, es posible reconocer la multiplicidad de voces que construyen el texto mismo. Como señala Parrini (2007) “*el sujeto que escribe, no es más ni menos sólido que aquellos sobre quienes escribe*” (p. 26) y quienes lo leen.

La marginación, vivida por los hombres gay, tiene efectos importantes sobre ellos pues ha quedado claro que el estigma detrás de la discriminación impacta en su salud y en sus emociones. Aunque los efectos en la salud de hombres gay han quedado establecidos por la literatura, observo un claro vacío cuando se trata de la experiencia emocional que sostiene dicha salud. Siendo un grupo discriminado, me parece congruente abrir un espacio en donde la voz en torno a las emociones y su vínculo con la construcción identitaria pueda ser escuchada.

De esta forma conjugo claramente dos posturas epistemológicas: el *Interaccionismo Simbólico*, que reconoce el potencial de cambio, de diálogo y de reflexión de los sujetos; y la *Teoría Queer*, que cuestiona los fundamentos de las identidades estructuradas, apuntando hacia una transgresión, transformación y

emancipación de lo no reconocido. Además ubico que este proyecto se sostiene desde una postura feminista, pues reconoce que el patriarcado y sus reglas son las que han discriminado a las sexualidades gay debido a que no cumplen con una sexualidad monogámica y hetero-erótica, permitiendo estudiarlas desde lo oprimido, desde abajo.

3. CULTURA DE GÉNERO, “MASCULINIDAD” E IDENTIDAD

Bajo la lógica de entender la construcción identitaria de cierto grupo de hombres, considero necesario abordar, no solamente el aspecto sexual de sus identidades, sino de manera más general al género, entendiéndolo como un sistema estructurante de relaciones y realidades sociales. La literatura al respecto ha acuñado el concepto de “*masculinidades*” para entender y estudiar aspectos de género particulares de los hombres (Connell, 1995). Varios autores han apuntado hacia la importancia de la *masculinidad hegemónica* (Connell, 1995; Kaufman, 1989, 1999; Kimmel, 2008), concepto que remite a un modelo ideal de ser hombre y refiere a las características que “deben” poseer los hombres. *La masculinidad hegemónica*, se traduce en esfuerzos y performatividades³ de los hombres por cumplir con normas de género. En palabras de Connell (1995), quien acuña el término, la masculinidad hegemónica es “la configuración de prácticas de género, que engloban la respuesta admitida actualmente al problema de la legitimidad del patriarcado, que garantiza la posición de los hombres y la subordinación de las mujeres” (p. 77)⁴.

Kaufman (1999) sostiene que el propio cumplimiento de la normatividad genera rechazo; se requiere de un aislamiento y distancia entre los hombres para conservar el patriarcado. De forma que el no cumplimiento de estas exigencias coloca a los hombres en una situación de marginación y rechazo; mientras que quienes si las cumplen, ejercen el rechazo y la violencia.

Es necesario acotar que los estudios sobre “masculinidades” surgen en el marco de los estudios de género, promovido por el movimiento feminista (Kegan, 2005). Este movimiento ha evidenciado la jerarquía que existe entre hombres y

³El concepto de “performatividad” hace referencia a la Teoría Queer, sostenida por Judith Butler (1992, 2001, 2004), que a su vez sea poya en el concepto de “performatividad” que Derrida analiza en “*Firma, acontecimiento, contexto*” a partir de una crítica a los “enunciados performativos” de John Austin (1955). Para Butler, la performatividad consiste en actuaciones cotidianas de las personas, en el marco de un sistema de género y de la sexualidad particular. A través de éstas performatividades, las personas “actuamos” nuestro género y nuestra sexualidad, siempre en referencia a la norma hegemónica.

⁴Traducción libre

mujeres, así como una relación de supra-ordinación de los primeros sobre las segundas, siendo la categoría de *género* la que se ha ocupado para evidenciar esta relación. Algunas autoras sostienen que el género es un sistema ordenador de las relaciones sociales que es *a priori* al propio individuo (Butler, 2001; de Lauretis, 2008); asimismo, que es un sistema social que ordena las relaciones (Rubin, 1986) e identidades (West y Zimmerman, 1987), así como las ideas, creencias, construcciones y actitudes que se tienen en un espacio cultural dado alrededor del ser hombre o ser mujer (Lamas, 1997); basándose en lo que Connell (1995) llama la “arena reproductiva”, de los cuerpos y su capacidad de reproducirse. Es importante no perder de vista que estas diferencias están marcadas por el poder, en donde los hombres, en tanto colectivo, usan pactos patriarcales (o acuerdos masculinos) para colocarse en un lugar de hegemonía sobre las mujeres (Amorós, 1992; Connell, 1995; Kaufman, 1989; Millet, 1995). La supra-ordinación no es la que se ejerce únicamente de hombres sobre mujeres, sino sobre lo que cada colectivo significa; cuando los hombres no cumplimos con el ordenamiento social exigido para nosotros, resulta en la oportunidad perfecta para su marginación (Kaufman, 1989).

El cúmulo de investigaciones permite hoy entender a la “masculinidad” dentro de las relaciones de poder (Kimmel, 2008; Toro-Alfonso, 2009); los hombres somos quienes, por nuestro cuerpo, heredamos el poder pero además lo vamos construyendo, produciendo y reproduciendo activamente en nuestra cotidianidad (Connell, 1992). La “masculinidad” se vuelve un ejercicio constante, no voluntario, que rebasa a la propia noción de individuo y que contribuye a la generación de sistemas normativos que constriñen y que obligan a los hombres a comportarse de cierta forma (Amorós, 1992; Butler, 2001; Castañeda, 2007; Foucault, 1978; Millet, 1995; Rubin, 1986). Sin embargo, los modelos hegemónicos de “masculinidad” son un ideal, pues no es posible cumplirlos en su totalidad. Esto tiene consecuencias graves para el bienestar de los hombres porque en primer lugar, son observados como “poco hombres”, o “no-hombres”, o cualquier sinónimo “femenino”; y en segundo, ellos se sienten fracasados, o que

no cumplen (Kimmel, 2008), cosa que afecta sus estados emocionales (Fleiz, Ito, Medina-Mora y Ramos, 2008). De acuerdo con Amuchástegui (2006), los estudios sobre “masculinidades” han reconocido la diversidad de posibilidades del ser hombre dentro de la normatividad de género. Más que una categoría tautológica, en donde la “masculinidad” se convierte en aquello que describe a los hombres, el uso del concepto de “masculinidades” permite comprender las diferentes formas en que los hombres nos relacionamos con el poder. Asimismo, el término da cuenta de la inconsistencia de los propios estereotipos en torno a la masculinidad hegemónica y de cómo la práctica de las personas no siempre se ajusta a ella.

Se había mencionado que la visión post-estructuralista del feminismo comprende a la cultura de género como un sistema ordenador de la realidad *a priori* al propio sujeto. Esto significa que el sistema de género es lo que permite al sujeto entrar en existencia al performar y llevar a cabo las acciones determinadas para él. Un aspecto fundamental del género es que estipula una serie de reglas o mandatos que se deben de cumplir, incluyendo el deseo erótico por personas del otro sexo, a través de una relación monogámica de larga duración (Butler, 2004; Rubin, 1986; Schwartz, 2007). Los estudios sobre “masculinidad” han evidenciado que el hecho de ser hombre no es algo dado, sino algo que se tiene que demostrar constantemente. Muchas de estas demostraciones se hacen a través de lo que Butler (1992) denomina performatividades del género, es decir, no es que el sujeto quiera o desee hacerlas, sino que hay una especie de obligación social a dar cumplimiento a estas normas. En estas performatividades, se hace y se reproduce el género y por tal, el sujeto. Algunos ejemplos de ello podrían ser demostrar actividad sexual hetero-erótica constante, o ser violento y rudo (Díaz-Loving, Rocha y Rivera, 2007; Kimmel, 2008). Una década más tarde, Butler (2001) argumenta que estos *performances* son reproducciones de la normatividad, copias que en tanto copias, jamás son iguales al original. Es a través de estas reproducciones que surge la posibilidad de subvertir, transgredir o

transformar aspectos de los sistemas sexo/género. Estas copias, se reproducen en los *performances* que cada persona lleva a cabo.

Butler (1992) propone una matriz heterosexual donde existe coherencia a priori entre sexo-género-deseo; bajo esta matriz, los cuerpos que no encajan en ella son abyectos. Es decir, un cuerpo que no performa las acciones determinadas por esta matriz no es inteligible, no existe porque no es nombrado desde las estructuras normativas.

Figura 1 Matriz heterosexual (Butler, 1992)



En la figura anterior se encuentra explícita la relación entre cuerpo, género y deseo, tres aspectos que son entendidos como opuestos. En el caso del sexo, el hombre como opuesto a la mujer, lo masculino como opuesto a lo “femenino” y lo hetero-erótico opuesto a lo homo-erótico. Los tres elementos son configurados a través del ejercicio de poder. En la columna de la izquierda está lo que posee y ostenta el poder, mientras que en la columna de la derecha, está lo subordinado. Así, lo hetero-erótico es masculino y poderoso, mientras que lo homo-erótico es “femenino” y pasivo. La autora sostiene que es desde éste orden que se permite nombrar y hablar al sujeto, en la reproducción de las normas establecidas desde este sistema. Por tanto, cuando un cuerpo no cae en esta normatividad, pierde la posibilidad de nombrarse como sujeto, quedándose como cuerpo abyecto, no inteligible.

Esta autora observa una congruencia implícita que se construye a partir de las performatividades sexuales y de género. Éstas últimas se refieren a

actuaciones en la arena de lo sexual, de lo que se establece para los hombres y para las mujeres. Esta concordancia es señalada a partir del propio cuerpo, considerándolo como un campo de las performatividades discursivas, y como resultado de una construcción ajena a él. Cuando no se cumple con esta matriz, resulta un cuerpo sin importancia, un cuerpo abyecto. Para aquellos cuerpos con un deseo homo-erótico, el castigo social por el incumplimiento con estas normas sociales, aparece desde niños, y al no cumplir con la masculinidad hegemónica se les rechazó desde entonces del espacio masculino y sus pactos.

3.1. Masculinidad hegemónica en la cultura de género y sus implicaciones en la/s identidad/es

Las propuestas de algunas feministas dejan en claro que la masculinidad hegemónica, como la nombra Connell (1995), el patriarcado (Millet, 1995), o el sistema sexo-género (Rubin, 1986)⁵, está desarrollada y construida con base en la noción de poder. Kimmel (2008), propone que la masculinidad hegemónica se construye gracias a tres culturas. Con esto, el autor hace evidente la manera en que todos/as implicados/as en la sociedad, contribuimos a la formación de modelos hegemónicos, que no sólo afectan a hombres, sino también a mujeres. Las tres culturas que propone son:

- Cultura del derecho: es el “premio” por adscribirse a las normas masculinas, es el derecho al poder y al ejercicio del mismo, por el hecho de ser hombres.
- Cultura del silencio: se trata del silencio que los hombres y las mujeres guardan, aunque no se adscriban o no estén de acuerdo con el “derecho al poder” de los hombres. Se guarda silencio por temor a tener que vivir el castigo por no adscribirse a la normatividad. Se

⁵Aunque estos tres autores provienen de disciplinas y sostienen argumentos diferentes para sus propuestas teóricas, todas/os coinciden en la existencia de una ideología construida que sostiene la supremacía masculina sobre la femenina y por tal, el ejercicio de poder sobre las mujeres y las minorías sexuales.

guarda silencio por temor a ser expulsado, castigado o violentado, ya que el silencio es parte de hacerse masculino. Visto así, este silencio es una complicidad con la violencia y la hegemonía (Ramírez, 2000)

- Cultura de la protección: la cultura del silencio se convierte en una forma de proteger a aquellos hombres que ejercen violencia según las normas masculinas. Esta protección excusa los actos de violencia de los hombres, les enseña a los “nuevos” hombres que no hay problema con tener estas performatividades, aunque afecten a terceros.

El mismo autor, resume los mandatos del “ser hombre” en una lista de 10 reglas:

1. Los hombres no lloran
2. Es mejor estar enojado que estar triste
3. No te enojas, mejor cobra venganza
4. Tómalo como hombre
5. Aquel que tenga más juguetes cuando muera, gana
6. Sólo hazlo
7. El tamaño sí importa
8. Yo no pido direcciones
9. Los hombres buenos acaban al último
10. Todo está bien

Con esta propuesta, el autor no pretende señalar 10 reglas de oro que son irrompibles, o que todo hombre cumple. Sino que se trata de evidenciar (inclusive de manera sarcástica) una serie de premisas sobre las cuales se construye a nivel cultural el modelo de la masculinidad hegemónica. Estas reglas evidencian una constancia en el ejercicio de poder de los hombres, inclusive sobre ellos mismos (por ejemplo, al no permitirse la expresión de ciertas emociones).

Otra propuesta atractiva referente a la construcción de la “masculinidad” es la de Kaufman (1989), quien señala que el eje central de la masculinidad hegemónica es la violencia, entendida como un ejercicio de poder y de autoridad. El autor describe las experiencias contradictorias de los hombres con el poder.

Por un lado, dada la condición de género de los hombres, somos de quienes se espera que ejerzamos poder sobre otros, los que tomemos el liderazgo, quienes tomemos decisiones, quienes tenemos permitido el uso del espacio público, entre otras. Este poder, al ser asumido por los propios sujetos hombres, se vuelve un ejercicio constante que no sólo se practica con otras personas sino inclusive con nosotros mismos. Así, Kaufman (1989) habla de tres tipos de violencia que ejercemos los hombres:

1. Violencia contra las mujeres: es la más frecuente y se expresa en diferentes formas (física, psicológica, sexual, entre otras).
2. Violencia contra otros hombres: es una constante en las relaciones entre hombres, se expresa en la rivalidad y la competencia (Lozano, Fernández y Vargas, 2010).
3. Violencia contra uno mismo: es el precio que se paga por el ejercicio de poder en contra de otras personas, a través de la supresión de emociones, necesidades y posibilidades.

La propuesta de este autor resalta es relevante por ser la primera en señalar que los riesgos de la construcción de la propia “masculinidad” (y la adscripción a sus normas) pueden tener efectos no deseados para los hombres. Bajo estas normas, la socialización y el aprendizaje social para los hombres, desde edades tempranas, restringe la expresión de ciertas emociones. Los niños aprenden a no expresarlas privilegiando no sentir miedo, y evitar tristeza, soledad, ternura, alegría y vergüenza (Castañeda, 2007). Estos aspectos de la “masculinidad”, se pueden entender como violencia, en la medida en que implican el uso del poder sobre aspectos de uno mismo.

Connell (1995) propone una serie de *relaciones entre masculinidades*, es decir, formas en que la estructura de la “masculinidad” se hace evidente en las relaciones interpersonales e institucionales:

- Hegemonía: se trata de una relación que se logra cuando hay concordancia entre el ideal cultural y el poder institucional; si esto es cuestionado, surge una nueva hegemonía.
- Subordinación: se trata de las relaciones desiguales entre grupos de hombres. El caso más ejemplar es la subordinación de hombre homo-eróticos, quienes están en el peldaño más bajo de la escalera de las “masculinidades”. Según Connell (1995) los hombres homo-eróticos simbolizan aquello que se expulsa de la masculinidad hegemónica, lo “femenino”.
- Complicidad: no todos los hombres encarnan a la masculinidad hegemónica, pero guardan conexión con ella. Esta relación permite que se mantenga la hegemonía
- Marginación: se refiere al cruce entre raza/etnia y género. Las relaciones dentro de la “masculinidad” y entre raza/etnia da lugar a la marginación, puesto que son los hombres negros, indios o indígenas los que están excluidos de algunas dinámicas y pactos masculinos.

Wittig (2006) y Rubin (1986) argumentan que la opresión de las mujeres se debe a los discursos heteronormativos. Esto quiere decir que hay una heterosexualidad *a priori* del sujeto, de forma que el sujeto social se entiende heterosexual sin que éste tenga oportunidad de escoger o entender que significa eso. Según esta autora, es en el campo sexual donde se ejerce mayor opresión a las mujeres debido a que se les asigna la función de reproducción y a partir de ello menos oportunidades laborales y de desarrollo. Por lo tanto, son los hombres quienes participan en esta opresión. La heterosexualidad obligatoria permite el poder sobre las mujeres, convirtiéndose en un pacto patriarcal entre hombres, que en tanto clase y como tal, quedan coludidos con la cultura de género.

El concepto de poder es central para el entendimiento de las “masculinidades”, pues parece que los hombres nos construimos en una relación

permanente con éste. Estas construcciones tienen relación y resultan en marginación, subordinación y violencia. Ningún hombre está exento, aunque es de reconocer que hay algunos grupos que son más subordinados o excluidos. Según las propuestas de estos autores, la masculinidad hegemónica es un ideal que se intenta alcanzar cotidianamente, un ideal donde se ejerce poder constantemente, además de que el no cumplir con el ideal es castigado por la sociedad en general, tanto hombres como mujeres. Parece que ningún hombre se escapa del ejercicio del poder, ya sea como opresor y como oprimido. El no cumplimiento del ideal de la “masculinidad”, según varios autores, se asemeja a la “feminidad”, cosa que no es perdonada para los hombres (Butler, 2001; Castañeda, 2007; Connell, 1995; Kaufman, 1989; Kimmel, 2008; Núñez, 2000; Schwartz, 2007). Una de las cosas más castigadas en el no cumplimiento de la “masculinidad”, es el homo-erotismo y la gaydad, pues entre los grupos de hombres, aquellos que son abiertamente homo-eróticos son los más marginados.

No obstante estos hechos, la relación entre “masculinidad” y homo-erotismo es fluctuante. Según Gallego (2010), parece que en México, el homo-erotismo es parte de la “masculinidad”, pues es una práctica común entre hombres en diferentes partes del territorio (Carrier, 2001; Núñez, 2000; Prieur, 2008), sin que lleguen a identificarse como gay. Algunos autores sostienen que no son las prácticas homo-eróticas la base de la homofobia, sino la transgresión del género: el mostrarse (de cualquier forma) como más “femenino” (para el caso de los hombres gay); inclusive, algunos estudios encuentran que los hombres que más transgreden las normas de género, viven con menos salud mental (Castañeda, 1999, 2006; Ortiz-Hernández, 2005; Sandfort, Melendez y Díaz, 2007).

Según las propuestas de estos autores, también queda claro que existe una relación teórica entre la construcción del género y la heteronormatividad. Considerando que cada cuerpo que entra a este mundo es socializado como heterosexual, no sólo por el hecho de que es entrenado para que sienta atracción por personas de otro sexo, sino que es socializado dentro de instituciones que

permiten la reproducción y la producción, tales como el matrimonio y la familia. Schwartz (2007) identifica algunas reglas del guión de la heterosexualidad, entendiendo por guión, en este caso guión sexual, a una pre-escritura discursiva que se comparte en lo social y que rebasa la noción de individuo, siendo lo que se comparte la cultura (ver Kimmel, 2007). Así, Schwartz (2007) describe cómo la heterosexualidad se confabula con el género, lo que significa que se asignan roles y rasgos para hombres y para mujeres, mismas que afectan al cuerpo y cómo debe ser presentado; que uno siempre debe sentir atracción únicamente hacia personas de otro sexo y ser deseado por personas de otro sexo, entre otras cosas.

En este sentido, algunas normas de la masculinidad hegemónica exigen a los hombres llevar a cabo prácticas sexuales hetero-eróticas con muchas mujeres para demostrar su “masculinidad” (Schwartz, 2007). Evidentemente, hombres cuyo deseo es homo-erótico, se verían en dificultades para cumplir con esta norma, aunque mantengan relaciones sexuales con personas de otro sexo. Es justo el deseo de mantener prácticas sexuales con otros hombres, lo que los coloca en una posición de subordinación, por romper con pactos patriarcales. Por ello es que muchos hombres reprimen, niegan u olvidan su deseo homo-erótico, en un intento por cumplir con las exigencias de la masculinidad hegemónica. Sin embargo, esto puede tener efectos importantes sobre el bienestar de los sujetos. En México se ha encontrado que cuando los hombres gay ocultan más su deseo y transgreden los estereotipos de género, la salud mental se empobrece (Granados y Delgado, 2007; Ortíz-Hernández, 2005). Otros ejemplos de las exigencias masculinas pueden ser demostrar violencia y rudeza. Muchos testimonios de hombres gay señalan que desde su infancia se les impusieron adjetivos como “mariquita”, remitiendo a un aspecto “femenino” de su identidad, sin que ellos entendieran completamente porque se les señalaba de esta manera (Laguarda, 2009; List, 2005; 2009). El uso de referencias a la “feminidad” es por sí mismo una manera de atentar en contra el poder masculino (Butler, 2004; Ficsher, Tokar, Good y Snell, 1998; Connell, 1995; Kaufman, 1989; Kimmel, 2008; Migliaccio, 2009).

La construcción de las identidades de género, obedecen a sistemas complejos e históricos que se construyeron con base en el patriarcado, o en una serie de pactos no voluntarios entre hombres, donde el poder es el eje central que se mantiene alejado para las mujeres (Amorós, 1992; Butler, 2004; Connell, 1995; Kaufman, 1999; Kimmel, 2008). Por supuesto, estos pactos y relaciones de poder son cuestiones que rebasan al individuo, que obedecen a un colectivo de hombres y que además tienen consecuencias tanto para mujeres como para hombres, incluyendo las relaciones entre ellos.

La identidad de género no se trata de la adscripción sexual y física que tienen las personas, sino de aquello que se construye para diferenciar a hombres y mujeres, en el entendido de que éstas no son categorías que únicamente refieren a la composición biológica de cada uno/a. En el caso de hombres homo-eróticos y gays específicamente, estudios demuestran que, ya que no cumplen con estas normas de la “masculinidad”, son discriminados, rechazados, marginados y violentados (Castañeda, 2006; Cruz, 2002; Dunbar, 2007; Herek, 2008; Kaufman, 1989; Kimmel, 2008; Lizárraga, 2003; Lozano, 2008; Monsiváis, 1998; Weeks, 1998).

Díaz-Loving y sus colaboradoras (2007) encontraron que muchos de los rasgos que socialmente se asumen como típicamente masculinos, también los poseen las mujeres mexicanas, y los rasgos que socialmente se asumen como típicamente “femeninos”, también los poseen los hombres. Además, encontraron que los rasgos masculinos suelen relacionarse de manera negativa con la salud mental, tanto de hombres como de mujeres, mientras que los rasgos “femeninos” se relacionan positivamente con la salud mental. En otras palabras, aquellas personas con ciertos rasgos “femeninos” (denominados “rasgos positivos”) tienen mejores niveles de salud mental, mientras que aquellas con ciertas características masculinas tienen menores niveles de salud. Los estudios sobre salud mental en poblaciones lésbico-gay, apuntan hacia entender la importancia social de

transgredir los estereotipos de género y cómo estas transgresiones suelen ser estigmatizadas y marginadas. Otro ejemplo, es el estudio de Ortiz-Hernández, (2005) quien encuentra que los hombres gay y las mujeres lesbianas de la Ciudad de México se sienten más discriminados por la homofobia cuando transgreden estereotipos de su género, cuestión que además, los lleva a presentar sintomatologías específicas de depresión y ansiedad. Estos ejemplos señalan la importancia de la adopción de ciertas características identitarias a partir de una socialización diferencial entre hombres y mujeres, y la manera en que pueden afectar la vida cotidiana.

De tal forma que la identidad de género justamente implica el hecho social del ser hombre o del ser mujer; el asumirse en un orden de poder frente a otro. En este ordenamiento social, el género entonces involucra también la sexualidad y sus expresiones, bajo el mismo esquema normativo. En el caso de los hombres, la “masculinidad” exige la homofobia, el no afeminamiento, prácticas hetero-eróticas constantes, entre otras (Schwartz, 2007). Para el caso de hombres gay, su erotismo significa una renuncia al poder patriarcal, es decir, se deja de pactar entre el colectivo de hombres y se vuelven blanco de la misma violencia de género, que no sólo se expresa en misoginia y feminicidios, sino también en mecanismos como la homofobia (Cruz, 2002; Kimmel, 2008; Lagarde, 1997; Núñez, 2005). Existen datos de crímenes de odio por homofobia, que señalan que suelen ser los hombres gay blanco de más intenciones homicidas respecto a las mujeres lesbianas. Los datos en torno a dichos crímenes de odio y homicidio sugieren una intencionalidad detrás del victimario, pues los crímenes se cometen en la casa de la víctima y después de cierta vigilancia del primero sobre el segundo (ver Del Collado, 2007; Letra S, 2009).

Careaga (2004a) indica algunas paradojas del deseo homo-erótico entre hombres gay, pues se trata de hombres que renuncian a este poder, pero por otro lado, desean a quienes se supone lo poseen. En otras palabras, la identidad de

género en el caso de hombres gay implican experiencias contradictorias y ambivalentes con el poder; desde ostentarlo hasta cuestionarlo y desearlo.

Los hombres gay son vistos como seres humanos que nacen con el potencial de ejercer y mantener el poder, pero que prefieren renunciar a él debido al deseo sexual que sienten por otros hombres y lo que eso implica en las prácticas sexuales entre hombres—como ser penetrado analmente, ya que se asemeja lo asignado como “femenino” (Careaga, 2004a; Carrier, 2001; Castañeda, 1999; Núñez, 2000; Prieur, 2008; Toro-Alfonso, 2009). A pesar de esta visión, Gallego (2010) asegura que el homo-erotismo es parte de la propia “masculinidad”; afirma que en México y en otros países latinoamericanos, las prácticas sexuales entre hombres—sobre todo durante la juventud—son muy comunes. Claro, estas prácticas no se reconocen como homosexualidad y se hacen en el clandestinaje.

Adam (2010) observa a la “masculinidad” con base en la demanda del mercado neoliberal. Para que el capitalismo funcione, se requiere de sujetos emprendedores, competitivos, empoderados y con capacidad de agencia. Los sujetos que tienen más probabilidad de ser así son los más cercanos a la esfera pública: los hombres. Así, los hombres gay, son tanto más masculinos como menos masculinos. Son más masculinos porque son los más expuestos a los mercados capitalistas, debido a que suelen ser expulsados de sus familias y comunidades (migran a otras ciudades o países), siendo arrojados a los mercados en los cuales deben sobrevivir. Así, construyen sus relaciones íntimas a partir de su participación en la esfera pública; en el trabajo, en la calle (y ahora cada vez más a través de internet). Estas relaciones siguen marcadas por las características que se asumen tradicionalmente masculinas. Por otro lado, Adam también sostiene que los hombres gay son menos masculinos (como se esperaría que fueran), porque no comparten una vida en la esfera privada con una mujer, aprendiendo a realizar actividades domésticas (algunos las valoran al grado de hacerlo su trabajo, como decoradores, estilistas, etc.). Esta mezcla de

características atribuidas de forma diferencial a hombres y mujeres, en un solo cuerpo, según Adam (2010), se expresa en diferentes “estilos masculinos”, pero se mantiene la regla de que entre más alta es la transgresión del género, mayor la exclusión homofóbica.

Es claro, entonces, cómo desde la masculinidad hegemónica, hay un ejercicio de poder en contra de aquello que es mujer, “femenino” y homo-erótico. En un estudio previo (Lozano y Rocha, 2011), encontramos que existe una relación clara entre aspectos de la “masculinidad” y la homofobia. En este sentido, la homofobia es parte de la masculinidad hegemónica y sus performatividades (Lagarde, 1997).

3.2. La masculinidad hegemónica y el cuerpo

Bajo el entendido de que la cultura de género es todo un sistema ordenador, se afecta la manera en que se construyen e inscriben los cuerpos, cómo actúan y también performan. En este orden de ideas, la “masculinidad”, como parte del sistema de género, tiene consecuencias sobre los cuerpos entendidos como hombres. Según Méndez (2002) y Toro-Alfonso (2009), la identidad siempre se deduce a partir del cuerpo, siendo la apariencia lo que permite identificar a la gente. Así, el género y el sexo son ejes que atraviesan la percepción del cuerpo (Butler, 1992). Diferentes autores han señalado que se espera una concordancia sexo-género-deseo, donde aquel que nace en cuerpo de macho posee una identidad masculina y aquella que nace en cuerpo de hembra tiene una identidad femenina (Butler, 2001; Méndez, 2002; Núñez, 2000). Además, al cuerpo le rige la heteronorma (Rubin, 1986; Schwartz, 2007; Wittig, 2006), desde donde los cuerpos deben ejercer su sexualidad con fines reproductivos, de forma instintiva y natural. De tal forma que en el cuerpo se inscribe la manera en que una persona que nació como “macho” llega a ser “hombre” y como una “hembra” llega a ser “mujer” (Butler, 1992; Méndez, 2002).

Los sistemas sexo/género (Rubin, 1986) impuestos en las sociedades occidentales han orillado a los hombres a una despreocupación importante hacia su propio cuerpo, gracias a los límites rígidos de una masculinidad hegemónica (Connell, 1995; de Keijzer, 2001; Díaz-Loving, et al., 2007; Kaufman, 1989; Kimmel, 2008). Esto se observa en la poca frecuencia con la que acuden al médico, a pesar de tener grandes dolores físicos y de enfermedades crónico degenerativas (Bonino, 2000; Burin, 2000; de Keijzer, 2001; INEGI, 2009), así como de actividades violentas entre los mismos hombres: poner sus vidas en riesgo con juegos y retos “atrevidos” (como ritos de iniciación, manejar automóviles en estado de ebriedad, inmiscuirse en peleas físicas, etc.—Kimmel, 2008); consumo alto y frecuente de alcohol y tabaco, y su participación en delitos violentos (INEGI, 2009). De forma similar, la masculinidad hegemónica no permite el uso de productos de belleza o una preocupación por la apariencia para los hombres. Por el contrario, a las mujeres se les impulsa a una preocupación grande por su cuerpo, al promover el uso de maquillaje, cremas, cirugías estéticas y ropa. En conjunto, de acuerdo con varios autores, el cuerpo en esta sociedad es un cuerpo sexuado, donde la diferencia sexual y de género cobra especial relevancia (Butler; 1992; Foucault, 1978; Lamas, 2000; List, 2009; Méndez, 2002).

Aún dentro del modelo de la masculinidad hegemónica, que señala una forma “ideal” del ser hombre en occidente, con características muy bien definidas, esto no significa que no exista una diversidad del “ser hombre” (Adam, 2010; Amúchastegui, 2006; Connell, 1995; Kimmel, 2008; List, 2009). Esta diversidad se puede expresar a través del cuerpo, en cómo se presenta, se alinea y se cuida; o en sus formas de ser, sus performatividades de género. Si bien esta diversidad es poca, el movimiento gay ha resaltado justamente las diferentes formas de ser masculino sin dejar de ser hombre, a pesar de la incomodidad que esto genera en hombres hetero-eróticos, sobre todo cuando se trata de hombres homo-eróticos que se presentan como rudos y bajo reglas de la virilidad tradicional (List, 2009).

Los hombres gay, desde el inicio del movimiento en la década de los sesenta del siglo XX, han construido formas identitarias para las cuales el atuendo y la apariencia tienen una gran importancia, al grado de ser definitorios en estas identidades (List, 2009). En el siglo XXI, se observa que el uso de productos de belleza, como cremas, geles, shampoos, depilaciones, e inclusive operaciones estéticas, antes reservadas sólo para las mujeres, han sido adoptadas y utilizadas por grupos específicos de hombres, incluyendo hombres gay.

Para List (2009), esto significa que los hombres gay han sabido incorporar aspectos “femeninos” en su gaydad, sin que esto afecte de manera negativa su forma de verse como hombres y sin renunciar a su “masculinidad”; como una forma de transformar al género, entendiendo que lo “femenino” y lo “masculino” no son opuestos y excluyentes, sino dimensiones que pueden co-existir (Díaz-Loving, et al, 2007). Por ejemplo, hay hombres que adoptan la dimensión afectiva y afiliativa de la “feminidad”, teniendo demostraciones de afecto en público, como abrazos y besos, con sus parejas hombres, sin temor al rechazo (List, 2009). Esta “feminización” contribuyó a crear estereotipos de los hombres gay, sin embargo, algunos grupos de hombres, llegan al extremo de rechazar todo lo “femenino”, este es el caso de los *osos*, un grupo de hombres gay que resistiéndose a caer en estereotipos amanerados y afeminados de lo gay, adoptan maneras muy masculinas; como diría Butler (2004), hacen actuaciones o performances a partir de su “masculinidad”. El grupo de *osos* y el grupo *leather* en Estados Unidos surgió con una clara intención de negar el amaneramiento y el cuerpo del estereotipo gay (un cuerpo esbelto, marcado, de gimnasio, siempre a la moda y que usa productos de belleza), sin que esto signifique continuar con aspectos masculinos como la violencia y la agresión. Al contrario, los grupos de *osos* y de *leather* se orientaron a portar un cierto tipo de cuerpo (robusto y peludo) y vestimenta (cuero y metal), sentirse atraídos por otros hombres y ser cariñosos y afectuosos. En México, sin embargo, la subcultura de osos, dentro de lo gay, no

se importó de esta manera, pues estos hombres no niegan el afeminamiento y comportamientos del estereotipo gay.

Considerando que las modificaciones al cuerpo construyen la propia identidad, en donde la afectividad y las emociones juegan papeles importantes, en mi revisión literaria no encontré estudios que señalen la vinculación entre las emociones y la identidad, lo que me señala que es un campo de trabajo fructífero y pendiente de realizar.

El cuerpo, en la sexualidad homo-erótica, es un campo ampliamente estudiado desde la categoría de género. Muchos testimonios de hombres gay y homo-eróticos evidencian la forma en que los roles de género tradicionales adquieren relevancia. Así, la dicotomía activo/pasivo permea no sólo la sexualidad sino la sociabilidad gay (Carrier, 2001; 2005; Laguarda, 2009; List, 2005, 2009; Núñez, 2000, 2005; Priuer, 2008). Muchas de las relaciones sociales y de pareja entre hombres gay son definidas a partir del rol sexual que asumen, donde se asume que el pasivo tiene el papel “femenino”. Al tomar este papel “femenino”, se convierte en el único percibido como homo-erótico y por tanto, es el rechazado, marginado y violentado. Así, los hombres pasivos que gustan de ser penetrados analmente, construyen su identidad a partir de significantes y símbolos marcados dentro de los sistemas sexo/género, donde lo “femenino” sigue siendo menor, marginado y discriminado; cabe resaltar que la percepción social que se tiene de los hombres gay es que todos asumen este papel y por tanto asumen una “feminidad” que implica la renuncia a la masculinidad hegemónica, a pesar de que las representaciones sobre lo gay han intentado subordinar a esta dicotomía (Laguarda, 2009; Priuer, 2008).

Ser activo implica hacer al otro el objeto de placer “...penetrarlo, es una manera de mantenerse dentro de ese límite de la sexualidad heterosexual” (p.69, List, 2009). Aquel que es penetrado, bajo el modelo heterosexual, es el que juega el rol de la mujer. Así, se sigue esperando que el hombre gay sea afeminado,

alejado de la “masculinidad” tradicional que es necesaria de demostrar en todo momento para seguir siendo hombre ante la sociedad (Kimmel, 2007; List, 2009; Núñez, 2005; Schwartz, 2007). En este sentido, se entiende como “homosexual” y “afeminado” a aquél que es penetrado, pues juega el papel de “mujer” durante el acto sexual; mientras que el hombre que penetra, aún mantiene su lugar de “hombre” (Carrier, 2001; Núñez, 2000; Prieur, 2008).

Es en la dicotomía activo/pasivo donde se entretajan la cultura de género y del cuerpo; lo primero es masculino, implica fuerza y acción; mientras que lo segundo remite a lo “femenino”, a lo débil y receptivo. Esto se debe a las prácticas de socialización de género que, como sostiene Gallego (2010), los hombres homo-eróticos sólo tienen como referencia a la conducta sexual de penetración pene-vagina y a los roles de “actividad” y “pasividad” que estos implican. Estos binomios son sumamente significativos en la dinámica sexual de hombres homo-eróticos y en su construcción identitaria, ya que establecen dinámicas afectivas y eróticas particulares en la pareja y porque limitan la expresión sexual. Núñez (2005) analiza esta dicotomía, haciendo énfasis en que se trata de un modelo perteneciente a la heteronorma que puede limitar las prácticas sexuales de estos hombres, invisibilizando toda una serie de conductas sexuales posibles en la expresión amorosa.

Lo mismo ocurre en la investigación llevada a cabo por Prieur (2008) en Ciudad Nezahualcoyotl. Ella encontró que el sexo entre varones es muy común, pero que depende de un juego de género complejo. Ella estudió a las “jotas” (hombres con una orientación homo-erótica que se vestían como mujeres y deseaban ser mujeres) y encontró que tenían sexo con otros hombres, de apariencia masculina. Los hombres “masculinos” aceptaban públicamente estas conductas sólo cuando ellos eran los insertores en el sexo anal. Esto se debe a que cuando las “jotas” son receptores, se les coloca en el lugar pasivo de las mujeres y de lo “femenino”. Los hombres masculinos con los que se acostaban las “jotas”, no deseaban perder su estatus de poder masculino.

Resulta menester identificar y analizar la emocionalidad detrás de las vivencias y prácticas sexuales desde la categoría activo/pasivo, debido a que vuelven no inteligible a la persona, lo convierten en un cuerpo abyecto y fuera de la norma (Butler, 2001). Así, el uso del cuerpo en el campo sexual no sólo define el proceso identitario, sino que contribuye al desarrollo de ciertas emociones a partir de la marginación y la discriminación. En especial, debido a que algunos estudios señalan la hegemonía de este binomio, mientras que otros apuntan hacia su olvido dentro de la misma comunidad gay.

No obstante, los estudios gay han permitido entender que esta dicotomía, si bien marcó a una generación de hombres gay (Laguarda, 2009), no es una categoría a través de la cual los hombres gay se construyen en la actualidad. Por el contrario, se trata de una que invisibiliza una serie de prácticas y deseos sexuales (Núñez, 2005). De igual forma, se ha podido comprender que esta población sigue manteniendo características masculinas y, que en diálogo con la “masculinidad” y la gaydad, se asumen como hombres, conciliando la percepción de que son “femeninos” con sus propias significaciones de ser hombres (List, 2009). Este diálogo interno hace referencia al concepto de “identidad”, especialmente de la manera en que una persona hace sentido de sí mismo. En el siguiente capítulo abordaré esta temática en el marco de los estudios gay.

4. IDENTIDAD/ES GAY

La identidad es un concepto difícil de definir y de explicar (List, 2005). Según Pujal i Llombart (2004), la identidad, al responder a la pregunta “¿quién soy yo?” se vuelve un concepto central para la psicología pues permite entender la forma en que los procesos sociales son asumidos e interiorizados por las personas. En este tenor, indica que la psicología clásica define a la identidad como una “posesión idiosincrática y particular de cada persona” (Pujal i Llombart, 2004 p. 93), es decir, como algo único y subjetivo. Por otro lado, indica que desde la sociología, se trata al individuo como una especie de recipiente en donde se depositan las normas y reglas sociales. De acuerdo con Careaga (2004a), la identidad es un proceso dialéctico, en donde existe un diálogo entre la persona y su medio circundante. Desde esta construcción, el sujeto usa a los otros como un referente, como un espejo, a través del cual aprende normas y reglas sociales que le dicen qué, cómo, cuándo y con quién hacer las cosas (Careaga, 2004a; Díaz-Guerrero 2003).

Para Ito (2010), la identidad permite construir un sentido de permanencia y continuidad a lo largo del tiempo, a partir de una imagen de sí mismo. Asimismo, la identidad es el proceso a través del cual la persona puede interactuar con los valores, actitudes y conductas de sus grupos de pertenencia, además de darle un matiz propio e individual, ya que la percepción y adquisición de las características grupales pasan por ese individuo. Es decir, que la identidad opera como una perspectiva de lectura y percepción de la realidad social (Pujal i Llombart, 2004).

La identidad son aquellas características que distinguen a una persona y que en buena parte se definen por las interacciones que tienen las personas. List (2005) propone usar el concepto de *planos identitarios*; partiendo del supuesto de que si se entiende a la identidad como una masa amorfa, con diferentes facetas y

caras, entonces el sujeto pone en frente cierto plano en cada situación social. Así, cada plano le permitirá relacionarse de la manera más óptima para sí. De ser así, la identidad no sería estática, sino cambiante; dicho de otra forma, las personas pueden adoptar posturas identitarias en diferentes momentos. Suyemoto (2002) coincide con esta postura, y señala que la identidad tiene diferentes facetas o sub-identidades que se expresan en diferentes situaciones y que son integradas por una identidad central. En este orden de ideas, Rattansi y Phoenix (2004) sostienen la idea de *rangos de identidad*, debido a la multiplicidad de posiciones, que a su vez, derivan de las distintas posiciones sociales que ocupa la persona (género, clase y etnia) y de las formas discursivas a las cuales se integra (como el racismo o la homofobia). Por su lado, Coté (2006) señala tres niveles taxonómicos para su estudio, que bien sintetizan tanto el aspecto cultural, como el individual de la identidad: la subjetividad de la persona, patrones conductuales de la persona y la pertenencia a grupos del sujeto. Así, la identidad es un proceso y se encuentra en constante construcción; es dinámica, cambia, se matiza, varía de cultura en cultura y de sujeto en sujeto. Lo que supone también que a lo largo de la vida, constantemente se construyen y deconstruyen las identidades. Así, es posible, a partir de la socialización con diferentes grupos, construir y deconstruir aspectos identitarios que le vayan acomodando al sujeto en tiempos y espacios específicos.

Estas definiciones remiten a los aspectos psicológicos de la identidad, ya que el sujeto que de/construye su identidad lo hace con un cierto sentido de agencia. Es decir, no es un mero ser pasivo ante los hechos que suceden en sus grupos, él/ella los interpreta y les da un sentido particular (Pujal i Llombart, 2004). Con este sentido dialéctico, los sujetos oscilan entre la semejanza y la diferenciación. Es decir, a través de la semejanza, se desarrolla lo que Pujal i Llombart (2004) denomina identidad personal, que hace referencia a las sensaciones de unicidad, idiosincrasia y permanencia de un *yo* o *self*; en palabras de la autora “la manera como entendemos la identidad, pues, depende directamente de la sociedad, la historia y los grupos que han participado en su interpretación y narración” (p. 101). Claramente, existe un vínculo irrompible

entre la identidad social y la personal, ya que la primera incidirá directamente sobre la segunda. Incluso señala que la identidad homosexual sólo tiene sentido en una sociedad donde lo masculino se diferencia claramente de lo “femenino”, y donde el matrimonio y la familia forman parte de un proyecto político; es decir, donde los grupos diferencian entre hombre y mujer, “femenino” y “masculino”, homosexual y heterosexual. Sin estos elementos eminentemente sociales, el sujeto nunca tendría que pensarse como diferente, como homosexual.

Alrededor de los estudios sobre la identidad, algunas/os autores/as señalan tres grandes corrientes de aproximación (Pujal i Llombart, 2004): la individualista, la psicosocial y la sociológica; mientras otros hablan de epistemología de la identidad, identificando dos corrientes: la moderna y la posmoderna (Coté, 2006; Rattansi y Phoenix, 2004). En este texto, me apegaré a la división que señalan Coté (2006), Ito (2010) y Rattansi y Phoenix (2004), quienes sostienen que las corrientes psicológicas que abordan el estudio de la identidad pueden separarse en dos: la individualista y la social, que corresponden a una mirada moderna y postmoderna, respectivamente. La primera corriente observa al sujeto como un individuo que se forma y esencializa en los primeros años de vida, determinando así, una estructura específica de la *personalidad*, que resulta sumamente difícil de modificar. Por otro lado, la postura postmoderna observa al sujeto en constante construcción y en diálogo con su historia y su contexto, donde los cambios y las definiciones auto-atribuidas son las que caracterizan a las personas.

En cuanto a la primera corriente, se encuentran aquellos/as que sostienen que la identidad se trata de un constructo que es relativamente permanente en un individuo; con ello apuntan a características y rasgos que definen de manera intrínseca a las personas, independientemente de su contexto; señalando etapas, hitos o conflictos que cada individuo debe superar para llegar a la siguiente; si esto no sucede, la persona reflejará dificultades en su vida diaria, que en algunos

casos pueden desarrollarse como patologías. Generalmente usan el nombre de personalidad para referirse a este constructo.

En cambio, la idea de identidad surge desde la perspectiva del construccionismo social (Pujal i Llombart, 2004; Suyemoto, 2002) y del *Interaccionismo Simbólico* (Blumer, 1969/1998), desde donde se le entiende como algo fluido, efecto de condiciones sociales y modelos culturales, específico para cada momento histórico (Jagose, 1996). Para Pujal i Lombart (2004), esta corriente se denomina psicosocial, pues se trata de una especie de juego entre el sujeto y la sociedad. Surge de una epistemología de la subjetividad (Coté, 2006) y de la postmodernidad (Rattansi y Phoenix, 2004), a través de la cual se puede localizar a la identidad en tres aspectos: en las interacciones cotidianas de las personas, como una manifestación mejor entendida en términos transitorios y cambiantes, y como variante dependiendo de la situación en la que se encuentre la persona (Coté, 2006).

La identidad le otorga al individuo un sentido de conciencia y de agencia (Coté, 2006). Es decir que mediante lo que los sujetos dicen y las historias que narran, se puede aproximar a lo que sienten, hacen, creen y piensan. Estas características pueden ser modificadas dependiendo de la ruta que cada sujeto desea tomar. El sentido de agencia le permite a los sujetos entenderse en su mundo social y desarrollarse según las normas, o no. De acuerdo con Pujal i Llombart (2004), la agencia permite tener una sensación de libertad de escoger. Es así como los seres humanos pueden tener un papel activo en la construcción de su propia identidad, tomando como base ciertas reglas y normas de la socio-cultura. Dicho de otra forma, la persona tiene sus propias vivencias, experiencias y sentimientos, las cuales tienen un sentido a partir de categorías grupales y sociales. Estas categorías implican roles, atributos y representaciones que igualan a todas las personas de esa categoría (Careaga, 2004a; Pujal i Llombart, 2004). De tal forma que si pensamos en la categoría “homosexual”, vienen a la cabeza una serie de atributos y representaciones alrededor de la misma

palabra, gracias al contexto socio-cultural. En México se ha encontrado que esta categoría se asocia con palabras como “discriminación”, “libertad” y “joto” (Lozano, 2009). Estas expresiones definidoras dan una idea de cómo se percibe y se entiende a la homosexualidad.

Desde la visión del construccionismo social, Suyemoto (2002) propone pensar en la personalidad como identidad. La identidad resulta ser una característica multi-nivel de las personas, misma que permite una meta-organización interna, tomando en cuenta toda una serie de aspectos: el contexto, la sociedad, las referencias en cuanto al self, etc. Así, Suyemoto (2002) define la identidad como el proceso a través del cual las personas hacen sentido de sí mismas; implica conductas, roles, características y rasgos. Además, la autora señala la existencia de una identidad medular y de identidades periféricas, refiriendo a diferentes situaciones y contextos en donde las personas pueden actuar de forma alternativa, dependiendo de los referentes sociales que tengan. Estas identidades periféricas son integradas a la identidad medular, misma que se encarga de dar un sentido de permanencia y continuidad al yo. Esta significación del “qué soy” puede tomar varios referentes y por tal, tiene diferentes dimensiones. Rotheram-Borus y Fernández (1995), señalan que entre estas dimensiones se encuentran: género, etnia, religión y orientación sexual.

Así, la/s identidad/es son creadas y recreadas a lo largo del tiempo y esto sucede con base en los grupos sociales del individuo: la sociedad presenta roles o instituciones y el sujeto se puede apegar o no a algunos de ellos. Los grupos sociales permiten cambiar significados de uno mismo, en la medida en que los significados son construidos en conjunto, en colectivo, logrando que tanto el individuo afecte al grupo como el grupo al individuo.

Lo importante de resaltar de la visión del Construccionismo Social es que no existe un sólo factor determinante de la/s identidad/es. Más bien, los

significados que el individuo atribuye a sus diferentes acontecimientos y la importancia de los mismos, son los que le van dando forma a esta identidad. Esto impactará en cómo se comporta la persona con su medio circundante y sus experiencias, que a su vez, impactan en el yo. Así, se trata de un proceso dialéctico, de ir y venir (Careaga, 2004a; Horowitz y Newcomb, 2002; Suyemoto, 2002; Pujal i Llombart, 2004)

La visión del *Interaccionismo Simbólico* es similar, sin embargo esta perspectiva teórica pone énfasis en las interacciones relacionales. Es decir, los significantes que comparte un grupo son medulares para la construcción identitaria (Longmore, 1998). El *Interaccionismo Simbólico* también señala que son relevantes las interpretaciones individuales que se le dan a las interacciones cara-a-cara y frente a frente (Whittier y Melendez, 2007). La propuesta teórica para el estudio de la sexualidad desde el *Interaccionismo Simbólico* se ha acuñado con el nombre de *guiones sexuales* (Gagnon y Simon, 1973 en Plante, 2007) que son discursos sociales no escritos que van señalando el campo que cada sujeto debe seguir en su vida sexual. Los guiones sexuales ubican tres niveles de guiones: escenarios culturales, guiones intrapsíquicos y guiones interpersonales. Los escenarios culturales se refieren a los aspectos culturales que indican el qué, cómo, cuándo, dónde y porque de las metas sexuales; son guiones históricos y culturalmente específicos. Los guiones intrapsíquicos se refieren al mundo interno de deseos, fantasías y también son formados por la cultura. Finalmente, los guiones interpersonales, son patrones de interacción y generalmente se trata de una especie de combinación entre los deseos del mundo interno y las metas culturales.

La propuesta de guiones sexuales señala que toda conducta sexual está escrita a partir de un guión determinado socioculturalmente que permite que se lleve a cabo (Whittier y Melendez, 2007). Esta perspectiva puede servir como una herramienta acertada para analizar conductas y significados específicos,

siendo una herramienta útil para estudiar la subjetividad y los efectos surgidos de las interacciones entre actores, como puede ser el eje central de la vida social (Castro, 2010).

Así, se observan dos grandes corrientes dentro de las propuestas teóricas sobre la identidad. La primera o clásica, incluye las propuestas lineales, donde se presupone la existencia de un individuo que debe pasar o superar una serie de etapas o hitos en ciertos momentos de su vida (énfasis en los primeros años de vida), para poder pasar a los siguientes de forma completa, adecuada y sana; y cuando eso no sucede se presentan problemáticas y malestares en la vida del individuo. Las ventajas de esta corriente es que enlista una serie de características para cada momento vital, facilitando la comprensión de esa etapa/hito. Sin embargo, la desventaja es que esto se vuelve una visión reduccionista en donde se invisibiliza el carácter diferencial y justamente individual de la persona, suponiendo un carácter ahistórico. Es decir, la persona se observa como una etapa de vida, más que una persona con una historia, familia, experiencias y características particulares en un espacio histórico y geográfico particular. La postura lineal descontextualiza a los individuos y puede inclusive llegar a patologizarlos. Este fue el caso de las personas homosexuales, que desde finales del siglo XIX se comprenden como desviados y se busca la causa de su homosexualidad y una forma de revertirla, como forma de control (Foucault, 1978). El resultado final de los modelos lineales es un individuo con una personalidad estructurada e inamovible.

La segunda corriente señala el carácter dinámico y constructivo permanente de la identidad. Es decir, la personalidad es un aspecto de los sujetos que se construye y reconstruye a su propia manera, pero todo el tiempo. El sujeto toma referentes de sus grupos sociales cercanos, como la familia, la escuela, el vecindario, la comunidad, el trabajo, etc. En estos grupos sociales se reproducen los valores y creencias culturales de la sociedad. Así, a través de la socialización

y endoculturación, el sujeto va asimilando estos componentes, no como un receptáculo pasivo, sino que le da su propio significado particular (Blumer, 1998). A su vez, el sujeto interactúa con sus grupos y medios, armando una relación diádica. Es así como el proceso de la identidad se vuelve dialéctico (Careaga, 2004a): existe un intercambio permanente entre sujeto y sociedad. Por su parte, esto permite al sujeto sentirse parte de otros grupos, asumir características de ellos, pero también darle su propia significación (Tarres, 2007). La ventaja de esta postura es justamente entender al sujeto como parte de un contexto más amplio, con una historia y experiencias particulares, en donde lo biológico y lo social se juntan (Plummer, 2003). En vez de reducirlo, lo amplía. Sin embargo, esto puede plantear dificultades metodológicas pues en tanto que cada sujeto tenga una identidad propia, que si bien puede tener coincidencias con otros sujetos, el énfasis se coloca sobre la particularidad de cada uno.

Queda claro que la identidad fundamentalmente es de carácter social, y siguiendo la conceptualización de la identidad con facetas o planos, se puede comprender que hay elementos que producen una gran identidad. Al respecto, la academia y la literatura disponible han remarcado la importancia de tres tipos de identidad que me parecen fundamentales para la comprensión de la identidad gay. De esta forma, sostengo que la identidad gay está constituida por lo menos por estos tres elementos: la identidad sexual, entendida como la atracción y el deseo por otra persona; la identidad de género, o la manera en que las personas hacen sentido de su ser en términos de la cultura de género en la que viven; y la identidad social, aquello que es nombrado y promovido por un colectivo o grupo. En los siguientes apartados analizaré estas tres dimensiones a la luz del movimiento gay y sus implicaciones sociales y subjetivas.

4.1. Teoría Queer e identidad sexual

A principio de la década de los años noventa, surge una crítica discusión hacia las concepciones de la identidad, específicamente en el marco de los estudios de género, los estudios feministas, y los estudios gay y lésbicos (Fonseca y Quintero, 2009; Jagose, 1996; Preciado, 2009). El resultado de este cuestionamiento se denomina como *Teoría Queer*, que tiene su espacio epistemológico en la *Teoría Crítica*. La *Teoría Crítica*, propia de la *Escuela de Frankfurt* de principio del siglo XX, busca una transformación de los sistemas e instituciones actuales, cuestionando las implicaciones institucionales de miradas epistemológicas hegemónicas del momento, como lo era el positivismo. Se observa en ellos el objetivo de buscar la emancipación de grupos vulnerados y marginados, incluyendo las minorías o disidencias sexuales a través de la transformación de los sistemas de control y poder (Foucault, 1978). Desde esta postura, las normas sociales y las instituciones que la reproducen, limitan a los sujetos a expresiones reglamentadas y controladas; frente a ello, la *Teoría Crítica* se propone una transformación profunda de las comunidades y sociedades (Cortina, 2008). Esto, por supuesto, implica una transformación de las identidades, dando por supuesto que éstas surgen en el diálogo de las personas con su entorno. En esta transformación profunda, la teoría busca alejarse de la racionalidad que caracteriza a la Ilustración, es decir, de la concepción de los sujetos como activos en sus construcciones y en su cotidianidad, haciendo énfasis en aspectos que no tienen que ver con la razón y en la dialéctica de las construcciones. De esta forma, estudiar desde la *Teoría Crítica* significa contextualizar el objeto de estudio en un momento histórico preciso y cuestionar la normatividad que desde las instituciones puede regir al objeto. En otras palabras, la *Teoría Crítica*, así como otras teorías construccionistas, permiten entender la diversidad y pluralidad de las identidades, así como el potencial transformador que poseen. Para fines de este proyecto, considerar la postura epistémica de la *Teoría Crítica*, permitirá valorar la identidad de cada sujeto como un desarrollo idiosincrático y único, que desde la luz de lo colectivo permitirá visibilizar aspectos de índole social y cultural que sujetan su forma de vida.

Se ha sostenido que la *Teoría Queer* tiene sus bases teóricas en los postulados de Foucault, quien argumenta que la autoridad y el poder de las instituciones existe para la producción y reproducción del lenguaje y de las realidades, generalmente jerárquicas e injustas. Preciado (2009) sostiene que la *Teoría Queer*, más que una teoría, se trata de una mirada crítica a las aproximaciones teóricas que han estudiado a las identidades y es una mirada que surge honestamente crítica y reivindicativa sobre la disidencia sexual, caracterizada por ser una oposición radical a la norma. Halperin (2004) sostiene esta idea al señalar que lo *queer* indica una posición que enfrenta a lo normativo, lo cual pone el concepto a disposición de cualquiera que se sienta marginado/a. Además indica que desde lo *queer* se puede pensar en una diversidad de posibilidades para pensar conductas sexuales, identidades genéricas, formas de conocimiento y representaciones. Para este autor, el objetivo de la *Teoría Queer* es producir un sujeto homosexual capaz de conocer, es decir, hacerlo un sujeto epistemológico y una opción legítima de conocimiento.

La propuesta *queer* es necesaria cuando se comprende que, debido a los sistemas o matrices culturales a través de los cuales el género y la identidad se hacen inteligibles, una serie de sujetos o identidades no pueden existir (Butler, 1992; Jagose, 1996). Butler (1992) propone una matriz cultural desde donde existe una coherencia a priori entre sexo-género-deseo; considerando como abyectos a los cuerpos que no entran en esta matriz. La propuesta de Núñez (2000), que se basa en los estudios de Butler (1992), puede ayudar a entender a la marginación de los hombres homo-eróticos. Núñez sostiene que existe una matriz que ordena las relaciones entre identidades sexuales, de género y erótica-afectivas, en términos binarios.

Para Butler, quien acuña el término *queer* (2001), se trata de una repetición performativa del discurso. La repetición de las normas es lo que

permite la condición temporal para el sujeto; repeticiones restringidas por las mismas actuaciones. Además, señala, que sólo cuando se puede nombrar, cuando se ocupa el discurso, es cuando se constituye el sujeto. De forma que cuando no se nombraba al homo-erotismo, este no existía; cuando se nombró, existió marginado y no inteligible. Asimismo, señala que la palabra *queer* adquiere su fuerza a través de la invocación repetida, siendo esta repetición lo que acumula la fuerza de la norma que autoriza ciertas prácticas. En otras palabras, repetir es como fotocopiar la original, pero la copia nunca será igual a la original, sino que tendrá cambios. Las performatividades *queer* entonces, permiten cambios progresivos diferentes a la norma. Lo *queer* nombra de manera distinta a lo que se nombre como gay, lesbiana, sexualidad y recuerda los riesgos que trae nombrarlo así; como una oposición colectiva de resistir a las instituciones. En pocas palabras, el término expresa una afiliación a la política antihomofóbica y apunta hacia una transformación de las instituciones que norman el género y la sexualidad (Butler, 2001). En este sentido, de Lauretis (2010) señala que la *Teoría Queer* llegó con un esfuerzo por evitar distinciones finas en cuanto a los planteamientos sobre identidades LGBT⁶, negras, étnicas, chicanas, etc. y no adherirse a alguna terminología dada, sino más bien para transgredirlas, transformarlas y problematizarlas.

Lo *queer* propone eliminar las categorías y los límites entre ellas, reconociendo a las identidades como construcciones sociales, con una genealogía histórica particular. No es que no existan las identidades como categorías sociales, sino que para la *Teoría Queer*, existen como construcciones particulares e idiosincráticas, subjetivas, desarrolladas a partir de la articulación de prácticas sexuales, deseo, conductas y actitudes (List, 2009), en espacios culturales, geográficos e históricos particulares. No se trata de olvidarnos de la existencia de la identidad, sino de mantener una postura sumamente crítica a la manera en que éstas son construidas y desarrolladas; como bien señala Preciado, “*es necesario*

⁶ Acrónimo que reúne a las identidades lésbica, gay, bisexual y transexual.

someter su propia identidad a crítica” (2012). Así, se trata de un posicionamiento crítico político e identitario que implica el análisis subjetivo y social.

La propuesta *queer* no sólo aborda la cuestión de la sexualidad desde aspectos sociales, sino que también internos a las vivencias subjetivas. En el aspecto más subjetivo, de Lauretis (2008) reflexiona sobre el constructo de la sexualidad en los cuerpos y señala que para ella se trata de un sentido del sí-mismo construido a partir de la orientación sexo-afectiva y de la comodidad que la persona tiene con su propio cuerpo. Señala que se trata de las representaciones mentales de los objetos de deseo, incluyendo al propio cuerpo, así como de las fantasías en donde el placer sexual se puede obtener. Así, hay una centralidad sobre las emociones con respecto al cuerpo, como ejes de la propia identidad sexual. El cuerpo es central, bajo el entendido de que éste le da sentido a la identidad. Como otras autoras feministas, de Lauretis (2008) sostiene que la identidad sexual se construye a partir del género, entendiendo a éste como un sistema que ordena a la vida social y todas sus expresiones (Blazquez, 2010; Butler, 2001). Estos sistemas de género indican lo posible y lo no posible, lo permitido y lo no permitido. En las palabras de Lauretis, “...como la sexualidad, el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales...por el despliegue de una tecnología política compleja” (p. 9, 1989).

Un aspecto fundamental de los guiones sexuales es la escritura intrapsíquica que obedece a la parte más interna del deseo y de la subjetividad de cada persona. Plante retoma la definición de Tolman (2003, en Plante, 2007) sobre la *subjetividad sexual*, al decirnos que se trata de “el sentido de cada persona sobre sí mismo/a como un ser sexual, combinado con una sensación de agencia y la habilidad de detectar los propios deseos” (p. 33, 2007). En tanto, la *identidad*

sexual la define como “todas las formas en que la gente opera en una esfera sexual socialmente definida, se observan como seres sexuales y logran un mayor o menor grado de consistencia en sus experiencias sexuales” (p. 33, Epstein, 1991, en Plante, 2007). Finalmente, la combinación de la subjetividad y la identidad sexual, se unen en un *yo sexual*, que termina siendo una combinación de capacidades corporales, cognitivas y emocionales, un producto de lo privado y lo público, de lo individual y lo contextual.

Wittig (2006) aclara que, más que un sistema de género que ordena, existe un discurso heterosexual que oprime prácticas e identidades particulares. Se oprime a hombres gay y a mujeres lesbianas cuando se niega toda posibilidad de hablar en términos que no sean heterosexuales. Esto implica una no-referencia a sus propios deseos y por tal un ocultamiento de los mismos: “niega la posibilidad de crear nuestras propias categorías” (p. 49, 2005). Esto indica que la identidad sexual se construye en términos heterosexuales. Otros autores coinciden con esta línea de pensamiento, sosteniendo que el género se construye en la arena de la sexualidad, una sexualidad orientada a la reproducción, exigiendo una heterosexualidad para todos/as (Blumenfeld, 1992; Connell, 1995; Pelligrini, 1992; Schwartz, 2007). Desde aquí, se puede sostener que quienes rompen con la barrera de la heteronorma y de la homofobia, podrán entonces identificarse a través de otros discursos y términos que ellos mismos producen y crean.

El pensamiento de Wittig respecto a la identidad sexual coincide con planteamientos propuestos por Butler (2001) y Preciado (2002), pues estas autoras coinciden que en el cuerpo humano se inscriben los discursos heteronormativos y de género, a partir de los cuales podemos entender a cada cuerpo como mujer o como hombre. Estos cuerpos son naturalizados y biologizados, en el entendido de que se usan para la reproducción, centrándose en las funciones de los genitales, sus reacciones y sus fluidos. Preciado (2002) retoma el concepto de *tecnologías* de Foucault y analiza que existe una tecnología sexual que “identifica los órganos

reproductivos como órganos sexuales, en detrimento de una sexualización de la totalidad del cuerpo” (p. 20, 2002). Es como resultado de esta tecnología que existen los cuerpos abyectos, aquellos cuyo deseo no cumple con el fin de reproducción. Entonces, la “identidad sexual no es la expresión instintiva de la verdad pre-discursiva de la carne, sino un efecto de re-inscripción de las prácticas de género en el cuerpo” (p. 25, 2002). La identidad sexual, visto de esta forma, es el resultado de fuerzas a priori del cuerpo y del sujeto, en tanto que estos discursos han sido naturalizados.

Para Careaga (2010), que sostiene las ideas de Lauretis y Foucault, señala que las identidades desde la *Teoría Queer* son historizadas, es decir que son productos de genealogías específicas, más que de estilos o de tipos eternos y duraderos. Esto implica entender a la sexualidad de manera fluida, a diferencia de categorías esenciales y a asumirla como incoherente a los lineamientos sexo-genéricos y patriarcales. Por último, nos indica el carácter inconcluso de la *Teoría Queer*, de una desconfianza que guarda frente a la teorización permanente, inclusive de ella misma; pues el análisis del “deseo, desde las relaciones socio-políticas de poder, el sistema sexo-género y los desafíos transgresores” (Careaga, 2010, p. 59), que son elementos desde los cuales propone estudiar, son siempre cambiantes e incompletos. List (2010) entiende a la propuesta *queer* como la oportunidad para que los sujetos desarrollen sus propias propuestas de identidad, por más complejas que sean, sin ser sancionados/as socialmente. Retomo su propuesta cuando señala:

“...lo queer alude precisamente a ese vaciamiento, a esa ausencia de identificación con los elementos normativos y plantearse una construcción personal a partir de una particular articulación entre la práctica sexual, el deseo y los aspectos relativos a comportamientos y actitudes que harían referencia a los aspectos genéricos.” (List, 2009, p. 225)

Así planteado, estamos hablando de una utopía, pues como hemos visto, ninguna identidad se construye sin referente a algo externo, a lo normado. Además, en el Estado actual (como organización política), las identidades son lo que nos permiten dialogar con las autoridades y el gobierno; lo que indica que la política sexual se basa en la existencia de identidades con demandas particulares. Sin embargo me parece que la propuesta de la *Teoría Queer* nos permite ver en el horizonte otras formas de ser, alejadas de normatividades restrictivas y plantearnos la posibilidad de construir otras normas que permitan cualquier cantidad de posibilidades, alejadas del control estatal. En el marco de este proyecto, la *Teoría Queer* presenta una forma de des-patologizar a las identidades con un deseo homo-erótico y a las identidades gay, específicamente, ya que permite de-construir los referentes normativos a partir de los cuales se desarrollan las identidades gay, así como proponer nuevos referentes para ello, o bien validar referentes que ciertos individuos ya toman para su desarrollo identitario, alejado de la hegemonía y exclusión. Me parece menester, para comprender la manera en que la identidad gay ha sido excluida, hacer una revisión de la historia detrás de este concepto y aquellos ligados a él, así como de las implicaciones que ha tenido en la construcción de la identidad.

4.2. Homosexualidad: antecedentes históricos y sus implicaciones identitarias

La *homosexualidad* actualmente se entiende como la atracción sexual y afectiva hacia personas del mismo sexo (Álvarez-Gayou, 2000; APA, 2004). Sin embargo, se trata de una categoría que surgió a mediados del siglo XIX en Alemania. Antes de este momento histórico, dicho fonema no existía. Previo a este surgimiento, las personas que mantenían conductas sexuales con personas de su mismo sexo habían vivido discriminación y rechazo de diferentes formas (Baile, 2008).

En la época medieval surgen una serie de restricciones estrictas sobre la conducta sexual con la institucionalización de la Iglesia Católica en toda Europa. Estas restricciones prohibieron cualquier conducta sexual no destinada a la reproducción y surge el concepto de *sodomía* para nombrar la práctica de sexo anal. Por tal, que dos mujeres o dos hombres compartieran actividad sexual se prohibió y llegó a ser castigado con la hoguera y la tortura. Las personas que llevaron a cabo conductas sexuales homo-eróticas, llegaron a ser perseguidas y asesinadas, en otras palabras, eran tratadas como criminales. La conducta más penada era la sodomía, practicada por hombres o por mujeres, pero era más sancionada cuando la practicaban hombres (Guasch, 2007; Foucault, 1978; Lizárraga, 2003; Margolis, 2004; Weeks, 2000; Zubiaur, 2007). Por supuesto que esto generó una serie de valores, creencias y actitudes sociales en oposición a dichas prácticas, mismas que se fueron institucionalizando como parte de la cultura y compartiendo a lo largo del tiempo, basándose en el discurso religioso del pecado (Parrini, 2011a).

Es hasta el siglo XIX, cuando surge “homosexual” como categoría. El surgimiento de este nuevo concepto lleva a un cambio de paradigma, según Zubiaur (2007): de verse como una conducta, pasó a entenderse como una característica que definía a las personas con una predisposición a dichas conductas, como parte esencial de la personalidad, es decir, como una identidad (Foucault, 1978; Jagose, 1996; Núñez, 2000; Zubiaur, 2007). Al tiempo que esto permitió que las personas homosexuales pudieran tener un referente con el cual identificarse y nombrarse, también permitió la patologización de estas mismas personas puesto que, al generar una categoría identitaria, se hablaba entonces de una esencia y naturaleza del homosexual (Foucault, 1978; Weeks, 2000; Zubiaur, 2007).

En la Alemania del siglo XIX, la actividad sexual entre dos varones se castigaba con la cárcel. En 1863 se hacen públicas una serie de cartas de un

funcionario público, de nombre Ulrichs, quien se asumía como un amante de los hombres. Para él, el amor se daba en binarios y polos, donde predominaba el masculino-femenino. Este personaje no usó el término homosexual, sino que acuñó “uranita” para referirse a los hombres de “otra naturaleza” o contranaturales. Desde aquí se pueden observar algunos de los primeros tintes de patologización (Zubiaur, 2007).

El concepto *homosexual*, como tal, surge en el auge de la discusión de ciertas reformas legales, en donde Kertbeny, quien acuñó el término, buscó la descriminalización de las personas que mantenían conductas homo-eróticas. Tanto Ulrichs como Kertbeny señalaron que se trataba de una desviación de la norma de lo común. Foucault (1978) analiza el surgimiento del concepto de manera extensa y señala que es en la década de 1870 cuando “*el homosexual*” aparece en la literatura médica y científica. Con esto, el hombre homosexual pasó de ser un sodomita (alguien que llevaba a cabo conductas prohibidas), a ser “un personaje, un pasado, un caso de la historia, una infancia, además de ser un estilo de vida, una forma de vida, una morfología...” (p. 43). En este sentido, la norma, lo típico, se trataba de la “heterosexualidad”, término que nace junto con el de “homosexual”. Surgen así dos identidades, la heterosexual: que es normativa y correcta; y la homosexual: que es enferma y desviada.

En México la historia del homo-erotismo, aunque inscrito en un contexto global más amplio en donde se reproducen normas y reglas, ha tenido sus propias particularidades. Existen documentos históricos con narrativas contradictorias respecto a la aceptación o tolerancia del homo-erotismo en el México precolombino. Por una parte, Lizárraga (2003) afirma que para los nahuas, se trataban de conductas altamente castigadas; mientras que Lumsden (en Cruz, 1997) sostiene que el erotismo entre hombres y entre mujeres era una práctica común para algunos grupos indígenas, como zapotecos, huastecos y totonacas.

Monsiváis (1998) nos describe que desde la llegada de la conquista española y católica, las prácticas religiosas que se instauraron en nuestro país imposibilitaron hablar y tratar abiertamente temas vinculados a la sexualidad. No obstante, las prácticas de la cultura madre, como la prohibición de conductas sexuales no destinadas a la reproducción continuaron en este continente, por lo que las prácticas homo-eróticas como la sodomía se castigaban con la hoguera. Esto no significó que las prácticas homoeróticas no se llevaran a cabo. El mismo autor indica que desde la segunda mitad del siglo XIX los encuentros clandestinos de varones era cosa común, en fiestas y reuniones privadas, y también era común que éstas fueran interrumpidas violentamente por el poder judicial. Los asistentes a estas reuniones solían ser castigados con la cárcel, con trabajo comunitario o con castigos sociales como la ridiculización pública. Esta humillación se hacía al vestirlos de mujeres, aludiendo a un claro menosprecio por realizar actividades consideradas femeninas e inferiores. *El baile de los 41* fue un hecho que ejemplifica claramente el trato hacia el homo-erotismo, se trató de una reunión de hombres, donde algunos se encontraban vestidos con ropa reconocida como de mujer, que fue interrumpida por la policía y cuyos asistentes fueron ridiculizados a través de caricaturas en diferentes periódicos (Diez, 2010; Laguarda, 2009; Monsiváis, 1998).

De tal forma que las prácticas e identidades que ahora se conocen como homosexuales han sido discriminadas de una u otra forma desde su existencia en la cultura Occidental. Primeramente, se criminalizó con castigos como la cárcel, la hoguera y la tortura. En segundo, pasó a ser una identidad enferma que merecía, en el mejor de los casos, ser curada (Baile, 2008; Guasch, 2007; Lizárraga, 2003; Weeks, 2000). Esto permitió la medicalización del cuerpo del homosexual, así como otra serie de controles sociales para limitar la vida y la expresión de las personas homosexuales (Foucault, 1978). Al mismo tiempo, Laguarda (2009) advierte que fue gracias a la construcción de la categoría de homosexual que se posibilitó el surgimiento de una identidad gay en momentos históricos posteriores.

En el siglo XX comenzaron una serie de investigaciones sobre la expresión y la causa de la homosexualidad, entendiendo a ésta como una desviación de lo típico. Años después, Kinsey, Pomeroy y Martin en 1948 y Kinsey, Pomeroy, Martin y Gebhard en 1954 llevaron a cabo estudios amplios sobre la conducta sexual humana, encontrando que un porcentaje muy bajo de la población tenía conductas sexuales exclusivamente heterosexuales u homosexuales. Así, situaron a la mayor parte de la población como bisexual. Esto es un hallazgo sostenido por el psicoanálisis; el mismo Freud (1903/1972) señaló que los seres humanos nacen con una bisexualidad psíquica, cuestión que indica la posibilidad de ser tanto heterosexual como homosexual en la vida adulta. Ambos autores generaron gran controversia en su tiempo, sin embargo, se puede considerar que abrieron la puerta a entender la vida sexual humana como no estática sino como flexible y cambiante.

En el siglo XX, México se ve afectado por culturas extranjeras en diferentes áreas, incluyendo la sexualidad. Los escritos de Freud sobre el tema son bien recibidos y Monsiváis (1998), en un ensayo sobre las formas de vida de hombres homosexuales en la primera mitad del siglo XX, reporta cierta apertura hacia conductas sexuales, sobre todo en grupos de intelectuales. No obstante, la homofobia genera que se siga medicalizando y marginando a aquellos con prácticas homo-eróticas (Diez, 2010). Además, la discriminación de clase funcionaba en el campo del homo-erotismo pues hombres de clase alta solían estar exentos de los castigos gracias a los recursos económicos a su disposición, mientras que los de clases más bajas eran considerados “jotas de tortillería” y violentados físicamente (Monsiváis, 1998).

En este sentido, noto que impera un doble discurso respecto a la sexualidad en México, las prácticas eróticas con personas del mismo sexo no eran “oficialmente” castigadas a través de leyes o reglamentos, pero sí en la

cotidianidad social. De hecho, las conductas homo-eróticas eran consideradas *faltas a la moral*, según los reglamentos judiciales del siglo XX (Parrini, 2011a). Este doble discurso ha sido discutido en términos del homo-erotismo y la sexualidad, renombrado como *modelos híbridos* (Carrillo, 2005), y encontrando que éstos permiten sentar las bases para prácticas y actividades no esperadas o poco comunes dentro de la cultura, aunque a su vez, pueden permitir el desarrollo la violencia y la discriminación.

Estas condiciones de opresión, así como el movimiento gay mundial (específicamente el que se desarrollaba en Estados Unidos) y los movimientos de resistencia social como el de las mujeres y de los estudiantes de 1968, impulsaron a un pequeño grupo de hombres y mujeres homo-eróticos/as a salir a la calle en búsqueda de igualdad de derechos en la década de los setenta y se vieron enfrentados a fuertes opresiones de parte del poder judicial (Diez, 2010, Moreno, 2010). Laguarda (2009) afirma que el movimiento estudiantil de 1968 fue un importante precedente que animó a grupos de hombres y mujeres homo-eróticos a movilizarse, cuestión que permitió que en la década de los setenta se empezaran a organizar grupos con miras a reivindicar los derechos homosexuales. La misma década fue caracterizada por un crecimiento económico, sobre todo por hombres de clase media. Es así como hombres homo-eróticos de este nivel socio-económico, gozaron de viajar frecuentemente, sobre todo a Estados Unidos, donde conocieron el estilo de vida gay: fiestas, bares, discos y cafés; donde se sentían libres de coquetear, conocer a otros hombres y vestirse como gustaban, sin ser estigmatizados. Fue este grupo particular de hombres el que importó el término *gay* a México, en función del estilo de vida, más que del sentido político del mismo (Laguarda, 2009).

Fue gracias a estos movimientos y de las posibilidades económicas de los hombres que surge la categoría de *gay*, misma que permitió redefinir las formas tradicionales de la “masculinidad” y de la sexualidad para el grupo de hombres

homo-eróticos en México. Este cambio conceptual sobre la homosexualidad llevó a romper el clásico binomio activo/pasivo o penetrador/penetrado en las relaciones entre hombres y establecer nuevas dinámicas de relaciones afectivas y sexuales (Laguarda, 2009).

De acuerdo con Laguarda (2009), el movimiento gay se volvió político en el momento en que como grupo, hombres y mujeres homo-eróticos/a salieron organizados/as a la calle, evento que sucedió en la marcha del 2 de octubre de 1978, 10 años después del movimiento estudiantil. Sin embargo, Diez (2010) informa que fue el 26 de julio de 1978 cuando un grupo organizado de homosexuales salió a marchar en contra de un régimen represivo. En 1980 se lleva a cabo la primera marcha del orgullo homosexual, con una serie de grupos activistas organizados (Lizárraga, 2003). Así, observo dos fenómenos paralelos en el movimiento mexicano; por un lado, un grupo sumamente politizado que buscaba organización entre hombres y mujeres homo-eróticos/as, con miras al disfrute de condiciones de igualdad; y por otro, un grupo de clase media que goza del estilo de vida gay, importado desde EEUU y sin un objetivo político. Queda por explorar de qué manera se vive la categoría de gay en la actualidad, ya que es posible que ésta se haya politizado o que siga refiriendo un estilo de vida, o a una combinación de ambas.

Por otro lado, en los ochenta, con la epidemia del VIH/SIDA, la reivindicación de los derechos homosexuales se vio obstruida puesto que la opinión pública acerca del tema giraba alrededor de creencias religiosas, que dificultaron un avance significativo en la materia (Diez, 2010; Lizárraga, 2003; Monsiváis, 1998). Por otro lado, hay quienes afirman que la epidemia del SIDA permitió una nueva organización de colectivos gay que pudieron unirse para exigir derechos para hombres infectados con el VIH (que principalmente eran gay u homo-eróticos), como derecho a la salud, derecho al trabajo y derecho al buen trato (García, 2009).

Las dinámicas entre varones homo-eróticos también fueron particulares durante esta época, por ejemplo, el concepto de *pareja* no existía, sino que se nombraba como “mi amigo” (Gallego, 2010). En realidad, no es hasta entrada la década de los noventa que este concepto cambia y re-estructura la forma de emparejamiento entre hombres, permitiendo mayores expresiones de afecto en espacios públicos (como en las calles, parques y restaurantes) y ampliando la visión de la sexualidad entre hombres a aspectos afectivos y amorosos, por ejemplo.

En la actualidad, desde la academia y la ciencia, se sigue trabajando con el concepto de homosexualidad, entendiéndola como una orientación sexual donde la persona se siente atraída por personas de su mismo sexo (Álvarez-Gayou, 2000). *Orientación sexual* difiere del concepto de *preferencia sexual*, en tanto que no se trata de una elección necesariamente voluntaria sino de una emoción del individuo difícilmente modificable (Álvarez-Gayou, 2000; APA, 2004). En México, ha habido una resistencia de parte de los gobiernos a nombrar la orientación sexual o inclusive la preferencia sexual y en documentos oficiales, como la Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación, se hace referencia a no discriminar por motivos de *preferencias*, sin especificar.

Núñez (2000, 2005) discute sobre el concepto de homosexualidad, señalando que su surgimiento remite a la descripción de un ser potencialmente enfermo, a la conformación de una identidad, más que a la delineación de la orientación de un deseo y un afecto. Es decir, es un concepto que describe a un ser (generalmente hombre) desviado de la norma, perverso, enfermo y que generaliza al deseo homo-erótico como patológico, en otras palabras, un ser centrado en lo sexual. Asimismo, “la homosexualidad” se convierte en el aspecto que define a este ser, haciendo a un lado otras características, rasgos, roles y dimensiones de la persona. Esta identidad, que ha contribuido a la generación de estereotipos y

prejuicios sobre la homosexualidad, surgió en un momento histórico específico y se ha comprobado que se aleja del ser enfermo y perverso. Núñez (2000) propone el uso del término “homo-erótico” para referirse a una sola dimensión de la identidad de la persona, que tiene que ver con el ejercicio de la sexualidad sin excluir otras áreas identitarias. Así, los homo-eróticos, son personas que gustan de mantener conductas sexuales con personas de su propio sexo y cuyo deseo sexual está orientado a personas de su mismo sexo. En este texto he adoptado el uso del término “homo-erótico” justamente porque no señala la construcción de una identidad sino de un deseo y sus prácticas

Tanto Cruz (2002) como Núñez (2005), refieren que la popularización del concepto *orientación sexual* ha llegado a enfatizar y centrar la atención en el aspecto meramente sexual y genital de la sexualidad, invisibilizando los aspectos afectivos, cariñosos y amorosos que puede compartir cualquier tipo de pareja, ya sea homo-erótica, hetero-erótica, noviazgo, matrimonio, etc. Los autores indican que en el caso de las personas homo-eróticas, el énfasis en el aspecto sexual y la invisibilización de los demás aspectos, presta y facilita el ejercicio de la discriminación. Una persona homo-erótica no nada más comparte conductas sexuales con su pareja sino que es capaz de enamorarse, encariñarse y amar. Opté por usar el concepto *orientación sexual y afectiva*, esperando que el agregado permita agrupar otros aspectos de tipo emocional en el ejercicio de su sexualidad. Así, podemos señalar la centralidad que tienen tanto la sexualidad como la afectividad en el homo-erotismo.

De manera un tanto paralela al surgimiento del concepto gay, surge en México el concepto de *diversidad sexual*, como resultado de nuevas políticas sobre derechos sexuales y reproductivos (Mogrovejo, 2008). Durante la década de los sesenta, en México comienza a haber políticas públicas destinadas al control de la natalidad, bajo la idea de que el desarrollo económico y social de un país es más fácil con una población menor. Si bien la legalización de métodos

anticonceptivos como resultado de estas políticas permitió el uso del cuerpo en la sexualidad de manera más libre, específicamente el cuerpo de las mujeres, también representó, en los ochenta, una manera de ejercer sexualidad “segura” entre hombres.

Según Mogrovejo (2008), es hasta los noventa que grupos e identidades homosexuales -gays, lesbianas y trans-, se apoyan en el concepto de derechos sexuales y reproductivos, en el marco de las políticas anti-crecimiento poblacional. Bajo estos derechos, se agrupan como “minorías sexuales”, con la finalidad de encajar en esta agenda y ser liberados/as de prohibiciones y estigmas para la práctica de su sexualidad. Estas identidades se nombraron de “*diversidad sexual*”, con todo lo que ese concepto implica. Como resultado, Mogrovejo (2008) y Núñez (2005) sostienen que se obtuvo una inclusión de identidades homo-gay-lésbica-trans en la heterosexualidad, en una hetero-normalización. A su vez, esto implicó la pérdida de todo sentido crítico que cuestionaba la política heterosexual y apoyaba la política no-heterosexual.

En este sentido es que Núñez (2005) identifica tres usos para el concepto de diversidad sexual: un concepto paraguas para nombrar a todas las sexualidades posibles y existentes; un eufemismo que se usa para referirse de manera “decente” y políticamente correcta a otras identidades como gay, lesbiana, trans, jota, lencha, marimacha, puto, etc.; y un tercero, para referirse a la otredad no heterosexual. La crítica al concepto de “diversidad sexual” radica en que su uso pierde su valor crítico y su potencial de transformación. Si bien es útil que el movimiento gay se una al concepto de derechos sexuales y reproductivos, desde donde puede anclar protestas y peticiones, también lo es que el discurso de los derechos humanos implica la hetero-normalización de la sexualidades no hetero-eróticas y de otras formas de vivir la sexualidad que no sean las establecidas por el patriarcado (es decir, familiares, monógamas, heterosexuales y destinadas a la reproducción). En cambio, Careaga (2010) observa el concepto de *diversidad*

sexual como uno útil para difuminar las líneas entre las categorías de identidades sexuales, aunque reconoce que éstas han sido insuficientes. Este concepto permite revisar y redefinir el concepto de sexualidad y aproximarse a él como un producto social que abarca, según esta autora, dos grandes dimensiones: la orientación sexual y la expresión sexual, que en ningún caso son lineales, sino que se superponen e interactúan entre sí para cambiar constantemente (Careaga, 2010).⁷

De esta forma, diferentes autores como Guasch (2007), Mogrovejo (2008) y Núñez (2005) optan por no usar el concepto de *diversidad sexual* sino adoptar el de *disidencia sexual*. Mogrovejo sostiene:

“Seguir hablando desde la disidencia sexual, y no desde la ‘diversidad sexual’, expresa un posicionamiento político de resistencia a todo intento de ‘normalización’ o integración a una sociedad donde los financiamientos pueden transformar el sentido real de los problemas sociales y modificar las metodologías de trabajo y, en consecuencia, también los discursos”. (p. 71).

Retomar esta recomendación significa entender a la heterosexualidad como una institución de control para el mantenimiento del patriarcado (Butler, 2001, 2004; Foucault, 1978; Guasch, 2007; Mogrovejo, 2008; Núñez, 2005;

⁷Desde mi punto de vista, la lucha por la igualdad no es a través del reclamo de derechos, sino a través del trabajo hacia la erradicación de la homofobia, hacia un espacio donde los binarismos de género, de sexo y de erotismo (ver Núñez, 2005) no tienen importancia. Es posible que usar el discurso de derechos sea un paso hacia la igualdad, sin embargo, no hay que olvidar que este paso implica un acercamiento al modelo patriarcal hetero-normativo, en donde a final de cuentas se sigan respaldando instituciones normadas por el género, que siguen excluyendo y marginando. El planteamiento que sostengo se asemeja a lo que Butler sostiene al señalar que la transformación y la transgresión de normas y reglas sexuales siempre se hace en función de una norma patriarcal y hetero-normativa. Sin embargo, es a través de pequeñas modificaciones o de estas copias de la norma, que en tanto copias, nunca serán iguales a la norma original y por tanto, cambian y transforman. Hablar de igualdad no significa que todos/as seamos iguales, no implica un valor de mismidad; se trata de que a nivel social podamos vivir con igual valor aún en nuestras diferencias.

Rubin, 1986) y mantener una mirada crítica hacia estas instituciones opresoras, sin dejar la lucha por la igualdad entre seres humanos, ya que el cambio en el discurso implica transformaciones en la construcción de realidades. En este orden de ideas, me sumo al llamado de estos autores por abandonar el concepto de *diversidad sexual* para referirse a las minorías sexuales y adoptar el de *disidencia sexual* para agrupar a las identidades, prácticas y deseos sexuales no heterosexuales y no heteronormativas. Así, las identidades gay forman parte de la disidencia sexual y llevan hacia una transformación de la realidad, por mínima que sea. Al acuñar el término de disidencia, me parece que se recupera el sentido político del movimiento social gay así como fortalecer los estudioslésbicos y gays que tienen el potencial de cuestionar la (hetero)sexualidad (Halperin, 2004).

En el contexto mexicano, otros autores distinguen entre la *homosexualidad* y la *identidad gay* o *gaydad*. Uribe y Arce (2005), al trabajar con un grupo de adolescentes con deseos homo-eróticos en la Ciudad de México, señalan que la homosexualidad es “*un término que ayuda a referirse a la inclinación del deseo del sujeto hacia una persona de su mismo sexo*” (p. 61). Mientras que la gaydad la definen como “*un conjunto de vivencias sociales que estructuran una subjetividad específica, con sus propios ritos de paso, sus mitos estructurales, sus territorios de reconocimiento y sus usos especiales de lenguaje*” (p.61). Esta visión concuerda con las propuestas constructoristas de la identidad gay; al respecto, Lizárraga (2003), Núñez (2005), List (2009) y Moreno (2010) añaden que lo gay implica un trabajo constante de construir una cultura, una forma de ver las cosas y un “*discurso plural de la diferencia*” (List, 2009, p.169). Siendo la categoría de gay aquella que reforzó la condición homo-erótica al intentar eliminar los aspectos patologizantes a la misma (Laguarda, 2009).

Cabe retomar los estudios de Laguarda (2005, 2009), en donde señala a la identidad gay como una identidad social, a la cual las personas se pueden adscribir, en sus propias palabras “una identidad intenta unir la heterogeneidad de

lo social inventando (a partir de procesos; desde instituciones; en relaciones de poder; mediante la diferencia y la exclusión) el pasado común de un grupo y el sentimiento de pertenencia a un sector específico de la sociedad” (p. 138-139, 2005). De tal forma que para el caso de México, la afiliación a un grupo gay tiene una relevancia importante para estos hombres, pues ayuda a darle sentido a su deseo, además de proveer de un grupo de apoyo.

Al entender que la identidad se construye a partir de interacciones con otros sujetos, con grupos, y con la cultura y sociedad misma, le damos un sentido social a nuestra idea de sí mismos. Es decir, al contestar la pregunta de “¿*Quién soy yo?*”, pensamos en los vínculos que tenemos con diferentes personas y grupos, esto lleva a suponer la existencia de identidades colectivas (Páramo, 2008), derivadas de las sensaciones de afiliación o pertenencia a un entorno social significativo (Turner y Tajfel, 1979). En este orden de ideas, la identidad queda ligada a instituciones sociales. A este grupo o tipo de identidades se le ha nombrado *identidad social* (Jetten, Postmes y Haslam, 2009; Páramo, 2008; Placencia, 2010).

Placencia (2010) señala dos aspectos de la identidad social, por un lado, no sólo vincula a las personas con grupos e instituciones, sino que ubica a individuos en roles, como ser padre/madre y profesionista; y estratos, como a través del género y la etnia/raza. El segundo cauce, según este autor, se trata de la parte subjetiva de la identidad, del apego a dicho rol o status, que no depende al cien por ciento de la persona, sino de la emocionalidad alrededor de la misma y que se pueden medir a través de la variación de la auto-estima: cuando ésta sube, hay más identificación con ese status/rol y viceversa. A su vez, el nivel de identificación dependerá de que tanto le importa a la persona sentirse cercana a esa categoría (Placencia, 2010).

Brewer (1991) señala dos necesidades humanas en el desarrollo de la identidad social, misma que se genera a partir de la interacción con grupos: la necesidad de asimilación o pertenencia al grupo y la necesidad de diferenciarse de dichos grupos. Esta dialéctica permite a las personas sentirse seguras, acompañadas, generar relaciones emocionales y aprendizajes (Jetten, Postmes y Haslam, 2009). El sentido de sí mismo, de self o de *identidad personal*, es desarrollado a partir de conocer que pertenecemos a ciertos grupos, a la vez que nos conocemos como diferentes a sus miembros (Tajfel y Turner, 1979 citado en Jetten et al., 2009) y que le damos significados particulares al adscribirnos a diferentes identidades sociales.

En cuanto a la dinámica de grupos en la conformación de identidades, Tajfel y Turner (1979, citado en Jetten et al., 2009), señalan tres dinámicas estructurantes: la *permeabilidad* del grupo, la *estabilidad* y *legitimidad* percibida de ese grupo. En el caso de hombres homo-eróticos, se trata de un grupo estigmatizado y de un status menor. Así, se predice que este tipo de grupos pondrá en práctica su *creatividad grupal*, con la intención de remover los aspectos estigmatizantes o negativos que se atribuyen a su grupo, con miras a mejorar su imagen (Jetten, Postmes y Haslam, 2009). Cuando el grupo, además de ser impermeable (es decir, no se puede salir de ahí), no es legitimado a nivel social, es cuando Tajfel y Turner (1979 citado en Jetten et al., 2009) predicen la búsqueda por un cambio político. Desde esta mirada, sentir que se pertenece a un grupo en particular, permite sentar las bases para desarrollar otros aspectos grupales como liderazgo, coordinar las acciones conjuntas, llegar a acuerdos, ayudarse mutuamente, ejercer roles y ejercer poder colectivo (Jetten, Postmes y Haslam, 2009).

De acuerdo con Laguarda (2009) el uso del concepto *gay* comienza en Estados Unidos con la intención política de alejar a los hombres, entonces llamados homosexuales, de una identidad patológica. El surgimiento del

concepto *gay* tuvo implicaciones políticas importantes para la reivindicación de hombres y mujeres homo-eróticos/as; gracias a éste, en 1973, la Asociación Psiquiátrica Americana retiró de su Manual Estadístico y Diagnóstico de Enfermedades Mentales (DSM, por sus siglas en inglés) la enfermedad de *homosexualidad egodistónica*, que se trataba de una enfermedad que describía el homo-erotismo no deseado. Fue hasta 1983 que retiró el concepto de homosexualidad de este mismo diagnóstico y en 1990, la Organización Mundial de la Salud hizo lo propio en sus manuales.

De tal manera que la adopción de la gaydad ha tenido resultados visibles en las instituciones sociales que han resultado en una despatologización del homo-erotismo, mismo que ha contribuido a vivir esta orientación sexo-afectiva de manera más positiva. Laguarda (2009) sostiene que los miembros de un grupo valoran su identidad de manera positiva, como puede ser la identidad gay y por ello, adscribirse a dicha categoría “*tiende a estimular la autoestima, la creatividad y la capacidad de resistencia contra agresiones externas*” (p. 70, 2009). Esto es sostenido por otros autores que estudian la gaydad en México (Castañeda, 1999, 2006; List, 2005), sin embargo, se les olvida que la adscripción a un grupo identitario marginado puede facilitar su localización y exponerlos como blancos fáciles de agresiones.

El movimiento gay en México generó espacios de reflexión intelectual, académica y cultural, que contribuyeron a una desmitificación y reivindicación de la condición homo-erótica (Carrillo, 2002; Lizárraga, 2003; Moreno, 2010). Entrado el siglo XXI, el discurso político nacional se ve impregnado de la cultura de derechos humanos. Gracias a ello, fue posible desarrollar una campaña nacional en contra de la homofobia (Diez, 2010), que sin duda sentó las bases para mayor tolerancia hacia el homo-erotismo en la sociedad civil y en acciones políticas. Resultado de ello, en el 2007, se aprobó la Ley de Sociedades en Convivencia en el DF y en el 2010 la Ley de Matrimonios entre Personas del

mismo sexo en la misma entidad federativa (Lozano, 2010). No obstante estos supuestos avances en materia de derechos civiles para la comunidad gay, existen grupos de hombres y mujeres gay y lesbianas que rechazan que estos logros sean por el movimiento en sí, pues cuestionan el hecho de que el colectivo lésbico-gay busque hetero-normalizarse. En otras palabras, existen grupos dentro del propio movimiento gay que se oponen al matrimonio, a la pareja permanente y monogámica, y señalan estas características como impuestas por una estructura capitalista. Razú (2011), reconocido como el autor de la Ley de Matrimonios del DF, señala que los derechos civiles “*no son cuestión de opinión pública*” y que el matrimonio entre personas del mismo sexo “*no es un tema LGBT*”, ya que se trata de tópicos de ciudadanía. Desde esta postura, queda claro que quien decide no es la comunidad gay ni las personas gay, sino quien gobierna. En lugar de que los cuerpos abyectos sean aquellos que no cumplen con la sexualidad normada, ahora se permitirá el ejercicio de esa sexualidad, siempre y cuando exista un matrimonio entre ellos. Como mencioné anteriormente, si bien el discurso de Derechos Humanos es un paso hacia la disminución de la homofobia, también es un paso hacia la heteronormatividad, y hacia una sexualidad siempre normada por el Estado.

En la siguiente tabla, resumo algunas fechas y hechos sucedidos en torno al movimiento gay en México, así como consecuencias a diferentes niveles. Podrá considerarse peligroso el establecer fechas precisas pues los movimientos sociales no suelen nacer en una fecha determinada, sin embargo, es un esfuerzo por operacionalizar los efectos del movimiento en la construcción de identidades individuales. Cabe aclarar que ubico el inicio del movimiento gay en 1978 de una forma política. Es decir, en ese año es cuando un grupo específico de hombres y mujeres homo-eróticos salen a la calle de manera organizada con intenciones de dialogar con el gobierno y con una agenda clara (Diez, 2010). Sin embargo, en términos sociológicos, el movimiento ya venía gestándose con fuerza desde el inicio de la década de los setenta a través de reuniones privadas, en antros y en bares semi-clandestinos.

Tabla 1 Aspectos importantes en el Movimiento Gay Mexicano

Hecho y periodo	Implicaciones para el movimiento	Demandas del movimiento*	Incidencia en políticas públicas*	Impacto social
<i>Nacimiento del movimiento.</i> 1978-1984	-Visibilización de la población gay y lesbica. -Organizaciones de la sociedad civil. -Expresiones artísticas, culturales y políticas lesbico-gay. -Demandas por la igualdad y por derechos.	Reconocimiento de la diversidad y del derecho a la diferencia.	Ninguna.	-Rechazo a identidades homo-eróticas. -Clandestinidad de la homo-socialización.
<i>Pandemia del SIDA.</i> 1985-1991	-Estigmatización del homo-erotismo. -Desaparición de organizaciones.	-Derechos a la salud. -Derechos civiles para parejas homo-eróticas.	-Creación del CONASIDA. -Modificación de la Ley General de Salud.	-Patologización y rechazo a las identidades homo-eróticas.
<i>Consolidación del movimiento.</i> 1995-2005	-Crecimiento del uso “gay” en hombres homo-eróticos. ⁸ -Ampliación de objetivos: sociales y médicos.	-Uso de anti-retrovirales. -Reconocimiento a la diversidad sexual. -Normalización de identidades lesbianas y gay.	-Enfocadas a la garantía de derechos de personas con VIH/SIDA.	-Aumento en el uso del concepto “gay”. -Crecimiento y difusión de conocimientos sobre VIH/SIDA. -Patologización de conductas sexuales. -Visibilización de parejas homo-eróticas. -“Ghettos” homosexuales: bares, antros. -El SIDA se convierte en una enfermedad crónica y deja de considerarse una mortal.

⁸Con crecimiento no me refiero a nacimiento o surgimiento, sino a una popularización del término

<i>Lucha contra la homofobia.</i> 2005- <i>actualmente</i>	-Inicia campaña nacional en contra de la homofobia (CONAPRED). -Lucha por derechos civiles y humanos.	-Reconocimiento a la diversidad sexual. -Normalización de identidades lésbica y gay.	-Aprobación de la Ley Federal en contra de la Discriminación. -Aprobación de la Ley de Sociedades en Convivencia (DF). -Aprobación del Matrimonio Universal (DF).	-Controversia Iglesia-Estado. -Visibilización de parejas homoeróticas. -Uso de espacios públicos.
------------------------------------------------------------------	----------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------

*Fuente: Salinas Hernández, H.M. (2010). *Políticas de Disidencia Sexual en América Latina: Sujetos sociales, gobierno y mercado en México, Bogotá y Buenos Aires*. México. Ediciones Eón.

De esta manera, lo gay o la gaydad, implica no sólo una construcción del individuo sino también su construcción situada en momentos históricos, geográficos, políticos y culturales específicos. Desde esta visión, entiendo que lo gay implica el desarrollo de una subcultura, de grupos organizados con fines específicos (en el caso de grupos gay, generalmente se trata de reivindicación de derechos civiles y la lucha por la disminución de la homofobia a través de la consolidación de una identidad gay que ha sido politizada). Algunas de las funciones de estos grupos, como cualquier otro, es el reforzamiento y producción de normas colectivas en cuanto al comportamiento sexual (Gallego, 2010). En México, la adopción de la categoría gay implicó que sus miembros se sintieran liberados y desestigmatizados. No obstante, también implicó la formación de *guetos*, en donde los hombres gay sólo se relacionaban con quien consideraban sus iguales (otros hombres gay), excluyendo a potenciales relaciones sociales y no acudían a lugares que no fueran específicamente gay (Laguarda, 2009). Visto desde un proceso dialéctico, donde la identidad toma forma gracias a estas redes y bajo estas nuevas normas grupales (Guasch, 2007).

Situar la construcción de identidades gay en momentos histórico-políticos particulares me lleva a plantear la posibilidad de pensar en generaciones identitarias. Como bien se señala en la tabla anterior, los hitos a lo largo del movimiento gay mexicano han tenido impactos psicosociales particulares. Esto

me lleva a considerar que el desarrollo identitario de los hombres gay se vio afectado de manera diferente por cada momento socio-político. Con estos datos, planteo tres generaciones diferentes que construyen patrones identitarios particulares, considerando que los diferentes momentos socio-políticos también nos estarían señalando la dinámica de colectivos y grupos, con nombramientos y formas discursivas propias de cada generación.

Una mirada como ésta, pone en evidencia la complejidad de la identidad y la enorme cantidad de combinaciones resultantes de cada categoría de análisis. Debemos entender la identidad sexual como un constructo multifacético y cambiante, íntimamente ligado al orden social del género, en donde ciertas prácticas, actividades e identidades tienen menos valor que otras. Así, la identidad sexual requiere de un sistema de género que ordene al cuerpo y le integre en una sexualidad determinada por ese sistema. En la identidad existen niveles a diferente profundidad, algunos que pueden ser cambiados (como las conductas) y otros que tienden a permanecer relativamente estables (como el deseo). Es este deseo el que puede integrarse al orden de género o romper con él al presentarse como un deseo homo-erótico. El no cumplimiento de este orden de género le otorga al sujeto una forma de cuestionar(se) en su contexto y por tal con el potencial para transformar.

4.3. Grupos generacionales: hitos y momentos en el desarrollo de la identidad gay

Entender el contexto y la historia de los conceptos de homosexualidad y gaydad son fundamentales para la comprensión de las identidades gay. Desde la visión psicosocial de la identidad, que considera el *Construccionismo* y el *Interaccionismo Simbólico* como ejes teóricos de desarrollo, la identidad es aquella que el propio sujeto define para sí. Esto lo hace a partir de su ambiente, de sus propios deseos y de configuraciones individuales. En este sentido, una serie de autores consideran pertinente señalar momentos clave de la vida de sujetos homo-eróticos, como pueden ser el darse cuenta de los deseos homo-

eróticos, el mantener actividad sexual con alguien del mismo sexo, etc. (Ardila, 2009; Cass, 1984; D'Augelli, 2006; Rotheram-Borus y Fernández, 1995).

Cuando me refiero a “contexto”, me refiero a condiciones sociales, culturales, políticas, familiares, laborales y de amistad de los sujetos. En específico, me enfoco al análisis del momento histórico (y sus implicaciones homofóbicas) dentro del cual el sujeto se desarrolla y no analizo ejes como la etnia, la raza o la clase social. Independientemente de que los estudios gay en México señalan que la categoría gay fue importada por hombres de clase media desde los EEUU (Laguarda, 2009), es posible que hoy en día la categoría rebase barreras de clase social y/o etnia, por lo que hablar del momento histórico tiene implicaciones para todos los grupos de clases.

El estigma y el rechazo al homo-erotismo cambia con el tiempo y esto afecta de manera diferencial a cada construcción sociohistórica y a cada persona, específicamente en su juventud. Los cambios de este tipo se pueden reflejar en las restricciones que se imponen ante la expresión identitaria. Por ejemplo, Grov, Bimbi, Nanín y Parsons (2006) reportan que en los setenta y ochenta, los hombres gay y homosexuales sentían sus primeros deseos sexuales hacia otros hombres en una edad promedio de 13 años; y que la aceptación de la propia identidad sexual se hacía en promedio a los 19 años, a pesar de que el primer contacto sexual con otro hombre se hacía desde los 15 años (Bell, Weinberg y Hammersmith, 1981; Dank, 1971; Kooden, et al, 1979; McDonald, 1982 en Grov et al. 2006). Parece ser que la identificación de deseos homo-eróticos ocurre antes de la actividad sexual homo-erótica (Floyd y Stein, 2002; Dubé, 2000; Savin-Williams y Diamond, 2000, citados en Floyd y Bakeman, 2006). Por otro lado, estudios de la década de los noventa encuentran que sus participantes reportaron estos deseos homo-eróticos desde la edad de 10 años y revelaron su identidad a los 16 años (D'Augelli y Hershberger, 1993, citado en Grov et al., 2006). Estas diferencias se

pueden deber, justamente, al momento histórico en que se llevaron a cabo las investigaciones.

Grov y sus colaboradores (2006) retoman el modelo de identidad sexual de Floyd y Stein (2002) y encuentran, entre una muestra de más de 2,700 personas, que los hombres gay “salían del closet” ante uno mismo aproximadamente a la edad de 17.5 años; y que tenían su primer encuentro sexual con otro hombre, en promedio, a la edad de 17.9 años. Además, encontraron diferencias importantes entre los rangos de edad, siendo los jóvenes (18 a 24 años), los más probables de haber “salido del clóset” frente a sus padres, en comparación con aquellos participantes mayores de 45 años. Por ejemplo, el grupo de edad de 18 a 24 años de edad, admitía ante ellos mismos sus deseos homo-eróticos a la edad de 15.01 años y ante otra persona a los 16.94 años; mientras que aquellos de 45 a 54 años admitían ante ellos mismos su homosexualidad a los 19.26 años aproximadamente y ante otras personas hasta los 22.5 años.

Por otro lado, Drasin et al (2008) analizaron literatura respecto a los hitos y el contexto del desarrollo identitario de hombres gay y mujeres lesbianas, concluyendo que ésta se basaba en muestras pequeñas y no representativas que realizaban comparaciones sencillas. De tal forma que usando una muestra amplia de hombres gay en EU (2,402 participantes), realizaron un análisis de regresión para conocer de qué manera habían cambiado la edad de los diferentes hitos. Estos autores sostienen que existen tres hitos o momentos cruciales en la vida de jóvenes gay, que los diferencia de jóvenes hetero-eróticos, y que requieren de mayor esfuerzo y dificultad para vencer, a saber: “des-aprender” a ser heterosexual, revelar la identidad sexual o “salir del clóset” y tercero, manejar una identidad estigmatizada, muchas veces sin el apoyo o modelaje de padres y familia. Savin-Williams (2005) coincide con esta visión al sostener que existe una “narrativa maestra” en el desarrollo identitario de hombres gay, en donde ocurren movimientos del pensar, al hacer, al ser y que esto ocurre de manera

uniforme. Como se puede apreciar, estos hitos se acercan a una visión lineal del desarrollo identitario.

Drasin y sus colaboradores (2008) encuestaron, a través de una revista dirigida a población lésbico y gay, a 2,402 hombres de diferentes edades y de diferentes estados de EU en 1994. El cuestionario abarcó los tres hitos antes planteados. De la muestra general, se encontró que la atracción hacia otro hombre ocurre típicamente a los 11.6 años; los hitos de auto-identificación como gay y de conducta sexual, típicamente ocurren en la adolescencia (15.5-17.5 años). El hito social, que consiste en asistir a bares/antros gay, ocurre a los 20's (22.5-25.7 años). Además, la edad de reconocimiento como gay se correlacionó de manera significativa con el hito social. Algunos resultados valiosos de este estudio son, primero, que los tres hitos ocurren a una edad más temprana para las generaciones más jóvenes; por su lado, el hito de conducta sexual cambia paulatinamente (disminuye 0.3-0.4 años por década); mientras que el hito psicológico-individual disminuyó 0.3 años por década y, el hito social, ha mostrado más cambios (2.3-2.6 años por década). De la misma manera, el evento de “salir del clóset”, que típicamente ocurría después de los 40 años en aquellos que cumplían 18 antes de 1953, cambió en el sentido de que ocurría típicamente alrededor de los 35 años para aquellos que cumplían 18 entre 1953 y 1962, a un evento que sucedía alrededor de los 25 años en quienes tenían 18 años entre 1963 y 1982; y finalmente, un evento que ocurría a los 21 años para los que tenían 18 años en 1982 (Drasin, et al, 2008). Resulta importante notar que el identificarse como gay sucedía a partir de que se comenzaba a acudir a espacios específicamente gay (como bares y antros).

Estos resultados muestran que los hitos de este modelo han ido apareciendo en años cada vez más tempranos conforme avanza el tiempo. Es decir, para las generaciones más jóvenes, el revelar la identidad homosexual/gay se vuelve más sencilla debido a los cambios en la disminución de homofobia y

apertura a la diversidad sexual. Parece que el modelo planteado por Drasin y sus colaboradores (2008) y por Savin-Williams (2005), se cumple en esta muestra: de pensarse gay, a hacer gay, a ser gay.

Floyd y Bakeman (2006), en una muestra de más de 400 hombres gay, encontraron que ellos se percataban de su atracción hacia otros hombres desde la edad de 11.4 años, en promedio; mantenían actividad sexual con otro hombre a los 18.5 años; al tiempo que mantenían actividad sexual con una mujer a los 18.6 años; y se definían a sí mismos como gay a los 18.8 años de edad; lograban “salir del closet” con alguien que no fueran sus padres a los 23 años; a los 24.6 con su madre y a los 24.5 con su padre. Además, encontraron que aquellos que habían “salido del clóset” después del año de 1988 sentían atracción por personas de su mismo sexo y se identificaban como gay a edades relativamente mayores, en comparación con aquellos que salieron del closet antes de 1988, mientras que la edad del primer contacto sexual con una persona del mismo sexo era muy similar para ambos grupos. Según los propios autores, esto indica que la muestra vivió los retos asociados al “salir del closet” bajo contextos de desarrollo bastante diferentes, siendo que el cambio hacia la aceptación de la homosexualidad a partir de la década de los ochenta influyó en que el cuestionamiento sobre el propio homo-erotismo se diera en la infancia o en la adolescencia para el grupo más joven. Estos resultados difieren de otros estudios, quizá se puede deber al año que los autores usaron como punto de corte. En 1988, el clima que se vivía en torno a lo gay estaba relacionado con la epidemia del VIH/SIDA y se observaba a los hombres homo-eróticos, específicamente a los gay, como enfermos y responsables de esta epidemia.

El grupo más joven y que salía del closet durante su adolescencia, mostraba tener lo que los autores denominaron un “desarrollo basado en la identidad”, es decir, que se identificaron como gay antes de mantener actividad sexual con otro hombre. Concluyen que los cambios contextuales contribuyen a

una facilidad de las nuevas generaciones a identificarse como no hetero-erótico y experimentar a nivel sexual con parejas del mismo sexo, sin tener que cumplir con reglas de la “masculinidad” y heteronorma, como lo podría ser tener relaciones sexuales con mujeres. Además, señalan que sus resultados apuntan hacia la necesidad de nuevos modelos del desarrollo de identidad por orientación sexual y afectiva, ya que prácticamente todos los modelos previos sostienen que el salir del closet ocurre bajo un clima de rechazo y culpa, aunque el contexto actual señala que esto no necesariamente ocurre (Floyd y Bakeman, 2006).

Los cambios y tendencias reportados en estos estudios también pueden ser indicativos de cambios sociales, históricos, políticos y culturales amplios, o globales. En México, por ejemplo, desde la década de los ochenta, se ha ido formando todo un movimiento homosexual en la lente pública: medios masivos de comunicación (como periódicos, revistas y programas de televisión) hablan abiertamente de la homosexualidad en hombres y mujeres, algunos programas televisivos tienen protagonistas gay y la Marcha de la Diversidad Sexual cada vez tiene más asistentes de diferentes orientaciones sexuales, además de mayor cobertura en medios (Diez, 2010; List, 2009; Lizárraga, 2003; Moreno, 2010).

En 2005 el Gobierno Federal llevó a cabo una campaña contra la homofobia que, al parecer, obtuvo resultados positivos con la disminución del estigma hacia esta minoría sexual (Diez, 2010; List, 2009). En 2007 se aprobó la Ley de Sociedades en Convivencia en el Distrito Federal, la cual permite que parejas del mismo sexo tenga una unión civil y legal. De igual forma, en 2010, se aprobó la Ley de Matrimonios en el DF que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo. Todos estos cambios estuvieron bajo el ojo crítico de los medios y de la lente pública, inclusive se llevaron a cabo ceremonias masivas y públicas. Estas tendencias, que permiten la visibilidad de gays, señala cambios históricos y sociales a considerar, ya que influyen en la construcción de la/s identidad/es gay. Si bien estos cambios legales pueden traer beneficios para parejas homo-eróticas,

parece que los niveles de homofobia han disminuido poco y se siguen manteniendo a niveles de preocupación, puesto que el rechazo hacia sujetos gay y lesbianas continúa (ENADIS, 2010).

Estos cambios socio-políticos se pueden expresar en la identidad y la conducta sexual. Respecto a México, sólo encontré un estudio que aborda las diferencias entre patrones de prácticas sexuales de hombres gay de diferentes generaciones. Gallego (2010) encuestó a 250 de estos hombres que radicaban en la Ciudad de México y encontró que menos de la mitad (49%) era exclusivamente homo-erótico (es decir, se había iniciado y mantenido sexualmente con otros hombres); el 35.4% reportó haberse iniciado con otro hombre pero haber mantenido actividad sexual con otra mujer en algún momento de su vida; y el 15.6% inició su vida sexual con una mujer pero posteriormente la continuó con hombres. Según la experiencia de campo de este autor, la iniciación sexual de varones homo-eróticos con otros hombres no se reduce a la penetración oral o anal sino que se trata de lo que el propio sujeto significa alrededor de su primer contacto sexual (esto puede incluir besos, caricias, fajes, masturbación mutua y penetración). Además encuentra que poco más de la mitad de su muestra se identifica como gay, alrededor del 25% como homosexual y el resto como “joto”, “hombre” y otras.

Gallego (2010) separa su población entre grupos generacionales, los nacidos entre 1950 y 1970, los nacidos entre 1971 y 1980, y los que nacieron entre 1981 y 1989. Sus resultados muestran que más del 95% de la generación más joven ya había iniciado su vida sexual con otro hombre para la edad de 20 años, cuando en la generación más grande apenas lo había hecho el 75%. Por otro lado, encuentra que, respecto a los hombres que iniciaron su vida sexual con una mujer, se presentó un retraso en la sexualidad homo-erótica para los nacidos entre 1950 y 1970, mientras que este retraso se disminuía a 5 años para la generación de hombres nacidos en la década de los ochenta. Otros cambios importantes entre

generaciones, con respecto a las prácticas sexuales, son que es más común que la generación joven mantenga desde su primera ocasión relaciones sexuales con un familiar, en comparación con las generaciones mayores. En el caso de actividades sexuales con desconocidos, el porcentaje de hombres que inició así su vida sexual se mantiene constante entre las generaciones, pero en la más joven, aparece el uso del internet, que permite el mantenimiento del anonimato y la posibilidad de ampliar redes sociales (Castañeda, 1999; Gallego, 2010).

Los cambios reportados en estudios extranjeros y en contextos mexicanos, señalan cambios en patrones de conducta sexual de hombres homo-eróticos que, como vimos antes, seguramente obedecen a normas sexuales y de género socio-culturales. En otras palabras, existe una apertura social (como menores niveles de homofobia, cambios legislativos, entre otros) hacia la diversidad sexual que permite a los sujetos expresar sus deseos eróticos en prácticas con otros hombres. Además, estos cambios obedecen a patrones similares tanto en México como en Estados Unidos, por lo que señala paralelismos en los avances del movimiento gay, aunque sin duda existen especificidades culturales para el caso de México, como se ha venido señalando. Si bien las conductas sexuales no son determinantes de la identidad, las diferencias entre grupos generacionales pueden evidenciar los permisos sociales de etapas históricas distintas, lo cual tendría efectos sobre la identidad.

4.4. Relaciones sociales en la construcción identitaria

A partir de las teorías y los marcos conceptuales revisados hasta aquí, en el tema de género, sexualidad y específicamente identidad, me percaté de que hay algo que se comparte entre todas ellas. A mi parecer, todas estas aproximaciones y modelos señalan que la identidad como proceso tiene un elemento crucial que son las relaciones sociales. Específicamente en el estudio de lo gay, las relaciones sociales cobran suma relevancia, pues la categoría gay, como señalé

anteriormente, surge como una identidad social y política, resultado de relaciones entre hombres homo-eróticos. Las relaciones de y entre hombres gay además tienen relevancia al comprender que el homo-erotismo es una sexualidad marginada y no aceptada por las sociedades hetero-normativas, por lo que el asumir una identidad como la gay puede implicar la ruptura de ciertas relaciones, sobre todo con la familia, aunque éstas suelen re-estructurarse. En este contexto, identifiqué cuatro áreas de relaciones sociales de importancia para la identidad gay: las relaciones con la familia de origen, las relaciones de amistad, las relaciones de pareja y las relaciones laborales. Considero que estas cuatro áreas agotan las relaciones más cercanas a los individuos además de ser las más institucionalizadas en la cultura occidental.

A las relaciones sociales, además, les corresponden formar parte de los guiones interpersonales desde la visión de los guiones sexuales. Los guiones interpersonales permiten analizar aquellas normas que estructuran las relaciones entre personas y la forma en que cada sujeto hace sentido de ellas. Así, reúne aspectos sociales con los subjetivos, permitiendo entender la dialéctica entre ellos.

4.4.1 Relaciones familiares

La familia suele considerarse el primer grupo social en el cual el sujeto interactúa y donde se reproducen los valores de la sociedad más amplia (Careaga, 2004a; Schaffer, 2000). Al comprender que la sociedad mexicana actual es una donde el patriarcado, la masculinidad hegemónica, el machismo y la homofobia son valores reproducidos cotidianamente, podemos aceptar que para una persona homo-erótica le será difícil asumir su deseo y su identidad frente a su familia por temor al rechazo y la discriminación. Ejemplo de ello son las investigaciones de Díaz-Guerrero, donde encuentra a lo largo de 50 años que la peor deshonra para una familia mexicana es el “tener un hijo homosexual” (Díaz-Guerrero 2003), así como los reclamos recientes de grupos conservadores frente a cambios legislativos donde se permite la unión matrimonial entre dos personas del mismo

sexo, ya que los consideran como un ataque a la misma institución familiar y del matrimonio. Por último, la más reciente Encuesta Nacional sobre Discriminación (2010) llevada a cabo por el Consejo Nacional para Prevenir a la Discriminación, encuentra que la mayoría de la población no está de acuerdo en que se permita que personas homo-eróticas adopten hijos/as.

Estos ejemplos señalan un aspecto homofóbico tanto social como familiar. Si estamos de acuerdo con que la familia reproduce valores sociales, podemos entender que la homofobia es un principio que se reproduce en la interacción entre la sociedad, la familia y los individuos que la componen. En México se ha encontrado que el espacio familiar es la esfera donde los niveles de homofobia son más altos (Lozano, 2008). Por eso, parece ser que la familia puede funcionar “normalmente” siempre y cuando el homo-erotismo y la transgresión de los estereotipos de género no se expresen (Castañeda, 1999; Lozano, 2008; Ortíz-Hernández, 2005). Esto es una posible explicación a las emociones de jóvenes gay y lesbianas que describe Savin-Williams (1998). Este autor hace una revisión de estudios sobre jóvenes gay y lesbianas frente a sus familias y encuentra una gran dificultad y un temor por parte de los jóvenes, sobre todo hombres, por reconocer su homo-erotismo ante su familia, tanto, que es común el ocultamiento identitario por varios años. De hecho, encuentra que el “camino” descrito por la literatura es que después del reconocimiento del homo-erotismo de uno mismo, el siguiente paso es comunicárselo a la familia. Este paso es descrito como uno de los más difíciles en la vida de los/as jóvenes homo-eróticos ya que temen ser desheredados, rechazados o que los corran de su hogar (Savin-Williams, 1998). Los jóvenes viven con la sensación de contradicción, fracaso, que resulta en emociones como la culpa, el enojo y el rechazo; su autoconcepto y autoestima se ve afectado (Careaga, 2004b). Este tipo de emociones pueden emanar de la importancia que a la juventud homo-erótica le dan a sus padres, puesto que en general, la relación con sus padres suele encontrarse en su lista de prioridades; además de que la mayoría de las violencias cometidas en su contra, por ser gay/lesbiana, proviene de algún miembro de la familia. Mucha de la juventud que

sale del clóset frente a sus familiares suele buscar algún tipo de ayuda emocional ya sea en grupo de apoyo, organizaciones civiles o atención terapéutica (Savin-Williams, 1998).

Castañeda (1999, 2006) y List (2005) sostienen que el vivir “dentro del clóset” es una situación que genera una gran angustia pues se vive atemorizado/a de que se sepa de su orientación sexo-afectiva. En cuanto a la familia, Savin-Williams (1998) describe que se suele salir del closet primero con la madre y luego con el padre, aunque otros estudios demuestran lo contrario. Por otro lado, se ha observado que las nuevas generaciones suelen descubrir su homo-erotismo ante su familia en edades más tempranas con respecto a generaciones más viejas, debido a la mayor visibilidad de las identidades y el movimiento gay. En México, los hombres gay son cuidadosos en cuanto a quien de su familia le informan primero sobre su gaydad, puesto que los resultados pueden ser catastróficos.

En cuanto a la autoevaluación que hace la juventud lesbi-gay a partir de su relación con los padres y las madres, se ha observado que no hay diferencias importantes entre los que lo dicen y los que no. Sin embargo, se ha dado cuenta de que una mejor relación con padres y madres lleva a una facilidad para salir del closet frente a ellos/as. En este sentido, que el padre tenga conocimiento del homo-erotismo aporta a una relación positiva entre hijo/a y padre. Al parecer, investigaciones sostienen que los hombres gay suelen tener malas relaciones familiares, previo a salir del clóset, por lo que los cambios que perciben después de que lo hacen son mucho más grandes y muestran una mejoría en la relación con sus padres y madres. A pesar de que se cuentan con una gran cantidad de datos sobre el tema que aquí se presenta, que en ocasiones son contradictorios, lo que queda claro es que entre mayor sea la reacción de los padres y madres, más afecta al hombre gay en su evaluación consigo mismo y por tal, con su identidad (Savin-Williams, 1998).

4.4.2. Relaciones amicales

Las relaciones de amistad, o relaciones amicales como las nombra List (2005), son un ingrediente importante para lo que se ha llamado la *sociabilidad gay*, elemento indispensable para la construcción de las identidades gay (Laguarda, 2005, 2009; List, 2005, 2009; Marquet, 2006, 2010). La sociabilidad entre hombres gay permite al individuo establecer relaciones de diferente tipo como amistades, relaciones sexuales o de pareja (Castañeda, 1999; Laguarda, 2009; List, 2005). Es en esta sociabilidad donde se va construyendo una nueva faceta identitaria, la *gay*, en donde se aprende a coquetear, a platicar, bailar, a mantener relaciones sexuales, de pareja, y hasta se aprende un lenguaje específico (Castañeda, 1999; List, 2005; Uribe y Arce, 2005). Laguarda (2005), nos señala que la organización gay del homo-erotismo es necesaria para la construcción de una identidad gay, ya que permite a los integrantes participar por un interés homo-erótico compartido que desarrolla un sentido de pertenencia y de comunidad. Además, señala que los bares gay han llegado a ser los lugares de reunión gay más populares de la ciudad y cumplen dos funciones básicas: permiten la formación de relaciones sexuales y la interacción entre hombres gay en circunstancias de igualdad (Laguarda, 2005).

No obstante, Laguarda (2005) señala que en los setenta, el acceso a los espacios donde se llevaba a cabo este tipo de sociabilidad era restringido pues se trataba de bares y discotecas que requerían de que quien ingresara tuviera más de 18 años y ciertos ingresos que le permitieran consumir en ellos. Otros autores indican que esto sigue siendo una práctica en décadas más recientes (Castañeda, 1999, 2006; List, 2005; Prieur, 2008). Entonces, esto excluye a hombres menores de 18 años y de clases bajas de ingresar a este tipo de sociabilidad, lo que puede significar la exclusión de un espacio físico y simbólico donde jóvenes de todo tipo de contextos puedan conocerse, interactuar, con miras a conocer a otros hombres que comparten sus deseos eróticos y formar relaciones de apoyo significativas en un contexto potencialmente marginador para ellos y excluidos.

4.4.3. *Relaciones de pareja*

Cuando los lugares específicamente gay, como los bares mencionados anteriormente, se establecieron en la Ciudad de México, muchos de sus clientes afirmaron sentirse protegidos, y poder ser abiertamente gay ahí. Sin embargo, esto no eximió a las autoridades judiciales de realizar redadas con excusas para clausurar los lugares o saquear a los asistentes (Laguarda, 2009). Considero que tanto la ausencia de lugares para la sociabilidad gay propiamente, así como la homofobia que recibían, llevó a establecer otros espacios públicos como lugares de ligue gay. Esquinas, tiendas Sanborn's, vagones del metro e inclusive casas de encuentro, fueron lugares conocidos por ser espacios donde un hombre homo-erótico podía conseguir sexo fácilmente con otro hombre. Esto, debido a las condiciones de clandestinidad en las que se llevan a cabo, pone algunos riesgos sobre la mesa, ya que se trata de entablar relaciones sexuales con una persona que no se conoce, lo cual puede dar lugar violencia de algún tipo (asaltos, robos, secuestro, actividades sexuales forzadas, etc.), así como la baja probabilidad de negociar el uso del condón (Granados y Delgado, 2007). Esto sin minimizar la importancia de contar con espacios para la sociabilidad gay (cualesquiera que sean sus fines) y de visibilizar a la comunidad gay.

Estos espacios públicos aún se usan con el propósito del ligue gay, sin embargo, han sido poco a poco sustituidos por el ciberespacio. Castañeda (2006) narra que los chats en internet son un espacio idóneo para hombres homo-eróticos, sobre todo de jóvenes que descubren su homo-erotismo, ya que es un espacio en donde no se tienen que dar nombres y datos reales, lo cual puede proteger a la persona de los temores de ser descubierto, nuevamente como producto de la homofobia social y personal. Así, los chats cibernéticos se han convertido en un espacio de socialización gay que abre posibilidades de incursión para quien lo usa, como pueden ser establecer amistades, encontrar relaciones sexuales o de pareja (Castañeda, 1999; List, 2010). Por su parte, Laguarda (2009) nos indica que

debido a la clandestinidad y los riesgos que estos espacios implican, la sexualidad y el erotismo entre hombres se ha llevado a su expresión más efímera, ya que se restringe su organización para minimizar riesgos y optimizar la eficacia. Así, en muchas ocasiones, los encuentros sexuales entre hombres se tratan únicamente de eso: se aíslan de cualquier otro tipo de interacción, como puede ser amorosa, cariñosa y amistosa.

Se advierten también ciertas dificultades para el establecimiento de relaciones de pareja que no estén centradas o inicien con la actividad sexual. Diversos autores, como Castañeda (1999), Gallego (2010), Guasch (2007), Laguarda (2009), List (2005, 2009), Ortiz-Hernández (2005) señalan que el ocultamiento (obligatorio) a partir de la homofobia orilla a hombres homoeróticos a la búsqueda de relaciones sexuales rápidas y efímeras, sin profundizar en aspectos amorosos y emocionales. Inclusive, Laguarda (2009) indica que algunos de sus informantes señalaban el gran logro que implicaba mantener una pareja por algunos cuantos meses.

Por otro lado, Cruz (2004) encontró, en un estudio con 150 parejas de hombres gay, que existía un porcentaje de parejas que llevaban más de 15 años juntos, aunque el porcentaje mayor era de parejas que llevaban alrededor de 5. Inclusive, cerca de una cuarta parte de su muestra compartía algún inmueble, cuenta bancaria u otro tipo de registro con su pareja, cuestión que según el autor, señala la intención y el deseo de querer permanecer en una relación de larga duración. Además, muchos de los participantes no habían tenido muchas experiencias de relaciones anteriores, para la mayoría, se trataba de la segunda o tercera relación de pareja, en donde preferían mantener relaciones monógamas. Los resultados de Cruz (2004) apuntan que los prejuicios que existen alrededor de la manera en que hombres gay se emparejan no son del todo cierto, sino que hay una búsqueda por la relación monogámica y de larga duración.

Careaga (2004a), por su lado, discute el papel del género en las relaciones de parejas de hombres. Recuerda que hemos sido los hombres, a través de nuestro ejercicio de la “masculinidad”, quienes hemos perpetuado una serie de pactos que nos aseguran el poder sobre las mujeres y sobre aquello que se percibe más débil. Esto obliga a muchos a buscar la forma de mantenerse “por encima” de los demás más poderosos. Lo irónico, como bien señala la autora, es que los hombres gay son aquellos hombres que ostentan el poder y desean a otros que también lo ostentan y que inclusive compiten por él. La dinámica de pareja se puede complicar justamente por esta competencia de poderes. En este sentido, Cruz (2004) revisa la literatura al respecto y reúne algunas dificultades que pueden encontrarse en las parejas gay:

- Roles de género masculinos estereotipados: la incapacidad para comunicar emociones como la ternura y el afecto, y la exageración de sentimientos como enojo y agresión.
- Roles sexuales estereotipados y fijos: se asume al hombre pasivo como “femenino” y al hombre activo como “masculino” y existe una dificultad para intercambiar los roles. Sin embargo, también encontró que en su muestra, la mayoría de las parejas se identificaban como “internacionales”, es decir, asumían roles pasivos y activos.
- La homofobia: actitudes negativas hacia el homo-erotismo y las identidades gay en particular, cuestión que lleva a una homofobia internalizada de los propios hombres gay, que además se ha encontrado asociada a una serie de disfunciones sexuales
- Disfunciones sexuales: deseo sexual inhibido, orgasmo inhibido (ambos provocados en parte por la homofobia internalizada); excitación sexual inhibida y eyaculación precoz.
- Desarrollo y mantenimiento de la intimidad: ésta se ve obstaculizada por varias razones como lo son la homofobia, la

competencia entre los miembros de la pareja, los estereotipos de género y la falta de modelos a seguir.

- Otros problemas: como la intervención de la familia, infecciones de transmisión sexual, incluyendo el VIH/SIDA.

List (2005) indica que, para hombres gay, es necesario transformar y deconstruir sus roles y rasgos masculinos en sus relaciones de pareja, ya que los aspectos masculinos generan enfrentamientos constantes en donde se disputa el poder. Señala que lo que suele suceder en las relaciones entre hombres es que un miembro de la pareja renuncia al poder de la “masculinidad”, lo que permite que las relaciones asimétricas se sigan desarrollando.

4.4.4. Relaciones laborales

El campo de lo laboral se ha convertido en un espacio que llena la cotidianidad en una sociedad de producción como la nuestra. Las jornadas laborales ocupan por lo menos 8 horas de un día normal, por lo que el tiempo y las actividades que se realizan en el espacio de trabajo resultan fundamentales para la cotidianidad y las relaciones de las personas (Castañeda, 1999). List (2005) señala que para hombres gay de la Ciudad de México, el trabajo y las relaciones en él se vuelven fundamentales en dos sentidos. Primero, puede ser un espacio en donde los sujetos sexo-disidentes se sientan cómodos para expresar su identidad. O segundo, puede ser justamente lo contrario, un espacio de rechazo para identidades sexo-disidentes. Esta segunda opción es mucho más congruente con una sociedad hetero-normativa. Es así, como List (2005) señala el juego que las personas hacen con sus facetas identitarias. En este orden de ideas, no es que el sujeto siempre se presente como gay sino que tiene espacios donde se siente cómodo con esta expresión identitaria, mientras que hay espacios donde no. En una entrevista preliminar a este estudio, observé que el participante había usado las relaciones que entabló en su trabajo como la base para “salir del clóset”. Es decir, gracias a las amistades que resultaron de relaciones informales en su

espacio laboral, pudo reconocer públicamente su deseo homo-erótico e inclusive mencionó que esas amistades son las más cercanas hasta el día de entrevista.

La investigación en torno al homo-erotismo o gaydad y el espacio laboral es mínima. En mi revisión bibliográfica, sólo encontré un artículo disponible que aborda el tema (Embrick, Walther y Wickens, 2007). Los autores realizaron un trabajo etnográfico a lo largo de 6 meses en una empresa que produce pan en el sur de Estados Unidos. Encontraron tres ejes de análisis a partir de lo observado:

1. Asco: una porción de los participantes mostró un asco rotundo frente a la idea misma de hombres homo-eróticos, como de trabajar con ellos. Lo describieron como una enfermedad mental que merece discriminación.
2. No preguntes y no cuentes: la mayoría de los participantes acordaban que la sexualidad era un campo que simplemente no tenía cabida en el lugar de trabajo. Los autores señalan que durante sus observaciones notaron que la sexualidad era una herramienta que usaban los trabajadores para promover su “masculinidad” o para generar relaciones con otros trabajadores. Esto denota la relación entre “masculinidad” y hetero-erotismo y por tal, cierta forma de discriminación hacia lo homo-erótico.
3. Miedo y ostracismo: una porción más pequeña de los entrevistados señaló que no tenían problemas con co-trabajadores homo-eróticos, siempre y cuando no estuvieran cerca de ellos, además de un temor a que fueran “contagiados” o que los co-trabajadores homo-eróticos intentaran seducirlos.

En cuanto a las prácticas de la empresa, se encontró que el 90% de los directivos o encargados de contrataciones no contratarían a una persona homo-erótica o no sería su primera opción de contratación. Justificaban que los

trabajadores homo-eróticos no darían una buena imagen de la empresa y por tal sus ventas bajarían.

A pesar de estas condiciones laborales, la realidad es que existen muchos hombres gay que laboran. Al parecer, la norma es que se encuentren con barreras para su contratación o crecimiento si es que trabajan en empresas, o vivan algún tipo de discriminación. No obstante, es posible que encuentren un espacio aceptante de su condición sexo-erótica. Por ejemplo, la empresa IBM en México, tiene una política “gay-friendly”, que busca la inclusión de la comunidad gay, tanto como consumidores como trabajadores.

Así, se ha hecho evidente la manera en que las relaciones que guardan los hombres gay están impactando en la construcción y desarrollo de su identidad. Estas relaciones acercan a elementos y recursos culturales, que los sujetos pueden interpretar y significar desde su capacidad de sujetos críticos. Además, es en estas relaciones donde pueden aprender sobre su deseo y lo que esto significa. Es decir, es en estas relaciones donde más se suele expresar el rechazo y la discriminación homofóbica, que tiene efectos específicos sobre los sujetos. En el siguiente apartado exploraré justamente la manera en que estos aspectos sociales impactan en la experiencia subjetiva de los hombres gay.

5. EXPERIENCIAS EMOCIONALES EN EL PROCESO IDENTITARIO DE HOMBRES GAY

Existe todo un cúmulo de investigación que estudia la manera en que el estigma y la discriminación afectan el bienestar de las personas gay. Estos estudios exploran el impacto del estigma social en la vida y la salud de las personas, la manera en que mecanismos sociales como la homofobia y el sexismo producen procesos psicológicos que alteran e impactan en el cuerpo, y las emociones de los hombres gay. En conjunto, señalan que el poder tiene producciones específicas sobre los cuerpos abyectos y también las maneras en que se organizan internamente. En esta sección exploraré la manera en que el mecanismo del estigma y la homofobia operan en la vida emocional de hombres gay.

En un estudio previo intentamos resolver la duda de si realmente existe una relación entre la “homofobia” y la “masculinidad” en la población mexicana, entendiendo a la homofobia como actitudes negativas hacia la homosexualidad y a la “masculinidad” como rasgos relativamente duraderos en las personas que resultan de la socialización diferencial entre hombres y mujeres. Participaron 252 personas de la Ciudad de México, entre 14 y 70 años, a quienes se les aplicó la Escala de Dimensiones Atributivas a la Instrumentalidad y a la Expresividad, que mide rasgos de género, y la Escala de Homofobia, que mide actitudes negativas hacia la homosexualidad. Los hallazgos muestran que los hombres son más homofóbicos que las mujeres (Cañizo y Salinas, 2007; Davies, 2004; González, Santos, Dávila y Toro-Alfonso, 2007; Herek y González-Rivera, 2006; Kite y Whitely, 1996, 1998; Lozano y Rocha, 2011; Sakalli, 2002; Steffens, 2004; Toro-Alfonso y Varas-Díaz, 2004; Toro-Alfonso, 2005), resultado que indica y remite a la construcción genérica del ser hombre. Sin embargo, los resultados interesantes radican en que, en hombres como en mujeres, la homofobia guardó relación significativa con algunos aspectos de la masculinidad hegemónica. Esto indica dos cosas, primero que tanto hombres como mujeres poseen rasgos de la “masculinidad”, aunque los hombres en mucha mayor medida, y segundo que

existe una asociación entre la violencia, la agresión, la descortesía, la desatención, el ser grosero/a (características masculinas), con la discriminación y el rechazo hacia gays y lesbianas (Lozano y Rocha, 2011).

Por su parte, McCann, Plummer y Minichiello (2010), al entrevistar a 63 hombres australianos de diferentes niveles educativos, socio-económicos y edades, encontraron que los chistes homofóbicos son constantes en el discurso de la “masculinidad”, ya que permiten incluir a aquellos hombres que se conforman a las normas masculinas y excluir a quienes no, aunque no sean homo-eróticos. Además señalan que es la escuela como espacio socializador en donde se re/producen no sólo las normas hegemónicas de la “masculinidad”, sino las formas de violencia en contra de otros hombres, incluyendo la homofobia. Los hombres agresores vivían estas experiencias como algo divertido, mientras que las víctimas lo vivieron como un abuso constante; aprendiendo de esta forma sobre los lugares jerárquicos que ocupaban en la escalera de la “masculinidad”.

A partir de estos estudios se puede afirmar que una de las expresiones de la masculinidad hegemónica es la homofobia. La “masculinidad” tiene como mandato negar aquello que es “femenino” y como lo homo-erótico es percibido como “femenino”, bajo el supuesto de que el hombre renuncia a su poder, entonces, desde esta lógica, a este hombre se le tiene que castigar, no sólo con la expulsión, sino con el rechazo, la discriminación y la violencia. Diferentes estudios han encontrado que la homofobia no es en contra de las personas homo-eróticas, sino en contra de aquellas que no se conforman a las normas de género (Castañeda, 1999, 2006; McCann, Plummer, Minichiello, 2010; Ortiz-Hernández, 2005; Sandfort, Melendez y Díaz, 2007). Por lo que es congruente que Tharinger (2008) señale que la homofobia funciona como la “policía de género” entre varones, pues se encarga de instalar miedo entre hombres, miedo a no ser como deben de ser: masculinos. Esto tiene efectos inmensos sobre la propia población gay porque la homofobia no nada más la desarrollan y la mantienen las personas hetero-eróticas o no-gay sino que también la socialización afecta a personas

homo-eróticas. A este concepto se le ha llamado homofobia internalizada y se ha vinculado estrechamente con el bienestar y malestar emocional de hombres gay.

La homofobia internalizada implica aquellas actitudes negativas o prejuicios sexuales negativos, que tienen las personas homo-eróticas sobre sí mismos/as, sobre sus deseos y sus conductas sexuales (Castañeda, 1999; Herek, 2008; Lozano, 2008; Ortiz-Hernández, 2005; Span y Derby, 2009). Esta puede ser consciente o no consciente, algunas de las características psicológicas asociadas a ella son: menores niveles de auto-aceptación, menor habilidad para compartir la orientación sexual, menores niveles de auto-estima, odio a uno mismo y dudas sobre uno mismo (Cabaj, 1988; Kahn, 1991 en Ross y Rosser, 1996), así como sentimientos de tristeza y miedo (Granados y Delgado, 2007, 2008; Granados, Torres y Delgado, 2009).

La incorporación de la homofobia a una parte de la identidad puede tener riesgos importantes. Al respecto, varios estudios han encontrado que la homofobia internalizada es la variable que modera aspectos negativos en la salud de hombres gay y mujeres lesbianas, específicamente la presencia de síntomas depresivos, ansiosos, consumo alto de alcohol y otras drogas, y prácticas sexuales de riesgo que exponen a los sujetos a adquirir alguna ITS (Baile, 2008; Carrillo, 2005; Cochran y Mays, 2006; Cole, 2006; D'Augelli, 2006; Díaz, Bein y Ayala, 2006; Granados y Delgado, 2007, 2008; Granados, Torres y Delgado, 2009; Jordan, 2000; Ortiz-Hernández, 2005; Sandfort, Melendes y Diaz, 2007) y se ha llegado a afirmar que la homofobia internalizada es el constructo central en la sintomatología para el tratamiento psicológico de personas gay y lesbianas (Ross y Rosser, 1996).

Otros estudios han encontrado datos opuestos a los mencionados, en donde no hay relación entre la homofobia internalizada y el uso de alcohol y otras drogas, sin embargo, parece ser que el involucrarse en la comunidad LGBT aumenta la probabilidad de consumo (Amadio y Chung, 2004). Esto, me parece, tiene que

ver con que muchos de los espacios específicamente gay son bares y centros nocturnos donde existe la venta de alcohol y circulan algunas drogas. También es importante analizar estos datos tomando en cuenta que el contexto de estigma y discriminación mantienen a la población LGBT, y sus espacios, en relativa clandestinidad, permitiendo el desarrollo de otras actividades clandestinas. Así, la socialización en dichos espacios está permeada por el consumo de sustancias, mismas que se vuelven parte de la vida social.

Algunas investigaciones han mostrado que la calidad en la relación de pareja es menor (Frost, 2011; Otis, Rostosky, Riggle y Hamrin, 2006), sobre todo cuando aparecen síntomas ansiosos, porque estos moderan la relación entre la homofobia internalizada y la calidad de la relación (Frost y Meyer, 2009). En hombres gay con niveles más altos de homofobia internalizada, aumenta la victimización relacional, es decir, el sentirse víctima de agresiones en la relación de pareja (Kelley y Robertson, 2008). Es importante mencionar, que en el tema de salud y bienestar, se ha debatido si menores niveles de estos rasgos se deben a la homosexualidad misma o a la homofobia internalizada. Al respecto, Rosser, Bockting, Ross, Miner y Coleman (2008) argumentan que las variables asociadas a la disminución de la salud y el bienestar son variables de homofobia y homonegatividad. Estudios como éste indican justamente que la homosexualidad sólo se relaciona con la salud a través de la homofobia.

Así, la homofobia se vuelve un mecanismo de poder, desde los sistemas de género hegemónicos, que mantienen a cuerpos como enfermos y patológicos. Blumenfeld (1992) sostiene que la homofobia opera en cuatro niveles distintos, que son relevantes para estudiar el estigma sexual y sus efectos sobre las personas:

- Personal: un sistema de creencias individual, que sostiene que las minorías sexuales son personas sin control sobre sus impulsos o que deben de ser odiados/as, que tienen problemas psicológicos, que son defectuosos/as genéticamente o en términos simples, que son inferiores.

- Interpersonal: se manifiesta en las relaciones entre personas, un campo donde el prejuicio se puede transformar en discriminación. Acciones como chistes, insultos, intimidación, amenazas y chantajes son parte de la homofobia.
- Institucional: es el nivel en donde empresas, negocios, instituciones, el gobierno, organizaciones religiosas y educativas funcionan al discriminar sistemáticamente en base a la orientación sexo-afectiva. Estas acciones se ven reflejadas en leyes, códigos y reglamentos que omiten la inclusión de personas no hetero-eróticas o la negación clara hacia estas personas. El que la homosexualidad estuviera tipificada como una patología en el Manual Estadístico y Diagnóstico de la Asociación Psiquiátrica Americana es un ejemplo de la homofobia institucional.
- Cultural: se trata de las reglas y normas no escritas que establecen las acciones colectivas correctas para una sociedad o cultura.

5.1. La “salud” como experiencias emocionales en las identidades gay

El propio concepto de salud ha tenido una evolución teórica en su propia definición, mismo que ahora se entiende como un “estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades” (OMS, 2009). La salud mental se define en términos similares, la OMS (2009) indica que se trata de “un estado de bienestar en el cual el individuo es consciente de sus propias capacidades, puede afrontar las tensiones normales de la vida, puede trabajar de forma productiva y fructífera y es capaz de hacer una contribución a su comunidad”. Esto significa que ser infectado por una ITS, así como cierto consumo de drogas (ya sea alcohol, tabaco o una droga ilegal), puede entorpecer las capacidades de los sujetos para afrontar las tensiones de su vida o bien, el consumo puede ser en sí misma una forma de enfrentar la tensión (como asumirse públicamente como gay) que traiga consecuencias para la salud física (como cirrosis o problemas pulmonares). De igual forma, sensaciones de tristeza

y enojo (entre otras) pueden desarrollarse en trastornos como la depresión y la ansiedad, limitando las propias capacidades y la contribución a la comunidad.

Esfuerzos por operacionalizar el constructo de salud mental en la vida de las personas se expresan en el trabajo de Westerhof y Keyes (2010) quienes colocan a la salud mental y la enfermedad mental en un continuo de opuestos en donde el bienestar psicológico y social juegan papeles importantes; entienden el bienestar psicológico como “funcionamiento individual positivo en términos de auto-realización” y el bienestar social como “funcionamiento social positivo en términos de ser de valor social” (p. 110). Ambas definiciones claramente se desprenden de un modelo de salud-enfermedad. Estos conceptos han sido usados para el estudio de la salud de hombres gay, mujeres lesbianas y personas bisexuales (Kertzner, Meyer, Frost y Stirratt, 2009). Desde esta mirada, Meyer (1995, 2003) ha construido lo que se conoce como el *modelo de estrés minoritario* para estudiar la salud mental de esta población y lo define como el estrés derivado de un estatus de minoría que se expresa en estrés psicológico y síntomas patológicos. Este modelo ha sido muy popular para el trabajo con minorías en Estados Unidos, con estudios que se derivan de una mirada de salud pública que han hecho cuantiosas aportaciones. El modelo es útil para este proyecto porque ayuda a entender cómo el estigma social se deriva de sistemas sociales como el género y la heteronormatividad que impactan de forma negativa en las experiencias de personas que se identifican como gay o lesbianas; ampliando la perspectiva médica y permitiendo entender a las emociones y la sensación de comunidad como elementos prioritarios en la salud de estas minorías (Frost y Meyer, 2012).

Concuerdo con autores que señalan que el concepto que hasta ahora se ha usado: “salud mental” remite al modelo médico-rehabilitatorio y a la dualidad salud/enfermedad (Burin, 2000), que en el marco de los estudios gay, recuerda a la manera en que se construyó la categoría de homosexual y la forma en que fue patologizado a lo largo de todo el siglo XX. Con esta crítica, nace desde el

feminismo el concepto de *malestar emocional*, que intenta otorgarle una voz activa a las mujeres que viven alguna condición que obstaculiza su integridad o bienestar. Desde este concepto, las emociones son un elemento fundamental de la salud ya que, inclusive desde el modelo médico, la sintomatología de las llamadas “enfermedades mentales” involucran emociones. Así, Burin (2000) define al malestar como “una noción transicional a medias subjetiva y objetiva, externa e interna a la vez, que participa de una lógica transicional al no refrendar la clásica diferencia sujeto/objeto, externo/interno, sano/enfermo, normal/patológico” (p.339). Por su parte, Tena (2007) ha desarrollado el concepto de *malestares masculinos* que se pueden vivir a raíz de la crisis laboral que existe desde hace varios en años en México y en el resto del mundo. La autora define a los malestares masculinos:

“...ligados al estrés y depresión, malestares que en ocasiones los varones no relacionan de manera consciente con los valores que los propician...no sólo como consecuencia de las desventajas económicas sino vinculadas con una construcción de la “masculinidad” como deberes que la demostración de capacidades de manutención y superioridad económica, de seguridad y protección a la familia en tanto figura de autoridad, que implica la negación abierta de temores y malestares por concebirse signos de debilidad asociados con el ser ‘femenino’” (p. 358).

La definición expuesta nos ayuda a entender que los malestares, en los hombres, nacen de una percepción de ser “femenino” o de perder esos privilegios patriarcales y aspectos masculinos. En este sentido, el concepto de malestar puede ser muy útil para analizar aspectos relacionados al afecto y las emociones en hombres gay, en tanto que la gaydad implica una pérdida de privilegios patriarcales. Considerando la definición de ambas autoras, se hace referencia a elementos sociales que permiten a los hombres construir una subjetividad “que los alejaría de la intimidad consigo mismos y sus cuerpos” (p. 340, Burin, 2000) y por

tal, es una construcción opresiva para la salud mental. No obstante, hablar de “malestares emocionales de los hombres” permite comprender las emociones con potencial de enfermar como una crisis de vida que abre la puerta para la reflexión, concientización de sus propias contradicciones y transformación de sí mismos, ya que coloca al hombre como un sujeto activo y crítico.

Las emociones, desde la psicología, se han entendido como síntomas de cambios fisiológicos en el cuerpo (Lange, 1987 en Wassman, 2010). Para facilitar la comprensión de las emociones, Moors (2009) se apoya en la noción de *episodios emocionales*, que comprende el estímulo hasta las consecuencias de la emoción y señala que la emoción es la parte subjetiva que dirige a los pensamientos y a las conductas. En este sentido, hay un componente de intencionalidad, uno somático, uno fisiológico y uno motor. Las teorías psicológicas en torno a las emociones han señalado que éstas son producidas por un evento que remite a la representación mental de un objeto (sea una persona, una cosa o un evento, real o imaginado), que la emoción suele motivar a la persona a realizar ciertas actividades y por tal, tiene una dirección (Herzberg, 2009). Asimismo, existen discusiones entre teóricos/as; por un lado existen los que le apuestan a la emoción como un proceso con un orden fijo de pasos y componentes mientras otros lo señalan como un proceso variable. Acordar la cantidad y los componentes en sí, así como el orden en que se presentan ha sido imposible (Moors, 2009). Parece ser que no existe una definición consensuada de lo que es una emoción ni de los procesos que la subyacen.

Para Heller (1989) las emociones son propias de un momento histórico y un espacio geográfico. Esta autora señala que las emociones indican que los sujetos están inmersos en una situación social que tiene cierto valor para ellos/as. Esto es parte estructural de la acción y del pensamiento, en donde la importancia que le da el sujeto al estímulo de la emoción resulta ser el personaje principal en los efectos que tendrá dicha emoción. Al parecer, hay consenso en que las emociones son innatas, pero qué emociones y cómo expresarlas son resultado de

un proceso de aprendizaje social. Independientemente de que así sea, las personas viven sus emociones incorporadas a su cotidianidad e identidad, aunque no lo tengan consciente. La psicología ha encontrado que las emociones, y en particular la regulación emocional, tiene un vínculo importante con la salud y el bienestar subjetivo. De manera específica, se ha visto que la supresión de las emociones, la inhabilidad/dificultad para comprenderlas, la inhabilidad/dificultad para compartir emociones “traumáticas”, así como la exageración de los episodios emocionales, está fuertemente vinculado con aspectos de salud mental como la depresión, la ansiedad, el estrés postraumático y con menos satisfacción con la vida; además, afectan a la salud física con enfermedades como asma, gastrointestinales, úlceras y cardiovasculares como lo puede ser la hipertensión (Pandey y Chouby, 2010; Saxena, Dubey y Pandey, 2011). En el caso de las emociones de hombres gay, es común encontrar malestares emocionales como los mencionados anteriormente, debido a que no se sienten en libertad de compartir las emociones que rodean su atracción hacia otros hombres por el estigma vinculado al homo-erotismo.

En el contexto del presente estudio, me parece restrictivo únicamente pensar en términos de malestares, cuando en realidad una persona puede también tener “bienestares” o experiencias que considera positivas desde el aspecto emocional. Así, usaré el término de “experiencias emocionales” para centrarme en las vivencias emocionales de los hombres que estudio. De acuerdo con Pérez (s.f.), el concepto de experiencia retoma el papel de las emociones en el proceso de obtener y construir conocimiento como sujeto epistemológico. La autora retoma la definición de Dewey al señalar que la experiencia es la interacción con el entorno, es acción, sensación y sentimiento y que va más allá de la capacidad cognoscente de la persona. Así, se basa en el afecto como plataforma para el conocimiento y el hacer sentido de uno mismo.

Por su parte, de Lauretis (2008) entiende a la experiencia como aquel elemento que permite la construcción de la subjetividad, el espacio de diálogo entre el sujeto y su realidad social. Para la autora, el uso de la experiencia como categoría de análisis permite comprender la configuración de significados, cómo se modifican y se reconstruyen constantemente a través del proceso dialéctico que hemos llamado identidad. Scott (1991) y Bach (2010) concuerdan con esta postura y señalan la importancia de la experiencia para el feminismo, pues desde la experiencia uno se puede alejar del positivismo androcéntrico que ha “enfermado” a las minorías, permitiendo reinscribir “los supuestos acerca de identidades, diferencias y sujetos autónomos que subyacen en los discursos disponibles” (p. 21, Bach, 2010). En resumen, la identidad es la historia de un sujeto inmerso en discursos particulares y la manera en que hace sentido de ellos, la experiencia es el vehículo a través del cual se construye la identidad.

De tal manera, que hablar de “experiencias emocionales”, implica concentrarme en ciertas voces, antes marginadas y la manera en que han hecho sentido de su vida emocional, es decir, de la atención que le han prestado a sus emociones como parte fundamental de su construcción identitaria dentro de un sistema de género que no les ha permitido vivirse como seres emocionales. Esto implica indagar y analizar sobre la manera en que identifican, socializan y hacen propias sus emociones, procesos inevitablemente sociales y contextuales. A través de las experiencias emocionales, se podrá reconstruir y resignificar dicho sentido de vida y las emociones que lo constituyen y por tanto desarrollar nuevos discursos. También permitirá conocer la manera en que estos procesos contextuales impactan en la vida subjetiva, específicamente en la salud, pues se puede entender a las emociones como aspectos básicos de la salud mental.

Si bien los estudios que aquí reporto hablan de salud, todos tocan de forma secundaria la experiencia emocional. Más que interesarme por la sintomatología que presenten mis entrevistados, me preocupa abrir un campo donde explorar las emociones vinculadas a su proceso de construcción identitaria. Esto, además

tiene la intención de evitar remitir a las dualidades antes mencionadas, específicamente la idea de patología, ligada al modelo médico-rehabilitatorio. En los siguientes apartados, revisaré la literatura disponible sobre salud en hombres gay, con la intención de hacer evidente el papel secundario que han jugado las emociones para estos estudios y por tal, el vacío que se queda en torno a las experiencias emocionales de hombres gay.

Burin (2000) señala que una de las causas de los malestares de los hombres son problemas que les hacen cuestionar “su lugar como hombre”, que cuestionan su situación de poder, entre ellas, pensarse como gay. En el entendido de que los hombres gay, con todo y que son hombres y son socializados como masculinos, rompen con las normatividades de la masculinidad hegemónica por asumir y hacer público su deseo por otros hombres, colocándolos así en una jerarquía menor al estatus de hombre. Es por ello que en este trabajo, adopto la noción de experiencias emocionales, entendiendo esto como experiencias que los propios sujetos evalúan para su pleno desarrollo e integridad, física y psicológica; que necesariamente implican emociones, cogniciones y conductas. Además, este concepto permitirá pensar en el bienestar psicológico como una posibilidad real para estos sujetos, pensando que en toda situación habrá malestares y bienestares, y que las vivencias de los hombres gay no sólo tienen el potencial de generar malestares. Así, las experiencias de bienestar o malestar pueden ser sobre diferentes aspectos. Interesa, sobre todo debido al estado de arte en torno al tema, estudiar las experiencias sobre emociones como tristeza, dolor y preocupación, debido a que éstas se vinculan con cuadros de depresión y ansiedad; además de que son malestares masculinos que se presentan ante la pérdida de privilegios patriarcales (Tena, 2007). A su vez, estos cuadros están vinculados a otras experiencias que pueden atentar en contra del bienestar, como el consumo de drogas, tanto ilegales como legales, especialmente considerando que hay drogas específicas que se han incorporado a la vida gay (Adam, 2010), además de que el uso de alcohol y tabaco es frecuente en la construcción de “masculinidades” (INEGI, 2009, 2010). Por último, los hombres gay son reconocidos como una

población llamada vulnerable a infecciones de transmisión sexual (ITS), justo porque las conductas sexuales entre hombres suelen permitir el intercambio de fluidos corporales que contienen esos virus o bacterias en cantidades necesarias para su transmisión.

5.2. Experiencias emocionales en su vínculo con la identidad gay

La literatura disponible en cuanto a la identidad en hombres homo-eróticos se restringe a estudiar, de forma lineal, el desarrollo de lo que los/as autores/as llaman “identidad homosexual” (Cass, 1979, 1984; Hencken y O’Dowd, 1977; Weinberg, 1978; Miller, 1978; Morin y Miller, 1974; Troiden, 1972 en Cass, 1984). Los modelos lineales de la identidad homosexual han sido blanco de muchas críticas, entre ellas destacan que se trata de propuestas simplistas y que ignoran a la identidad en relación a los grupos sociales con los que se interactúa (en Horowitz y Newcomb, 2002), que ignora las diferencias individuales (McCarn y Fassinger, 1996; Cox y Gallois, 1996; Morris, 1997 en Horowitz y Newcomb, 2002). Horowitz y Newcomb (2002), además señalan que estos modelos parten del supuesto de que la orientación sexual es algo que se establece en los primeros años de vida y que define al verdadero ser o yo. Visto de esta manera, la identidad sexual tiene como base “descubrir” lo que uno realmente es. Por otro lado, implica una serie de etapas subsecuentes por las cuales se tiene que atravesar o vivir para lograr una identidad “completa”. De forma que la linealidad se orienta a que si no se cumplen con las etapas, entonces no se está completo y por lo tanto hay un error.

Desde las críticas a los modelos lineales, Rotheram-Borus y Fernández (1995) proponen una forma más dialéctica de entender la construcción identitaria de hombres gay. Ellas proponen un modelo multidimensional pero no lineal, en donde se conceptualiza el “salir del clóset”, como un continuo. Las cuatro dimensiones son:

Tabla 2 Desarrollo de la identidad gay (Rotheram-Borus y Fernández, 1995)

Dimensión	Descripción
Reconocerse como gay o lesbiana.	Los/as adolescentes cuestionan sus emociones heterosexuales al vivir fantasías y atracción hacia personas de su mismo sexo. Algunos/as llegan a asumirse como homosexuales e identificarse como gay o lesbiana. También es probable que vivan niveles importantes de estrés ya que estas conductas y deseos están en conflicto directo con su heterosexualidad presupuesta. Cada adolescente puede encontrar diferentes manera de manejar el estrés: algunos ocultan sus deseo, otros inician conductas hetero-eróticas.
Explorar su orientación sexual a través de buscar información sobre la propia orientación sexual y la comunidad lésbico-gay.	Debido a que en sus medios cotidianos (como la escuela, la colonia y la familia), no existe el contacto y las relación entre personas del mismo sexo, los/as jóvenes circulan hacia esferas en donde esto existe y se permite. Debido a la marginalización de la vida gay, los/as jóvenes están expuestos/as a situaciones de riesgo como que se les ofrezca droga y dinero a cambio de sexo.
Divulgar a otros/as.	Debido a que los jóvenes viven bombardeados de reportes de violencia hacia personas homosexuales y tienen pocas oportunidades para explorar con seguridad sus atracciones hacia el mismo sexo, viven en constante miedo de divulgar su orientación homosexual. No sólo es miedo a recibir violencia, sino a ser rechazados por su familia y pares.
Estar más cómodos y aceptar la orientación sexual.	Conforme pasa el tiempo, los jóvenes se van sintiendo más cómodos con su orientación homosexual, sin embargo, antes de ello puede involucrarse en prácticas sexuales no saludables con personas de otro sexo. Debido a que se encuentran con situaciones cotidianas más difíciles que sus contrapartes heterosexuales, hay un desarrollo de habilidades psicosociales que, al final del camino, abonan a niveles más altos de autoestima en comparación con sus pares heterosexuales y llegan a aceptarse con orgullo.

Las autores señalan que los jóvenes gays pueden enfrentarse a una serie de complicaciones, ya que requieren de habilidades y estrategias afectivas y cognitivas que les permiten “salir del closet”, habilidades que ningún adolescente (hetero u homo) tienen bien definidas. “Salir del closet” se refiere a hacer pública

la orientación sexo-afectiva cuando ésta no es hetero-erótica (Boxer, Cook y Herdt, 1991 en Taylor, 1999) y también a asumir la gaydad como un aspecto positivo del yo (Kus, 1985 en Taylor, 1999). Los autores hipotetizan que esto permite la entrada a conductas riesgosas como consumir drogas y no usar métodos de protección durante sus relaciones sexuales. Inclusive, señalan que el intento de suicidio es más frecuente en muestras de jóvenes gays que en jóvenes heterosexuales. Los análisis de estos autores señalan el hecho de que salir del clóset fortalece las habilidades afectivas y cognitivas de los jóvenes, y a su vez permite acrecentar la autoestima y reducir conductas de riesgo. Sostienen que asumir una identidad sana radica en explorar diferentes opciones, hacer compromisos y compartir las propias creencias con otros. En el caso de las personas homo-eróticas, la importancia de asumir el homo-erotismo como parte de la identidad radica en que se trata de una minoría sexual, pues su orientación sexual se contrapone con los valores predominantes de la cultura, razón por la cual el “salir del closet” toma tanta importancia. Sin embargo, el salir del clóset tiene implicaciones contextuales y no nada más para el sujeto, se trata de una forma de transformar y de mover las normas que imperan en su medio. En otras palabras, salir del closet se vuelve una performatividad del orden sexual, que lo cuestiona y subvierte la normatividad heterosexual para crear un espacio para un cuerpo asumido homo-erótico.

Para distintos autores, el salir del closet es un aspecto fundamental de la identidad homosexual, pues implica justo el rompimiento con lo social y se vuelve un proceso continuo, más que un solo momento (Floyd y Stein, 2002). Como señala D’Augelli (2006), la construcción identitaria tiene hitos, más que etapas:

1. Edad de conciencia de la orientación sexual hacia personas del mismo sexo.
2. Edad de reconocimiento como gay o bisexual.
3. Edad de revelación de la orientación sexual hacia el mismo sexo.

4. Edades de las primeras experiencias sexuales con hombres y mujeres.

El autor revela que tomar conciencia de la orientación sexual no heterosexual y el reconocimiento como gay o bisexual (hitos 1 y 2), pueden ser complicados debido a las normas sociales homofóbicas que reprimen este tipo de conductas e identidades. Esto puede tener consecuencias en el estado de ánimo o en el acoso que viven al identificarse como homosexuales. La revelación de la orientación sexual también puede traer consecuencias, como violencia de diferentes tipos por parte de sus padres y madres, así como por compañeros de escuela, que nuevamente incide sobre la salud emocional de la persona; de ahí que el apoyo de la familia y las sensaciones que esto despierta pueden ser cruciales para el desarrollo de las personas gays (Castañeda 1999; D'Augelli, 2006; Goldfried y Goldfried, 2001). La propuesta de este autor es un tanto flexible, ya que no habla de etapas, sino hitos o momentos (por eso usa el término "edad"), que se pueden cumplir de acuerdo a las experiencias y necesidades particulares de cada individuo.

En cambio, desde un modelo construccionista, no es que la persona descubra su verdadera identidad, sino que la construye y le da sentido, incidiendo en su forma de vida. Claro, hay estructuras biológicas y sociales inevitables, pero dentro de estos límites, los sujetos pueden acomodar sus vivencias y tomar una parte activa en cómo vivirlas. Tal vez el ser homo-erótico es inevitable, pero la persona decide si quiere o no quiere expresar ese homo-erotismo y cómo expresarlo. También indica que el deseo o la conducta homo-erótica de los hombres no necesariamente impacta sobre su identidad, como diferentes autores señalan, las conductas no definen la identidad. La visión construccionista permite prestar atención a los sistemas sociales y culturales que envuelven a los sujetos y que les permiten nombrarse como tal y hacer sentido de las experiencias corporales y sociales que tiene. Igualmente, la visión construccionista permite cuestionar constantemente esas formas normativas de ser.

Por su parte, Ortiz-Hernández (2005) encontró que jóvenes lesbianas, bisexuales y homosexuales de aproximadamente 29 años que practicaban el ocultamiento de su deseo, tenían más probabilidad de estar en riesgo de vivir algún trastorno mental, como la ideación, intentos suicidas, o alcoholismo. El ocultamiento es no dar evidencias de una orientación sexual diferente a la heterosexual o muestras de transgredir los estereotipos de género. Esto puede entenderse no sólo como una rama de la homofobia internalizada sino también como una estrategia para afrontar la homofobia externa. Los resultados de este estudio señalan que existe una asociación entre la ideación, el intento suicida y la depresión, así como el riesgo de padecer algún trastorno mental y alcoholismo con niveles altos de homofobia internalizada, sentirse culpable por su orientación sexo-afectiva y tener una actitud negativa ante su transgresión de género. Por su parte, Granados y Delgado (2007, 2008), encontraron que los jóvenes gay que habían vivido alguna experiencia de discriminación por ser gay, solían presentar emociones como tristeza, dolor y temor, sentimientos básicos de la depresión y de la ansiedad. De acuerdo con List (2005) y Suyemoto (2002) en términos de los planos identitarios, el ocultamiento puede concebirse como un plano identitario que permite afrontar la homofobia. Debido a que los pocos estudios sobre orientación sexual y salud se han realizado en la Ciudad de México, sólo se conoce que en esta urbe el uso de este plano tiene grandes costos para la salud emocional de las personas homo-eróticas (Granados y Delgado, 2007, 2008; List, 2005, 2009).

El estudio de la salud y el bienestar emocional de los hombres gay tiene sus inicios en la epidemia del VIH/SIDA, en la década de los ochenta. En ese momento era importante entender qué prácticas llevaban a cabo, que los tenía tan expuestos al contagio de éste virus. El estudio en este campo llevó a entender que la exposición a las ITS está asociada a las prácticas sexuales de riesgo, que tiene dos componentes principales: a) las conductas sexuales que permiten la suficiente cantidad de intercambio de fluidos corporales que contienen algún virus o bacteria; y b) la exposición a situaciones de riesgo, que es el contexto con

probabilidades altas de llevar a cabo prácticas sexuales de riesgo (Granados, Torres y Delgado, 2009). Las prácticas sexuales de riesgo tienen correlaciones importantes con emociones y sensaciones de tristeza, miedo, temor y rechazo a raíz de la homofobia experimentada (Granados y Delgado, 2007, 2008; Granados, Torres y Delgado, 2009), que a su vez, son la raíz para el empobrecimiento de la salud mental, como sintomatología depresiva y ansiosa y el consumo más elevado de alcohol y otras drogas no intravenosas en comparación con población heteroerótica (Baile, 2008; Carrillo, 2005; Cochran y Mays, 2006; Cole, 2006; D'Augelli, 2006; Díaz, Bein y Ayala, 2006; Jordan, 2000; Ortiz-Hernández, 2005; Sandfort, Melendes y Diaz, 2007; Stall et al, 2001). Este tipo de conductas no sólo está asociada a la homofobia internalizada, sino a la sintomatología depresiva (Span y Derby, 2009), así como a una historia familiar de abuso de alcohol, asistencia frecuente a bares gay, parejas sexuales múltiples y edades bajas (Stall et al., 2001).

Datos de diferentes partes del mundo pueden dar un panorama más claro acerca de la salud de hombres gay. Por ejemplo, Veenstra (2011) al trabajar con una muestra nacional representativa de Canadá, preguntó quienes se auto-denominaban heterosexuales, bisexuales y gay/lesbianas; encontró que los hombres gay no muestran diferencias significativas en autoreportes de salud en comparación con la población heteroerótica, aunque la población bisexual sí reporta una percepción de salud más pobre. Span y Derby (2009) consideran que la literatura sobre el papel de la homofobia internalizada como predictora del consumo de alcohol es contradictoria, pues existen estudios que demuestran que la homofobia predice niveles más altos de consumo de alcohol y depresión y otros que no hallan esta relación. Por tal, hipotetizaron que los síntomas depresivos juegan un papel de moderador entre la homofobia internalizada y los hábitos de consumo de alcohol. En una muestra de 42 hombres y 30 mujeres de la ciudad de Los Ángeles, se encontró que en promedio, los hombres gay ingieren más alcohol que las mujeres lesbianas y que en efecto, los síntomas depresivos son moderadores entre la homofobia internalizada y el consumo de alcohol.

Encontraron que aquellos que vivían con menores niveles de homofobia consumían alcohol de manera más frecuente y presentaban menores niveles de sintomatología depresiva. Sin embargo, puede sugerir que el propio ambiente gay es un facilitador para el consumo de alcohol. En el caso de la Ciudad de México, los lugares dedicados exclusivamente a la homo-sociabilidad gay, casi en su totalidad son bares o antros en donde la venta y el consumo de bebidas alcohólicas es el principal atractivo. Si consideramos que los espacios de sociabilidad gay pueden generar una red de apoyo para hombres gay, habrá que reconocer que estas redes de apoyo se inician con una sociabilidad que contiene alcohol.

Stall y sus colaboradores (2001) encuestaron a 2172 hombres que tienen sexo con hombres (identificados como gay, bisexuales o que habían tenido sexo con otro hombre en los últimos 12 meses) de cuatro grandes urbes de Estados Unidos. Encontraron que en los últimos seis meses, casi el 90% había consumido alcohol; más del 40% había consumido marihuana; casi el 20% había usado poppers; más del 15% había usado cocaína; el 3% había consumido crack; y más del 11% había usado éxtasis. Los hombres que reportaron consumo frecuente de alcohol, así como problemas asociados al mismo, son hombres cuyos padres consumían alcohol frecuentemente, que asisten a bares gay frecuentemente y que no están al tanto de los medios gay, como publicaciones periódicas locales. Curiosamente encontraron también que aquellos hombres con un nivel medio de inserción en la comunidad gay tienen menos consumo de alcohol en comparación con los hombres que tienen bajo o alto grado de inserción en la comunidad gay. El consumo de tres o más drogas estaba asociado con el estado seropositivo, estar distresado o deprimido, acudir a bares de forma frecuente y tener parejas sexuales de una sola noche con mayor frecuencia. Según estos datos, podemos entender que la inserción en la comunidad gay, para hombres que se denominan así, puede ser un arma de doble filo. Por un lado, cierto sentido de pertenencia contribuye a un estado de bienestar emocional ya que provee de herramientas para la construcción identitaria, alejada de estereotipos negativos y relaciones sociales y

de apoyo. Sin embargo, la alta pertenencia a grupos gay trae consecuencias para el bienestar emocional y la salud sexual; es posible que esto se deba a los sujetos descuiden otros grupos sociales y facetas identitarias, y que se inmiscuyan de forma frecuente en el ambiente gay, mismo que ha sido caracterizado por el consumo de drogas y la exposición a situaciones sexuales de riesgo justamente porque sigue siendo algo semi-clandestino (Adam, 2010; Granados y Delgado, 2007, 2008; Granados, Torres y Delgado, 2009).

En cuanto a la situación emocional, Blashill y Vander (2010) hallaron en Estados Unidos, con una muestra de 162 hombres gay, que la edad se correlaciona significativamente con la depresión, indicando que los hombres gay jóvenes viven más depresión que los mayores (Carlson y Steuer, 2001). Esto se puede deber a que los hombres de más edad tuvieron más tiempo para asumir y sentirse cómodos ante su identidad gay y así establecer redes sociales de apoyo. Además, hallaron que ciertos componentes del conflicto de roles de género median la relación entre sensibilidad social y depresión. Esto quiere decir que aquellos hombres gay que se preocupan por expresar sus emociones en público, por ser percibidos como más “femeninos”, y que están más preocupados por su trabajo (tal vez debido a un temor de ser expulsados de él debido a su orientación sexoafectiva) suelen presentar más síntomas depresivos. Estos resultados apuntan, como otros (Castañeda, 1999, 2006; Lozano y Díaz-Loving, 2011; Sandfort, Melendez y Diaz, 2007), a que la homofobia no es percibida tanto como el rechazo a las conductas e identidades homo-eróticas sino a la transgresión de género y la expresión pública del homo-erotismo. Por ejemplo, Sandfort, Melendes y Diaz (2007), en una muestra de hombres gay latinos de tres ciudades de Estados Unidos, encontraron que no conformarse a la “masculinidad”, es decir, considerarse más afeminados, ponía a los hombres en mayor riesgo de ser violentados por su familia y pareja, así como tener más experiencias de homofobia y menores niveles de salud mental. De forma similar, Carlson y Steuer (2001) encontraron que la “masculinidad” era un buen predictor de la autoestima en una muestra de hombres gay, lo que significa que a mayor

“masculinidad”, más auto-estima y por tal, mientras aumentaba la “masculinidad”, disminuía la depresión.

Es importante aclarar que aunque estos estudios encuentran relaciones estadísticas que vinculan a los hombres gay con el consumo de ciertas drogas, con la práctica de ciertas conductas sexuales y con presentar cierta sintomatología psiquiátrica, de ninguna manera significa que los hombres gay sean drogadictos, alcohólicos, pervertidos sexuales, depresivos y/o ansiosos. El encontrar relaciones de este tipo señala cierta vulnerabilidad para la población de hombres gay debido a que existen estructuras, más allá de su individualidad, que los mantienen en una situación de opresión. Estas estructuras sociales también permiten observar a los hombres gay como una especie de chivo expiatorio, en quienes se pueden depositar esos “males” sociales, como la drogadicción, y dejar de ver sus aportaciones sociales. El señalar esta vulnerabilidad y subordinación implica, desde este proyecto, que el encontrar estas características en la población a estudiar puede significar una vivencia cercana con la opresión a través de la homofobia y que esto significa no señalar a los hombres gay, sino generar cambios orientados a las estructuras sociales que los oprimen. Inclusive, el estudio de hombres gay puede resaltar el valor y el atrevimiento que estos hombres tienen por identificarse en contra de la estructura normativa. Las emociones que esto implica y genera son necesarias de analizar.

El estudio de la salud de hombres que tienen sexo con hombres a partir de la epidemia del VIH/SIDA logró transformaciones importantes sobre las creencias en estos temas. En un inicio se consideró que eran los hombres gay quienes eran los principales portadores del virus; por ello se llevaron a cabo campañas de prevención y tratamiento de la epidemia. Esto tuvo como resultado el cambio de prácticas sexuales en hombres gay, sobre todo en Estados Unidos (Toro-Alfonso, 2009), aunque esto también sucedió en México, pero con mayor dificultad (List, 2005). Esto, por supuesto, tuvo como consecuencia la reducción e inclusive el control de la enfermedad en la población de hombres gay. Sin embargo, en

México se observó que la propagación del virus continuó debido a que no eran los hombres gay los que no habían incorporado el uso del condón en su vida sexual. Esto entonces permitió construir la categoría de Hombres que tienen Sexo con Hombres (HSH) como una categoría de análisis en estudios epidemiológicos. Se trata de hombres que tienen conductas sexuales con otros hombres, sin que necesariamente se identifiquen como homosexuales o gay (Carrier, 2001; Núñez, 2007). De esta forma, el estudio sobre salud de hombres gay se va delimitando con contornos cada vez más claros. La homofobia juega un papel fundamental ya que separa, estigmatiza, rechaza y discrimina a aquellas conductas e identidades no hetero-eróticas, llegando a afectar la vida cotidiana y de salud de hombres gay. La homofobia no sólo pone un riesgo externo para la integridad de las personas gay, sino que a través de la socialización se convierte en un riesgo que el propio sujeto pone a sí mismo. La literatura demuestra resultados diferentes pero existe una inclinación hacia el consenso de que se trata de un factor importante para la salud plena de hombres gay.

Otro aspecto importante, con respecto al cuerpo, es su uso en la sexualidad. Granados y Delgado (2007) y Laguarda (2009) señalan que las prácticas homo-eróticas en México se llevan a cabo, en muchos casos, en la clandestinidad y en el anonimato. Los encuentros sexuales entre estos hombres muchas veces sólo tienen el fin único de la expresión sexual y llegar al orgasmo, sin conocer a la otra persona, mucho menos dando lugar para la negociación de qué conductas se pueden practicar y bajo qué condiciones. Bajo la lógica de pasivo/activo, la penetración anal resulta una práctica sexual de alto riesgo para el contagio de infecciones de transmisión sexual (ITS) y es muy frecuente entre hombres latino-americanos (Toro-Alfonso, 2009). Así, los hombres homo-eróticos en ocasiones pueden enfrentarse no sólo a la violencia sexual, que les da temor denunciar por exponerse como homo-eróticos ante instituciones de procuración de justicia, sino al contagio de ITS, incluyendo el VIH/SIDA, ya que la clandestinidad y el anonimato no permiten la negociación del uso del preservativo. El ejercicio de este tipo de prácticas sexuales pone en riesgo la

salud del cuerpo de estos hombres. Por otro lado, es común el uso de “drogas de club”, K, GHB y metanfetaminas (Adam, 2010) que tienen efectos sobre el estado de alerta y conciencia, dificultando prácticas sexuales seguras.

Como se discutió anteriormente, el ocultamiento del homo-erotismo lleva a los hombres a sentir culpa, vergüenza, tristeza y miedo, componentes importantes de la ansiedad y la depresión. List (2005), por su parte, indica que una vez que se asume la identidad de gay, la clandestinidad y el anonimato se pierden, y no hay tanto temor a ser rechazado por la orientación sexual. Esto permite llevar a cabo encuentros sexuales en otras condiciones, por ejemplo con una pareja afectiva. Así, la exposición a ITS es menor y las emociones de miedo y tristeza disminuyen. Castañeda (1999) apoya esta idea al sostener que los hombres gay deben de asumirse como tales, no sólo ante uno mismo, sino ante sus familias, amistades y la sociedad en general, ya que permite la vivencia de prácticas sanas. El estudio en torno a las emociones que se viven en el proceso de asumirse como gay es limitado, puesto que las investigaciones se han centrado en los aspectos culturales que permiten o impiden la sociabilidad gay, o al proceso como tal. Lo que queda claro es que la culpa, la vergüenza y el miedo son emociones que se viven en el espacio que hay entre asumir ante sí mismo su deseo erótico por otros hombres y hacer este deseo público. Lo público de su orientación sexo-afectiva se vuelve una negociación, que en algunos espacios lo vive abiertamente y en otros no (List, 2005)

6. PROPUESTA DE DISEÑO

6.1 Planteamiento del problema

El estudio de la identidad nos plantea, por sí mismo, un problema de corte epistemológico y metodológico. Hay algunas posturas que limitan y reducen las expresiones identitarias, conllevando emociones, prácticas, relaciones, etc.; por no hablar de que son varias las miradas que buscan abordar el análisis de identidades. Por su parte, el estudio de la identidad gay puede plantear un problema más complejo pues se trata de analizar un espacio donde converge la identidad sexual, la identidad de género y una identidad social específica, para conocer de qué forma estos tres aspectos son adoptados y transformados en una identidad personal para el individuo, bajo contextos estigmatizantes.

En efecto, la cultura de género, como sistema normativo, concibe ciertas prácticas (específicamente en el terreno sexual) como “adecuadas”. Se trata de prácticas que garanticen el ejercicio del poder de los hombres sobre las mujeres, a partir de las que se podría establecer el binomio hombre-mujer y sus respectivas significaciones y asignaciones que dan lugar a la cosmovisión de actividades, roles, atributos y espacios de lo masculino y de lo “femenino”. A cada una de estas se le asignan una serie de características que, nuevamente, abonan a este sistema patriarcal. Una de las normas patriarcales es la sexualidad hetero-erótica, que garantiza la reproducción de los mismos hombres. Por su lado, una de las metas que plantea la *masculinidad hegemónica* (Connell, 1995) y la matriz del género descrita por Butler (2001) y Núñez (2000) para los hombres es justamente la de mantener actuaciones sexuales constantes con mujeres. Estas prácticas procuran para los hombres un estatus mayor con respecto a sus pares y otras mujeres, pero ¿Qué pasa cuando el deseo erótico de los hombres no concuerda con las reglas del género? La historia ha señalado que estas personas son marginadas, rechazadas, discriminadas y violentadas, precisamente porque no hay

congruencia dentro de la matriz de género (Guasch, 2007; Lizárraga, 2003; Margolis, 2004; Monsiváis, 1998).

La adopción del término *gay*, por parte del movimiento mexicano, surgió para quitar el aspecto negativo y patologizante al de *homosexual* (Laguada, 2009). Aunque este movimiento ha tenido ciertos logros en materia de derechos, como el reconocimiento al matrimonio y la disminución de homofobia (Diez, 2010; Lozano, 2010), ésta última aún existe e impera en el país. La homofobia puede verse como un dispositivo que margina a las personas homo-eróticas y que en tanto dispositivo, las personas llegan a internalizar e incluir en su identidad. En este aspecto, los hombres *gay* comparten una situación de opresión con las mujeres, gracias a la cultura patriarcal. Lagarde (1997) señala que tanto la misoginia como el machismo y la homofobia son mecanismos del sexismo que de una u otra forma oprimen a las personas y que no nada más caracteriza a los hombres. Esta opresión no sólo tiene efectos a nivel social, sino individual, como el ocultamiento de la propia sexualidad o el mantenimiento de estados de malestar. Es también esta opresión patriarcal lo que ha llevado a algunos hombres homo-eróticos, al igual que las mujeres feministas, a manifestarse pública y políticamente.

Es en este asunto donde cobra relevancia hablar de identidad, puesto que las personas que integran el movimiento han construido su identidad *gay* con base en un deseo homo-erótico con intenciones políticas claras. Sin embargo, existen otras personas que no desarrollan una identidad *gay*, aunque poseen el mismo deseo homo-erótico; y otras tantas que se denominan *gay*, tienen un deseo homo-erótico, pero no tienen fines políticos. Lo *gay* nace del movimiento, pero no todos aquellos *gay* son parte del movimiento. Los hombres que se alejan del imperativo heterosexual, en tanto deseo, conducta, práctica o definición, se ven afectados en su vida emocional y sexual porque dicho alejamiento tiene costos. Desde aquí podemos preguntar ¿Qué motiva a un hombre para identificarse como *gay*? ¿Qué comparten los hombres *gay*, además de un deseo homo-erótico? Estos hombres

asumen públicamente que son hombres y desean a otros hombres, son quienes en teoría ejercen el poder patriarcal y también son oprimidos por él, siendo además los que desean a quienes lo siguen ejerciendo (Careaga, 2004a). Considerando ello, ¿Este juego de poder se vive en la identidad de los hombres gay? ¿Qué implica hacer pública su orientación sexo-afectiva?

Los pocos textos señalan que se trata de motivos políticos con miras a una igualdad social lo que une a la comunidad gay (Diez, 2010; Laguarda, 2009; List, 2005). Esto significaría un compromiso constante por la lucha contra la homofobia, entendiéndola como un dispositivo que los margina, y que para lograr sus fines políticos requiere de socialización, interacción y trabajo en conjunto. De esta forma ¿Qué sucede en las interacciones y sociabilidad entre los hombres gay? Al parecer, se construyen espacios “seguros” para ellos, tanto físicos como simbólicos, en donde se instauran prácticas, códigos, valores e ideales (Castañeda, 1999; Laguarda, 2005; List, 2005; Uribe y Arce, 2005). Valdría la pena entonces conocer cuáles son.

Si entendemos que la homofobia funciona en todos los espacios sociales, hay que irlos considerando y preguntar ¿cómo se viven los hombres en sus familias? ¿Sienten el rechazo de su familia? ¿En otros espacios como la escuela, el trabajo, la calle? Estas preguntas son adecuadas para los hombres gay porque son quienes públicamente aceptan un deseo que es rechazado. Respecto a aquellos hombres que no se identifican a sí mismos como gay, pero que tienen deseos y prácticas homo-eróticas y no lo hacen público, parece que adoptan (en gran medida) la norma heterosexista. Esto significa que los hombres gay están de cierta forma, expuestos a la violencia homofóbica. Así, habrá que ver ¿Cómo viven esta exposición? Parecería que la violencia es algo que potencialmente acompaña a los hombres gay, si es cierto, ¿Afecta su cotidianidad? ¿De qué forma? He intentado englobar estas interrogantes a través del concepto de *experiencias emocionales*, en un intento por validar la propia percepción de los hombres en cuanto a su situación de vida en general. De tal forma, pongo en la

médula de esta investigación los conceptos de identidad y de experiencias emocionales, con intenciones de comprender estos dos procesos y la relación que los une.

De la misma forma, considero pertinente tomar en cuenta los cambios sociales a lo largo de las últimas décadas como cambios que impactan en la identidad/es gay. Asimismo, en un intento por desmenuzar y dilucidar variables socioculturales que pueden abonar a las identidades, retomo aspectos antropológicos para la selección de mi muestra como lo son: género/sexo, y generación. En cuanto a la generación, considero que será donde más cambios se observarán, pues el movimiento gay y por tal lo que significa ser gay (debido a los cambios contextuales que genera el movimiento), ha tenido cambios importantes desde su llegada a México. Como vimos más arriba, el movimiento gay tuvo hitos importantes que marcaron el paso y tuvieron consecuencias a nivel social, político e inclusive en la subjetividad de las personas. Así, intento diversificar lo más posible el grupo que me interesa estudiar: hombres gays de la Ciudad de México y de diferentes edades.

Debido a que comprendo la identidad como un proceso constante, único y cambiante, me parece que la forma más fiel de aproximarse a ella es a través de una metodología cualitativa, pues una aproximación de este tipo permitirá conocer de la manera más cercana posible la propia vivencia y la experiencia identitaria de los participantes.

6.2. Pregunta de investigación

¿De qué manera se construye la identidad de hombres gay en diferentes generaciones y cómo se relaciona este proceso con sus experiencias emocionales?

6.3 Justificación

El trabajo sobre las identidades de hombres homo-eróticos ha tenido un crecimiento importante en los últimos años (Careaga, 2004a; Castañeda, 1999, 2006; Laguarda, 2009; List, 2005, 2009; Núñez, 2000, 2005; Priuer, 2008). Sin embargo, estos estudios abordan las identidades desde disciplinas como la antropología, la sociología y la política. Otra línea de investigación ha sido sobre la salud emocional y la salud sexual de hombres que tienen sexo con hombres, incluyendo hombres que se identifican como gay, que es mucho más escasa en México (Granados-Cosme y Delgado-Sánchez, 2008; Ortiz-Hernández, 2005).

La construcción social de las identidades gay, su significación, sus barreras de género, de cuerpo, de sexo, la forma en que la cultura represora puede internalizarse a través de la homofobia y su repercusión en las emociones, distan de estar estudiadas exhaustivamente en este país. La literatura disponible en México se enfoca en el estudio de la construcción identitaria de hombres que tienen sexo con hombres, que no necesariamente se identifican como gay (Carrier, 2001; Núñez, 2000; Prieur, 2008). La mayoría de estos estudios provienen de otras disciplinas como la antropología y la sociología. Probablemente debido a estos orígenes, en ningún estudio se señala la importancia de vincular la identidad con aspectos emocionales y afectivos de esta población (que considero que es el espacio donde radica lo psicológico), aunque existe una relación teórica clara que planteo en términos simplistas: al ser la homofobia un componente clave de la “masculinidad”, los hombres que se observan a sí mismos como masculinos, difícilmente asumen abiertamente una orientación sexual no heterosexual. Al respecto, Ortiz-Hernández (2005) sostiene que el ocultamiento de la orientación sexual no heterosexual genera niveles de malestares psicológicos y permite el llevar a cabo prácticas sexuales de riesgo. Aunque desde la psicología de la salud los constructos de emoción y conducta se trabajan de manera separada, es bien sabido que en ocasiones hay relaciones entre emoción y prácticas, que se hacen evidentes en el trabajo de este autor. Por supuesto, esta relación, de existir, es

particular en cada persona y considero necesario explorar la emocionalidad de las experiencias de hombres gay a partir de su construcción como masculinos, dicho en otras palabras, a las transiciones que estos estados han sido vividos en la construcción identitaria de estos hombres.

Considerando a lo gay como parte de una minoría sexual, cobra relevancia su estudio desde la psicología, por lo menos por dos razones; primero, debido a que diferentes corrientes postmodernas enfatizan no sólo el estudio, sino la reivindicación de poblaciones y grupos que se encuentran en desventaja como consecuencia del ejercicio de poder hegemónico; Y segundo, porque los mecanismos de género y homofobia colocan a las identidades gay en una posición de subordinación y de vulnerabilidad social. Estas condiciones de minoría además se conjugan con otras condiciones sociales, como educación y clase social, que deben ser desmenuzadas para que se entienda su rol en la construcción de éstas identidades.

Esta condición de subordinación y vulnerabilidad tiene efectos importantes sobre el estado de salud y de las emociones de las personas pertenecientes al grupo minoritario; bajo el reconocimiento de que los problemas de salud mental tienen un eje fundamental emocional, es decir que los trastornos mentales en general están compuestos de síntomas que abarcan emociones (por ejemplo, los episodios depresivos mayores requieren de un síntoma de tristeza; el trastorno de ansiedad generalizada tiene como componente principal la preocupación y la tensión (DSM-V, 2013)). Alrededor del cruce entre el contexto adverso-homofóbico y de la identidad idiosincrática de hombres gay, se han encontrado ciertas emociones componentes de algunos trastornos (Granados y Delgado, 2007), a lo que hay que añadir que los problemas de salud mental cuentan con un componente comportamental muy ligado al elemento emocional. Se encuentra en conjunto que los problemas de salud en población gay señalan prácticas sexuales de riesgo, pues en muchas ocasiones se ligan a emociones de malestar como tristeza, desamparo y

temor (Granados y Delgado, 2007; Meyer, 1995; 2003), o bien que éstas emociones funcionan como variables mediadoras entre el contexto homofóbico, el malestar psicológico y las prácticas de riesgo (Frost y Meyer, 2009).

En otros países la relación entre el estrés vivido por hombres gay debido a su orientación e identidad sexual con problemas de salud (como depresión, infección de VIH/SIDA por practicar sexo sin preservativo y el consumo de alcohol y otras drogas) ha sido comprobada y estudiada mucho más a fondo, sobre todo con hombres gay jóvenes (Cochran y Mays, 2006; Cole, 2006; D'Augelli, 2006; Díaz, Bein y Ayala, 2006; Granados-Cosme y Delgado-Sánchez, 2008; Ortiz-Hernández, 2005). Inclusive, estos estudios han contribuido a la despatologización de la población gay para dejar de entender a estos hombres como enfermos, además de que han señalado las condiciones de exclusión como factores que mantienen a los hombres gays en situaciones de estrés y de poca salud. Conceptos como *salud*, *estrés* y *emoción*, son constructos que se pueden ubicar como estados de malestar o bienestar, en un intento por reunirlos y darle valor a las voces de quienes lo viven.

Es importante comenzar un trabajo integral sobre estos temas, con el fin de problematizarlos y abrir discusiones que permitan entender las prácticas sociales e individuales de esta minoría sexual, así como generar políticas sociales hacia el respeto a la diversidad, la no violencia, el cuidado del cuerpo y la salud integral desde el individuo. Además, las personas con práctica homo-eróticas suelen buscar atención psicológica y psiquiátrica con mayor frecuencia que las personas que no tienen estas prácticas. Sin embargo, la atención que reciben poco les abona a su desarrollo personal y humano por carecer de herramientas específicas para estos grupos (Cochran y Mays, 2006). En México, se desconoce si los espacios de atención psicológica y psiquiátrica tienen las herramientas necesarias para realizar trabajo terapéutico con personas homosexuales, lesbianas, gay y bisexuales⁹. No

⁹ Si bien existen centros de atención psicológica y para la salud sexual que dependen del Estado, ninguno brinda atención psicológica terapéutica específica para esta población. En algunos centros existen grupos de apoyo u orientación psicológica para personas con VIH/SIDA, sin que

obstante, existen organizaciones de la sociedad civil que ofrecen atención para estas poblaciones, muchas de ellas, sin contar con procesos de atención certificados y específicos para población LGBT y enfocándose sobre todo a la reducción de ITS, exclusivamente. Por ello considero necesario contribuir a entender el estado actual de los hombres gay, así como de sus experiencias en espacios de atención a su bienestar. Con esta información será posible contribuir a la generación de modelos clínicos y de intervención que promuevan el sano desarrollo de esta comunidad.

6.4. Objetivos

Objetivo general: Identificar, describir y analizar el proceso de construcción de la identidad y las experiencias emocionales de hombres gay en tres generaciones.

Objetivos específicos:

A través de entrevistas a profundidad se identificarán, describirán y analizarán los siguientes aspectos de la construcción de la/s identidad/es gay:

- Cómo los hombres gay se reconocieron/reconocen en su cuerpo, su género y su orientación sexual afectiva.
- La forma en que los hombres gay vivieron/viven sus relaciones sociales, específicamente familiares, amicales, de pareja y laborales.
- Las principales emociones vividas en función de su identidad sexual y de género a lo largo de la construcción de su identidad y la forma en que fueron cambiando.
- Las vivencias en torno a las prácticas sexuales y el vínculo que esto guarda con experiencias emocionales.

esto signifique que el personal esté capacitado para atender terapéuticamente a personas que se identifican como gay.

6.5 Técnica de levantamiento de información

Para el estudio, realicé entrevistas a profundidad, con una mirada de vida y mundo (Kvale, 2007). Desde esta perspectiva es posible analizar la manera en que cada sujeto significa su propia vida y lo que incluye en su mundo de significados, con la intención de interpretar el significado de un fenómeno específico, en este caso, la manera en que se adopta y se vive la gaydad. Las entrevistas son formas de interacción humana a través de la conversación, entendiendo a la conversación como una forma básica de interacción entre las personas (Álvarez-Gayou, 2003; Kvale, 2007; Rivas, 1999; Rapley, 2007). Rivas (2002) sostiene que cuando se usa una entrevista a profundidad conviene que sea semi-estructurada; la entrevista semi-estructurada permite cierta dirección de la interacción con base en el instrumento de la entrevista, en contraste con las entrevistas abiertas que pueden perder el orden y la organización dificultando el análisis y la interpretación. De acuerdo a esta autora y también con Wengraf (2001), la entrevista semi-estructurada es aquella en donde el/la investigador/a escribe una serie de preguntas guía, organizadas por temas. Estas preguntas, aunque pueden cambiar, sirven para guiar la entrevista con los diferentes informantes.

A partir de estas consideraciones, se realizaron entrevistas semi-estructuradas, a profundidad, con la intención de obtener narraciones de ciertos aspectos de vida de los participantes. En ellas controlé la indagación con la intención de asegurar una exploración semejante en todos los casos, aspecto básico para garantizar confiabilidad y validez en la información obtenida. Con esto en mente, se elaboró un guión de entrevista en torno a ejes de análisis que se presentan más adelante.

6.6. *Participantes*

Debido a que la percepción del homo-erotismo ha cambiado a lo largo del tiempo y del espacio geográfico por circunstancias políticas, sociales y culturales, es importante reconocer que el momento en que cada individuo adoptó su gaydad está permeada por estas situaciones, y no sólo por el trayecto de vida individual. Por tal motivo, propongo especificar tres grupos de entrevistados dependiendo de la generación¹⁰ en la que crecieron y fueron socializados. Considero que la primera generación o generación joven, deberá ser aquella que haya asumido su gaydad desde 2005 hasta el momento actual, teniendo como antecedente que en 2004 comenzó una campaña nacional en contra de la homofobia.

Previo a este año, ubico dos parteaguas en el movimiento homosexual/gay mexicano. El primero, ocurrido en 1978, cuando un grupo de personas homo-eróticas salió de manera organizada y con objetivos acordados a manifestarse públicamente, tomando en cuenta que hay quienes afirman que fue en este año cuando nace políticamente el movimiento gay en México (Diez, 2010; Laguarda, 2009; Monsiváis, 1998). A mediados de la década de los ochenta, con la llegada de la epidemia del SIDA a México, tuvo un obstáculo político para la lucha contra la homofobia.

La segunda generación de participantes fueron hombres que asumieron su gaydad entre los años de 1985 y 2004, teniendo como telón de fondo a la pandemia de VIH (García, 2009) que, por otra parte, logró consolidar el movimiento (ver Tabla 1). Y la tercera generación fue de hombres que asumieron su gaydad desde el nacimiento del movimiento (1978) hasta el año 1984, año en que aparecen los primeros casos de VIH en hombres gay. Usar estas generaciones

¹⁰Generalmente, el uso de “generación” remite a la edad de los participantes. Sin embargo, en este proyecto me refiero a espacios temporales del movimiento gay en México. El movimiento tuvo diferente impacto en distintos años y espacios temporales. A partir de este análisis, que se presenta en la tabla 1, construí estos grupos generacionales.

como manera de agrupar a la muestra no significa que sea el único factor que afecte su identidad, sino que puede dar mayor luz sobre la identidad como procesos, en un diálogo entre persona y contexto.

6.6.1. Criterios de selección de la muestra

El criterio de selección de los participantes fue que se autodenominaran como *gay* o como *homosexuales*, lo cual permitió observar las similitudes y divergencias en torno a la construcción de estos dos conceptos. A pesar de que la intención de este proyecto es analizar la construcción de las identidades *gay*, creo necesario abrir el criterio de inclusión a hombres con ambas denominaciones, ya que la evidencia a lo largo del trabajo de campo dio cuenta de que muchos hombres usan ambos conceptos para referirse a sí mismos.

Otro criterio de inclusión fue el tiempo que llevaban viviendo en la Ciudad de México. Puesto que interesa la identidad desarrollada en esta ciudad, es importante que los participantes lleven un tiempo considerable siendo socializados en ella; y debido a que la edad sin duda fluctuará dependiendo de la generación a la que pertenezcan (aunque no se puede decir exactamente cómo), el tiempo de residencia en la ciudad cambiará dependiendo de cada generación.

6.6.2. Conformación de la muestra

La conformación de la muestra fue por conveniencia a través del criterio de máxima variabilidad, con la intención de integrar casos lo más diferente posible, para poner de relieve la variación y las diferencias en el campo (Flick, 2004). La variación máxima permite obtener información de participantes con antecedentes diversos sobre un mismo tema que les une, en este caso la identidad *gay*. Para garantizar la variabilidad, consideré las variables de edad, nivel

educativo y ocupación. Es decir, la muestra varió lo más posible en estos tres aspectos. Siguiendo la recomendación de Kvale (2007) propuse obtener 5 entrevistas por grupo, es decir, 15 participantes. Hacia adentro de cada grupo, se buscó la máxima variación en las variables de edad y nivel educativo. Estos datos se ven resumidos en la tabla 3.

Tabla 3 Muestreo de máxima variación: criterios de búsqueda

Generación	Tiempo de residencia en el DF	Edad (años)									
			Oficio	Empleado	Profesionista	Oficio	Empleado	Profesionista	Oficio	Empleado	Profesionista
G1 (2004-2012)	10 años										
		18-30									
		31-50									
		50 o más									
G2 (1985-2004)	20 años	30-40									
		41-50									
		50 o más									
G3 (-1984)	40 años	40-50									
		50 o más									
			Básico			Medio			Superior		
Nivel educativo											

6.7 Técnica de análisis de la información

Bajo la lógica de que en la construcción identitaria los sujetos van introyectando, construyendo y deconstruyendo a partir de sus interacciones, es necesario analizar qué aspectos socioculturales han asumido los participantes como parte de su identidad. El análisis del discurso puede ser entonces, una buena herramienta para aproximarse a la forma en que ciertos discursos hegemónicos y de poder han sujetado o condicionado la vida de los participantes, así como la manera en que han podido deconstruir estos discursos, si es que lo han hecho (Jäger,2003). Para Ibáñez (2003), el análisis del discurso es “*un medio para llevar a la práctica el lenguaje a modo de eje de comprensión y estudio de los procesos sociales*” (p. 83), en el entendido de que las palabras son una forma de acción, en una dimensión interactiva, que como ya vimos, constituye al sujeto y construye la realidad.

Dentro del análisis del discurso (AD), existen una serie de corrientes y escuelas. En este proyecto recurrí a un análisis crítico del discurso (ACD) desde donde se intenta analizar y develar las relaciones de poder, discriminación, dominación y control (Stecher, 2010). Para Martín (2003), el ACD:

“Muestra como nuestra forma de habla, la selección que realizamos al producir discursos de los recursos y estrategias discursivas de los que disponemos, responde a nuestra interpretación de los acontecimientos, la cual responde y obedece, a su vez, a nuestra situación y posición social, a cuál es nuestra participación en tales acontecimientos, a cuál es nuestro grupo de pertenencia, a cuáles son nuestros intereses, a cuál nuestro posicionamiento frente a las ideologías, los valores y los discursos hegemónicos” (p. 190).

En pocas palabras, remite a la propia identidad, a una subjetividad construida gracias a discursos que sujetan dicha construcción.

La identidad son una serie de discursos, diálogos que no siempre parecen tener congruencia. Así, interesa indagar sobre estos quiebres y aparentes incongruencias en los discursos de los participantes (Kvale, 2007). Para la realización de las entrevistas, también es importante retomar a la *Teoría Queer* como marco epistemológico de este proyecto, pues observa a los discursos de los participantes como potencialmente de-construibles, en donde los binomios de “masculinidad-feminidad” y heteroerotismo-homoerotismo son campos de reflexión para los entrevistados (Kong, Mahoney y Plummer, 2002).

La validez la tomaré en cuenta como parte de todo el proceso de investigación más que como un apartado; a través de la validez busco cuestionar e interpretar los resultados continuamente (Kvale, 2007). Una forma común de

validez en la investigación cualitativa es la triangulación, en este trabajo adoptaré la triangulación de teorías, que consiste en mirar los datos a través de diferentes perspectivas teóricas, ya que esto permite generar interpretaciones desde espacios teóricos diferentes, dando mayor luz sobre los datos obtenidos. En este proyecto, el *Interaccionismo Simbólico*, la *Teoría Queer* y la *Perspectiva Feminista* serán las utilizadas (Denzin y Lincoln, 1998). Por último, considero que el proyecto, en parte, contará con una triangulación interdisciplinaria (Janesick, 1998), que consiste en la aportación desde diferentes disciplinas. Aunque yo soy psicólogo y busco colocar aquellos temas psicológicos en el centro del proyecto, cuento con el apoyo de tutores de otras disciplinas como la antropología y la sociología. A través de sus aportaciones es posible considerar una triangulación de este tipo. Si entendemos, como lo hacen Denzin y Lincoln (1998), que las perspectivas teóricas y las disciplinas son sistemas de creencias, su triangulación abona a enriquecer la interpretación ya que se trata de una muestra simultánea de realidades múltiples y refractadas.

6.8. Áreas de exploración

A partir de la literatura revisada sobre identidad gay y experiencias emocionales, propuse las siguientes áreas de exploración, que no son más que temáticas que consideré fundamentales para llegar a mi objetivo. Su relación está en que el guión de entrevista fue construido a partir de éstas áreas de exploración, por lo que dentro de cada área se desarrollaron preguntas guía.

Área 1: Forma en que viven su cuerpo.

El cuerpo es un concepto retomado desde la antropología que alude no sólo al hecho biológico de ser, sino a toda una serie de significados que se le atribuyen a ese aspecto físico. Así, se trata de un artefacto físico y simbólico que se produce tanto natural como culturalmente (Lamas, 2000; Méndez, 2002) y que puede entenderse como la primera cara de la identidad (Méndez, 2002; Toro-

Alfonso, 2009). Desde esta postura, lo social y lo simbólico se inscriben en el cuerpo y se viven ahí. En la presente investigación, el cuerpo se entenderá como aquellas características que cada participante remita con respecto a lo que entiende como su sexo y lo que esto le ha significado, la manera en que ha vivido este sexo, y si el propio cuerpo se ha vivido como un instrumento de transgresión a las normas imperantes.

Área 2: Orientación sexual y afectiva

Se trata de una tendencia interna y estable que lleva a la persona a tener reacciones psicológicas de tipo sexual y deseos de mantener conductas sexuales con personas del mismo o de diferente sexo (Baile, 2008); es la atracción física, sexual y afectiva hacia otras personas. Atracción no necesariamente voluntaria, pero que resulta central en el desarrollo de la identidad de las personas (Álvarez-Gayou, 2000; APA, 2004). En la actualidad se habla de tres orientaciones sexuales: heterosexual, homosexual y bisexual (Baile, 2008). La orientación sexual y afectiva se considerará a partir del discurso de los participantes, apuntando a conductas y deseos homo-eróticas, es decir, dirigidas a otros hombres. La orientación sexual y afectiva se considerará homo-erótica, cuando los participantes describan la mayoría de sus conductas y deseos como dirigidos a otros hombres.

Área 3: Forma en que viven sus masculinidades

La “masculinidad” se trata de todos los significados, creencias, roles, rasgos y atributos alrededor del hecho de ser hombre en un momento histórico y lugar geográfico determinado (Connell, 1995; Kimmel, 2008; Lamas, 1997). Se trata de una construcción social que le otorga poder a las personas que poseen un cuerpo de hombre, a través de lo que Amorós (1992) ha denominado pactos patriarcales entre hombres. Sin embargo, cada persona vive su ser hombre de diferentes formas. La forma en que cada participante vive su “masculinidad” será

observada a través de su discurso, cuando haga referencia a los aspectos que le permitieron identificarse como hombre, en tanto su cuerpo, sus roles y sus rasgos de personalidad. Estos pueden estar cercanos o alejados del ejercicio del poder.

Área 4: Forma en que viven las relaciones familiares

La familia en México reproduce valores sociales amplios como el patriarcado, la misoginia y la homofobia, orillando a sus miembros a llevar a cabo prácticas de ocultamiento de su identidad sexo-genérica (Ortiz-Hernández, 2005), que a su vez conduce a la vivencia de emociones como tristeza y culpa (Granados y Delgado, 2007). Debido a que el espacio familiar es el lugar donde suelen vivirse mayores niveles de homofobia (Lozano, 2008), será necesario comprender de qué manera la familia ha jugado un papel en la reproducción de discursos de poder en la vida de los participantes, o si sus relaciones familiares, por el contrario, han permitido la expresión de su deseo homo-erótico.

Área 5: forma en que viven sus relaciones amicales

Castañeda (1999) indica la manera en que las relaciones de amistad entre hombres gay abonan a un desarrollo alejado de la discriminación y el rechazo, que a su vez construyen espacios físicos y simbólicos de seguridad. Es necesario tomar en cuenta que la propia violencia externa vivida por estos hombres es adoptada y reproducida entre sus grupos de amistad (Marquet, 2010). En este sentido, la violencia de género no escapa de los hombres gay. Entenderemos este eje como las experiencias vinculadas a la construcción y desarrollo de relaciones con personas (hombres y mujeres) de cualquier orientación sexo-afectiva con quien no existan lazos sanguíneos y donde se comparta algún nivel de intimidad.

Área 6: forma en que viven sus relaciones de pareja

De manera similar, la literatura disponible señala que los hombres homoeróticos viven dificultades para entablar sus primeras relaciones de pareja, puesto que se trata de relaciones excluidas de la normatividad social. En ocasiones, estas relaciones se desarrollan en clandestino o “dentro del clóset”, dificultando expresiones y acercamientos afectivos y construcciones íntimas. Las relaciones de pareja se entenderán como aquellas relaciones que se establecen con otro hombre donde exista una atracción y deseo erótico, sexual y físico, así como el objetivo compartido de pasar tiempo juntos con la posibilidad de construir un proyecto de vida en conjunto.

Área 7: Forma en que viven sus relaciones laborales

El espacio laboral se ha convertido en un espacio fundamental actualmente. Las relaciones que ahí se desarrollan son constantes y cotidianas por lo que adquieren una relevancia singular. Dadas las condiciones homofóbicas, este espacio suele ser de discriminación a identidades no hetero-eróticas (Embrick, Walther y Wickens, 2007). Sin embargo, también puede ser uno en donde los sujetos gay encuentren relaciones significativas que contribuyan a su bienestar emocional. Este eje se entenderá como las experiencias vividas en el espacio de trabajo y con sus co-trabajadores/as que hayan contribuido en alguna medida a su construcción identitaria y la evaluación que hagan de ellas.

Área 8: Homofobia

En su sentido más amplio, la homofobia se entiende como las respuestas afectivas y emocionales al homo-erotismo que puede tener una persona, un colectivo o una institución. Estas respuestas son congruentes con normas y valores socioculturales a partir de un sistema sexo/género patriarcal donde impera la heteronormatividad (Blumenfeld, 1992; Butler, 2004; Cruz, 2002; Herek, 2008;

Lagarde, 1997; Lozano, 2009; Wittig, 2006). La socialización funciona como un mecanismo que integra la homofobia a todos los seres sociales, incluyendo los homo-eróticos, resultando en la homofobia internalizada, misma que puede funcionar como una barrera para la adscripción identitaria a la gaydad (Castañeda, 1999; Granados y Delgado, 2007, 2008; Granados, Torres y Delgado, 2009; Herek, 2008; Ortiz-Hernández, 2005). En este proyecto, analizaré la homofobia como las experiencias de malestar que presenten los participantes en torno a su deseo erótico, sus relaciones de pareja y el concepto que tengan de sí mismos.

Área 9: Experiencias emocionales

Exploro las emociones que sintieron y que fueron evocadas en diferentes momentos de sus vidas y la manera en que conciliaron con ellas en el proceso de la construcción de sus identidades, así como las experiencias vividas en torno a aspectos de salud. Específicamente, me interesa conocer las emociones, la relación de los participantes con el uso de drogas (alcohol, tabaco y drogas ilegales), y las prácticas de conductas sexuales de riesgo. El objetivo central en este aspecto es describir las relaciones que cada sujeto construye e identifica entre los aspectos antes mencionados.

6.9. Procedimiento y codificación

Los participantes fueron contactados a partir de mis propias redes con personas y organizaciones civiles que se dedican a trabajar con la población abiertamente homo-erótica de la Ciudad de México. Desde ahí, usé la técnica de bola de nieve para completar el muestreo. Resultó útil el uso de internet, específicamente “Facebook”, para contactar a grupos de hombres gay y compartirles mi proyecto. Algunos entrevistados fueron hombres que respondieron a mis anuncios.

A través de estos medios, solicité su número de teléfono para poder hablar con ellos. En dicha comunicación les expliqué con mayor detalle el objetivo de la entrevista, las condiciones éticas bajo las cuales se realizaría y se acordó el lugar, hora y fecha de la entrevista. Las entrevistas se audio-grabaron y se transcribieron fielmente.

Para el análisis de la información, regresé a los objetivos y las áreas de exploración planteadas para la construcción del guión de entrevistas. Desde ahí, primero desprendí áreas para dividir a la identidad e incluí tres ejes transversales para analizar la información; estos tres ejes comprenden la experiencia emocional, la perspectiva de las “masculinidades” y la salud. Segundo, generé categorías a partir del discurso de cada participante en su cruce con las áreas de exploración. Tercero, observé en qué área de la identidad y bajo qué eje se podía analizar dicha categoría. Después dividí las categorías en sub-categorías, dependiendo de su contenido. Cada una de estas sub-categorías y categorías fueron “llenadas” con narraciones de las entrevistas, las cuales analicé bajo las perspectivas teóricas del *Interaccionismo Simbólico* y la *Teoría Queer*, poniendo especial atención en el contexto subjetivo, como se señala en el ACD (Van Dijk, 2002, 2011).

Para lograr un análisis detenido sobre las entrevistas recabadas, construí un libro de códigos que me permitiera hacer palpables los objetivos que pretendo lograr. Es decir, realicé una lista de categorías en las cuales podría organizar las narraciones de las entrevistas, mismas que se desprendieron de los objetivos y del guión de entrevista. Posteriormente, organicé esta información de manera manual, añadiendo áreas y categorías que fueran surgiendo a partir del análisis de las primeras entrevistas. Así, me apoyé en el método de la teoría fundamentada (Strauss y Corbin, 1994) específicamente en lo referente a la elaboración de categorías inferidas, para ir reconociendo las categorías de organización de las entrevistas. Esta información se fue vertiendo en un mapa conceptual que fue cambiando conforme analizaba entrevistas. Los cambios fueron motivados por

los propios datos cualitativos, tomando en cuenta cómo se integraban entre ellos; de tal forma que las áreas de exploración presentadas arriba se cruzaron constantemente, permitiendo así un análisis interseccional. Esto a su vez me permitió reducir la cantidad de categorías y lograr mis objetivos a través de un camino distinto al que originalmente tenía pensado.

Como se puede ver en el mapa conceptual que presento a continuación, los objetivos se encuentran del lado izquierdo; su análisis se ve permeado por tres ejes de análisis también presentes en el guión de entrevistas (*masculinidad, salud y emociones*). Estos ejes de análisis funcionaron como 3 lentes o perspectivas para recopilar y analizar la información cualitativa. A la derecha de los ejes de análisis se encuentran las tres generaciones que sirvieron como una especie de filtro para el muestreo. Finalmente, del lado derecho del mapa conceptual, se observan las categorías o temáticas en las cuales organicé el análisis de la información. Estas surgieron para dar cumplimiento a los 4 objetivos específicos, así como de categorías emergentes del discurso de los participantes.

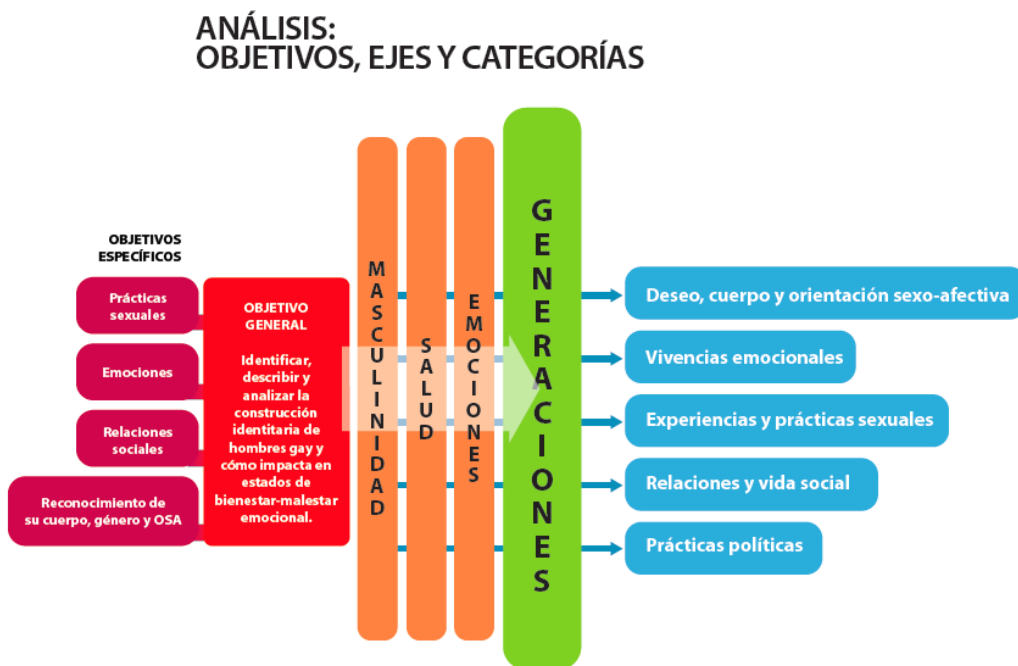


Diagrama 1: Análisis: objetivos, ejes y categorías.

Con estas áreas y categorías generé una base de datos en el programa Excel, en donde se fueron vertiendo todas las narraciones de cada entrevista. Cada segmento era categorizado bajo una categoría, con un eje predominante y en una hoja que correspondía a una generación. De esta forma, se terminó con tres hojas de Excel (una por generación) y cada segmento de narración organizado por categoría y por eje predominante.

Considero que el mapa conceptual presentado resume la intención de analizar cada área por sí sola y en conjunto con todas las demás facetas. Además es importante reconocer que todas las áreas se conectan entre sí, no hay partes de la identidad que se desarrollen por sí solas, sino en conjunto con toda la identidad. De acuerdo con los hallazgos que presento, algunas relaciones son mucho más frecuentes y más fuertes entre algunas facetas identitarias que con otras. En la siguiente tabla describo cada una de las categorías.

Tabla 4 Descripción de categorías

Categoría	Descripción
Deseo, cuerpo y orientación sexo-afectiva.	Entiende la manera en que el hombre se da cuenta de la atracción sexual y afectiva hacia otros hombres; el proceso por el cual el hombre asume, concilia y comparte su deseo hacia otros hombres, en tanto lo comprende como algo adecuado para sí en un contexto heterosexista. Este proceso puede ser contradictorio y oscilante, va y viene entre asumir y rechazar su deseo.
Vivencias emocionales.	Se trata de una categoría amplia que intenta reunir las experiencias significativas en donde predomina algún tipo de emoción, a lo largo de la vida de los hombres. Intenta redefinir la idea de salud, haciendo énfasis en la experiencia vivida y libre de interpretación exterior, experiencia vinculada a las emociones, el bienestar y la violencia.
Experiencias, prácticas sexuales.	Las conductas sexuales, entendidas en contextos sociales y personales particulares. La idea de experiencias incluye aspectos emocionales vinculados a la sexualidad.
Relaciones y vida social.	Comprende los afectos, dinámicas, expectativas y deseos en torno a las relaciones familiares, relaciones de pareja, relaciones de amistad y relaciones laborales. Toma en cuenta las actividades, lugares y espacios que frecuenta para mantener estas relaciones.
Prácticas políticas.	Actuaciones cotidianas o significativas que tienen los hombres que permiten la visibilización y el hacer público su deseo homo-erótico.

6.10. Consideraciones éticas

Con la intención de mantener los principios éticos de justicia, benevolencia y respeto en la investigación con participantes humanos, elaboré una carta de consentimiento informado, donde se le garantizó al participante que su entrevista sería tratada de forma anónima y confidencial. Para garantizar lo primero, le pedí a cada entrevistado que escogiera un seudónimo con el cual prefería que le refiriera, de tal forma que su nombre nunca quedó grabado. Para lo segundo, se le garantizó que únicamente yo como investigador principal, y en algunos casos miembros del comité, revisarían la grabación y/o la transcripción de su entrevista. Además, se le informó al participante de los riesgos y beneficios de participar en el estudio y que debido a que su participación fue completamente voluntaria, podía detener la entrevista en el momento en que lo decida, aunque no estuviera terminada y también que se le puede referir con especialistas por si quisiera continuar en un proceso terapéutico. Esta carta fue firmada tanto por el participante como por mí (ver Anexo).

7. ¿DE QUIÉNES HABLO? DATOS GENERALES Y CONTEXTUALES DE LOS PARTICIPANTES

En este apartado hablo de datos generales de los participantes. Esta información nos permite ubicar condiciones de vida de cada participante y así leer sus narraciones con ese matiz. La tabla en este apartado contiene los datos básicos de los participantes. Debido al contacto que tengo con el “mundo gay” de la Ciudad de México, amistades y conocidos que he construido a lo largo de los años, mi incursión al campo fue relativamente fácil. Inclusive, algunos amigos míos quisieron ser entrevistados para mi proyecto y en muchas ocasiones me contactaron con conocidos/amigos suyos. Esto facilitó el rapport y la confianza inicial establecida con los participantes puesto que sabían que yo era “recomendado” de algún amigo suyo, por lo que hablar de temas que comúnmente pueden ser íntimos o complicados resultó un poco más sencillo.

No obstante, no entrevisté a ningún hombre que yo consideré mi amigo, más bien algunos de mis amigos me contactaron con hombres que estaban interesados en participar, mientras que otros entrevistados los conocí por seminarios y conferencias en los cuales he participado. El hecho de que algunos hombres eran amigos de mis amigos impactó en las entrevistas en el sentido de que, primero, facilitó establecer una relación de confianza y de intimidad, pero también, sentí que evitaban hablar de algunos temas y hacían hincapié en otros que les permitieron construir una imagen de sí mismos muy positiva. Esto lo entiendo por la dificultad que tuve en obtener respuestas de preguntas sobre estigma, discriminación y violencia. Invertí una importante parte del tiempo de entrevistas en este tema, lo cual también afectó mi análisis inicial, que estuvo muy enfocado en la experiencia de ser discriminados.

El trabajo de campo tuvo sus dificultades pues algunas de las experiencias que me compartieron los entrevistados tocaron aspectos profundamente morales en mí. Por ejemplo, al entrevistar a mi primer participante, que vive desde hace años con VIH, le preguntaba sobre la forma en que incorpora el uso del condón en

su vida sexual; después de varios minutos de platicar, finalmente asume que en muchas ocasiones no usa condón, a pesar de saber que esto pone en riesgo tanto a él como a su pareja. Mi reacción interna fue sumamente fuerte y me dieron ganas de interrumpir y “jalarle las orejas”, recordarle la responsabilidad que yo considero que tiene frente a sus parejas sexuales al ser un hombre cero-positivo. Sin embargo, me guardé mis emociones y continué con la entrevista, preguntando porque creía que a pesar de siempre cargar con condones, no los usaba. A final de cuentas, mi tarea no es emitir juicios sobre la manera en que cada entrevistado vive su vida a pesar de tener mi propia ideología sobre lo que significa identificarse como gay y las implicaciones políticas que esto puede tener.

Tabla 5 Características generales de los entrevistados

Participante	Generación	Edad	Lugar de residencia	de	Lugar de origen	de	Ocupación	Nivel Educativo	Ingresos
Ramón	G1: 2012	20 años	Atizapán de Zaragoza, Estado de México	de	Monterrey; 18 años en Ciudad de México	de	Estudiante	Licenciatura	Ninguno
David	G1: 2008	22 años	Atizapán de Zaragoza,, Estado de México	de	Ciudad de México	de	Estudiante/empleado	Licenciatura trunca	Ninguno
ED	G1: 2006	24 años	Ciudad Nezahualcóyotl		Ciudad de México	de	Profesionista	Licenciatura	7,000
Dante	G1: 2005	24 años	Coyoacán		Ciudad de México	de	Profesionista /estudiante	Licenciatura incompleta	7,000
Alfonso	G1: 2011	19 años	Cuauhtémoc		Ciudad de México	de	Estudiante	Licenciatura incompleta	Ninguno
Komadreja	G2: 2002	25 años	Gustavo A. Madero		Ciudad de México	de	Estudiante/empleado	Licenciatura	2,500
Jorge	G2: 1991	51 años	Cuauhtémoc		Veracruz: 30 años en CM		Profesionista	Licenciatura	40,000
Juan	G2: 1995	37 años	Cuauhtémoc		Ciudad de México	de	Empresario	Licenciatura	34,000
Mario	G2: 1989	46 años	Cuauhtémoc		Baja California		Profesionista	Maestría	35,000
Javier	G2: 1990	40 años	Gustavo A. Madero		Ciudad de México	de	Profesionista	Doctorado incompleto	30,000
Teo	G3: 1971	68 años	Iztapalapa		Veracruz: 50 años viviendo en CM		Jubilado	Licenciatura trunca	20,000

Fernando	G3: 1983	46 años	Álvaro Obregón	Ciudad de México	de	Profesionista	Maestría	15,000
César	G3: 1970	60 años	Tultitlán, Estado de México	Ciudad de México	de	Profesor	Licenciatura	8,000
Roberto	G3: 1976	52 años	Benito Juárez	Ciudad de México	de	Administrador	Licenciatura	70,000
Hernán	G3: 1978	58 años	Cuauhtémoc	Ciudad de México	de	Músico	Licenciatura	Sin información

Ramón, 20 años. Ramón vive al norte de la Ciudad de México, en una zona de clase media-alta, alta, con su madre, padre y dos hermanas mayores. Ramón impresiona como un chico serio y tímido. Estudia la carrera de Relaciones Internacionales en una universidad privada de la Ciudad de México. Desde la primaria hasta la preparatoria estudió en una escuela perteneciente a los Legionarios de Cristo. Su familia se considera muy católica y pertenecen a la agrupación del Opus Dei. Ramón reporta haber tenido prácticas sexuales con otros hombres y sentir atracción sexual hacia ellos, pero no se sentía seguro de autoproclamarse “gay” u “homosexual”.

David, 22 años. Al igual que Ramón, David vive en el norte de la Ciudad de México, en la misma zona, perteneciente a la clase media-alta, alta. Al igual que Ramón, estudió en una escuela de los Legionarios de Cristo. Al momento de la entrevista no estudiaba ninguna carrera formal. A decir de él, estudiaba teatro musical en una escuela pequeña por la zona los sábados y domingos. Reportó sentirse deseoso de cierta estabilidad en su vida, no trabaja más que ayudando de vez en cuando a su madre en un negocio que tiene. Además, se encuentra en un proceso terapéutico con una terapeuta privada con orientación psicoanalítica.

ED, 24 años. ED es un joven de 24 años, que trabaja en una consultoría sobre socio-economía y donde se desempeñaba, al momento de la entrevista, como analista. Estudió su carrera en sociología en una universidad pública de la Ciudad de México, donde ha vivido toda su vida. En ese momento radicaba con su familia de origen: madre y padre, donde era el hijo más grande, junto a otras

dos hermanas, en Ciudad Nezahualcóyotl. También tenía una pareja de algunos meses con el cual se reportó sentir muy contento. Había sido rechazado por su familia al salir del closet, aunque fueron sobre todo la madre y una hermana quienes más ejercieron esta discriminación. Por esta razón, estuvo separado de ellos por un par de años. En la entrevista reportó tener una mejor relación con ellos. ED reportó ser activista, hasta donde sus tiempos le permitían, muy interesado en participar en talleres y actividades en torno a la disidencia sexual y el VIH/SIDA.

Dante, 24 años. Dante es un joven universitario de 24 años que contacté a través de un grupo en Facebook destinado a hombres gay. Al momento de la entrevista se encontraba cursando su último semestre de la carrera de ingeniería y trabajando en una empresa en la Ciudad de México. Me impresionó como un joven sumamente tímido y con poca vida social. Él mismo reportó que su madre ejercía gran poder sobre él y que debía de seguir sus reglas, de lo contrario recibía golpes y palizas. Por ello, no salía a la calle sin permiso de su madre bajo ninguna circunstancia. Su vida “gay” la había ejercido en su totalidad a través de internet. Su deseo era trabajar de tiempo completo para poder solventar su independencia y sus gastos y así no seguir sometido al poder de su madre.

Alfonso, 20 años. A Alfonso lo conocí gracias a ED, que son amigos. Al momento de la entrevista acababa de entrar a estudiar su licenciatura en una escuela privada. Vive con su familia compuesta por hermana, hermano, padre y madre, en una zona de clase media-baja del centro de la Ciudad de México. Su vida social gay la ha construido a partir de relaciones que inició a través de internet, con el uso de redes sociales como Hi5 y Facebook. Él se define como completamente gay y señala que ha sido un proceso complicado y que aunque es una necesidad importante, no le ha compartido esto a sus padres, pues siente temor de ser rechazado.

Komadreja, 25 años. La primera entrevista que llevé a cabo fue con Komadreja, estudiante de licenciatura de 25 años. En el momento de la entrevista se encontraba estudiando dos carreras en dos universidades públicas de la Ciudad de México. Debido a problemas médicos y a su participación en un colectivo de diversidad sexual en su universidad, perdió varios semestres de su primera carrera. Por ello, decidió darse de baja para cambiar de carrera. Al momento de la entrevista estudiaba sociología en el sistema de universidad abierta y estaba por ingresar a ingeniería en computación en otra universidad. Además, laboraba en el gobierno de la Delegación en donde imparte cursos y talleres en computación los fines de semana. Vivía desde hace un año con su madre. Desde los 21 años, Komadreja fue diagnosticado con VIH, pero debido a sus niveles de virus, no toma ningún tipo de medicamento. Vive en una zona de clase media-baja y baja de la Ciudad de México y casi toda su vida la vivió en colonias marginadas en el centro de la ciudad. El caso de Komadreja me provocó muchas preguntas, especialmente sobre la generación a la cual podría pertenecer. Por su edad, me impresionó que sería de la generación más joven.

Jorge Marín. 51 años. Jorge es un profesionista, dedicado a la administración de empresas. Vive en la delegación Cuauhtémoc desde hace más de 10 años, en un departamento amplio él solo. Su última pareja, de siete años, se había quitado la vida dos años previos a la entrevista. Jorge es oriundo de un pequeño pueblo del Estado de Veracruz. A los 18 años migró al Puerto de Veracruz en donde comenzó a estudiar, pero después de un año decidió mudarse a la Ciudad de México en donde estudió su licenciatura, así que desde los 19 vive en la capital del país.

Juan 37 años. Juan es un empresario, dueño y director de una escuela de inglés. Vive en la Delegación Cuauhtémoc, en una zona reconocida por su afluencia de personas gay y homosexuales. Desde hace 2 años y medio vive con su pareja, con quien está casado. Perteneció a la clase media-alta y tiene una vida en pareja. Es el primer entrevistado en llevar una vida de este tipo y me

sorprendió por eso mismo, pues comparte de manera cercana con su pareja prácticas como comer juntos todos los días a pesar de trabajar en lugares distintos, tienen una cuenta bancaria en común a la cual aportan la misma cantidad de dinero al mes y de donde solventan gastos para su hogar, para la compra de su coche y vacaciones juntos.

Mario. 46 años. A Mario lo había conocido por medio de mi colaboración en una asociación civil del Distrito Federal. Es oriundo del norte del país donde había vivido hasta los 18 años. Después se mudó a la Ciudad de México en donde estudió su licenciatura y posteriormente una maestría que estudió en Puebla. Mario tuvo fuertes dificultades para asumir su homo-erotismo, lo cual, él siente, lo llevó a un consumo de grandes cantidades de alcohol, al grado de perder la conciencia por varios días. Atestiguó la muerte y asesinato de sus dos mejores amigos gay, cosa que lo marcó de por vida, y renunció al alcohol con el apoyo de AA. Vive con su pareja desde hace 20 años en la delegación Cuauhtémoc.

Javier. 40 años. A este participante lo conocí a través de Facebook en un grupo hecho para hombres gay de México. Vive con su madre en la zona norte de la Ciudad de México, una zona de clase media-baja. Sin embargo, tiene buenos ingresos e inclusive comenzó estudios de doctorado en el extranjero. Fue un hombre muy dispuesto a platicarme todos los aspectos de su vida e inclusive a mostrarme su casa. Es un hombre que nunca ha tenido una pareja afectiva. Fue diagnosticado como portador de VIH a los 21 años, cuestión necesaria para comprender aspectos emocionales y sexuales a lo largo de su vida.

Teo. 68 años. Teo es el entrevistado de mayor edad. Es visiblemente mayor con poco pelo gris. Es jubilado y pertenece a la clase media-baja. Vive en la delegación Iztapalapa. Debido al mucho tiempo libre que tiene, suele dedicarse a visitar museos, ir al cine, al teatro, a la danza y tomar clases de inglés y manualidades. Aunque mencionó que acude 2 o 3 veces al mes a la clínica médica y al hospital, no refirió ninguna enfermedad en particular, únicamente que

eran “cosas propias de la edad”. Teo nació en una ciudad al norte de Veracruz y a los 19 años emigró, por su cuenta, a la Ciudad de México en donde ha vivido desde entonces.

Fernando, 46 años. A este participante lo conocí a través de seminarios que cursé a lo largo de mis estudios doctorales. Es un hombre activista gay desde hace muchos años y ha dedicado los últimos años de su vida a la prevención del contagio de VIH entre Hombres que tienen Sexo con Hombres y a la promoción de Derechos Humanos entre la comunidad LGBTTTI. Su historia de vida le permitió explorar la Ciudad de México desde joven, en donde conoció las primeras Marchas del Orgullo Homosexual, que le permitieron tener un acercamiento con la comunidad y el concepto mismo de “homosexual”. Vive con su pareja desde hace siete años. Fernando fue otro caso difícil de clasificar en alguna generación pues tuvo sus primeros contactos con el mundo gay desde aproximadamente los 14 años observando la Marcha del Orgullo Homosexual. Para Fernando, como para muchos otros entrevistados, asumirse como “homosexual” fue un proceso largo, que duró varios años. Fue hasta alrededor del año 1986 que logró dicha identificación, aunque, desde su experiencia, ese proceso comenzó desde 1984.

César, 60 años. A César lo contacté gracias a otro participante. Desde el inicio quiso que lo entrevistara. Nos quedamos de ver en un café del centro de la Ciudad de México, a sugerencia de él. Según lo que César comenta, él tuvo contacto con “el ambiente”—como se conocía en los setenta-, desde edades muy tempranas. A pesar de que siempre vivió en el hogar familiar, fue rechazado por su familia de origen cuando ellos “detectaron” su homosexualidad y lo sometieron a tratamiento psiquiátrico y religioso. Me dio la impresión de que este hecho lo ha marcado a lo largo de toda su vida, pues su discurso señala una aversión hacia instituciones médicas y religiosas. Durante la entrevista, me dio la impresión de escuchar a una persona con ideas desorganizadas y en ocasiones, no sustentadas en la realidad. Mi formación en psicología clínica tradicional, me permitió

percibirlo como una persona delirante. Sin embargo, me parece que su relato, más que dar evidencia de una “patología”, señala el impacto que tuvieron, en su caso, las vivencias de discriminación en su infancia.

Roberto, 52 años. A Roberto lo conocí gracias a otro participante que me contactó con él. Me invitó a su hogar para realizar la entrevista. Vive en una zona residencial de clase media de la Ciudad de México. Tiene un hermano mayor, pero su relación es alejada de su familiar nuclear. Me pareció ser un hombre muy seguro de sí mismo y con un discurso que aparentaba mucha tranquilidad en torno a su sexualidad a lo largo de toda su vida. Sin embargo, narró hechos de violencia por homofobia que él no había registrado como tal. Por el contrario, sus narraciones detonan una visión del mundo en términos individualistas, donde únicamente él es responsable de lo que le ha sucedido, no reconociendo una sociedad que lo ha discriminado.

Hernán, 58 años. Este participante es un hombre que vive cerca del centro de la Ciudad de México y que, por el tiempo que compartimos, me pareció entender dos facetas importantes en su vida. La primera, porque así apareció en su biografía, sumamente política y activista. Participó en uno de los grupos homosexuales más importantes de la década de los ochenta y fue muy activo en términos políticos, asistiendo a marchas y presionando para generar políticas públicas, realizó actividades muy ligadas al movimiento hippie de Estados Unidos y de la música rock. Una segunda faceta, que apareció más tarde en su vida, giró en torno a la espiritualidad y a la meditación, que ahora ocupa un lugar fundamental en su identidad.

8. DESEO, CUERPO Y ORIENTACIÓN SEXO-AFECTIVA

A lo largo de los avances del trabajo de campo, al realizar las entrevistas, al hacer las transcripciones y codificaciones de las narraciones y al hacer una primera aproximación a ellas, pude percatarme que el *deseo erótico* es un elemento presente a lo largo de todas las narraciones y que en muchos sentidos marca el sentido que le dan a su vida; siendo en mi investigación una categoría emergente que me llevó a indagar con mayor profundidad sobre este concepto. Para ser más explícito, al inmiscuirme en el análisis de las entrevistas me fui dando cuenta de la estrecha relación que guarda el deseo con el uso del cuerpo, con el binario del género y cómo es consolidante en una orientación sexo-afectiva y en una identidad fundada en esa orientación. Como iré explicando a lo largo de este capítulo, las experiencias de los hombres me dejaron claro que ellos hacen sentido de su deseo homo-erótico a partir de la normatividad establecida desde la cultura de género, en dónde su cuerpo se vuelve el terreno para la expresión tanto del deseo como de las performatividades de género. Es esta colusión la que les permite hacer sentido de sí mismos en tanto constructores de una orientación sexo-afectiva no heterosexual.

8.1 El deseo heteronormado: reconocimiento, aceptación, rechazo y socialización

El deseo no obedece a ningún tipo de norma (ni cultural, ni social, ni subjetiva), es un elemento que existe y que en muchos sentidos guía la vida de los sujetos. Encuentro cuatro aspectos del mismo: el reconocimiento de un deseo homo-erótico, que cobra relevancia debido a una normatividad heterosexista; segundo, la aceptación o conciliación interna con la existencia de ese deseo; tercero, la socialización, el compartir la existencia de ese deseo con personas importantes para el sujeto; y cuarto, la posibilidad de rechazar el propio deseo, que a su vez se relaciona con aspectos socialmente discursivos. El deseo es un concepto resbaloso y difícil de aterrizar. Parte de la literatura en torno a la sexualidad intenta abordar este concepto, sin embargo, me parece que pocos

logran hacerlo de forma redonda. Por ejemplo, Ramírez, García-Toro y Solano (2005) dicen analizar el deseo homo-erótico de hombres en Puerto Rico, centrandose su análisis en las prácticas sexuales específicas y su relación con la heteronorma, centrándose en prácticas sexuales de los hombres sin analizar la vivencia subjetiva en torno a ella. Por su parte, Tolman ha estudiado el concepto de deseo en mujeres por años (1999, 2001), sin embargo tampoco discute conceptualmente el constructo, sino que lo trata más bien como una especie de emoción ligada a la construcción de género. Desde mi análisis, el reconocimiento y la socialización de su deseo marca un parte aguas en la vida de los hombres gay:

“Me pasó esto (la experiencia sexual con un amigo)... pues no sé, no me explico. Yo creo pues ya es algo que tenía. Y que saltó como el día del güey este... pues no sé si venía de antes pero... a lo mejor traía algo y se me, como formó completamente por, por este güey... No (fue nada más) su culpa, pero tal vez si no me hubiera hecho eso, pues no, no hubiera, ahorita no tendría esto... Un día, así en la escuela... yo, teníamos como... ¿qué será? Como... unos 12 o 13 años. Este, bueno, tenía un compañero... Entonces este... pues ya, él fue como el que me, me, o sea no sé, como que me, me metió... bueno, no. Como que el que me empezó hacer... bueno, no... . . . Ajá, si (Risa) (tuvimos una experiencia sexual)... . . . O sea... es que no así como tan... bueno sí, mmjjmm. Y este, pues no sé, ahí como que se me quedó, la... así... no sé...” (Ramón, 20 años; *Generación I; estudiante*)

La narración anterior da cuenta de la inexplicabilidad en torno al deseo y la búsqueda por encontrar un discurso social que haga sentido con la situación de vida particular. Otros casos de esta dificultad para tomar el concepto de deseo, se hacen explícitos en las siguientes narraciones:

“(Me preguntaba) ‘¿Pero por qué eres gay?’ ¿No? Digo ‘¿Por qué, por qué eres así?’ Y yo ‘ay’, pues decía es que, o sea, era como una pregunta... y hasta le llegaba así... ‘Dios, dame una respuesta’ ¿no?, o sea es como muy difícil... Yo creo que es difícil de explicar porque... pues sí, tienes que pasar por varias etapas, digo sufrí así, como que lloraba y

decía ‘¿por qué?’ ¿no? ‘¿Por qué?’... . . . No sé yo no, no... me gustaba yo ser así, o sea, decir ‘¿Por qué yo?’ No me gustaba ser así...” (Alfonso, 19 años; *Generación 1; estudiante*)

“... No sé explicarlo bien, raro, sentía como, una apegación... O sea... rara, o sea, no era como, lo que se sentía por las niñas, pues.” (David, 22 años; *Generación 1; desempleado*)

8.2. La inexplicabilidad y lo “femenino” en la naturaleza del deseo: el cuerpo abyecto

Los hombres buscan hacer sentido de esta “sensación” inexplicable, buscando discursos en sus contextos, que suelen ser aquellos regidos por la heteronorma. Con “discurso” es importante comprender no sólo aquello que se dice y verbaliza, sino entenderlo como una producción cultural que permite la expresión y apropiación subjetiva de cada persona. Así, un discurso se refiere a aquello que domina en el contexto cultural particular (Van Dijk, 2011). Para Wittig (2006) y Halperin (2004), el discurso heterosexista es un discurso hegemónico que no permite la producción y nombramiento desde lo homo-erótico; es decir, imposibilita a aquellas personas homo-eróticas de nombrarse a sí mismas y a sus experiencias.

Esto se hace evidente a lo largo de las entrevistas, la imposibilidad de nombrarse es una cuestión que dificultaba el proceso de identificación, especialmente ante la imposibilidad de nombrarse y de nombrar lo homo-erótico, que se hizo más evidente en generaciones de mayor edad, cosa que visibiliza el contexto socio-político del momento. Por ejemplo, Jorge menciona:

“Lo que se decía era ‘puto’, así abiertamente, así, ‘es un puto, es puto’. Y, y bueno, y, y eso hacía que yo lo escondiera más, porque yo sentía la agresión de la gente, no hacía mí, sino algunos otros compañeritos o vecinos o algo que eran más afectaditos que yo, digamos. Y yo decía, ‘no, yo no voy a exponerme a eso, no y no’ y entonces seguía

jugando fútbol y, y además, empecé con las novias...”
(*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

La designación que se hace para aquello ligado a lo homo-erótico proviene del discurso heterosexista y de la masculinidad hegemónica. Es común encontrar referencias violentas y discriminatorias hacia personas homosexuales o gay en la Ciudad de México como “puto” (Lozano, 2009), por un lado y por otro, la dificultad en nombrar la “atracción” que sienten los hombres. Juan, de 37 años, refiere a su atracción como algo “raro”, algo difícil de comprender, algo que no tiene nombre y que por tal se vuelve algo imposible de descifrar para sí mismo. Esta falta de posibilidad de nombrarse denota un tipo de violencia estructural, pues no sólo los sinónimos usados para referirse a lo homo-erótico señalan una otredad subordinada, sino que el uso de ese (no) nombramiento tiene efectos emocionales sobre los hombres.

Las experiencias de los hombres entrevistados, ponen sobre la mesa otros aspectos sobre el binarismo y la cultura de género. Por ejemplo, lleva a los hombres a incorporarse a roles y estereotipos reservados para los hombres (como, jugar fútbol), que es lo que señala Jorge en el extracto anterior, o a través de prácticas sexuales hetero-eróticas, que fue el caso de Juan. La cultura de género, en cuanto sistema normativo, permea el discurso y la subjetividad de los seres sociales, incluyendo a los homo-eróticos. Desde la experiencia de los hombres entrevistados de las tres generaciones, este discurso se reproduce, permitiéndoles entenderse no tanto como homo-eróticos sino como “femeninos”:

“Cómo fui descubriendo (mi sexualidad)... yo creo que a la pequeña de edad ¿qué te gusta? 8, 10 años. Como que te gustaban las cosas un poquito más apegadas a la cultura femenina. Ajá. Entonces te identificabas más con las mujeres, con las niñas.” (*Teo, 68 años; Generación 3; jubilado*)

Ignacio: “¿Y en qué otro aspecto crees que te tengas que cuidar?” *Alfonso:* “Pues como que... en mis modales. Quieras o no como de repente si... se te llega a salir lo amanerado. Entonces este... en ese aspecto yo creo ¿No?...”

Las formas de... de las manos ¿no? Así como que de repente haces... Así. (*Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante*)

“Yo creo que puedo distinguir entre que primero era una pulsión muy primaria, muy básica, de ser y cuando era... Digamos cuando estaba más orientado hacia una lógica, hacia una forma de sensibilidad... femenina. O sea, te tocaba lo femenino, de manera muy espontánea, o sea, el sentimiento, las emociones las podía, o sea las podía expresarlas o quería hacerlo pero no debía. Pero ahí no estaba nada de erótico... Pero sí me gustaba estar escuchando las pláticas de ellas, me gustaba el universo de ellas. El ver como platicaban y luego los hombres nada y me gustaba más este ambiente ¿no?” (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionista*)

Fue común que al preguntar a los entrevistados cómo fueron viviendo su sexualidad, refirieran un acercamiento al universo “femenino”: que no se sintieran identificados con roles y estereotipos “masculinos” como jugar fútbol, a las luchitas; que preferían jugar con muñecas, a saltar la cuerda, leer o pasar tiempo con su mamá y no con su papá; que practicaran ciertos movimientos con su cuerpo ligados a la “feminidad”. La construcción identitaria para estos hombres, surge desde el reconocimiento de un deseo como una “pulsión” (en palabras de Mario), una energía muy subjetiva y propia, y a partir de un otro “femenino”. Butler (2001) y Schwartz (2007) nos muestran cómo lo “femenino” se colude con lo homo-erótico, generando un espacio de abyección gracias a la ausencia de un discurso “gay”, como también señalan Wittig (2006) y Halperin (2004). Por ello es que el sistema de género binario permite entender eso otro como “femenino” y no como otra expresión sexo-genérica más. Las performatividades de los hombres entrevistados, desde edades tempranas, rompen con la congruencia entre género y deseo y, gracias a la matriz heterosexual, sólo queda poder nombrarlo como “femenino”. Así, la espontaneidad e inexplicabilidad del deseo son un efecto de una biotecnología que funciona como un sistema controlador del género. Asimismo, se hace evidente a través del discurso de los participantes, la existencia de un binarismo de género que

mantiene a lo “femenino” en lo subordinado. De manera que los participantes también son reproductores (y víctimas) de este sexismo opresor.

Esta tecnología, esta expresión de lo “femenino”, se hace a través del cuerpo. El cuerpo es el mapa en dónde se descifra el orden del género. Así, el deseo es una especie de energía que mueve a los hombres a ciertas performatividades ligadas a los “femenino”. Una vez que estas performatividades se encuentran con las normas masculinas, los hombres mueven su cuerpo hacia las actividades de hombres, como los deportes y el tener novias.

El nombramiento que reciben como “jotos”, “maricones”, “puñales” y “putos” los coloca en un lugar de pérdida de privilegios y de subordinación frente a la masculinidad hegemónica, que los acerca a la “feminidad”. El cuerpo juega un papel resbaloso en éste aspecto pues su asignación como “hombres” no garantiza el poseer los privilegios masculinos. Cuando el cuerpo de “macho” actúa o incluye en sus performances aquello de lo “femenino”, el cuerpo irrumpe en la matriz de inteligibilidad, generando un espacio de abyección en donde queda colocado. El cuerpo, al llevar a cabo actuaciones de lo “femenino” y de lo “masculino”, se vuelve un terreno donde se encarna y se resiste a la normatividad. A pesar de ello, el cuerpo se sigue descifrando dentro de las coordenadas de lo simbólico y posible, dentro del orden de género. Sugiriendo que es sólo desde este orden que se puede resistir.

“Casi siempre digo ‘gay’. Cuando son amistades heterosexuales y cuando me veo con personas homosexuales, digo “ah ¿qué pasó, homosexual?”... Hay algunos que a veces, nos saludamos muy afeminado, nos decimos “qué pasó chula”, ‘bonita’, ‘hija’, ‘madre’, ‘tía’.” (*ED 24 años; Generación 1; 20 de marzo de 2012*)

El uso del “femenino” e incluso de palabras como “joto” entre hombres gay se ha vuelto cada vez más común. De acuerdo con Marquet (2006), este tipo de usos del lenguaje se denomina “jotear” y es una performatividad que permite

disminuir el peso hegemónico violento. Una vez que estas palabras son asumidas y adoptadas por a quien/es se supone ataca, sucede una apropiación de la violencia que permite resignificarla como parte de una dinámica identitaria y grupal que permite identificar ciertas prácticas sexuales de quienes las usan, así como apropiarse de significantes de género que pretenden transgredir y quitar el significado hegemónico inicial. Esta forma de “jotear” es inclusive una marca identitaria, pues se desarrolla en grupo y no todos los hombres gay la llevan a cabo. Es una manera de ir asumiendo y aceptando una condición disidente y haciendo inteligible lo abyecto a través de una performatividad del género. Fernando fue el entrevistado que ahondó más en esta dinámica. Para él, el “jotear” era una forma de entrenarse, entre su grupo de amigos gay, contra el mundo heterosexista que los atacaba, una forma de repetir normas de género significadas y simbolizadas de una manera muy particular dentro de su grupo de amistades. Estas dinámicas grupales eran, desde la experiencia de Fernando, no sólo una forma de defenderse de los “bugas”¹¹, sino también una forma de generar vínculos fraternos entre hombres con la misma orientación sexo-afectiva; una forma de construir identidad, de simbolizar y hacer sentido de su deseo, en un cuerpo particular con una orientación sexo-afectiva determinada.

“Ah, pues primero porque en el mundo gay, inicial, mariconarnos era fundamental, sino, no podías circular, no podías entrar al círculo de convivencia ¿no? Yo creo que era en dos sentidos porque... Es que es bien cagado por, algunos nada más ven... feminizar ¿no? A la gente, en el lenguaje puede ser un asunto de descalificación, nada más. Y efectivamente se hace... para descalificar al otro ¿no? Pero lo que yo sí veía es que, y eso yo creo que hoy lo tengo más claro, es que también te hermanaba. Porque no podrías establecer... Pero en mi tiempo, no se podía hermanar si no se joteaba... Te joteo porque te quiero.” (*Fernando, 46 años; Generación 2; profesionista*)

Quisiera retomar el concepto de iteración y citación que utiliza Butler (2004), pues aparece de manera frecuente en las entrevistas. Los hombres

¹¹ La palabra “buga” es usada entre personas LGBT para referirse a personas que se identifican como heterosexuales. El nacimiento de dicha palabra no es claro

entrevistados son nombrados y evocados a través de lo “femenino”; a lo largo de sus vidas son citados a través de nombres que remiten a lo opuesto de lo masculino. Es esta citación la que les da vida, pues en su actuar en tanto sujetos, dentro del binarismo del género, se vuelven reproductores del mismo, encarnando en vida al “joto” y al “maricón”. Con esto quiero hacer evidente la manera en que, atrapados dentro de este sistema, los hombres se vuelven blanco de esta violencia, y a la vez, son subjetivizados a través de ella.

En esta colusión entre el deseo, el género y su expresión en el cuerpo, se configura un espacio abyecto. Desde la experiencia de éstos hombres, su deseo es fundante para posicionarlos en un lugar simbólico fuera del orden masculino al que “deben” pertenecer. Este espacio de abyección cobra vida en sus propios cuerpos, al performar esos amaneramientos tan prohibidos para los cuerpos-macho, motivados por un deseo que no “encaja” en el orden del género.

Esta subordinación y abyección tiene efectos importantes sobre la vida emocional de los hombres, porque se desarrollan bajo la sensación de que el rompimiento con estos estereotipos de género tiene implicaciones morales, y viven con la sensación de que son “malos” o que están haciendo algo que no deben.

“yo me sentía como tan malo por ser gay, pero... sentía como que era mmm... ¿Cómo te diré? Como... como si fuera un lunar, güey que, que, que me quisiera quitar. Como algo que descapacita... Yo creo que sí llegué a creer que el ser gay me iba a limitar en todo...”
(*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Muchos hombres reprimen sus prácticas y conductas para parecer menos “amanerados”, cuestión que tiene efectos en la socialización y en el vínculo con otros. Se les dificulta mantener amistades y estar en escenarios sociales de cualquier tipo.

“(Identificarme con lo femenino me fue llevando a) Un aislamiento. Un aislamiento... siempre empecé a marcar, a marcar un, una, un territorio. No, no territorio, empecé a marcar a las personas. Este no y este sí...”. (*Teo, 68 años; Generación 3; jubilado*)

“Sí fue difícil porque, pues, sí sufrí acoso ¿No? Por parte de, bullying, por parte de los chavillos, ahora se diría bullying, antes decíamos que era agandalle. Era muy, eran, pues sí, era muy notorio, aunque yo no era tan amanerado ¿No? Sí había cosas que sí se me notaban, pues. Y tenía mucha preferencia de convivir con niñas... Me daba mucho terror convivir con hombres, no me gustaba, sí era muy duro”. (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista*)

Las consecuencias de ser situado en un espacio de abyección no sólo implica la pérdida de privilegios patriarcales como varón, sino efectos en la vida social y emocional del hombre. Algunos comienzan a vigilar y controlarse constantemente, temerosos de volver a cruzar las líneas invisibles del género y de la heteronormatividad. La vigilancia surge en la interacción con los diferentes contextos y a través de aprendizajes primarios y secundarios en espacios como la familia y la escuela. Otra consecuencia de ocultar el deseo es el aislamiento, como fue el caso de Teo, efecto que Pachankis (2007) identifica como un elemento conductual, consecuencia de ocultar una identidad estigmatizada. El “agandalle” que describe Fernando es una especie de lección y aprendizaje para él y otros hombres, en el que los compañeros de escuela y la familia fungen como una policía del género, vigilando las actuaciones adecuadas para el cuerpo que encarnan. La interacción con la familia y en la escuela permite significar a lo homo-erótico como prohibido y como rechazado:

“... entonces mi madre un día la escuché decir y estoy seguro que eso era para mí. Este, no con el afán de agredirme, ni mucho menos, ella me amaba, por supuesto, pero le dijo ‘que bonito el caso de Lorena’, o sea su prima hermana, este, dice ‘tiene un drogadicto y un maricón...’ dice, pues ‘cualquiera preferiría el drogadicto’ ”. (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionalista*)

“(Mi maestra de primaria) comentó ‘es que yo no sé porque hay hombres que buscan lo que ellos tienen, no

puedo comprender eso' ¿no? 'yo si soy mujer, busco lo que no tengo, no lo que ya tengo'... algo de ese tipo (risas) y ya... Pero si, pues así..." (Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante)

Desde Foucault, el género y la heteronorma se vuelven tecnologías de control del yo, entendiendo por ello mecanismos de poder que son incorporados a la sensación de yo, y a la identidad misma. La matriz forma parte de la identidad de una manera persecutoria y el sujeto debe vigilarse constantemente para no transgredir las normas sociales a través de sus performances de género. No obstante, esta transgresión se hace por el simple hecho de vivirse con un deseo homo-erótico. La vigilancia, la persecución y el temor, en forma de tecnología, se incorpora a la vida social y personal de los sujetos, promoviendo un doble temor: un temor por lo "masculino", pues es lo que castiga, y un segundo temor por lo "femenino", pues el acercamiento a ello es lo que se castiga.

Así, el deseo se vincula de manera importante con el género, que se vuelve una tecnología más del yo para sujetar a los hombres de cierta manera. Sin embargo, algunos hombres entienden que el deseo está separado del género. Como bien señala Mario en su testimonio, que en su gusto por compartir con mujeres "no hay nada de erótico", de tal manera que el deseo no es el que termina vigilado o sancionado, sino que la transgresión de los estereotipos de género es lo que merece el castigo.

Los extractos anteriores denotan una dificultad en la expresión del deseo y un malestar producido por portar un deseo homoerótico. El reconocimiento de este deseo viene cargado de significados sociales de rechazo que generan confusión, tristeza y dolor. Pareciera que el significado de este reconocimiento es *a priori*, es decir, viene precargado a partir de la matriz heterosexual, debido a su colusión con el binarismo de género (Butler, 1992), cargado de discriminación y rechazo, lo cual implica un proceso psicológico de acomodación para las personas que lo poseen. En otras palabras, los hombres no tendrían porqué experimentar vivencias de malestar si la portación del deseo homo-erótico no

fuera rechazado y es este rechazo, pre-existente al deseo, que produce las experiencias de malestar en los entrevistados.

Esta existencia previa de los sistemas sociales también afecta de otras formas a los hombres. Hernán tuvo una experiencia muy diferente a muchos de los entrevistados; para él, “salir del clóset”, fue relativamente fácil por los contextos inmediatos en los cuales se desenvolvía.

“Eso fue también la verdad muy afortunado (salir del clóset) de mi parte porque como yo estaba en un ambiente más de artístico ¿no? También pues era muy relajado ¿no? Yo trabajé muchos años en la Escuela de Danza... la homosexualidad era vista casi como normal ¿no? O sea, muchos bailarines ¿no? Muchos, y venían maestros de otros lados todavía más relajados ¿no? O sea que, aún incluso que no eran homosexuales estaban súper relajados...” (*Hernán, 58 años; Generación 3; profesionalista*)

Con esto quisiera dejar claro que la experiencia de aceptar y socializar el deseo se vincula de manera muy importante con la situación social y los contextos políticos y culturales en los cuales se desenvuelven los hombres. Ambientes como el de las artes, permiten una expresión más libre del deseo homo-erótico y facilitan una identificación con el término homosexual, como señalan dos entrevistados, Hernán y César.

Las narraciones presentadas en esta sección, si bien no hablan abiertamente de las emociones consecuentes del rechazo, hay una evidente emocionalidad en el discurso. En varios extractos, las pausas y expresiones como “mmm” denotan una dificultad en recordar eventos de bullying por homofobia y su complicación para volverlos a expresar. Si bien no es posible capturar las expresiones para-lingüísticas en las transcripciones, me pude percatar que, con muchos hombres que entrevisté, recordar este tipo de eventos generaba cambios en sus expresiones faciales: bajaban la mirada, se les quebraba la voz, su discurso se volvía pausado, entre otras reacciones. Para mí, estas son evidencias de

eventos emocionalmente difíciles en su vida y que incrementaba aquello que no podían nombrar: angustia, temor y culpa, e inclusive la forma en que se perciben a sí mismos.

“... porque yo me sentía muy feo. Yo me sentía muy poca cosa, físicamente y que no podía ser alguien que una persona pudiera aceptar”. (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionista*)

8.3. Discurso heterosexista y su impacto en la aceptación y socialización del deseo

Según las entrevistas, queda claro que la sociedad mexicana en la cual todos los entrevistados se desenvuelvan, y el contexto en que ellos mismos fueron subjetivando, la normatividad es heterosexual y ésta llega a normar a la forma en la que se expresa y se vive el deseo. Desde esta normatividad, las expectativas sobre los hombres son tener una pareja mujer, contraer matrimonio y reproducirse; siendo la familia el principal reproductor de este discurso, como lo manifiesta ED, de 24 años:

“... tener familia, esposa. Sí porque, eso lo llegaron a pensar mis papás. Sí, más que nada me lo llegaron a manifestar de que ellos tenían planeado para mí, pues una vida, heterosexual ¿no? Con familia, hijos... Te comento que, era como el agrado (hacia las mujeres), simplemente, como yo, yo digo que era un agrado más moral y la cuestión de, heterosexual de que un hombre tiene que tener... una mujer. Simplemente es que sí realmente era una carga social, pero muy, muy fuerte. Algo que yo sentía que tenía que cumplir, de tener novia y decirle a mi mamá ‘oye mamá, tengo novia’ y quién sabe que ‘mira, te la presento’ y mi mamá alegre, ‘ay, sí’, teniendo novia y presumía ‘sí, está muy bonita’.” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

En este sentido, el discurso heteronormativo permea y controla la vida de los participantes, de manera más imperante por algunos años, volviéndose una carga que impacta en la vida emocional de los hombres. En algunas ocasiones, los

hombres se viven poseedores de un deseo hetero-erótico e intentan mantener actividades sexuales y afectivas con mujeres, a pesar de que éstas contradicen a su deseo:

“Tuve una novia. Mmjjmm.... me gustaba y luego yo le gusté y ya anduvimos.... me gustaba mucho y así, pero... tenía el conflicto como de los otros, de si era gay o no...”
(Ramón, 20 años; Generación 1; estudiante)

“... lo erótico vino después, cuando de repente en, en la lógica de que te deben gustar las mujeres y debes apreciar ciertos aspectos físicos de ellas o atributos físicos de ellas, pero desde un ángulo de goce sexual. Tuve una prima con la que tuvimos como escarceos y pues sí, lo podía hacer y tocarla y todo pero no, no disfrutaba eso. Y me imaginaba tocando a un hombre, a un señor y me, esa idea me fue ganando.”(Mario, 46 años; Generación 2; profesionalista)

Como mencionaba anteriormente, es importante el uso que los hombres le dan al cuerpo. A pesar de tener un deseo que los motiva al homo-erotismo, la normatividad social empuja a estos hombres a entablar prácticas sexuales con mujeres. En su cuerpo se hace evidente una contradicción; el cuerpo se convierte en un campo de batalla entre el deseo subjetivo y las normas sociales encarnadas, teniendo como consecuencia que el conjunto de la carga social y las emociones producidas desde ahí dificulten una expresión abierta del deseo homo-erótico:

“yo siempre tuve muy claro que yo era gay, nada más que había que esconderlo... en el fondo, yo me quería asumir como una persona que no era gay ¿me explico? En el fondo, en el fondo, me quería asumir como una persona no gay y eso me llevaba a, al tener ese tipo de actitudes... Yo me acuerdo que fue agresivo para mí mismo, decir, pensarlo o decirlo para mí mismo (que soy homosexual)... Agresivo, sí. Yo decía que, el asumirme yo como gay en un principio lo, lo noté como agresión hacia mí mismo. Como agresión un tanto cuanto queriéndome lastimar, inclusive... Pues sentía que, que sí seguía siendo indebido, por la cuestión social ¿no? Básicamente y la familiar, te repito, esas dos partes son para mí los dos ejes ¿no?

Que siempre han regido y por el cual yo nunca lo había dicho ¿no? (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

Jorge hace mención del reconocimiento de un deseo “gay” desde “siempre”. Aquí, lo gay se vive como ese deseo que conduce a una identidad particular; una especie de fuerza que funge como base para hacer sentido de sí mismo. Levine (1997) entiende al deseo como una suma de fuerzas que llevan o alejan a la persona de las prácticas sexuales. En este caso, las prácticas sexuales le permiten a Jorge hacer construcciones identitarias que lo ubican en la categoría de “gay”. Para él, la gaydad gira en torno a éstas prácticas, más que a una identidad social, por lo menos desde su experiencia. Jorge ubica a lo “gay” como parte del deseo. Es decir su deseo homo-erótico lo ubica como gay. No obstante, al revisar la historia completa de Jorge, es posible analizar que sin haber conocido espacios de homo-sociabilidad y a otros hombres con prácticas homo-eróticas en la Ciudad de México, la identidad gay hubiera sido mucho más complicada de construir. Inclusive, él no usaba el concepto de “gay” hasta que llegó a vivir a la Ciudad de México y empezó a mantener relaciones sexo-afectivas con otros hombres. En cambio, por ejemplo, Ramón platica como sus experiencias homo-eróticas no le han permitido llevarlo a una construcción identitaria como gay:

“... O sea, es que no es como que yo sea así gay, gay, pero tengo como un conflicto, igual, o sea, pero a ver. Este, es que, es que... es muy complejo. Es muy complicado...” (*Ramón, 20 años; Generación 1; estudiante*)

Este entrevistado reconoce una atracción hacia otros hombres, sin embargo, su desarrollo particular en contextos de rechazo no le han permitido identificarse como gay. A pesar de ello, para él todo se vuelve “complejo” y se define en un conflicto. De esta manera, ha hecho propia la idea de que a un hombre que le atraen otros hombres se le nombra “gay”. Así, vemos como el discurso gay u homosexual también genera formas de nombrar y por tal, de

controlar. A pesar de que Ramón conoce el término “gay” y sabe que con eso puede nombrar su deseo, se rehúsa a nombrarse con *esa identidad*. Es decir, “gay” no está haciendo referencia a un deseo, sino a todo un personaje que, para él, es estigmatizado. Ramón teme la identificación con ese personaje “femenino” y subordinado que evoca el concepto de “gay”, analizado en la sección anterior. Tanto Ramón como Jorge no encuentran ninguna forma de nombrarse, no encuentran forma de identificarse debido al estigma que rodea la propia identidad gay en su familia. Carecen de un espacio simbólico a dónde pertenecer, cuestión que levanta temores, angustias y otras dificultades emocionales. Estos dos ejemplos dan cuenta de cómo el nombramiento se vuelve fundamental para el proceso de identificación pues genera un espacio simbólico en donde un sujeto tiene la posibilidad de posicionarse. La ausencia de un nombramiento, de una citación, implica la no existencia de dicho sujeto.

El deseo homo-erótico se ve enfrentado a los contextos sociales de una cultura patriarcal que permiten la producción de ciertas emociones como la culpa, la vergüenza e inclusive la violencia, que Jorge sentía por identificar su deseo homo-erótico; sentirse lastimado por él mismo por poseer cierto deseo. Existe un “peso”—mejor dicho, una violencia social que él identifica como una barrera que no le permitía desarrollarse plenamente como homo-erótico. Estas emociones las podemos agrupar bajo el término de homofobia internalizada. Igualmente, el discurso heteronormado en conjunto con la introyección del mismo, que se expresa internamente en emociones y homofobia internalizada, empuja a los hombres a llevar a cabo conductas de ocultamiento de su deseo. Por ejemplo, varios entrevistados primero se identificaron como bisexuales previo a nombrarse gays. En sus palabras, esta identificación era menos transgresora que la identidad gay:

“... en la preparatoria, donde ya me, ya me definía como bisexual... y yo, hasta un cierto punto lo justificaba con el proceso de la adolescencia... sí... y pues ya después crecí dije, ‘ah, ya pasé la adolescencia, entonces ya’... pero ya me di cuenta en

la preparatoria que, que pues, tenía un cierto agrado hacia los hombres, más allá. Ajá... me gustaba una mujer, tal vez sentimental, pero en atracción sexual, hacia los hombres.” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionalista*)

“yo les voy a decir que soy bisexual porque según yo ser bisexual era menos malo que ser homosexual, porque al menos te gustan las mujeres (risas)” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Los testimonios de estos hombres dejan claro un cierto temor a la identificación plena con el homo-erotismo, haciendo evidente que el discurso heterosexista usa otras estrategias para controlar el deseo. Tanto ED como David señalan que ellos vivieron su bisexualidad como parte de un proceso propio de su “adolescencia”; el discurso y la educación en torno a la sexualidad señala que la adolescencia es aquél periodo donde comienza el deseo sexual, el deseo erótico y la exploración con el cuerpo. Dicho discurso permea las subjetividades de tal forma que lleva a los participantes a vivirse en una “confusión” propia de la etapa. No obstante, algunos autores, como Mead (1990) han señalado el carácter cultural y construido de la adolescencia. Al parecer, entrevistados como ED y David requirieron de esta “etapa” en su proceso para llegar finalmente a su identificación plena como homosexuales. De igual forma, Komadreja señala que la bisexualidad es menos peor que la homosexualidad porque “al menos te gustan las mujeres”. Esto señala un carácter peyorativo del deseo homo-erótico entendido desde la heteronorma. Normar el deseo hacia la heterosexualidad implica que los sujetos poseedores de otro tipo de deseo se salven de la exclusión, periferia y abyección del deseo homo-erótico. No obstante, las narraciones también dan cuenta de una sexualidad binaria, en donde los polos de homosexualidad y heterosexualidad son válidos, haciendo a un lado cualquier posibilidad de fluidez y liquidez en la expresión sexual.

La re/producción del discurso heterosexista resulta en una homofobia internalizada en estos hombres, dificultando y obstaculizando un proceso pleno de aceptación de su deseo erótico. Según el *Interaccionismo Simbólico*, los

participantes construyen significados acerca del objeto, en este caso su deseo homo-erótico, a través de las relaciones con otros. Así, a través de las interacciones con familiares y amigos, cada sujeto va haciendo propio un significado abyecto de lo homo-erótico (Blumer, 1969/1998). Esto, a pesar de que los participantes aclararon que reconocieron su deseo desde muy chicos, algunos desde los 4 o 5 años, pero todos previo a lo que se conoce como pubertad:

“... yo recuerdo que me empezaron a gustar los niños desde que estaba en segundo, tercero de primaria. Yo me acuerdo que me formaba en la fila, por ejemplo y veía a mi compañero que estaba adelante y me gustaba verle la espalda... yo decía ‘ah, qué bonita espalda tiene’...” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

“...a la edad de 8 años, tenía como, el agrado hacia hombres y mujeres. Yo sentía, eh, un cierto... una cierta afinidad hacia, hacia los hombres, me gustaban los niños... Era una sensación como de gusto...” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionalista*)

Testimonios como éstos invalidan la idea de la adolescencia como esa etapa en dónde la identidad se articula en torno a la exploración de la sexualidad. Los entrevistados reconocen la expresión de su deseo como algo que simplemente “aflora” y surge en ellos, algo inexplicable que no puede ser gobernado por la voluntad, pero sí asumido y aceptado y que surge mucho antes que la etapa adolescente. El deseo es un elemento fundamental de la identidad como proceso de vida, permanente y perenne, más que de un momento de la vida donde dicha identidad se cristaliza.

Por otro lado, existen experiencias donde el reconocimiento del deseo es detonado por una experiencia social. No todos los entrevistados recuerdan sentir su atracción desde edades tempranas, sino que alguna experiencia personal les permite reflexionar con mayor profundidad sobre su atracción.

“Y pues ya empezaba a ver como a un chavo y decía ‘es que, o sea, me gusta’ ¿no? O sea como que su físico y todo eso. Y fue ahí donde como que me empecé a dar cuenta y dije ‘oye, qué onda’ ¿no? ‘¿O sea por qué con él sí y con ésta no...?’” (*Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante*)

Ambas formas de reconocimiento en torno al deseo recuerdan a teorías producidas a mediados del siglo XX que buscaban explicar “la naturaleza” de la homosexualidad (Fuertes y López, 1997). Algunas de estas teorías señalan que se trata de algo interno al sujeto, algo en sus genes o en sus hormonas que producen un deseo homo-erótico. Otra teoría señala que la homosexualidad surge a partir de experiencias sociales que “marcan” al sujeto (Álvarez-Gayou, 2000). Más allá de intentar comprobar la veracidad de una o varias de estas teorías, me gustaría señalar la diversidad de formas de experimentar y vivir el deseo y que en el fondo, para los hombres, casi siempre este deseo no tiene explicación, a pesar de que buscan alguna, y en esta búsqueda, reproducen discursos hegemónicos. La imposibilidad de poner “el dedo en el renglón”, muestra la forma líquida y fluida en la que se mueve y construye la sexualidad. Por la experiencia de estos hombres, no hay una sola forma de llevar a cabo la identidad gay o el deseo homo-erótico. Estas son construcciones multifactoriales, impactadas por la vivencia subjetiva y social de los contextos en los cuales se desarrollan.

De esta manera, por lo menos en estos entrevistados, el deseo no queda normado (o mejor dicho, controlado), no tiene una fecha de aparición ni de caducidad, surge en ellos y buscan la manera en expresarlo, que en toda ocasión se topa con normatividades sociales y culturales que no les permite ser explorados. Es interesante cómo el deseo se juega en un vaivén entre lo normativo y lo abyecto. En tanto existe una normatividad heterosexual y misógina, el deseo homo-erótico entra en existencia como una resistencia, como un cuestionamiento a esa normatividad; sin la norma ese deseo no existiría como algo necesario de nombrar. De tal forma que la normatividad se vuelve algo que por un lado permite

la existencia del deseo, pero por otro lo mantiene como algo que hay que transformar, y es a través de la normatividad que el deseo se mantiene abyecto.

Existe un deseo de expresarlo, casi una necesidad. Muchos de ellos reconocen prácticas sexuales desde su infancia que, sin duda, debían ser clandestinas.

“Lo veía yo pasar y lo veía pasar y cada vez que él pasaba, yo me aparecía por el caminito... yo lo esperaba ya un poquito más para el monte y llegué a preguntar... a decirle que si me enseñaba su ‘ese’... a los 6 años.”
(*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

“yo recuerdo cuando tenía como tres, cuatro año, me metía con mis sobrinos, de igual, que tenían un año menos que yo, dos de ellos. Nos metíamos debajo de la cama y me acuerdo que nos besábamos, digamos... ya pues, me gustaba hacerles el beso negro, cosas así.”
(*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Estos testimonios nos señalan la existencia de un deseo homo-erótico desde edades pequeñas y una intencionalidad detrás de dicho deseo. Es decir, los sujetos buscaron que su deseo se convirtiera en un comportamiento. El problema aquí es que desde estas edades queda completamente prohibido la expresión de estos deseos y en muchas ocasiones ni siquiera es simbolizada, por lo que se vuelve complejo darle sentido y que cobre relevancia desde esa edad. Es decir, no existe una forma de nombrar ni el deseo ni las prácticas sexuales en la infancia, por lo que queda relegada a simplemente una práctica. En otras palabras, existe una práctica de homo-sociabilidad que permite la expresión sexual desde la infancia.

Estos discursos también señalan que los hombres entienden su deseo como un impulso biológico que antecede al proceso de socialización. La represión familiar y social a la cual se enfrentan permite que ellos adopten discursos biologicistas y médicos como una forma para “justificar” o “excusar” sus conductas homo-eróticas, en una sociedad donde dichas prácticas no son

aceptadas por el proyecto político heterosexista. Ellos deben encontrar una manera de “explicar” su deseo en un lugar donde no existen discursos que lo acepten (Wittig, 2006).

En el caso de una de las experiencias de ED, donde intenta besar a un compañero suyo en la escuela, hay una consecuencia inmediata de parte de su profesora que niega la posibilidad de un comportamiento afectuoso como ese:

“... me quedé como... confundido en qué era lo que había hecho. Sí, había sentido un cierto gusto, un placer por el beso, pero, estaba la otra parte en la que, la parte adulta en que te decían que eso estaba mal. ¿No? Al ver a dos hombres besándose.” (*ED, 24 años, Generación 1; profesionista*)

Nuevamente se re/produce un discurso que castiga y oculta las expresiones del deseo homo-erótico, discurso que es vivido en carne propia por éstos hombres y que, como bien señala el entrevistado, genera una confusión interna que añade al proceso identitario y que se puede vivir como un peso y una dificultad. Algunos participantes continuaron con prácticas clandestinas en su juventud y adultez; es posible que el temor y la culpa asociadas a las prácticas homo-eróticas orillen a los sujetos a buscar expresar el mismo deseo de manera escondida, situación que se ha identificado como una de riesgo para la adquisición de ITS. Las prácticas sexuales no sólo se limitan a lo genital, sino que se trata de experiencias emocionales y afectivas con otros hombres:

“Me acuerdo que tuve una experiencia muy linda con él... no fue como tipo erótica, no sé. Porque nos llevaron a la feria, nos llevaron a la casa del terror. Y yo así como de “no, no”... y él me dijo “¿tienes miedo?” y yo le dije “sí” y ese güey, estaba atrás y me abraza y me dijo “no te preocupes yo te voy a abrazar”. Y sentí así padre...” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

“... entré al grado de preprimaria y ahí conocí a un niño con quien me empecé a llevar súper bien, fuimos amigos hasta el cuarto grado de primaria que fue cuando se fue de la escuela y ya no supe nunca más nada de él; y durante

los años que estuvimos así de amistad, era amistad, pero al mismo tiempo era algo así como de noviazgo, o sea nosotros no lo veíamos como tal, pero íbamos incluso tomados de la mano todo el tiempo, compartíamos todo, jugábamos juntos, íbamos al baño juntos, todo juntos, hasta íbamos al mingitorio juntos; no sé, para nosotros era algo común, normal, o sea equis. Luego él ya se fue de la escuela, no sé, la verdad ya no supe que paso con él, o sea de repente un día él dejó de ir” (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

Estos testimonios señalan el aspecto relacional, amoroso y cariñoso del deseo homo-erótico; y no nada más el aspecto sexual que suele ser asociado a los hombres gay (Cruz, 2004; Lozano, 2008, Núñez, 2000). Para los entrevistados, estas experiencias cobran relevancia, pues se dan cuenta que su atracción hacia otros hombres no recae meramente en lo genital, sino que hay aspectos emocionales vinculados a sus experiencias relacionales y sexuales. Para Dante, separarse de su “amigo” es casi como un desamor, como si esta relación le proveyera de un contexto de seguridad y afecto, que al desaparecer, lo vuelve a colocar en un espacio de abyección, de subordinación donde está expuesto a los peligros de la matriz heterosexual. En cambio, para Javier, la relación no sólo era gratificante, sino que también frustrante, pues en un mundo heteronormado, la posibilidad de ejercer una relación de noviazgo con otro hombre durante la adolescencia es imposible. Castañeda (2006) señala, justamente la frustración y el dolor que pueden sentir los hombres gay durante estos años, pues no existe en su contexto un discurso que abra la posibilidad para el homo-erotismo.

Esta imposibilidad está ligada a las generaciones. Para la generación más joven, personajes como Alfonso, ED y Dante y David, esto no fue imposible. Al contrario, en sus experiencias, tuvieron la oportunidad de relacionarse afectiva y sexualmente con otros jóvenes de su edad, a través de lo que ellos nombraron “noviazgos”. Me parece que esto se vuelve posible gracias a cambios socio-políticos importantes en nuestro país, no sólo la apertura a las relaciones gay, promovidas por la visibilidad del movimiento y la comunidad gay en la década de los noventa, sino también gracias a cambios legislativos. Sobre todo reconozco el

impacto de la Ley Federal para Prevenir la Discriminación, del 2000. Dicha ley facilitó la creación del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, que en 2004 llevó a cabo una campaña nacional contra la homofobia (Diez, 2010).

La aceptación del deseo sin duda se vincula estrechamente con las relaciones sociales, que permiten o no el reconocimiento del mismo y tiene impacto en la socialización. Para muchos hombres, se requiere de una conciliación interna con dicho deseo:

“Después empezó otro capítulo ya en mi vida, cuando yo sentí que podía ser, vivir mi masculinidad gustándome los hombres. Podía hacer muchas cosas que hacían los otros chavos que yo no hacía, como hacer deportes... Como por gustarme o sentir que me gustaran los hombres, yo a lo mejor tenía que asumir un rol más femenino. Que no podía ser un hombre que le gustaran los hombres. Cuando me cayó el veinte que no era así, que pasaron todavía unos añitos, fue cuando yo tuve una transformación, otra transformación... . . . ” (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

“También un tanto cuanto yo sentía que el hecho de haber yo tenido la experiencia de pasivo, había logrado avanzar un poco más en mi situación de, de, de asumirme como tal, básicamente...Asumir ese rol de activo, era, era menos...era menos comprometedor, de alguna manera y mermaba menos mi masculinidad y por lo tanto yo podría tener una vida ‘normal’, entre comillas ¿no? Con mujer e hijos, quizás...” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionalista*)

Es evidente aquí que la identificación con el homo-erotismo es una amenaza a la “masculinidad”, no sólo como parte de la identidad sino que más allá de ello, a la “masculinidad” como parte del sistema de género. La fuerza de la “masculinidad” es tan ponente que afecta la vivencia del cuerpo, de forma que un hombre penetrado deja de ser hombre y comienza a ser homosexual. Por otra parte, los hombres, al conciliarse con su deseo, llevan a cabo una transformación del significado de “homosexual”. Es en esta transformación que se transgreden las

normas hegemónicas y permite a los usuarios de esta performatividad seguir identificándose como hombres y disfrutar de ser penetrados, no sólo físicamente, sino que son penetrados por la homosexualidad misma, que disfrutan. La orientación sexo-afectiva es, en algunos casos, algo que se evidencia en el cuerpo, por lo menos desde la experiencia de algunos entrevistados. Es decir, la transgresión de los estereotipos de género se hace evidente en movimientos corporales y esta transgresión está vinculada a su deseo, generando que algunos hombres vivan cómodamente con estas expresiones, mientras que otros se vigilan de vez en cuando.

“Sí, luego se me sale lo gay en mi manera de hablar, el énfasis en lo que digo, la manera en que me muevo, en lo que me expreso, no sé.” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

Socializar el deseo se vuelve un obstáculo a vencer debido al rechazo que se introyecta mediante lo social, como nos señala el *Interaccionismo Simbólico* (Blumer, 1969/1998; Longmore, 1998). Inclusive, suscita un rechazo rotundo, como es el caso de Ramón quien fue criado en una familia y escuela perteneciente al Opus Dei, de donde el discurso y la normatividad del conservadurismo lo mantienen en un conflicto, como él mismo lo describe:

“... ¿conoces algo que se llama como Opus Dei? De... (mis papás) son has de cuenta que forman parte de... Entonces este pus hacen así pus van a círculos y cosas de esas... quieren que su hijo esté con una mujer y... y así ¿no? Igual como mis hermanas ya están grandes y ya se van a casar y así, es como... los nietos (Risa). Entonces yo sé que es como por ahí... influenciado mucho porque pues yo o sea porque llevé como una educación así, religiosa y eso... es como una atracción (hacia otros hombres)... O sea, es que no es como que yo sea así gay, gay, pero tengo como un conflicto, igual, o sea, pero a ver. Este, es que, es que... es muy complejo. Es muy complicado...” (*Ramón 20 años; Generación 1; estudiante*)

Este entrevistado se define tal cual en un conflicto, mismo que define su identidad en este momento de su vida, mostrando una dificultad para nombrarlo, como es evidente en este testimonio. Me parece que una expresión como ésta, que es tan fresca y presente en la vida de Ramón, ilustra muy bien el conflicto que cualquier hombre en proceso de identificación puede estar viviendo. En su caso, el conflicto emana de una lucha entre su deseo erótico hacia otros hombres y lo que él y su familia entienden por “correcto”:

“o sea para mí no está del todo bien. O sea, yo sé que no tiene nada de malo, pero, no sé como que, hay algo en mí que me dice que no está, que... o sea para mí, que no está tan bien... que me gusten los hombres.” (*Ramón, 20 años; Generación 1; estudiante*)

Es evidente aquí la ambivalencia en el discurso de Ramón, pues vive su homo-erotismo como incorrecto y malo, al mismo tiempo que expresa, probablemente para quedar bien conmigo, el entrevistador, que en realidad no tiene nada malo. Sin embargo, me parece que estas contradicciones revelan un mundo interno confundido y en conflicto; una especie de lucha entre el deseo imposible de normar y aquellas normas re/producidas en sus entornos cercanos

Los sujetos con deseo homo-erótico van siendo colocados en un sitio social de menosprecio, que los vincula indefinidamente con un conflicto interno, como el que vive Ramón. Vivir en un espacio de confusión y conflicto tiene claros impactos en la experiencia emocional. Las entrevistas con Ramón fueron difíciles de desarrollar, se encontraba nervioso, le era difícil sincerarse conmigo, lo cual me hizo pensar que tal vez le era difícil socializar con otras personas; platicó de tener pocas relaciones amistosas, de pasar las tardes viendo televisión y con pocas actividades recreativas. Esto me hace pensar en lo que comúnmente entendemos como “depresión”, que desde el discurso médico enuncia dificultades para relacionarse, inactividad y emociones como tristeza y llanto (APA, 2013).

Este conflicto, si llega a ser socializado, entonces se expande con la familia y en ocasiones con las amistades. Los testimonios de los participantes dejan claro que, por lo menos de inicio, la identificación con un deseo homo-erótico no es lo que se espera para los hombres. ED narra la reacción de su familia al salir del clóset frente a ellos.

“... era mucho el temor, a que me agradara, qué iban a decir de mí, mi familia, los, los amigos de mi familia...pensé que, por parte de mi mamá, me iba a apoyar, porque yo tenía más, más la afinidad con ella, pero pues fue todo lo contrario. El apoyo que tuve fue con mi papá. A lo mejor no, no me lo, no me lo mencionó, pero yo sabía que lo tenía porque mi mamá, cortó de tajo la relación conmigo.” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

“Yo me sentía súper, súper... tenía mucho miedo cuando, cuando no decía nada y tenía miedo a que me descubrieran, mis papás o mis hermanos o alguien así... Pues, porque yo pensé que era algo mal, malo y ya sabes, cuando uno sale del clóset, no es fácil decirlo. Yo, yo pensaba que era algo malo y que como le iban a tomar y así. Entonces yo tenía mucho miedo.” (*David, 22 años; Generación 1; profesionista*)

La aceptación del deseo homo-erótico se ve afectado por la antelación de socializarlo, vivido a través del miedo y el temor. Las normas del género se fundan fuertemente en la identidad, promoviendo un gran temor a que ese deseo sea descubierto. Como señala Ahmed (2010), el sujeto gay/lésbico teme salir del clóset (o aceptar y socializar su deseo) porque implica romper la promesa de felicidad para su familia. Ahmed entiende a la felicidad como un camino prescrito por instituciones. El no seguir el camino de la heteronorma establecida por la familia tiene implicaciones emocionales sobre los sujetos gay, pues éstos son incapaces de proveer felicidad a su familia. Las emociones preponderantes en el reconocimiento y en la aceptación del deseo homo-erótico es el temor y la culpa, el temor no sólo a un rechazo social, sino a ser desterrado de la familia y el fallar como hijo a los padres. Hay un temor a defraudar a la familia y por tal al proyecto social instaurado por la heteronormatividad.

Además, en ocasiones el destierro viene acompañado de amenazas y otras formas de violencia desde el interior de la familia:

“(temía el rechazo) eh, perder más que nada, eh, mm, los lazos de la comunicación. Agresiones verbales. Porque en su momento cuando salí del clóset sí lo hubo... yo escuché alguna charla que ellos tuvieron, donde mi mamá empezó a llorar, diciendo que como era posible, que como puede ser posible, que había una persona así en la familia, que qué había hecho ella, que, que me veía vestido de mujer, o muriendo de VIH... Sí, algo, algo, al principio algo muy fuerte. Una carga, una carga, muy, muy, pesada para mí. Porque antes ya me había amenazado de que pues si yo, tenía ese tipo de identidad, este... me olvidara totalmente de ellos... mi mamá, me dijo que si, este, yo era así, pues que ella prefería que yo estuviera haciendo mis cosas lejos y sin saber nada de mí...” (ED, 24 años; *Generación 1; profesionalista*)

El caso de ED merece ser analizado en éste aspecto, pues él se sintió completamente expulsado de su familia cuando salió del clóset con ellos. Como menciona arriba, recibió amenazas de parte de su familia, amenazas que cumplieron; fue testigo del llanto de su madre, llanto provocado por salir del clóset frente a ellos; su familia lo dejó de apoyar económicamente y de incluirlo en las actividades familiares. ED me contó que “agarraba (su) casa de hotel”, que se sentía “incómodo...a (él) no (le) agradaba estar en (su) casa”. Para su familia, ED se desvía tanto del camino heterosexual de la felicidad, que merece ser echado del núcleo que es legitimado como el proveedor de apoyo y felicidad. El destierro impacta sobre el bienestar y remueve sistemas de apoyo importantes.

En otras ocasiones, el rechazo es mucho más evidente, cuestión que tiene implicaciones importantísimas en la vida emocional de los hombres. Mario cuenta de la reacción que tuvo su madre cuando le dijo que él era homosexual:

“... le había hecho yo una carta (a mi madre), se la leí, explicándole todo lo que me había ocurrido en la vida y ya cuando hablamos con más calma, me dolió mucho que ella me dijera ‘a lo mejor sí es bueno que te alejes de tus hermanos o que te vayas de acá’. Yo lo sentí como aaay, la confirmación de que soy un monstruo. Pero al mismo tiempo, me dio una, como que tocó una parte de mí que es como esto de la dignidad y dije ‘no se vale, no se vale porque yo no pedí esto, lo sé desde niño, lo oculté desde niño porque todo mundo me lo dijo, que no debía ser, pero no se vale’. Y entonces, me construí una forma como de empoderamiento, de decir, aunque me lo quieran imponer, yo no quiero ser lo que ustedes, a lo que me quieren obligar, necesito construir una fortaleza para mí.” (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionalista*)

La familia reacciona con un rechazo, impone una distancia entre el sujeto homosexual y el núcleo familiar. A pesar del malestar emocional que esto ocasiona, que puede desencadenarse en problemáticas de salud mucho más específicas (como veremos en capítulos siguientes), también tiene un fin de reconstrucción. Para Mario, el rechazo es una forma de empoderamiento, al encontrarse aislado, negado por sus entornos, encuentra una forma de “construir una fortaleza”. A pesar de este rechazo, la familia generalmente termina aceptando al sujeto homosexual; desde la mirada de Ahmed (2010), aceptar al familiar homosexual significa deconstruir la idea de felicidad y construirla desde un modelo que no es hegemónico, desde la diversidad sexual:

“... Porque él (mi papá) mencionó en esa plática...algo a mi mamá, que dijo... ‘¿qué quieres que hagamos? Es nuestro hijo y tenemos que apoyarlo’...” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionalista*)

Las relaciones de amistad son un poco más fluctuantes. En ocasiones, los hombres se sienten más cómodos socializando su deseo con amistades. Sin embargo, las reacciones de ellos pueden variar enormemente. Komadreja vivió todo tipo de reacciones de parte de sus amigos; unos lo golpearon tumultuosamente, mientras que otros mostraron poca importancia hacia el tema de

su orientación sexo-afectiva, como si ésta no tuviera importancia para mantener la amistad:

“... toda esta etapa de que, pues la neta, sí me sentía una mierda, prácticamente (risa). De que estaba sólo y que no había nadie más gay... La verdad yo esperaba reacciones como las que había visto en la secundaria y se me hizo muy padre, como... como que, pues no sé. ... yo estaba tan a la defensiva, esperaba una reacción negativa que... recibir una reacción tan neutra o un poco más positiva (de mis compañeros de la preparatoria) fue como para mí, así como, no sé... no sé, no sé, me cambió. Como mi forma de ver la vida.” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

“En mi caso, sí hubo rechazo de mis amigos en la escuela, lo que pasó con mi mejor amigo, que le dije que era gay y al día siguiente me dejó de hablar, pues es rechazo. Entonces de cierta manera, yo creo que sí, tengo todavía ese...pues no sé si miedo a ser rechazado, a ser señalado, a ser... no sé. Entonces para mí, tengo ese *issue* ahí, todavía ¿no?” (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

La reacción que tienen los seres queridos sobre el deseo de los hombres gay tiene impactos importantísimos sobre la identidad. Komadreja nos muestra las dos caras de esta moneda, primero, un sentirse como “mierda” al recibir reacciones de violencia dirigidas a él en la secundaria, vivirse emocionalmente a la baja y sin expectativas sobre su vida como gay; sin embargo, al socializarlo en otro contexto, recibe reacciones que para él son “más positivas” por el simple hecho de no ser violentas. Esto permite al sujeto vivirse de forma completamente distinta, cambiada y asumirse cómodamente en su identidad. Por otro lado, Juan habla de cómo sus vivencias de rechazo frente a sus amistades impactan en su vida amorosa hoy en día, pues considera que si no fuera por eso, se sentiría más libre de mostrar afecto (como agarrarse de la mano, abrazar o dar besos) en público a su esposo. Ambos ejemplos dan cuenta de la manera en que los contextos y la interacción con ellos impactan en la identidad.

Así, el proceso del deseo es fluctuante, los modelos de identidad homosexual se quedan cortos al tratar de explicar “el camino” que atraviesa un sujeto homosexual. Las entrevistas dan cuenta de un cruce entre el reconocimiento, la aceptación y la socialización. Se mantienen expectativas de los resultados de socializar, de salir del clóset; expectativas que forman parte de la identidad gracias a las tecnologías del género y la matriz heterosexual. El reconocimiento, la aceptación y la socialización en ocasiones se acompañan y se cruzan, pues se presentan desde objetos externos, como otros hombres (compañeros de escuela, vecinos, amigos o familiares). Vivir el deseo por otro hombre lleva de cierta forma a su aceptación, sobre todo cuando este deseo es vivido constantemente. Aun así, yo distingo, sólo para efectos de análisis, a la socialización como los momentos y el proceso por el cual el sujeto hace público su deseo homo-erótico.

8.4. Socialización y rechazo

Parece que existe un proceso individual previo de aceptación; un paso que se da entre el reconocimiento y la aceptación que en ocasiones viene detonado por un estímulo de las relaciones sociales que tiene la persona, como es el caso de ED, quien narra que su novia en la preparatoria le solicitó tener relaciones sexuales, al intentarlo, él se dio cuenta que no era de su agrado y que prefería relacionarse sexualmente con hombres. Otro aspecto que permitió a los hombres reconocerse y aceptarse como homo-eróticos fue la revisión del tema de educación sexual en la secundaria, cuyo contenido se enfocaba en las relaciones heterosexuales, provocando una sensación de exclusión en los entrevistados.

“Pero era **terriblemente** homófoba (mi maestra de biología de segundo de secundaria). Lo que nos dijo el primer día de clases fue: ‘Yo les voy a dar clase de educación sexual aquí para que ustedes se desarrollen normalmente y no caigan en prácticas como las que hacen los desviados sexuales, o los homosexuales’ así, literal... Yo me sentí... y te lo voy a decir, literalmente aludido eh,

sabes que están hablando de ti pero tú quieres creer que sí o que no.” (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

Pareciera que existe una especie de fascinación alrededor del tema de la homosexualidad, como si fuera algo que hay que descubrir y averiguar. Es interesante el sentimiento de “alusión” que reporta Javier, pues a pesar de no identificarse como homosexual en ese momento, el conocer que las relaciones sexuales entre hombres son nombradas homosexuales, le permite colocarse esa etiqueta, una etiqueta estigmatizada y dolorosa. Sucede que a través de este nombramiento, se produce un espacio simbólico abyecto, con el cual el sujeto genera un enlace identificatorio gracias a que ubica a las prácticas sexuales homo-eróticas (señaladas a través del contenido de la materia de educación sexual) como aquellas que él desea o práctica. Aprende que dichas prácticas corresponden a una identidad: la homosexual. Que caracteriza a un personaje abyecto, enfermo y desviado (Núñez, 2000).

Para otras personas, la aceptación es un proceso continuo que no requiere de intervención externa. Por ejemplo, David habla de su bisexualidad pasajera:

“... o sea yo me daba cuenta que según yo me gustaban las niñas y los niños entonces, era como según yo, bi. (Después de varios meses) ya yo, yo estaba en una etapa en la que ya, o sea, yo estaba súper seguro de mi sexualidad.” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

“cuando llegué a la secundaria, yo dije, no... yo mmm, me asumía como homosexual, o sea, ya nos habían platicado de la atracción homosexual en la primaria, te digo. Y ya cuando llegué a la secundaria, dije, no pues es que yo soy homosexual...” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; profesionalista*)

Este testimonio nos permite entender que para David y Komadreja, aceptarse como homo-erótico tuvo cierta facilidad. Sin embargo, este no siempre es el caso. Aunque hay excepciones, la forma de aceptación viene ligada a la

generación, es decir, al momento en que uno se reconoce internamente como gay. Para la generación uno, aquellos que se asumieron del 2004 a la actualidad, socializar y dar a conocer su homo-erotismo se vuelve fundamental pues les permite “ser quienes son”. En cambio, para otras generaciones, sobre todo la de los hombres de mayor edad, compartir la orientación de su deseo sexual con su familia, con otros seres cercanos y hasta con compañeros/as de trabajo no fue en ningún momento importante para ellos, tal es el caso de Jorge, (ahora de 51 años), que se asumió a los 30 como gay. Su proceso de aceptación venía acompañado de rechazo:

“yo tenía conciencia plena, plena conciencia, simplemente lo escondí. En la época de futbolista, lo escondí por completo y este, y además empecé con las novias, en la escuela, también. Parte de, del show ¿no?... Sí, claro. Yo me acuerdo que fue agresivo para mí mismo, decir, pensarlo o decirlo para mí mismo... Agresivo, sí. Yo decía que, el asumirme yo como gay en un principio lo, lo noté como agresión hacia mí mismo. Como agresión un tanto cuanto queriéndome lastimar, inclusive.” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

Es interesante cómo Jorge habla de montar un “show”, montar un espectáculo en su devenir como sujeto generizado. Es decir, en la confabulación entre el homo-erotismo y el género, Jorge se vivía protegido del castigo y del rechazo social al performar el guion de la “masculinidad”, experimentando actividades típicamente masculinas como pertenecer a un equipo de fútbol y tener novias. Irrumpir en estas actuaciones, en este guion incorporado a la identidad, es entonces una forma de violencia contra uno mismo. En tanto lo homo-erótico representa una forma subordinada de ejercer la sexualidad, vivirla para sí se vuelve violento. La matriz heterosexual y los guiones sexuales producen una violencia estructural que es incorporada a los cuerpos abyectos. En otras palabras, cuando Jorge performancea o actúa su “masculinidad” como negación de su homo-erotismo, produce un efecto emocional de violencia sobre la idea misma de poseer un deseo homo-erótico. No es que Jorge *sea* homo-erótico como

condición de su identidad, es que no busca incorporar performances que lo ligen con dicho concepto.

Roberto, Teo y Fernando, de la tercera generación -la de mayor edad-; así como Komadreja y Javier-de la segunda generación-, jamás le comunicaron a su familia sobre su identidad gay. No obstante, la familia sabe y conoce su identidad. Se trata de un secreto a voces con el cual los entrevistados viven cómodamente. Para ellos no es necesario hacer explícito su deseo frente a la familia; al parecer, esto no limita la vida afectiva y en pareja de los ninguno de los tres, pues por lo menos Komadreja y Jorge les han presentado parejas a sus padres y familiares aunque no les pongan ese nombre.

“No, jamás (le he dicho a mi familia que soy homosexual). No, no, jamás... Porque fue la situación muy represiva y que había límites entre los padres, se hablaba de usted (risa). Sí, se hablaba de usted (Risa). ... No, no afecta (que no les haya dicho a mis hermanos sobre mi orientación sexo-afectiva). Pienso que no afectó. Pienso que no afectó.” (*Teo, 68 años; Generación 3; jubilado*)

“Nunca se platicó esto (de mi orientación sexo-afectiva), nunca el tema, jamás, mis papás nunca se enteraron, nunca se acercaron a mí y para mí fue como una comodidad... Pues no tenía que dar explicaciones... Es que no es algo que oculte y que no oculte, son temas que no se tocan, ¿para qué los toco?” (*Roberto, 52 años; Generación 3; empresario*)

Para Castañeda (1999), este secreto a voces es un fundante en la salud mental de los hombres gay pues genera temores y expectativas falsas. El hombre está siempre cuidándose de no ser descubierto; sin embargo, desde la experiencia de estos hombres, impactada por su contexto socio-político (sobre todo de los años sesenta y setenta), la posibilidad de abrir el tema frente a su familia no era posible. El hecho de que la identidad gay de los hombres sea un secreto a voces, no garantiza un malestar emocional, como asegura Castañeda (2006), al contrario, estos hombres son capaces de incorporar esta dinámica a sus vidas y vivir

cómodamente con ellas. Tanto Teo como Roberto tuvieron que encontrar mecanismos para manejar esta situación. Roberto, gracias a su situación económica privilegiada, podía manejar su automóvil desde joven a espacios de homo-socialización, y por la particular situación de sus padres, él sintió que nunca se interesaron en su bienestar. En cambio Teo terminó saliéndose de su ciudad natal para vivir en la Ciudad de México, donde también de forma cuidadosa, se sintió en mayor libertad de expresar su homo-erotismo. Se puede apreciar también que el temor a asumir la homosexualidad lleva a huir del lugar de origen:

“Nunca hubo, yo nunca acepté nada hasta mis... Luego me vine acá a la carrera, queriéndome de mí mismo, porque yo decía, porque fue una forma de fuga geográfica. Donde yo sentía que si me movía de lugar yo podía como resetarme y ser otro y ahora sí ser hombre. Estudiando una carrera y...” (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionista*)

Llega un momento en la vida de los participantes en que el deseo erótico sobrepasa la idea de la sexualidad y de la expresión sexual, pues no se trata nada más de eso; la identidad viene cargada de simbolismos, significantes, ideas y valores que, aunque sea una identidad marginada, buscan un espacio para, en sus propias palabras, simplemente ser. Lo cual no viene sin dificultades.

Existe dolor en la construcción identitaria gay. El dolor de ponerse una etiqueta rechazada, una etiqueta que no permite terminar de ser sujeto. La etiqueta se acompaña de una sensación de soledad pues el ponérsela resulta complicado y doloroso. Así, se vive con la sensación de que hay pocos que la cargan y menos hay que la socializan, dificultando dinámicas de construcción identitaria con otros hombres gay. La apropiación de espacios simbólicos y físicos se complica pues la identidad y el sujeto viven por bastante tiempo en lo abyecto. Es por ello que se tiene que recurrir en muchas ocasiones a espacios clandestinos como el metro, baños públicos, revistas eróticas y recientemente chats en internet. Para David ésta fue una forma de educarse en lo que significa ser gay y en irse aceptando como tal, pues narra que desde los 13 años conoció

chats exclusivamente gay. Cuando le pregunté porqué se metía a esos chats, me contestó que él cree que le daba morbo y tenía ganas de conocer más acerca del tema de ser gay. Me narró que ahí aprendió qué significaba ser pasivo y ser activo, cosa que le extrañó, pues él no sabía qué era. Me parece que justo eso, el no saber qué es uno, es un motor fundamental para la búsqueda identitaria. El uso de los espacios cibernéticos en este momento de reconocimiento y aceptación del deseo es algo propio de la generación uno, pues obedece al momento en donde surge y aumenta el uso de internet. Por ejemplo, Dante ha realizado toda su vida gay a través de internet, jamás ha ido a un espacio físico exclusivamente gay como un antro, bar, evento o café. Otros entrevistados, como Alfonso y David, recurren a chats de internet para encontrar amigos y potenciales parejas. En cambio, para la generación dos y tres, se trata de un lugar donde conocer gente para relaciones sexuales casuales.

En la vida y narraciones de los hombres que entrevisté, la aceptación del deseo es un aspecto que se filtra y se teje con el rechazo y con la aceptación de los demás.. No obstante, me parece un aspecto casi necesario para llegar a la socialización del deseo, es decir, de compartir que uno tiene este deseo con otras personas. Sobre todo para aquellos de la primera generación, llega un punto en donde socializar el deseo significa permitirse “ser” ellos:

“cuando más me acuerdo que ya dije más todo, fue a los 18. Ya fue cuando ya exploté, ay sí... Pues porque no quería tenérmelo guardado, quería ser yo ante las personas, no quería aparentar algo que no era, al final. Entonces yo, por eso empecé a decírselo a la gente, porque, como te decía, o sea si me aceptas, perfecto, si no, yo estoy en una edad en la que, me da igual, si no me aceptas como soy, pues está bien... tenía que disfrazar algo que no era... me sentía incómodo, al sentir, ay, ‘a mí ni me gustan las mujeres’. (David, 22 años; Generación 1; estudiante)

“... prácticamente eh, cuando nadie sabía de mí, ni mis amigos, ni mis papás, ni mi familia, nadie, pues yo no podía expresarme con nadie entonces, pues, a quien le

contaba mis experiencias o lo que yo sentía ¿no? O sea me sentía a veces, sí como triste, y lloraba... Si yo sí (quiero decirle a mis papás que soy gay), o sea igual y más adelante.” (Alfonso, 19 años; *Generación 1; estudiante*)

Que la familia acepte la identidad gay de los hijos se vuelve fundamental en la construcción identitaria, considerando que la familia es una institución fundante de la modernidad, en donde se gestan las primeras relaciones y se llevan a cabo los aprendizajes primarios en torno a valores, normas e ideologías; por ello es que el formar parte de dicha institución le da un sentido de permanencia y valor a la identidad. El rompimiento con valores heterosexistas genera una sensación de rechazo en los hombres, que les permite buscar un espacio a donde pertenecer dentro del grupo familiar, expresado en una necesidad de sentir apoyo. Tiene sentido la búsqueda por este apoyo en la familia, a pesar de sus muestras francas de homofobia. Pues si se trata del primer círculo socio-emocional, se trata entonces de relaciones íntimas y fundantes de la identidad en general.

La angustia generada en la antelación a socializar el deseo con la familia proviene, de acuerdo con Ahmed (2010), y como expliqué anteriormente, por desviarse del camino de la felicidad. Para esta autora, el sujeto desvía a su familia de la felicidad al no cumplir expectativas heterosexistas.

“Ella (mi madre) siente que fue un fracaso personal, que se debió de a lo mejor casado, de que durante mi adolescencia me debió de haber cuidado más...”
(Javier, 40 años; *Generación 2; profesionista*)

Ahmed (2010) sostiene este evento como fundamental para la crítica social que hacen los estudios queer; sostiene que el sujeto gay es infeliz porque no cumple con lograr hacer feliz a su familia, como se hace evidente en la narración anterior. Esto hace que la vida en un “mundo feliz heterosexual” sea “inaguantable”: “(el gay) es infeliz en un mundo feliz que lee a (los gay) como infelices” (traducción libre). La infelicidad de los hombres gay en “hacer” infelices a sus familias es un acto político que debe ser mantenido para cuestionar

este supuesto orden hacia la felicidad, pues mantenerse infeliz es cuestionar ser aceptado en un mundo que *a priori* decide qué puede ser aceptado, haciendo que el ser aceptado por la familia sea un “regalo dado por el mundo heterosexual a (los gay), lo cual oculta el trabajo y la lucha (gay)” (Ahmed, 2010; traducción libre).

A pesar de ello, los entrevistados buscan irrumpir este supuesto orden al tratar de preservar otro. Los jóvenes promueven la integración familiar al buscar compartir ese aspecto “íntimo”, su orientación sexo-afectiva. Y si logran dicha integración los hombres se sienten “liberados”. Si bien, puede seguir tiempos de distanciamiento, tensión y angustia dentro de la familia, como bien señala List (2005), las familias suelen re-incorporarse. Las metas heterosexistas deben replantearse y la familia vuelve a ubicar otra forma de “ser feliz” con un miembro gay. Mi denuncia aquí es que el homo-erotismo no tiene porqué vivirse de una manera que distancie a los miembros de la familia, como consecuencia de una matriz heterosexual, y su reproducción, que impacta de forma importante en la vida, individual, familiar y social, generando dificultades en la vivencia identitaria.

Pareciera que hay dos fuerzas en pugna: una externa y social que intenta mantener al sujeto sujetado y abyecto, y otra interna y emocional que empuja a esta fuerza externa, como una especie de deseo que justo señala la posibilidad de existencia; una existencia que está limitada, aunque sea temporalmente, a la etiqueta de “homosexual” y “gay”. El deseo erótico no nada más ubica un deseo sexual, sino también el deseo de ubicar un espacio simbólico con nombre para desarrollar una identidad particular.

La mayoría de los entrevistados señaló sentirse tanto presionados a decirle a su familia como temerosos y apenados de hacerlo. Me parece que en los que imperaba la primera sensación gozaban de un espacio familiar con cierta apertura, educación e inclusive nivel socio-económico (medio-alto u alto) que garantizaba

un no-rechazo. Mientras que en donde el temor al rechazo y la culpa por su deseo imperaba, son sujetos ubicados en espacios familiares con un menor nivel de ingreso.

Al contrario de lo que sucede en la familia, los entrevistados tuvieron más facilidad en compartir su deseo con amistades. Las respuestas fueron de aceptación y de no juzgar, mientras que en la familia existía cierto cuestionamiento y en ocasiones rechazo rotundo. El compartir el deseo, ya sea con familia o con amigos, se vive como una especie de liberación de una sensación de soledad anterior. Esta liberación y sensación de libertad permite un proceso más fluido de “definición”, de concretar la sensación de sí en un espacio simbólico particular: la gaydad:

“O sea... como que yo lo fui descubriendo de manera... y yo no decía nada a nadie. Bueno igual sí me sentía sólo en esa parte, de que yo no lo podía decir a nadie, no. Era como un súper secreto, de mí, ¿no? Hasta que ya lo empecé a decir, ya más grande, ya fue cuando me empecé a liberar más y a, pues a aceptarme y a definir mi sexualidad”. (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

Para otros, el no poder compartir lo que sienten por otros hombres se traduce en sensaciones propias de una depresión, como tristeza, llanto y un malestar constante, que dificultan el poder compartir y el poder abrir completamente el deseo frente a la familia. En esta narración, Juan cuenta de sensaciones de culpa por vivirse gay y cómo afectaron su relación con su madre:

“O sea, sí sentía que hay algo que estaba mal y si yo quería salir a fiestas o algo así con otra gente gay, yo mentía en mi casa para salir. Entonces, esta parte de estar mintiendo, de a dónde iba, con quién iba y demás, me pesaba horrible. O sea, tenía momentos en los que no podía ni hablar. Me sentía... como oprimido. Y me ponía a llorar sin razón aparente ¿no? Hubo un momento que fue cuando salí del clóset con mi mamá, que, estábamos en la casa y me dice ‘bueno ahorita vengo, voy a’ no sé dónde y la idea de estar sólo en la casa, me

mató. Era así de ‘buuaaa’ (imita llorar). Me dio como una crisis muy fuerte, me puse a llorar, mi mamá me dice ‘¿qué te pasa?’. O sea ya, era un momento que había mentido como tanto tiempo que ya no podía. Entonces me senté con ella, me dice mi mamá ‘¿qué te pasa?’. Y le digo ‘es que te tengo que decir algo’ y me dijo ‘sí, ya lo sé, pero dímelo’. Entonces, bueno, no sé lo pude decir, ‘es que, es que’ y seguía llorando, o sea no podía. Pero bueno. Finalmente dije ‘mamá es que soy gay’. Me dice ‘sí, ya lo sabía, pero estate tranquilo, te quiero, eres mi hijo, no pasa nada’ ¿no? Entonces, ahí en ese momento fue, ¡fuf! O sea una, un peso enorme, menos de encima ¿no?” (Juan, 37 años; Generación 2; empresario)

La experiencia en torno a vivirse en medios gay, pero sin conocimiento de la familia, que se vuelve la red más cercana a los hombres, alimenta de manera constante una sensación de incorrecto que produce experiencias emocionales de malestar, es decir, la emocionalidad se vive en forma de moralidad, de correcto-incorrecto. De esta forma, este binarismo se puede agregar al modelo que propone Butler. El homo-erotismo y lo “femenino” se asocian a esta idea de maldad y de lo incorrecto. Las expresiones de aceptación de parte de la familia corrigen esta supuesta maldad, permitiendo a los hombres vivirse como parte de lo “correcto”, es por esto que la socialización y posterior aceptación y re-estructuración familiar se vuelve tan importante. Para los hombres que optaron por no socializar con la familia, también es una decisión que no irrumpe en el orden moral establecido.

El vivirse abiertamente homo-erótico en ciertos espacios fundamenta emociones como la tristeza y la culpa, y conductas como esconderse y el llanto. Esto se vive como un peso insoportable sobre la vida de los hombres. En cambio, la socialización de este aspecto de la vida de los hombres, aunque complejo, permite desahogar los malestares para construir relaciones más honestas con su familia y construir experiencias orientadas hacia el bienestar.

Bajo esta evidencia, es claro que el proceso de manejo del deseo homoerótico es pendular. Es decir, pareciera una especie de vaivén emocional, donde se juegan aspectos estructurales, contextuales, familiares y subjetivos. Si bien pudimos analizar aspectos que dificultan el proceso de aceptación, reconocimiento y socialización del deseo, un proceso que comúnmente se conoce como “salir del clóset”, el rechazo también es incorporado a la identidad de los hombres gay. En el siguiente apartado abordaré de forma más puntual la dialéctica en la que los hombres vivieron el rechazo.

Señalo “dialéctica del rechazo”, porque me parece que la constitución de sí-la construcción identitaria-- es un proceso dialéctico, en diálogo constante y permanente con los contextos sociales. El sujeto dialoga con la homofobia cultural, institucional e interpersonal, incorporándola a la identidad en forma de rechazo hacia su propio deseo homo-erótico. Hay una dificultad, un “conflicto”, como bien señalan algunos entrevistados, en apreciar y disfrutar dicho deseo. El rechazo se hace presente a través de instituciones sociales como la familia, la escuela, las amistades, los medios masivos de comunicación e inclusive las farmacéuticas, como representantes de la institución médica. Las narraciones dan cuenta de un discurso hegemónico y homofóbico que es repetido por las diferentes instituciones y toma sus propios matices a partir de cada una:

Tabla 6 Rechazo institucional

Institución	Casos representativos
Familia.	<p>“Pues a mí me gustaría de que ella (mi madre) me manifestara más aceptación porque incluso, por ejemplo, ahora estuve con mi ex novio, de repente lo llevaba a la casa, lo llevaba a comer y lo que mi madre hacía era de que se jalaba a mi hermana y se iban a comer a la cocina y a mi novio y a mí nos dejaban en el comedor... Mi madre decía que porque no había espacio, por favor, hemos comido hasta ocho o diez personas.” (<i>Dante, 24 años; Generación 1; 20 de septiembre del 2012</i>).</p> <hr/> <p>“...la conclusión es, venimos de una negación, esa negación es precisamente, tiene que ver con el amor... a mí me queda muy claro que no venimos de un deseo homosexual. Los padres no desean hijos homosexuales, eso no existe, que digan ‘yo quiero tener un hijo homosexual ¿no?’ ‘Le pido a Dios que me dé un hijo homosexual o una hija lesbiana, seríamos infinitamente felices mi esposa y yo si tuviéramos un hijo homosexual’ ¿no?”</p>

	Eso no existe, lo que existe es la negación, simplemente no existe.”(<i>Hernán, 58 años; Generación 3; 1 de noviembre del 2012</i>)
Amistades.	“Me juntaba ya con tres amigos, que eran muy, muy mis amigos. Y con el que más me juntaba, le conté ¿no? Le dije, sabes que güey, yo dije, ‘yo les voy a decir que soy bisexual’ porque según yo ser bisexual era menos malo que ser homosexual, porque al menos te gustan las mujeres (risas)... Me acuerdo que al primero que le dije, ‘¿Sabes qué? No quiero que te vayas a espantar, que haya pedos, te voy a decir porque eres mi amigo’ ¿no? ‘¿Sabes qué güey, yo soy bisexual’... su primera reacción fue como... saltar en su banca y hacerse adelante, me dijo ‘no, hazte para allá’. Y yo, ‘¿pues qué tiene? No mames’... me dejó de hablar como un día y al día siguiente pues ‘¿Sabes qué güey? La neta es tu pedo, pero te voy a seguir hablando siempre y cuando no te metas conmigo’.” (<i>Komadreja, 25 años; Generación 2; 9 de enero del 2012</i>).
Escuela.	<p>“Por ejemplo, cuando estudié aviación... Ahí si me tuve que súper buguear¹², al máximo, porque, pues hay puro hombre, un ambiente muy macho y pues mi papá es piloto, lo conocían y así. Era de que llegaba y hablaban de... Entonces ahí si fue cuando, pero ahí fue a propósito, ahí sí tenía que... que buguearle al máximo. (risa). No podía jotear nada... Ya era un ambiente muy, pues muy machista, obviamente iba a sentir el rechazo, luego luego y más, yo tenía miedo que se enteraran por mi papá, porque todo mundo ubicaba a mi papá.” (<i>David, 22 años; Generación 1; 5 de abril del 2012</i>)</p> <p>“Y así el profesor, no ‘pues qué bueno que aquí nadie sea puto, porque ya me contaron que allá atrás hay un lugar donde los jotos se van a coger. Y ya estoy planeando un linchamiento, a ver quién se une para quemar a los pinches jotos que han desprestigiando a la universidad’. Y dije, ‘no manches ¿a dónde vine a meterme?’.” (<i>Komadreja, 25 años; Generación 2; 25 de enero del 2012</i>)</p>
Medios y sociedad.	<p>“... que el laboratorio Roche... leí en la revista, ese laboratorio, este, decía que la homosexualidad se podía quitar, tomando ciertas pastillas, que había que ir a, a comprarlas y yo fui a preguntar. A ese laboratorio fui a preguntar con toda la pena del mundo, con toda la pena del mundo (risa)... Les pregunté del producto que decía en la revista esa. Este, que no, que ese producto realmente ya no estaba en, en vigencia, me dijeron algo así, que yo recuerde. Y este, y que había otros tratamientos de, de hormonas, pero que había que empezar con un protocolo...” (<i>Jorge, 51 años; Generación 2; 29 de enero del 2012</i>)</p> <p>“...se compraban ciertos libros... que yo leía... libros donde se hablaba de sexualidad. Había uno que yo leí a los 11, 12 años que era de un tal doctor Elías, ‘Todo lo que usted quiso preguntar sobre el sexo y nunca se atrevió’. Que era un libro terriblemente homofóbico. Lo leí, lo leí, lo repasé, lo tenía uno de mis tíos... Decía, es que ‘los homosexuales son gente que se desvió de un patrón de comportamiento, por malas prácticas... Es que son</p>

¹² David produce un verbo a partir del sustantivo “buga” que refiere a tener actuaciones/performatividades “heterosexuales”.

	<p>hombres que tuvieron una etapa de no desarrollo sexual’...” <i>(Javier, 40 años; Generación 2; 22 de septiembre del 2012).</i></p> <p>“A mí un psicólogo me podría cambiar, como rehabilitar. Sí, es que por ejemplo, mi cuñado trabaja en una asociación que se llama... bueno que es para homosexuales que ya no quieren serlo. Y sí me ha contado que varios pues sí se han casado, o sea como que como una desubicación que tienen y ya encuentran que sí les gustan las mujeres.” <i>(Ramón, 20 años; Generación 1; 2 de abril del 2012).</i></p>
--	----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

En ocasiones, estas instituciones se juntan y los mensajes de una son reproducidas en otra, quedando el sujeto rodeado de mensajes homofóbicos; lo cual fue evidente en los relatos de las tres generaciones, siendo la iteración inter-institucional una constante del discurso hegemónico que re/producen un sistema heterosexista y misógino impactando en la vida personal y subjetiva de los entrevistados.

De acuerdo con la experiencia vivida de los hombres entrevistados, primero se “escuchan” estos mensajes a través de las instituciones mencionadas. Los actores sociales individuales, como “el amigo”, “el padre” y “la madre” reproducen este rechazo, buscan generar una distancia física entre el sujeto homo-erótico y ellos (como se hace explícito en los casos de Dante y de Komadreja), como si esto no sólo permitiera ver a los hombres como no homo-eróticos, pero también fundado en un temor a ser contagiado de dicho deseo. El distanciamiento físico aquí funciona estableciendo un límite, una especie de frontera que separa al hombre homo-erótico del resto de sus contextos, generando un espacio de abyección donde sólo él cabe.

Un aspecto que me llama mucho la atención, es la forma en que la institución médica se incluye en los medios y en la familia. Los ejemplos que cito en la tabla pertenecen a dos generaciones distintas, de un hombre de 51 años y de uno de 20, lo cual sugiere una especie de perennidad en la fuerza médica. Gracias a la iteración del discurso médico, a pesar de los esfuerzos del activismo de la disidencia sexual y de la academia, la patologización del personaje “homosexual” (Núñez, 2000) mantiene su fuerza. Dicho discurso forma parte de

la dialéctica en el contexto de los entrevistados, a través del cual se nombra al homo-erotismo, como enfermo, y por lo tanto como curable. Para Van Dijk (2011), el discurso es un productor de modelos mentales que permiten al sujeto relacionarse con su contexto que, si lo ligamos con el discurso médico, el homo-erótico se convierte en un personaje curable mediante la medicina. Lo interesante es que la reproducción de este discurso después se carga en el cuerpo que supuestamente está estigmatizado. Los sujetos rechazan su propio deseo, en su cuerpo que se “enferma” al comportarse de cierta forma:

“La verdad, o sea si es un proceso mmm, el que poco a poco te, te, vas aceptando más y sabes que no estás mal. O sea, yo no me siento ahora ni anormal ni enfermo ni nada, o sea. Sé que soy una persona normal. Sí, había momentos que me sentía así.” (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

“... un buen día toco doble A. Ahí empezó otra etapa de cambio. Acepté también mi alcoholismo y de manera mucho más consciente y plena mi homosexualidad. Y dije para mí ‘voy a vivir esto que soy con dignidad, con respeto primero para mí mismo, con honestidad para mí mismo y ya para todos los demás’ ”. (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionista*)

El caso de Mario es extremo y a la vez ejemplar. Mario narra la historia de su consumo excesivo de alcohol como un mecanismo para, primero, poder ocultar su homo-erotismo, y segundo, en otro momento de su vida, poder entablar relaciones sexuales con otros hombres cuando aceptó su homo-erotismo. El ocultamiento de su deseo y la búsqueda por relaciones sexuales con hombres alimentó su consumo de alcohol, llevándolo a contextos y escenarios peligrosos. En estos contextos mantuvo relaciones sexuales sin preservativo en zonas peligrosas de la ciudad en donde vivía (en el norte del territorio mexicano). El ocultamiento se liga aquí de manera importante con el consumo excesivo de alcohol, cuestión que se correlaciona con cierto bienestar emocional (Pandey y Chouby, 2010; Saxena, Dubey y Pandey, 2011). Así, el no socializar el deseo es una fuente que alimenta el consumo de alcohol. No es hasta que Mario acude a

Alcohólicos Anónimos que él es capaz de vivirse cómodamente como gay. “Curarse” del alcoholismo, permite una especie de sanación interna que lo lleva a conciliarse con su deseo. En este proceso, hay una resignificación de lo “enfermo”; Mario no tiene que dejar o reprimir su deseo homo-erótico, sino que al dejar el alcoholismo, deja la concepción del personaje homosexual curable.

8.5. Aprendizajes sobre la sexualidad

Las instituciones sociales también se encargan de socializar directamente sobre la sexualidad y la homosexualidad. En tanto tema tabú, algunas familias no tocan el tema, sino que es algo que se cuele en las conversaciones e interacciones sobre “masculinidad”. No obstante, otras familias llegan a tocar el tema directamente. En particular, la institución educativa abre las puertas para la educación sobre la sexualidad, siempre desde una visión heterosexista y reproductivista.

“...teníamos amistades muy cercanas, que eran... que eran, porque fallecieron, homosexuales. Este, decían que eso, pues no era de Dios, que era un pecado, ya sabes, el discurso tradicional de que se van a ir al infierno... Si eran amistades, pero ella (mi madre) mantenía cuestiones al margen.” (*ED, 24 años; Generación 1; 20 de marzo del 2012*)

“Pero era **terriblemente** homófoba (mi maestra de biología de segundo de secundaria). Lo que nos dijo el primer día de clases fue: ‘Yo les voy a dar clase de educación sexual aquí para que ustedes se desarrollen normalmente y no caigan en prácticas como las que hacen los desviados sexuales, o los homosexuales’ así, literal... Yo me sentí... literalmente aludido...”. (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionista*)

“Yo creo que en la escuela, nos dijeron... una maestra de biología, qué era ser homosexual... En la primaria nos dieron una clase de sexualidad y al final, en 6º año, ya cuando nos íbamos, pero no, pues era muy

reproductivista el asunto. Qué eran los órganos genitales, para qué servían... eh, la transformación de nuestros cuerpos y ya. Y yo creo que ahí hubo esas cosas de la homosexualidad”. (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

Nos damos cuenta de cómo la homofobia en la educación sexual queda institucionalizada (Berger y Luckmann, 1986), a través del aprendizaje “formal” escolar y el informal en casa, que cuelan expresiones abiertamente hostiles con implicaciones en la subjetividad de los hombres cuyo deseo es homo-erótico. Inclusive, cuando los comentarios del profesorado no existen, los hombres recuerdan su educación sexual centrada en los genitales y en los fines reproductivos (Connel, 1995), que excluyen la idea de placer de las relaciones sexuales, así como la posibilidad de vincularse afectiva y sexualmente con personas del mismo sexo. El poder de las instituciones se hace presente en la vida de los hombres cuando sus primeros acercamientos al concepto de “homosexualidad” se hace a través de la homofobia institucionalizada y de la moral vinculada a la matriz de inteligibilidad. Una educación sexual heterosexista, como la que describen los hombres de las tres generaciones, incita a la construcción clandestina, oculta, abyecta y temerosa de una identidad gay, restringiendo la posibilidad de expresiones sexuales en lugar de abrirlas. Asimismo, esta visión restringida por la homofobia institucional e interpersonal tiene efectos sobre las emociones, provocando incomodidad y tristeza.

Vinculado a este tipo de enseñanza, está la idea del sexo como tabú, que se sostiene con premisas como la prohibición de la sexualidad en la infancia y su postergamiento a la adolescencia, considerando la idea de adolescencia que describí más arriba. Desde ahí, la sexualidad se vuelve algo más permisible durante la adolescencia, bajo el argumento de que en ese momento del desarrollo aparecen las características sexuales secundarias apropiadas para cada cuerpo. Así, la familia reprime la idea de una expresión sexual antes de esta aparición:

“... siempre hay como un tabú, en mi familia, la cuestión del sexo, de la sexualidad. Esto siempre ha sido tabú y lo sigue siendo aún con mis hermanas... La cuestión del sexo no es muy... no es habitual que se toque, no se habla. Sigue siendo así como que el tabú, ‘lo que se hace en la camita... a oscuras’...”. (*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

“... igual de películas y cosas así, que siempre me decían ‘vete para allá que está pasando una escena fuerte’. O cosas así, que sabías, no sé porque sabías, pero sabías que era algo, pues que no estaba bien”. (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

Estos aprendizajes iniciales marcan la vivencia subjetiva de los hombres quienes viven en carne propia la segregación de los sexos y los roles exigidos a cada uno. Sin embargo, su sexualidad y su deseo se convierten en formas de resistir a esta dicotomía. La educación recibida desde la familia y la escuela permite observar al homo-erotismo como lo prohibido y castigado. Esto significa que el discurso gay o de apertura sexual es silenciado desde estas instituciones. A través de estas enseñanzas, se aprenden elementos que permiten a las personas hetero-eróticas entenderse como tal y también saber cómo llevar a cabo expresiones de su sexualidad, permitiendo espacios para su socialización, para ligar, para conocer a potenciales parejas, etc. Esto no existe en el caso de los hombres homo-eróticos; List (2005) señala que no hay de dónde aprender a ser gay. Para este autor, referentes sobre la gaydad han permitido construir una sola forma de ser homosexual, ligada a lo “femenino”, sin oportunidad para producir un referente propio. Esta misma demanda es repetida por los entrevistados:

“Ya en mi casa se oía sobre el asunto de la homosexualidad. Para ese tiempo, quizá la mayor referencia era Juan Gabriel, por ejemplo ¿no? La referencia era Juan Gabriel con todo lo que significaba, que joteaba, que mariconeaba, la voz agudita, todo el contoneo ¿no? Y esa era la imagen de homosexual. Como yo no me veía así, pues yo no sabía si era homosexual”. (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

Fernando reconoce, implícitamente, la relación que existe en el imaginario social entre el afeminamiento y la homosexualidad. Juan Gabriel, que nunca ha revelado abiertamente su orientación sexo-afectiva o su deseo homo-erótico, es asumido como un homosexual. La identificación que se hace sobre este personaje público, no le sirve a Fernando, pues su cuerpo y sus actuaciones de género no coinciden con cómo se ve Fernando a sí mismo. Para este participante, la identificación implica una cierta representación del cuerpo. Asimismo, tener a Juan Gabriel como imagen de lo homosexual, con su “contoneo” provoca pensar en la homosexualidad como unidimensional, que la homosexualidad sólo se puede expresar a través del afeminamiento. Sin intentar satanizar el afeminamiento que algunos hombres presentan a través de sus performances de género (sean ellos homo-eróticos, homosexuales, hetero-eróticos, etc.), contar con solamente modelos “femeninos” contribuye a la producción de estereotipos e imágenes unidimensionales de la gaydad, restringiendo toda posibilidad de expresión sexo-afectiva y construyendo una imagen muy particular de la homosexualidad como orientación sexo-afectiva.

En resumen, el discurso de género proveniente de instituciones como la familia, la escuela y los medios de comunicación, que además, re/producen la normatividad heterosexista, permite un desarrollo social carente de espacios para las relaciones y prácticas homo-eróticas. Bajo el carácter de subordinación, lo “femenino” y lo homo-erótico se intersectan en el espacio corporal de los hombres que entrevisté, quedando el cuerpo como el terreno en donde tanto el género como el deseo se encuentran, conformando así una unidad que mezcla un discurso meramente social (como el género) y un elemento meramente subjetivo (como el deseo). Desde este orden social, el deseo se convierte en el aspecto que configura un espacio simbólico abyecto, espacio que encuentra su representación en el cuerpo, desarrollando una orientación sexo-afectiva homo-erótica. Desde este espacio es donde se vuelven importantes, en las maneras en que los hombres se miran a sí mismos, y en que viven sus emociones.

9. VIVENCIAS EMOCIONALES

En el capítulo 4 argumenté que el sistema de género, reducido a un binarismo, está sumamente implicado en el proceso de homofobia en todos sus niveles, incluyendo la homofobia internalizada e interpersonal, que a su vez media de manera importante aspectos de la salud de hombres gay y mujeres lesbianas debido a que contribuye a generar contextos estresantes para estas personas que, a su vez, contribuye al desarrollo de malestares emocionales en el individuo a través de eventos de discriminación de todo tipo (Meyer, 2003; Meyer et al., 2011). Desde ahí, entiendo entonces que estas normatividades provocan efectos particulares en la salud mental de hombres gay; por lo que en este capítulo insistiré en entender estos efectos, desde la emoción y el afecto, y analizar los efectos que en la emocionalidad tiene la incorporación de normatividades sociales a la vida identitaria.

Las vivencias emocionales guardan además relación con las prácticas y la vida sexual de los hombres; debido a la complejidad de la sexualidad, analizaré éstas prácticas en otro capítulo haciendo referencia ahí de las vivencias emocionales. Este tipo de vivencia también se interseccionan con la familia, las amistades y la vida nocturna, pues son elementos sociales que impactan en la vida subjetiva; a estos me referiré exclusivamente en el capítulo “Vida y relaciones sociales”, tomando en cuenta la emocionalidad que eso implica. Este capítulo lo reservo para discutir aquellos aspectos que refieren casi exclusivamente a la vida emocional como resignificación del concepto de salud.

9.1 Creencias y transgresión de los estereotipos de género frente al cuerpo y la emocionalidad

Como describí en apartados anteriores, existe una complicidad entre el deseo homo-erótico y la “feminidad”. El discurso del género y la sexualidad unen estos dos conceptos, interpelando y citando a los sujetos homo-eróticos como “femeninos”. Estos discursos se traducen en creencias, estereotipos, roles y actividades con los que negocian los entrevistados. En muchos casos, los

hombres homo-eróticos sienten cierta obligación a caer en lo “femenino”, a pesar de que no se sienten cómodos con esas actuaciones de género. Algunos los llevan a cabo sin darse cuenta de lo “jotos” que se ven frente a otros y cuando toman conciencia de ello, se instala la sensación de vergüenza y malestar, así como una vigilancia constante sobre sí mismos. Al mismo tiempo, las instituciones sociales los empujan a reproducir actuaciones masculinas, viéndose así en una disputa entre lo “femenino” y lo masculino.

La transgresión de los estereotipos de género (Ortiz-Hernández, 2005) o la no-conformidad al género (Sanford, Melendez y Diaz, 2007) se vuelve un fantasma presente en el desarrollo identitario. Estos conceptos son útiles y los uso por su relación con la salud mental. Los autores antes citados encontraron que existe una relación entre la transgresión de los estereotipos de género y niveles bajos de salud mental. En mi trabajo de campo, se hace evidente la manera en que los hombres viven con emociones como tristeza, culpa y vergüenza por esta transgresión. A pesar de que no es mi intención hacer mediciones sobre la salud mental de los hombres que entrevisté, me parece que estas emociones evidencian un malestar emocional que está ligado a condiciones como la depresión y la ansiedad (Granados y Delgado, 2007).

Las concepciones sobre la “masculinidad” se hacen evidentes en las entrevistas de los hombres y recuerdan a la idea de masculinidad hegemónica:

“... (Ser hombres es) hacer cosas más pesadas, por ejemplo no sé, cambiarle la llanta al coche. Digo es como, cosas que hacen los hombres, los hombres masculinos, porque una mujer pues es muy raro que la llegues a ver... ah, pues esto es del hombre, esto tienes que hacer ¿no? O... el mandado es para, por la verdura y todo eso, por la mujer... Hacer como, ayudarle cosas a mi mamá que no puede ella hacerla, pues ahí es, hay hombre ¿no? O sea, como que tiene más fuerza el hombre, entonces eso es lo que me hace ser hombre a mí.”
(Alfonso, 19 años; *Generación 1; estudiante*)

“... a nosotros nos han manejado mucho lo que es este la imagen que un hombre debería ser todo viril, rudo, a lo fuerte, todo acá...” (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

Es evidente cómo la cultura de género se cuele en la concepción que tienen los hombres sobre su hombría y la hombría en general. Reproducen un discurso casi tautológico de la “masculinidad”, pues entienden que ser hombre implica hombría y “masculinidad” y eso es lo que hace a uno ser hombre (Amuchástegui, 2006). Para Alfonso y otros entrevistados, la “masculinidad” y la “feminidad” radica en el cuerpo, en los genitales que uno posee y en la manera en que se adorna y se presenta al cuerpo frente a la sociedad, insistiendo en normas sobre cuerpos sexuados. Ser hombre implica fuerza, rudeza, una forma de dominio y de control sobre las mujeres. De cierta forma, hablan de la manera en que ejercen poder o son sujetos por el poder.

Los hombres se encuentran en una dialéctica, pues a pesar de reproducir estos discursos y verse inmersos en los estereotipos de género, también rompen con estos estereotipos desde pequeños, sin intención de hacerlo. Sus actuaciones de género no son volitivas, sino que son eso, actuaciones y en muchas ocasiones reproducen estereotipos tanto de la “masculinidad” como de la “feminidad”:

“En la primaria donde... tenía mucha afinidad con las niñas, me juntaba con ellas y por parte de mis compañeros, era como el ‘mariquita’, como el ‘jotito’... Me avergonzaba, sentía mucha pena... Pero eso era más que nada, este, la pena, la vergüenza...”. (*ED 24 años; Generación 1; profesionalista*)

“... de niño, o sea, de que te vean jugando con las niñas todo el tiempo... Algún, amaneramiento de más, te molestan en la escuela ¿no? Entonces eres el ‘maricón’ eres ‘la jotita’... y pues todo eso vas creciendo con la idea de que está mal ¿no? Obviamente. O sea, si todos te dicen ‘no seas maricón’, no seas no sé qué, obviamente, creces con esa idea de que está mal... como que entendía, pues eso. Pues que me portaba como niña y que no tenía la conducta de un niño normal. Entre comillas.” (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

En otras palabras, rompen con la idea misma de “masculinidad”, una “masculinidad” construida desde el cuerpo, desde la genitalidad. Este rompimiento sucede por actividades y actuaciones bastante simples, Juan nos dice “te ven jugando con niñas” o “algún amaneramiento de más”; es decir, cuando se rompe con la segregación por sexos o se incurre en algún comportamiento corporal particular, se etiqueta a ese cuerpo como abyecto. El tipo de sociabilidad y los comportamientos desde el tipo de cuerpo que uno tiene permite la producción de esta abyección. En este caso, un cuerpo que actúa y se presenta en tanto masculino (pelo corto, pantalones de “hombre”), produce la posibilidad de abyección cuando se coloca con otros cuerpos que no comparten su presentación.

La abyección es producida a través de la iteración de “marica” y “joto”, como vocablos que refieren justo a ese cuerpo que actúa en tanto “femenino”. Citación que proviene de un lugar de poder, como el padre, la madre o el profesorado y coloca al niño como subordinado, no sólo frente a esa persona que hace la cita, sino frente a un orden de género. Debido a la jerarquía dentro del orden del género, la referencia femenina a un cuerpo supuestamente “masculino” sirve como insulto, como una forma de mantener a ese niño en los límites de la sociabilidad. La interacción que tenga este niño se hace desde una jerarquía menor. Desde ahí, se producen emociones como la pena y la vergüenza, que bien describe ED, por no cumplir con ciertos mandatos, por no poder ser parte del privilegio masculino. Estas emociones pertenecen a esa jerarquía menor, como si hubiera malestar por no ser típicamente masculino. Con esto no quiero decir que los niños que muestren amaneramientos deben ser considerados masculinos con tal de mantener sus privilegios, al contrario, alzo cuestionamientos hacia ese orden de género que permite la producción de malestares emocionales por cuestiones tan sencillas como ciertos comportamientos o con quién socializan; y señalo que los hombres que entrevisté, desde niños irrumpen en este orden, generando espacios simbólicos particulares para su existencia en la cultura de género.

“Mal, muy mal... me sentía, pues si, muy, muy vulnerable, muy débil ¿no? Avergonzado, humillado... descalificado (cuando se burlaban de mí en la secundaria)... En el primer año de secundaria fue muy atroz para mí, yo quería salirme, yo no quería estar en la secundaria”. (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista*)

La narración de Fernando es muy emotiva, pues demuestra la manera en que uno llega a ser víctima en un salón de clases. Muchos de estos hombres se sentían desamparados, pues no sólo eran los blancos de los insultos homofóbicos, sino que además, se acompaña de un silencio institucional. Se puede sugerir que el profesorado y la institución escolar no llevan a cabo intentos para proteger a estas víctimas, no interrumpen la violencia homofóbica. Es en este silencio que se vuelven cómplices de la violencia, de la homofobia y de la “masculinidad” (Kimmel, 2008).

A pesar de que los hombres muestran la re/producción de estereotipos y roles de la “masculinidad” y “feminidad” tradicional, y cómo se liga al homoerotismo, pasan también por un proceso de resignificación de dichos conceptos. Ahondaré en ello más adelante, pero tanto Mario como Juan muestran cómo ellos pasaron por ese proceso al referirse a lo “normal” entre comillas, poniendo en duda la propia existencia de la normalidad y de cómo un niño “normal” es aquel masculino. Su deconstrucción abre la puerta para entender que la infancia trasciende a pesar de la transgresión del género. Es decir, el ser citados como “jotos” y “maricones” les proveyó de una experiencia necesaria para llevar a cabo un cuestionamiento y deconstrucción de las concepciones de la “masculinidad” tradicional. No obstante, esto sucede gracias a que contaron con ciertos recursos materiales y simbólicos, como la interacción en espacios específicamente gays y la construcción de redes de amistad con otras personas homo-eróticas; así como el acceso a niveles superiores de educación.

A pesar de esta vivencia, los hombres guardan una identificación con lo “femenino”, y al mismo tiempo, un temor por ser mujeres. Esta aparente ambivalencia permite observar cómo lo “femenino” no obedece únicamente al cuerpo de mujer, ni lo masculino al cuerpo de hombre. Los hombres viven lo “femenino” no sólo como actuaciones, sino como una verdadera construcción, pues son capaces de separarlo de lo biológico. Aun así, justo por este temor a vivirse como y en mujer, se hace evidente cierta misoginia propia de la “masculinidad”, encontrándose un rechazo rotundo al “ser mujer”. Para ellos, es aceptable vincularse a lo “femenino”, pero no aceptable vincularse al cuerpo de la mujer. Esta sutileza puede ser lo que distingue a un cuerpo gay de uno trans, pues las personas trans buscan un cambio en su cuerpo. Así, los hombres, dentro de estas aparentes contradicciones, son capaces de unir y mezclar dos polos del binomio del género. En otras palabras, lo que cada quien es, se trata de actuaciones subjetivas de normas pre-existentes. Por ejemplo, Dante actúa como él es, pero ese “ser” es una iteración de las normas de género.

El deseo implica, para los hombres gay, una especie de negociación, de diálogo y re-acomodación de las normas de género. Los hombres buscan una forma de conciliar su “masculinidad” con su homo-erotismo. Desde la construcción de lo gay, el deseo por otros hombres se observa como un vínculo con la “feminidad”, con el ser mujer, algo que les incomoda, que les avergüenza. Muchos hombres reportan esta conciliación como algo que les trajo tranquilidad. Este tipo de negociación permite la destrucción de estereotipos restrictivos y el mantenimiento de una visión flexible y abierta frente a la posibilidad de vivirse en tanto seres humanos y no hombres. Nuevamente, surge este temor, esta misoginia frente a la posibilidad de ser vistos y vividos como mujeres. Me parece que este temor no tiene que ver con el hecho de vivirse como mujeres, sino con el ejercicio del poder, la violencia y la subordinación de la condición femenina.

“... que no se mermara mi condición de hombre. Es decir, de masculinidad, de que yo era, el, el hombre que a lo mejor me podría casar en algún momento, todavía...”

Yo creo que por eso era una amenaza por completo (ser gay)". (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

“Tenía yo un miedo en la secundaria y en la prepa que aceptar mi homosexualidad me implicaría vivirla y entonces convertirme en un amanerado en un... y eventualmente en una loca, una vestida. Yo no quería ser mujer, porque podía, fui testigo del escarnio, fui testigo del estigma y de la, los ataques contra quienes vivían así. Entonces a mí me daba mucho miedo vivirlo para mí mismo”. (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionista*)

Aunque este discurso está presente en casi todos los entrevistados, lo noté de manera más clara y contundente en las dos generaciones más grandes. Esto nos puede señalar la posibilidad de una flexibilidad en las normas de género actuales. Es decir, si como bien señala Castro (2010), la experiencia subjetiva es una forma de estudiar la vida social, el hecho de que la generación más joven no viva esta especie de rompimiento y reconciliación con la “masculinidad” de manera tan marcada, es indicativo de una relajación en lo restringido de la “masculinidad” actual. Otra diferencia importante es que en las generaciones dos y tres hay varios hombres que migraron de algún área rural a la Ciudad de México, mientras que en la primera generación, todos nacieron y crecieron en el DF, lo cual habla de la manera en que la cultura de género se expresa en la urbe y en zonas rurales, siendo más relajada en la urbe. Son los hombres que migraron hacia la Ciudad de México quienes vieron con mayor intensidad y frecuencia una violencia física, un “escarnio” hacia los hombres que transgredían los estereotipos de género. Este aprendizaje vicario les mantuvo en la lejanía con lo “femenino”. Es decir, estos aprendizajes los marcaron de tal forma que no quisieron vivirse “femeninos” para poder evitar la violencia de la cual fueron testigos.

9.2. El espectro de ocultamiento-visibility y la soledad gay

En tanto el sistema de género se colude con la sexualidad, tiene implicaciones para la vivencia del deseo homo-erótico. En este apartado, quisiera retomar lo que analicé en el capítulo 7, pero haciendo un énfasis importante en la vivencia emocional que implica ocultar o visibilizarse como hombre gay u homosexual. No hablo precisamente de la socialización, sino que utilizo estos nuevos conceptos para ligarlo con los elementos sociales y subjetivos, con las emociones. En este sentido, este espectro también se relaciona con las prácticas políticas, pues la visibilización implica la salida a lo público. Mi análisis da cuenta de cómo el ir y venir entre el ocultamiento y la visibilidad de la identidad crea un espacio emocional que he nombrado “soledad gay”; una sensación fuerte que permanece en la conciencia de los hombres, simulando que están solos en su deseo y que no existen otros hombres con quienes se pueden identificar. Una sensación como esta es importante de analizar no sólo porque es producida gracias a los contextos discriminatorios, sino también porque su efecto a nivel subjetivo tiene implicaciones en la sensación de sí, incluyendo llevar a cabo prácticas sexuales de riesgo o inmiscuirse en contextos sexuales de riesgo.

Como he analizado en el capítulo sobre deseo, hay un temor en socializar el deseo por un gran temor a ser rechazado y discriminado. Estas acciones de lo social tienen efectos en la subjetividad, mismos que se traducen en emociones:

“Sentía la necesidad de hacerlo, sentía que si no lo hacía iba a explotar, porque pues era todo un conjunto de muchos sentimientos que traía y como esa necesidad de acercamiento con ella (mi amiga) porque pues obviamente todo lo que yo estaba viviendo, lo vivía digamos en secreto.” (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

“Bueno igual sí me sentía sólo en esa parte, de que yo no lo podía decir a nadie ¿no? Era como un súper secreto, de mí ¿no? Hasta que ya lo empecé a decir, ya más grande, ya fue cuando me empecé a liberar más y a, pues a aceptarme y a definir mi sexualidad. Me

ayudó (decirle a mi familia que yo era gay)... me ayudó porque pues ya, ya no escondía nada, ya era yo. Por no decirles, como no le decía a nadie, me sentía frustrado, porque dije 'es que alguien lo tiene que saber, alguien tiene que compartir conmigo, pues esto' ¿no? (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

Los entrevistados se refirieron a llevar a cabo un ocultamiento sistemático de su deseo homo-erótico viviéndose como “cerrados”, con “dolor”, sintiéndose “mal” y expresando que nadie podía darse cuenta tanto de sus emociones como de su gaydad. Dicho ocultamiento tiene efectos cognitivos, emocionales y conductuales sobre la persona, debido a que el hombre está siempre atento a pistas en la interacción que le indiquen si su identidad ha sido “descubierta” por las personas con quien interactúa, en consecuencia está temeroso, suspicaz, vigilante, hostil y ansioso (Pachankis, 2007). El cuerpo se vive como un lugar en donde guardar y encerrar lo que sentían para aparentar cierta felicidad y tranquilidad con su identidad. Pero como vemos en las narraciones, llega un punto en que “explotan”, hay una frustración por no poder compartirse con otras personas. Estas emociones me preocupan porque, como sostienen Granados y Delgado (2007), son la base de ciertos malestares mentales como desordenes ansiosos y del estado del ánimo (como depresión), que se asocian con la población LGB (Ortíz-Hernández, 2005) debido a situaciones contextuales y sociales (Meyer, 2003).

Esta experiencia de “cerrarse” ante sus emociones puede ser interpretada como resultado de la socialización en el marco de la masculinidad hegemónica. Desde este ideal, los hombres aprenden a no identificar ciertas emociones, y mucho menos a divulgarlas (Castañeda, 2007). La experiencia de los entrevistados muestra que, a pesar del movimiento pendular que tuvieron en el binarismo del género debido a su deseo, hay elementos de la “masculinidad” que se insertan en su desarrollo identitario como esta dificultad en la expresión emocional. La posibilidad de visibilizarse permite disipar la frustración y “liberarse... definir (su) sexualidad”. Es decir, la composición identitaria implica un acto social de compartir, de divulgar y visibilizar, no sólo porque la persona se

siente aliviada y esto tiene efectos en la salud, sino parecería que se busca un reconocimiento por parte de seres cercanos; en otras palabras, se requiere de otro que apruebe para existir y con quien compartir dolores y malestares. Esta respuesta de aceptación también tiene efectos en las emociones y la salud; una respuesta de rechazo mantiene a la persona en ese espacio abyecto de soledad, incomunicado de muchos aspectos sociales, incapaz de construir una red de apoyo y de dialogar con contextos sociales. Una respuesta de aceptación significa todo lo contrario.

El camino para llegar a esto está pavimentado de conductas y emociones vividas como negativas, con sensaciones de soledad, tristeza y aislamiento. Komadreja, Fernando y Juan platican de algunas de ellas:

“...para empezar yo decía, quiero experimentar, quiero saber qué se siente estar con un chavo ¿no? Pero no conocía a nadie, o sea, a mí me sorprendía no conocer a nadie ¿no? No conocer a ningún chavo gay. De hecho, en esos momentos yo creía ser el único, el único gay en el mundo... Yo sentía que yo estaba muy deprimido, porque yo sentía que no había nada en la vida que me hiciera... Sí llegué a creer que no había nada en la vida por lo que valiera vivir... me acuerdo que me metía debajo de la cama y me ponía a llorar... y me acuerdo que me jalaba los cabellos y me acuerdo que me pellizcaba, como que me tiraba de cabeza, así bien drama (risas). Toda esta etapa de que, pues la neta, sí me sentía una mierda, prácticamente (risa). De que estaba sólo y que no había nadie más gay. (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

“... pues... como a muchos nos pasa, que sentimos que somos los únicos, a los únicos a los que les pasa... Entonces, él me remarcaba mucho el rollo de que yo era ‘joto’ y ‘mariquita’, ‘chillón’ ¿no?... Pues si yo me sentía muy solo, pues... Cuando me quedaba sobre todo con a expensas de éste hermano, sí me sentía que a mí solamente me pasaba, pues.” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

“O sea en verdad yo me sentía el único gay en el mundo y cuando vi que medio, media universidad era gay, o sea... ¿dónde estaba viviendo? No o sea, maestros, directores, alumnos. Entonces dije, ‘no estoy sólo’, este, hay gente buena onda a quien le puedo platicar y ser como soy ¿no? Entonces sentí pues que pertenecía a un grupo, cuando podía ser como soy...”
(*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

Es evidente que el malestar emocional se expresa en pensamientos, emociones y conductas. Es posible que Komadreja esté describiendo lo que en psicología clínica se conoce como depresión y haya requerido algún tipo de intervención psicológica para ayudarlo en un proceso emocional. Estos elementos funcionan como estrategias de afrontamiento para esa situación en particular; esconderse en su cama, lugar donde se sentía seguro, el llanto y jalarse los cabellos eran formas de aliviar la tensión que en su cuerpo sentía. Otros optan por visibilizar su orientación sexo-afectiva, como lo hizo David. Sin embargo, estas opciones no sólo tienen que ver con las capacidades de cada quien, sino con los recursos culturales y materiales que tiene a su disposición. Es decir, la interpretación que hace Komadreja de su familia frente a la gaydad lo lleva a tomar la decisión de no abrir ese aspecto de su vida con ellos, mientras que a otros entrevistados los lleva a si visibilizarse. La posibilidad de aceptación o rechazo y las emociones vinculadas a esta soledad gay, en mucho dependen de la interacción con otros, como explica Fernando, su sensación de soledad incrementa cuando está a expensas de su hermano que tanto le agredía.

En el caso de Komadreja, se recurre a otras estrategias disponibles en su contexto para continuar en su camino identitario, en particular, recurre a la música como una forma de digerir y procesar su deseo y sus emociones, que lo tenían en un lugar de tanta soledad. En la preparatoria, Komadreja habla de su orientación sexo-afectiva abiertamente con todos sus compañeros y se sorprende por la cantidad de aceptación que recibe a cambio.

“... la verdad yo esperaba como reacciones como las que había visto en la secundaria y se me hizo muy padre,

como... como que, pues no sé. Vimos... yo estaba tan a la defensiva, esperaba una reacción negativa que... recibir una reacción tan neutra o un poco más positiva fue como para mí, así como, no sé... no sé, no sé, me cambió. Como mi forma de ver la vida.” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

La reacción de este hombre nos indica varias cosas. Primero, que experiencias de violencia y de rechazo “preparan” al sujeto para nuevos rechazos, los mueven a un espacio de soledad y de ocultamiento, no sólo de su identidad y deseo, también de su vida emocional en general. Los hombres se guardan sus emociones no sólo como consecuencia de la “masculinidad” como tal, en la cual son socializados, sino como consecuencia de sus aprendizajes directos o vicarios con la violencia. Es importante tomar en cuenta que la violencia es un elemento fundamental de la “masculinidad”, de tal forma que la violencia que estos hombres experimentan se deriva normas masculinas en tanto que son rechazantes del deseo homo-erótico y de la identidad gay.

“Ese evento en el Sanborns (cuando un desconocido me insultó)... pues, inseguridad, me creó, me creó inseguridad. De repente ya todo se volvió más furtivo ¿no? Todavía, más de lo que puede ser, porque en este ambiente, es muy furtivo todo.” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

Con estas experiencias en la vida de los hombres, la orientación sexo-afectiva adquiere mucha importancia en la definición y entendimiento de sí. Es decir, al aprender que un sujeto es discriminado y violentado debido a su deseo, enfoca la atención de estos hombres justo en ese aspecto, cuestionándose la raíz y el porqué de su deseo y si es posible cambiarlo o modificarlo. En cambio, obtener reacciones neutras no sólo son percibidas como positivas, les permite a los hombres aprender que una identidad construida a partir del deseo homo-erótico puede ser bien recibida y aceptada. Así, los hombres pasan por otro proceso de aprendizaje, un re-aprendizaje sobre ese deseo y por tanto, de su orientación sexo-afectiva. Esto se asemeja a la “segunda adolescencia” que describe Castañeda (1999), en donde, debido a la homofobia inmersa en diferentes áreas de la vida

social, los hombres que se identifican como gay/homosexuales pasan por ese proceso de aprendizaje cuando salen del clóset.

Desde la experiencia de los hombres que entrevisté, el espacio que se produce para la existencia de los hombres homo-eróticos a partir de la matriz heterosexual, se traduce en una sensación de soledad que dura hasta varios años. El señalamiento abyecto implica un juego de poder donde los hombres son expulsados de la vida social, expulsados de la “masculinidad”, pero con resistencia a incluirse en la “feminidad”, alimentando esta sensación de soledad. Se trata de una emoción preponderante en la vida de los sujetos, sostiene la idea de depresión, así como las conductas y pensamientos asociadas a ella. Javier nos da un buen ejemplo de cómo su soledad y su depresión lo llevaron a subir muchísimo de peso por su “relación con la comida”. Desde una visión clínica, los atracones, como los que tenía Juan están fundados en sensaciones fuertes de ansiedad y depresión (DSM-V 2013).

“Yo creo que era ansiedad, comía mucho, mucho, mucho... Sí la soledad, muchas cosas, entonces, mi relación profunda con la comida. (risas) Mi relación profunda con la comida.” (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

Estos hallazgos coinciden con los de otras investigaciones, en donde se hace evidente el riesgo en el que están hombres gay para problemáticas de salud mental. El que estos hombres vivan sensaciones de sufrimiento y malestar de manera tan intensa y frecuente es consecuencia directa de la estigmatización de su condición minoritaria y por tal, es completamente prevenible. Se requiere del diseño y de la puesta en acción de campañas de prevención de la homofobia como instrumento que active la discriminación, así como de prevención de la depresión y de servicios especializados en salud mental y emociones de la población LGBT.

“... sí tuve una depresión muy fuerte, este, porque al momento en que ya me reconocí como gay y que me atraían los hombres, sí fue, no fue fácil, o sea, sí... mmm... para

salir con, con gente o con amigos, ehm... O sea si sentía que hay algo que estaba mal... O sea, tenía momentos en los que no podía este, pues ni hablar, o sea. Me sentía... como oprimido. Y me ponía a llorar sin razón aparente ¿no?” (Juan, 37 años; *Generación 2; empresario*)

La soledad y sus consecuencias se viven asociadas al reconocerse como homo-erótico. Esta soledad es lo que mantiene a los hombres en el ocultamiento, no nada más de su deseo y de su identidad, sino de sus mismas emociones de tristeza y soledad. Sin embargo, viene un cambio radical cuando comienzan a visibilizarse. Con visibilizar no sólo me refiero al hecho de socializar su deseo, cuestión que abordé en el capítulo 7, sino a vivir cómodamente en su cuerpo, ya que esto permite una interacción más libre y fluida con otros actores sociales. Como señala Juan, para él fue “completamente positivo” entrar a la universidad y conocer a otras personas gay porque esto disipó la idea de que él era el “único gay en el mundo”. A través de la similitud, Juan logró entablar relaciones sociales en donde sus actuaciones de género y su orientación sexo-afectiva no era cuestionadas.

“Entonces dije, ‘no estoy solo’, hay gente buena onda a quien le puedo platicar y ser como soy ¿no? Entonces sentí pues que pertenecía a un grupo, cuando podía ser como soy, o... no sé.” (Juan, 37 años; *Generación 2; empresario*)

La similitud que se percibe que guardan con otras personas homosexuales tiene que ver con el discurso hegemónico heterosexista de que la orientación sexo-afectiva es unidimensional y que implica colocar a las personas en diferentes categorías. A pesar de que las personas puedan ser muy distintas en muchos niveles como gustos, intereses, familia, fenotipos, etc., se percibe una similitud porque se comparte la orientación sexo-afectiva. Esta percepción, mientras permite la visibilización de la propia orientación, es el primer paso para la creación de redes de apoyo y de comunidad. Sin embargo, quisiera señalar que el paso del ocultamiento a la visibilización no es sencillo, requiere de una inmensa

cantidad de valor de parte de estos hombres, por lo que puede ser un proceso no sólo tardado, sino también doloroso.

Es por ello que la visibilización puede ser selectiva, como en el caso de Komadreja, Jorge, Fernando y Hernán. Los hombres no siempre desean pasar por ese proceso emocional de visibilizarse frente a la familia. Así, los hombres prefieren ser visiblemente gay frente a amistades u otras comunidades donde sienten que guardan cierta similitud basada en su orientación sexo-afectiva.

Otro elemento que surgió en el tema de emociones y visibilidad es la presentación del cuerpo. No fue un tema recurrente ni frecuente, pero un par de participantes mencionaron que la apariencia que le dan a su cuerpo tiene que ver con su vestimenta y el ejercicio que realizan ayuda a “sentir(se) mejor”.

“Por una parte, porque como me ve la gente, pero también por cómo me siento. Ha habido días en que si me siento así de vestirme así de negro. O días en que digo, ‘¿sabes qué? Hoy como que me dan ganas de vestirme (de mujer)’. Así, no sé güey. Y me pongo tacones, ¿no? Para salir, en mi cuarto por ejemplo... Para mí, el vestirme es cómo me siento. Si un día me visto así desaliñado es porque me siento mal o porque ese día estoy medio depre y no me dan ganas de, de no sé, de vestirme, de arreglarme.” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Nuevamente, el cuerpo se vuelve el terreno de expresión de las emociones, una tela sobre la cual se puede adornar con símbolos y representaciones de la vida emocional. La vestimenta y la forma del cuerpo son estas representaciones. Varios entrevistados buscaban lograr cierta apariencia acudiendo al gimnasio con cierta regularidad, buscando un cuerpo estilizado. Sin embargo, este ejercicio se hace con el afán de mantenerse saludables. Coincido con List (2009) cuando sostiene que han sido los medios de comunicación y un ejercicio de globalización desde culturas capitalistas y consumistas que creemos en el ejercicio como una cuestión vinculada a la salud, a pesar de que hay otras formas además del

gimnasio para mantenerse saludables. Varios autores señalan que la masculinidad hegemónica ha sido permeada por esta globalización y generado modelos de “masculinidad” basados en cierto cuerpo juvenil (Guasch, 1995; List, 2005). En este sentido, se ha tejido en el imaginario de los hombres gay la idea de que ser “saludable” es portar cierto cuerpo (delgado, con músculos marcados, con el uso de cierto tipo de ropa), cuando saludable puede tener muchísimas más formas de existencia. La idea de este cuerpo entre hombres gay, inclusive la podemos rastrear a la década de los ochenta, cuando se importa a México el propio concepto. De acuerdo con Laguarda (2009), los hombres homosexuales mexicanos clasemedios que gozaron de ciertos privilegios económicos como poder viajar a ciudades de Estados Unidos, vincularon la idea de la orientación sexo-afectiva, a un estilo de vida particular, el que llevaban a cabo los hombres gay de San Francisco, Los Ángeles, Nueva York y Miami. Aunado a esto, List (2009) sostiene que en la década de los noventa hubo un auge de productos para la salud en México como agua embotellada, suplementos de azúcar, etc., que añaden elementos a esta cultura de consumo.

La vestimenta es un tanto similar, a pesar de que los hombres buscan que exprese su identidad y cómo se sienten, la ropa disponible para ellos depende de un mercado que ingresó a nuestro país y en dónde se intersectan intereses de capital macroeconómicos. No obstante, la experiencia de Komadreja es importante porque habla de su interés en transvestirse, en usar prendas tradicionalmente femeninas. Para él, sentirse bien es poder usar estas prendas. Sin embargo, pocas veces lo hace en público, se trata de un acto que realiza en soledad e implica una especie de transgredir las normas que ha interiorizado. Esta transgresión privada es un juego consigo mismo donde empuja, mueve y reta las normas que ha aprendido en torno al género y al cuerpo, generando nuevos espacios simbólicos identitarios.

Finalmente, a lo largo de los textos de las entrevistas, hay algo que me llama mucho la atención y es la frase que usan varios entrevistados de “ser como

soy” o “ya era yo”. Me interesan este tipo de frases porque me parece que dejan ver la manera en que los hombres se entienden en tanto sujetos. Si bien yo he propuesto entender al sujeto de una manera fluida, pendular, en diálogo con sus contextos sociales, con capacidad de agencia, de reflexión y de producción de cambio para sí, existen perspectivas científicas y académicas que no entienden al sujeto de esta forma. Desde estas segundas visiones, el sujeto es aquel ente capaz de ser estudiado de manera objetiva y sin reconocimiento de la fluidez que esa persona pueda representar.

Pienso que frases como las que menciono pueden ser interpretadas de dos formas. Primero, me parece que implican una especie de esencialización de la identidad. Estas frases pueden ser interpretadas como que estos hombres sienten que hay algo intrínseco en su identidad que les permite identificarse como gay. Para aclarar ésta idea, resulta útil la metáfora de la cebolla, en dónde a través de sus interacciones, los hombres pueden irse quitando capa tras capa hasta llegar a la esencia que los hace ser “diferente” o gay. La segunda interpretación es justo lo contrario, que a través de las interacciones sociales y aprendizajes, los hombres comienzan a construir capa sobre capa, formando su idea de sí mismos. Es decir, los hombres encuentran etiquetas sociales en sus contextos (como “maricón”, “gay”, “homosexual”, etc.) con las cuales se logran identificar y salir de un espacio de abyección y soledad. A estas alturas de su vida, los hombres comienzan a sentirse cómodos como hombres gay. Esto no quiere decir que su identidad se cristalice, pues si bien colocarse esta etiqueta les permite desenvolverse en lo social -con amistades, parejas y familia-, no significa que la construcción identitaria deje de suceder, sino que sucede de forma más duradera y tranquila sobre la base de esa etiqueta en particular. Nuevas interacciones, nuevos aprendizajes a lo largo de la vida entonces permitirían construir más capas o deshacer algunas ya construidas.

9.3. Búsqueda por atender las emociones

Entendiendo que el espectro de ocultamiento y visibilización permite y coadyuva a la producción de ciertas emociones desagradables para los hombres. En ocasiones esta situación es suficiente para que los hombres se sientan desamparados, tristes y ansiosos y por tal, busquen un lugar dónde pueda elaborar, procesar y diluir estos malestares. En otras palabras, buscan espacios de atención médica, terapéutica o comunitaria para sentirse mejor. El hecho de que en los hombres gay emerjan emociones, pensamientos y comportamientos tan similares y que haya una búsqueda por atenderlas, señala un problema de salud pública.

El caso de Dante es ejemplar, pues en el momento de entrevistarlo, él describió que tenía “ansiedad”. Al profundizar en esta “ansiedad”, surgieron temas como ser discriminado violentamente por profesores y compañeros de la universidad. Para Dante, ese elemento, entre otros, son los que producen sus “síntomas”:

“... Y ahí comencé con ansiedad y así en una noche de repente empecé con los síntomas. Estaba acostado, me sentía nervioso, no podía dormir hasta que de repente sentí un dolor muy fuerte en el pecho y yo o sea pensaba lo peor, porque sentía que ni me podía mover y tenía ganas de gritar y no podía y empecé a tener palpitaciones muy fuertes, ya no pude dormir el resto de la noche. Ya al día siguiente me llevaron al Instituto Nacional de Cardiología para hacerme una revisión y me dijeron ‘en tu corazón está todo bien’ pero aun así después de eso, yo ya no me pude mantener tranquilo, todo el tiempo tenía los síntomas, todo el tiempo tenía las palpitaciones y la sensación de que no podía respirar bien y todo eso. Así estuve y ya hasta enero fue que empecé a ir al psicoanálisis...” (*Dante, 24 años; Generación I; estudiante*)

La discriminación de la cuales son sujetos los hombres gay, es percibida inclusive como una forma de persecución en donde está en riesgo su integridad emocional, psicológica y su bienestar físico también. Esto envuelve al hombre en una sensación de miedo, temor y ansiedad, llevándolo al desarrollo de síntomas como los que resume Dante. Su sintomatología es vivida de forma grave,

llevándolo a buscar atención médica. Sin embargo, no fue hasta varios meses después de su revisión cardíaca que acude a un espacio dedicado al tratamiento emocional, en este caso psicoanálisis. Es interesante que algunos entrevistados acudan a un espacio terapéutico para elaborar estos malestares, un espacio psicológico, pues en lo común, se mira a la psicología como una disciplina que ha patologizado al personaje homosexual y porque desde la masculinidad hegemónica, la expresión emocional y los espacios para hacerlo, son reprimidos. Esto no concuerda con la experiencia de los hombres, como señala Juan:

“Pues bueno, sí, estuve en terapia. O sea, sí, me ayudó mucho esa parte de estar en terapia, estar platicando estas cosas con mi terapeuta. Este...pues con mis amigos, saber que somos gente normal que no pasa nada, simplemente te gustan las personas de tu mismo sexo ¿no? Yo creo que es, todo un proceso de maduración que no se da de un día para otro, ni de un año a otro. Es, un trabajo constante, siempre.”
(Juan, 37 años; Generación 2; empresario)

La cita de Juan que aquí presento, da a entender que ni él ni sus amigos se sentían como personas “normales”, justo porque son gay. La terapia a la que acuden estos hombres es normalizadora en el sentido en que le permite desarrollar y elaborar sus emociones, promoviendo que deslinde su atención de los elementos de deseo y la orientación sexo-afectiva; buscando que miren a otras dimensiones de su identidad. Este ejercicio es una forma de deconstruir la imagen del personaje homosexual que describe Foucault (1978) y Núñez (2005): monolítico, unidimensional. Así, esa disciplina psicológica que tanto se ha entendido como patologizante del hombre gay, fue la herramienta que permitió justo lo contrario en la vida de estos hombres. Juan toca el tema de la duración de su proceso terapéutico, indicando que es uno tardado y que no se resuelve fácilmente. Esto refiere a la dificultad que puede ser elaborar las emociones, descubrirlas, identificarlas, verbalizarlas, compartirlas y reflexionar sobre ellas.

En otros casos, los hombres acuden a la terapia como consecuencia de visibilizarse frente a su familia. La familia reacciona con estereotipos ante este

personaje homosexual. La experiencia de acudir a terapia por esta razón puede tener consecuencias diversas. Una, ser tratado verdaderamente como un ser patológico, sobre todo si comprendemos que en México no existe ningún tipo de certificación como terapeuta (cuestión que garantizaría por lo menos estándares mínimos de tratamiento) y ninguna formación para trabajar terapéuticamente con población con orientaciones sexo-afectivas no heterosexuales. Otro posible resultado es el que vivió Javier:

“Porque un día me lo preguntó directamente mi madre (si yo era homosexual). Me mandó al psicólogo. Un **muy** buen psicólogo, eh. Ha sido el único psicólogo que ni le quiso sacar dinero a mi mamá, y en cuatro sesiones me dijo: ‘Yo siento que te estás ajustando bien, no hay problema, más bien tengo que ver a tú mamá para ajustarla, pero tú estás bien’...”. (*Javier, 40 años; Generación 2 profesionalista*)

Que un terapeuta sensible a la fluidez del deseo comprenda que lo que está en la base del malestar emocional de los hombres gay no es su deseo homoerótico en sí mismo, sino el estigma y rechazo proveniente de los sistemas de género, es de cierta forma reconocer que el problema de salud está ubicado fuera del individuo. Una mirada como esta comprende los problemas subjetivos y emocionales como dentro de una dinámica psicosocial y responsabiliza tanto a ese hombre gay (por ser en quien se deposita el estigma y lo abyecto), como a sus contextos (como la familia).

Algunos hombres no desean acudir a espacios de trabajo emocional porque son gays o por las consecuencias tanto personales, como familiares y sociales de visibilizarse. Por ejemplo, Fernando acudió a lo que podríamos llamar un grupo de reflexión o de auto-ayuda porque no lograba entablar una relación a largo plazo con otro hombre, cuestión que lo tenía insatisfecho.

“... yo oía el programa (de radio) de Anabel Ochoa y ahí se presentó un, ahora, un cuate que ahora es muy, muy amigo mío y anunció un taller que se llama ‘La fuerza de

ser gay' y era un taller de reflexión terapéutica y entonces... Pues lo voy a tomar porque efectivamente, ¿porque no me enamoro de gays? De cuates que ya están asumidos... Y entonces, me meto al taller, pero en la segunda dije 'no ¿de dónde? Aquí el pedo es asumirse como gays y yo ahí no tengo pedos' entonces dije 'bueno, lo que pasa es que me he estado clavando con hombres que no se asumen como gays ¿porque no entro completamente de lleno al, al ambiente gay? Siempre voy a los antros, a los espacios, entro, salgo y no llevo una vida completa en eso'." (*Fernando, 46 años, Generación 3; profesionista*)

Fernando gustaba de ligar con hombres que tienen sexo con hombres pero que no se identifican como gay u homosexuales. El hecho de que no se identificaran como tal tenía implicaciones en el tipo de relación que se entablaba, pues desde la experiencia de Fernando, estos hombres buscaban una relación sexual y no una afectiva. Para Fernando, la atracción hacia estos hombres se vincula con un tipo de ocultamiento, pues lo relaciona con una vida gay, con "entrar y salir" y no llevar una vida "gay" como tal. En otras palabras, ser completamente visible en su identidad. Es por eso que acude al grupo de reflexión, aunque este no le sirve para los objetivos que busca. Sin embargo, el grupo es una especie de inspiración o estímulo a moverse internamente, a realizar un trabajo de reflexión profunda que lo coloque en otro lugar simbólico y le permita llevar a cabo relaciones que le son más satisfactorias. Con la frase "Siempre voy a los antros, a los espacios, entro, salgo y no llevo una vida completa en eso" es indicativa de que busca un movimiento, busca una inmersión a contextos sociales que le permitan llegar a su objetivo. Los espacios terapéuticos se vuelven, en palabras de Mario, un espacio "para encontrar, dentro de todo, ciertos equilibrios", espacios de "desahogo" que le permiten lograr la "armonía" y "aceptar(se)".

En el capítulo 7 hablé sobre la historia particular de Mario con el alcoholismo. La vuelvo a traer en este tópico, pues me parece relevante para analizar la vida emocional de los hombres. Como señalé en el capítulo anterior,

Mario consume regularmente y en altas cantidades el alcohol como una forma de fugarse de su deseo homo-erótico y de la represión que ejercía sobre ese deseo. También resalta de su experiencia que, a pesar de encontrar en Alcohólicos Anónimos una forma de dejar de consumir alcohol y de aceptarse como gay, se trata de espacios “conservadores” e inclusive homofóbicos. Para Mario, el contar con un espacio que le permitió reflexionar sobre sí mismo y su identidad, es un espacio que le permite “curarse” del alcoholismo y aceptarse en su deseo homo-erótico.

“te digo que AA es un parte aguas en mi vida. Pasé de un despreciarme a un verdaderamente quererme cuidar. Y pues en eso, también está mi sexualidad... Cuando yo llego a AA, donde además llegué a un grupo muy espiritual, lo que tú quieras, pero también... Muy conservador. Cuando me (mudo a otra ciudad) entré a otro grupo y continué y también era otro grupo muy conservador, donde se puede hablar de muchas cosas, pero el tema de la homosexualidad no era un tema. Igual yo con mi padrino, le decía ‘oiga, pero yo soy...’, ‘eso mejor no lo digas en tribuna, no lo abras’.” (Mario, 45 años; *Generación 2; profesionista*)

Es interesante que con esta prohibición Mario encuentra una forma de “curarse” de esa homofobia internalizada. Inclusive, puede ser que esta prohibición haya sido lo que le permitió esta aceptación. El no visibilizarse en un espacio identificado como homofóbico le permitió llevar a cabo un proceso centrado en su alcoholismo, que sí compartió, para simultáneamente reflexionar sobre su deseo, pero sin compartirlo en ese espacio. Esto se vincula con la idea de Unger (2000) sobre *marginalidad positiva*, en donde el sujeto marginado de ciertos espacios, debido al estigma anclado a su identidad, logra observarse críticamente porque no ha formado parte de la norma y empoderarse al decidir activamente entre visibilizar su condición estigmatizada o no.

Para finalizar este apartado, quisiera resaltar que la experiencia de algunos hombres en proceso terapéuticos no siempre es positiva. Algunas experiencias sí son de patologización y medicalización:

“... fueron tres, cuatro sesiones porque me parecía, la verdad pérdida de tiempo. No, no me gustó, pero no me gustó por la actitud del doctor, fue muy, muy comodina, digo yo. Este... sentía que estaba tirando, el, dinero por un lado y por otro, me daba, me estaba empezando a ser adicto a pastillas, de Zimbalta y no sé, una bola de cosas. Ah sí, me dio, medicinas y yo dije, no, yo no voy a estar en esta vorágine, jamás, me salí y dejé de comprar medicinas y se acabó.” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionalista*)

La experiencia de buscar y llegar a un espacio de atención terapéutico o emocional puede ser complicada, el usuario nunca sabe a qué tipo de espacio acude y qué resultados va a lograr, además de que implica una inversión de tiempo y dinero importante, por lo que no todo mundo tiene acceso a ella. La idea es que este tipo de procesos sean la última medida a la cual los hombres gay tengan que recurrir. En otras palabras, las medidas de salud pública deben de estar orientadas hacia la prevención del desarrollo de emociones que lleven a malestares psicológicos, orientadas a la disminución de la homofobia cultural, estructural e interpersonal para que el estigma anclado a las orientaciones sexoafectivas no heterosexuales disminuya y por tal, el espacio de abyección a donde son citados estos cuerpos desaparezca. Que este espacio abyecto deje de existir, significa que no hay desde dónde se produzcan malestares emocionales y por tanto, prevenir el desarrollo de desórdenes específicos como los que viven los hombres que entrevisté.

9.4. Consumo de sustancias

Ya mencioné el tema de alcoholismo en la vida de Mario, que sirve como un claro ejemplo de las consecuencias que puede tener en su identidad el ocultamiento de su deseo y el mismo alcohol. Sin embargo, en las entrevistas que realicé, me di cuenta que el consumo de alcohol tiene funciones más amplias y fuertes que el enfrentar el ocultamiento y el estigma asociado a la identidad gay. La literatura que revisé sobre el tema menciona que los hombres gay y las mujeres lesbianas suelen tener mayor probabilidad de presentar sintomatología ligada a

desordenes por el consumo de alguna droga. Es importante tomar en cuenta que esta mayor probabilidad se debe al estigma y discriminación vinculado al deseo homo-erótico y la identidad gay. Debido a los hallazgos de esta literatura es que pregunté directamente a los entrevistados sobre su experiencia y percepción de este consumo en sus vidas y en los grupos gay. La mayoría mencionó que no observaban diferencias de consumo entre sus conocidos gay y heterosexuales, inclusive, algunos concluyeron que el uso de drogas en contextos gay es menor que entre otros grupos, como pueden ser los medios artísticos y de comunicación. No obstante, señalaron que el consumo de alcohol es elevado y que además, tiene funciones sociales.

“Lo que llegué a ver más bien es... más que mariguana, cocaína, pero muy poca, incluso. Ya más bien era con el asunto hasta lo que, lo veías en los antros... Lo que sí el alcohol ¡puta! ¡Su madre! Siempre ha fluido, yo lo sigo viendo igual y no... O sea, si no hay alcohol, no hay ligue y no hay convivencia ¿no? Sí en el ambiente gay está muy cabrón el asunto. Y transformar a la gente... uta, además... Y en el mundo gay la transformación era, desclosetaba a muchos.” *(Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista)*

El alcohol tiene la función de desinhibir el deseo, de permitir la interacción erótica, sexual y afectiva entre los hombres. Así, el alcohol forma parte de la vida social gay y es con ello con lo que los hombres interactúan. No obstante, hay tres casos que me parecen importantes de resaltar en cuanto al consumo de sustancias y que muestran una diversidad de formas de vivir este consumo en los contextos gay. A pesar de las consecuencias que enfrentó Mario por su consumo, él lo describe como algo que le permitió desenvolverse socialmente en medios y contextos gay:

“yo no podía tener contacto con nadie si no estaba borracho... Entonces, la gente joteaba, la gente se expresaba, va y la música y pues sí el alcohol y lo que a mí me pasaba con el alcohol era, pues... mágico.

Liberar muchas tensiones, muchas cosas y... Entonces, pero me fui a los extremos, te digo. Mmme... me puse una y me acosté con el primero que me cantó... todo y al otro día ya me había gastado todo y ni me había dado cuenta, eso que dices ‘¿y ahora por qué estoy aquí? ¿Qué pasó?’.” (Mario, 46 años; Generación 2; profesionalista)

Mario señala un cambio radical en su persona cuando estaba tomado, una transformación “mágica” que le permitía “jotear”, expresarse y “liberar tensiones” que de otra forma no hubiera logrado disipar. En efecto, las consecuencias a nivel fisiológico del alcohol permiten al sistema nervioso relajarse, lo cual tiene efectos en los usos del cuerpo y en la sociabilidad. Para algunos entrevistados, el uso del alcohol es un instrumento que les permite distanciarse de las tensiones provocadas por el estigma resultante del sistema de género que castiga y prohíbe la expresión homo-erótica y femenina. El alcohol funciona como un tipo de catalizador para la sociabilidad y para la interacción sexual. Para Mario, es la única forma en que encuentra para vincularse sexualmente con otros hombres y generar un espacio para la expresión de su deseo sexual.

Mario también recuerda las consecuencias de su consumo, el no recordar lo que había pasado la noche o el día anterior, despertarse en lugares que no conoce, gastarse todo su dinero en bebidas, entre otras. Esto lo vive como una separación consigo mismo, un desconocimiento de sí, cuestión que le preocupa y que lo llevan a buscar un espacio dónde atender su alcoholismo. Algo similar pasa con Alfonso, el entrevistado más joven:

“Me gusta mucho la cerveza, entonces es lo que más tomo. Cuando salgo y así, y pues sí es como que no... me dice mi amigo ‘es que no manches, hiciste esto, esto y esto’ y yo así de... obviamente es como... no, no hago más allá de ir a un hotel o así, no eso no, pero sí me dice, ‘oye es que te quitaste no sé, la playera o el zapato’ y yo así de ‘¡no manches! ¿A poco?’. O sea a ese grado llego de que no me llego a acordar de nada, y sí fue... Es como preocupante ¿no? Y dices, puedes llegar a hacer muchas cosas y tú no sabes qué onda. Y ya por eso así como que ya, le estoy así, ya no, no, ya no quiero tomar mucho.” (Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante)

El tipo de consumo que presenta Alfonso es preocupante para él mismo, tanto que le ha provocado el deseo de dejar de consumir las cantidades que consume. No obstante, este consumo se puede vincular con la experiencia de Mario; ya que Alfonso se encuentra en un momento de su desarrollo identitario donde está construyendo redes, amistades y por tanto, aprendiendo a visibilizar su deseo en ciertos espacios que pueden generar tensiones y estrés, el alcohol en contextos gay (como bares) sirven como una especie de tranquilizante a ese estrés. El alcohol le permite, como a Mario, socializar con otros hombres gay, ligar y entablar relaciones sexuales. La cuestión que preocupa a Alfonso es lo que “puedes llegar a hacer”, que es realizar actividades sin tener la conciencia de hacerlas, y que sin el alcohol no haría. Esto habla de una pérdida del control identitario y de un deseo por recobrar o no volver a perder dicho control.

Parte de estas experiencias es la noción de que los hombres disfrutaban del uso del alcohol y de otras sustancias. Tanto Alfonso como Mario lo disfrutaban por los efectos que tienen en su vida social, pero para Hernán, por ejemplo, el uso de drogas se vincula con su espiritualidad y con sus prácticas políticas:

“... si, cada tanto consumo ciertas sustancias. Yo reivindico el uso del LSD, y reivindico el uso del psilocibina, o sea los hongos y la mezcalina que sería el peyote. Las otras sustancias como por ejemplo el MDMA, también la reivindico. Creo que debe haber más información, que los chavos muy jóvenes, muchos no saben cómo usarla, que yo creo que debería usarse para crecer como gente, como personas, para filosofar ¿no? Porque podría incluso usarse como un medio para llegar al amor. La tacha puede ser un medio para poder llegar al amor, para poder abrimos y quitarnos este medio de auto-represión y de ansiedad ¿no?... Entonces cuando trabajas con la conciencia, trabajas con ese amor que estoy hablando y que insisto mucho, que tiene que ver con el espíritu, y entonces en ese sentido estas trabajando con lo superficial de las cosas ¿no?... Yo sí creo que son muy importantes las sustancias, y que las sustancias hay que tomarlas como un vehículo para crecimiento interno-espiritual y un crecimiento en la conciencia. De cómo

puedes aprender de ti y los demás a través de las sustancias, y que eso requiere de información y de formación, de que tú te formes como un ser, que tú te hagas responsable ¿no?” (*Hernán, 58 años; Generación 3; profesionalista*)

Es clara la postura de Hernán; su experiencia lo ha llevado a consolidar y defender el uso de ciertas sustancias, pensándolas como un elemento importante para el desarrollo identitario, para la exploración de nuevas facetas identitarias, “para crecer como personas... para llegar al amor”. La sustancia aquí está implícita en la idea de sujeto y en la idea de relaciones entre sujetos, se trata de un puente que vincula a las personas no sólo con otras personas, sino consigo mismas. Esto significa que, para Hernán, el uso de estas sustancias es una forma de expandir la propia realidad del sujeto, de colocarlo en un lugar que le permitirá tener más y mayores conocimientos. A lo largo de la entrevista con Hernán, pude entender que su experiencia con las sustancias que menciona le permitieron sobreponerse de la discriminación y el temor, de la “ansiedad” que sentía debido a su deseo homo-erótico, asimismo le permitieron construir su espíritu, en el sentido de una relación espiritual consigo mismo que de otra forma no habría descubierto.

La segunda parte del testimonio de Hernán de cierta forma contrarresta la primera, pues es cauteloso al hablar de la “responsabilidad” del uso de drogas. Con esto me atrevo a interpretar que se refiere a una preocupación con el poder adictivo de las drogas y por tal del daño que puede generar a la identidad y al cuerpo, temor que comparte con Alfonso y Mario. Hay una preocupación compartida sobre los efectos que pueden tener las drogas en la psicología individual y en el cuerpo. Hernán advierte de cómo el uso de las sustancias se puede desviar del propósito que él establece, por lo que se requiere de una intervención sistémica para “informar y formar” sobre su uso. En otras palabras, hace un llamado al Estado a regular el consumo de estas sustancias, pues llega un punto donde su uso ya no tiene fines de crecimiento y ni de espiritualidad (y de sociabilidad en el caso de Mario y Alfonso).

9.5. Espiritualidad y religión

De los extractos anteriores, es evidente que la reivindicación de ciertas sustancias es un elemento fundamental para la vida política de Hernán y para su vida espiritual también. Distingo entre espiritualidad y religión no nada más por la mirada fenomenológica que intento incluir en este proyecto y que me obliga a respetar el discurso de mis entrevistados, también porque de acuerdo con la teoría psicológica al respecto, se trata de constructos diferentes que tienen efectos emocionales distintos. De acuerdo con Koenig (2010), la espiritualidad es una búsqueda por la trascendencia y por cuestionar constantemente lo que uno se enfrenta, además de que funciona como un mecanismo de afrontamiento, ya que mucha gente recurre a la espiritualidad en momentos de crisis o para resolver emociones difíciles, así contribuyendo a una sensación de bienestar. Para Collicutt (2011), la espiritualidad es diferente de la religión porque la primera es menos estructurada, está más centrada en el individuo que en el colectivo, e involucra más a las emociones que la religión; en pocas palabras, se trata de una proximidad con aquello considerado sagrado (Worthington, Nook, Davis y McDaniel, 2011).

Tomando en consideración los contextos de estigma, discriminación y violencia a los cuales se enfrentan los entrevistados, que ellos busquen una forma de trascender y cuestionar su propia sexualidad y contexto homofóbico tiene sentido; se trata de una forma de adquirir herramientas para ser críticos ante su realidad. El incluirse en espacios espirituales se puede ver alimentado por dificultades emocionales que el hombre no logra resolver por sí mismo:

“... yo en esos momentos tenía mucha depresión... ahí empecé a sacar todo, toda esa parte que tenía dentro no, yo tenía como que la necesidad de creer en algo en algo superior a mí para que fuera capaz de no sé... de, de aliviarme pues las heridas, las heridas internas que yo tenía. Tanto de la familia, de mi pareja, y en ese momento de soledad. Porque estaba, estaba, estaba solo. Y entonces de ahí me empecé adentrar un poco; la verdad me, me sirvió mucho, me sirvió mucho...” (ED; 24 años; *Generación 1; profesionalista*)

La espiritualidad o la religión permiten alimentar una sensación de conexión con otros objetos, sean personas u objetos en la naturaleza, seres queridos fallecidos o el universo mismo, ya que permite el acercamiento físico y emocional con objetos abstractos o personas con las cuales interactuar (Worthington y cols, 2011). Al respecto, Blumer (1969/1998) nos dice que la sensación y acción de interacción es la que en gran medida, permite una de/construcción identitaria. Vemos, por ejemplo, que para ED, su religión es una forma de enfrentar su depresión, casi un espacio terapéutico en donde encuentra maneras de disipar las emociones que sostienen su soledad y su depresión:

“... la religión que yo, que yo tengo se llama espiritualista... Se enfoca más, este... es una cuestión como budista... Pero en realidad es una mezcla de judío-cristiano un poco... nada que ver con, con la religión católica. Entonces más este más enfocada al alma, a la curación espiritual y la verdad me ayuda; hacemos mucha meditación entonces es lo que lo que me fascina... De hecho llegan personas heterosexuales, travestis... es una religión muy abierta...” (ED; 24 años; *Generación I; profesionalista*)

A ED lo que más le gusta de su religión es poder meditar y compartir con otros miembros que se identifican como LGBT. Ahí encontró un espacio en donde no es juzgado negativamente por su deseo y su identidad, y que además le permite dialogar consigo mismo en un espacio de apoyo. Esto significa que de cierta forma, la reflexión individual se logra a través de la sensación de comunidad y conexión que se establece entre los asistentes y funciona como un mecanismo de afrontamiento. Le fue difícil explicarme en qué consiste la religión que practica, pero pudo explicarme que se reúnen una vez a la semana, en una casa-hogar, platican un poco, hay bebidas y comida y después se reúnen en un círculo donde todos meditan de manera individual. Hay un guía pero en realidad la meditación es libre y sin intervención externa. Al final de su meditación, algunos se reúnen y platican. De hecho, ED ha encontrado amigos

en este círculo con quienes socializa fuera del espacio religioso y con quienes acude a lugares exclusivamente gay de la Ciudad de México. Así, la espiritualidad tiene una conexión importante con la comunidad y la reflexión crítica.

Roberto describió su asistir a misa como un “momento de encuentro” no sólo consigo mismo, sino además con sus seres queridos. Desde su experiencia, a través del Dios católico, él puede encontrarse con seres queridos que no están vivos y conversar con ellos, lo vive como un momento de crecimiento y reflexión, a pesar de que no asiste para escuchar la misa como tal. Inclusive, Roberto no desea adscribirse a la estructura religiosa del catolicismo, sin embargo, la misa es un espacio que agradece y disfruta por brindarle reflexión. De esta forma, practicar la espiritualidad o buscar una forma de trascender, se hace de manera menos estructurada que en otras religiones (que incluyen ritos semanales y toda una orden de eventos dentro de ese rito a los cuales uno debe adscribirse), pues la reflexión que se lleva a cabo en esos espacios es un mecanismo que les permite afrontar su realidad estigmatizada. La prácticas y el cuidado de la espiritualidad, de esta forma y para éstos sujetos, tiene efectos terapéuticos en su vida emocional; les permite entrar en diálogo consigo mismos, reflexionar sobre sí mismos y confrontarse con las emociones producidas en su vida cotidiana.

9.6 Violencia

En este apartado pretendo analizar e interpretar los aspectos de vida donde los participantes se sintieron tal cual violentados de alguna forma y pudieron colocar la etiqueta de “violencia” al evento que narran; o bien, aquellos momentos donde de una u otra forma se sintieron incómodos en la interacción. Entiendo a la violencia como algo que incomoda y genera malestar; de esta forma, estoy hablando de la emocionalidad y de estados de malestar emocional.

Desde esta perspectiva, la violencia es un aspecto que forma parte de las emociones y, por tal, de la salud.

En muchas ocasiones, me parece que los hombres hablaban de violencia sin hablar de violencia. Es decir, para ellos, esas anécdotas que me platicaban, no las entendieron como violencia. Sin embargo, en la medida en que fui profundizando en dicha anécdota, en la situación contextual así como lo que fueron sintiendo durante ella, me convencía más de que en efecto se trataba de un episodio violento. Me parece que la dificultad en poder nombrar algo como “violencia”, para éstos hombres, se vincula con su construcción en tanto sujetos masculinos, pues desde la cultura de la “masculinidad” somos socializados bajo ciertas normas que invisibilizan ciertos eventos como violentos (Lozano y Ballesteros, 2010). Me apoyo en definiciones “objetivas” de la violencia, justo como ese evento que genera malestar, y no definiciones fenomenológicas (es decir, únicamente reportando como violencia lo que los entrevistados vivieron como tal) porque de ésta forma puedo identificar eventos estresantes de la estructura social que contribuye a lo que Meyer (2003) ha nombrado como *estrés minoritario* y que genera las condiciones para el desarrollo de ciertos malestares de salud mental. Coincido con éste autor cuando señala que las definiciones subjetivas de elementos estresores implican, a nivel clínico, trabajar sobre la resiliencia y la forma en que esa persona entiende la situación. En cambio, una definición objetiva permite entender el evento estresor como perteneciente a una estructura social que discrimina. La investigación que usa el modelo de estrés minoritario ha encontrado eventos de violencia física, así como la discriminación cotidiana como elementos importantes que contribuyen al deterioro de la salud mental de hombres gay (Meyer y cols, 2011). Finalmente, uso una definición amplia de violencia porque ésta me permite entender aspectos estructurales de la vida de los hombres y cómo afectó su subjetividad, específicamente su emocionalidad. Pongo en el centro de este análisis el deseo erótico y la identidad gay porque me interesa profundizar en la violencia de género como una violencia homofóbica.

Aunque la violencia está presente en muchas áreas de la vida de los hombres con los que platiqué, me parece que hay episodios de violencia explícita y dirigida. Es decir, existen eventos a lo largo de la vida de los hombres donde la violencia es el personaje principal y genera una serie de malestares importantes de analizar. Muchos de estos eventos sucedieron por el simple hecho de que el hombre es gay o transgrede los estereotipos de género. Así, es claro que la violencia es transversal, constante, y atraviesa la vida de los hombres.

Desde la experiencia de los hombres entrevistados, los eventos que identifiqué como meramente violentos (es decir, que no están relacionados con otros aspectos ni áreas de su vida), suceden en tres espacios: la familia, la escuela y la calle. Los tipos de violencia varían desde violencia verbal (como insultos y gritos), hasta violencia física (como golpes, sometimiento, intento de robo y de secuestro). De la misma forma, existe toda una gama de actores sociales involucrados en el ejercicio de esta violencia que yo calificaría como homofóbica: madres, hermanos, compañeros de escuela, profesores y la policía. Me parece que el performance de género que llevan a cabo los entrevistados, así como su orientación sexo-afectiva, son las razones principales por las cuales se vuelven blanco de esta violencia homofóbica. Es decir, su deseo y su transgresión de los estereotipos de género son los elementos sobre los cuales se sostienen los actos violentos que vivieron.

“... fue en la primaria, realmente. En la primaria donde, como te comentaba, yo tenía, este... tenía mucha afinidad con las niñas, me juntaba con ellas y por parte de mis compañeros, era como el ‘mariquita’, como la... como el ‘jotito’... Me avergonzaba, sentía mucha pena... Alguna vez sí llegué a reaccionar violento, sí llegué a agredir a uno de mis compañeros, me defendí, sí, sí le pegué y... así se minimizó un poco así cosas, ya me dejaron de molestar un poco... fue como imponer... ante, ante una agresión...”
(ED, 24 años; *Generación 1; profesionista*)

“Sí, como por eso de quinto (año de primaria). (Le dije a mi) papá, ‘es que, me están diciendo que soy, que soy gay’. Mi papá fue hablar con el maestro y todo eso, entonces... Es que no recuerdo muy bien pero sí llegué, sí recuerdo que así como que una vez me decían ‘ay, es que eres gay, y eres gay y eres gay’ ¿no? Los niños, no sé.” (*Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante*)

Ambos testimonios dan cuenta de la violencia de la cuales son sujetos los hombres desde edades tempranas y en instituciones educativas. La reacción de ED y de Alfonso es distinta; ED recurre a la misma violencia a la cual ha sido sometido para “defenderse”, lleva a cabo los performances de género exigidos para su sexo y necesarios para acceder a la “masculinidad”, narrando cómo a través de su ejercicio de violencia, sus compañeros “dejaron de molestar”. Me parece que estas demostraciones masculinas no sólo lo protegen porque sus compañeros lo ven como alguien que reacciona, sino porque además está acercándose a la “masculinidad” tradicional, de la cual supuestamente estaba alejado por su deseo homo-erótico. Es decir, sus compañeros lo invocan como por debajo de los privilegios de la “masculinidad” y ED demuestra, a través de la violencia, que es merecedor de esos privilegios. Por otro lado, Alfonso recurre a un familiar para defenderse del bullying homofóbico del cual es víctima. Por lo que me platicó, esta estrategia fue útil en tanto llamó la atención del profesorado para que no se coludiera con la violencia ejercida por los compañeros. Así, la institución es invocada a la no discriminación. Al mismo tiempo, las reacciones de ambos hombres son una forma de resistir al poder al que está siendo sometidos. En ejercer poder, ED y Alfonso resisten al mismo poder que los somete.

Fue impactante darme cuenta que absolutamente todos los hombres que entrevisté vivieron algún tipo de bullying por homofobia. Es decir, todos los entrevistados fueron señalados de manera despectiva en su escuela (sobre todo por compañeros, pero también por parte de profesores/as), por sus actuaciones de género o su interés en otros niños. Este bullying tuvo efectos fundamentales en la vida e identidad de los hombres, como señala Fernando:

“Mal, muy mal... me sentía, pues sí, muy, muy vulnerable, muy débil ¿no? Avergonzado, humillado... descalificado (cuando se burlaban de mí en la secundaria)... Y sin embargo, pero creo que siempre tuve la fortuna de contar con amigos y sobre todo con amigas que me cobijaban... En el primer año de secundaria fue muy atroz para mí, yo quería salirme, yo no quería estar en la secundaria.” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

Fue muy sorprendente para mí escuchar a participantes que narraron hechos de bullying homofóbica durante sus años de estudio universitario. Tanto Dante como Komadreja vivieron estos hechos, no sólo por parte de compañeros/as de clase, sino también por sus profesores. Hay una clara homofobia cultural e institucional en las narraciones de los entrevistados, misma que se conoce como homofobia interpersonal (Blumenfeld, 1992), a partir de donde los actores educativos están siendo parte importante de la reproducción de la matriz heterosexual, afectando de manera importante a los hombres gay en términos de salud y de emocionalidad. Por ejemplo, Dante narra cómo durante una práctica de campo durante sus primeros semestres de la carrera, fue blanco de violencias por parte del profesor a cargo de la práctica.

“... entonces ella (mi compañera) se arregló con el profesor y el profesor se arregló con el resto del grupo para que todos me agredieran durante la práctica y me empezaban a lanzar agresiones verbales a lo que daba. O sea, por ejemplo, cuando llegamos al hotel, yo llegué y de inmediato me metí al baño de mi habitación, yo siempre pido una habitación para mí solo, salí y el maestro estaba hablando con unos del grupo, así de ‘¿dónde está Dante?’ y decían ‘está en su cuarto’ y decía ‘a ver ¿quién de los niños se anima a darle su lechita en la noche?’. Estaba bien briago, yo me salí y me quedé parado atrás de él hasta que alguien le hizo la señal, ya nada más se volteó, se regresó dentro de la habitación con los otros chicos y les dijo algo en voz baja y se fue. Ahora y durante el resto de la práctica me estuvieron agrediendo. Y entonces resulta que imagínate... tenía que convivir todos los días con todos estos compañeros con los que me llevaba realmente mal... Y ahí comencé con ansiedad y así en una noche de repente

empecé con los síntomas.” (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

En la anécdota de Dante, se hacen evidentes dos cosas que me parecen importantes. Primero, existe una clara colusión entre el alumnado y el profesor para hacer sentir incómodo a Dante, un acto de violencia motivado por el hecho de que Dante es abierto sobre su orientación sexo-afectiva y sus actuaciones de género. Es decir, es ésta transgresión pública la que lo colocó como blanco de la violencia homofóbica. Segundo, la anécdota habla de un claro ejercicio y abuso de poder de parte del profesor. La figura del profesor en México es una sumamente respetada que, debido a un sistema educativo bancario (Freire, 1970), mantiene cierta distancia con el estudiantado. Dicha distancia permite observar al profesor como poderoso. Que un profesor lleve a cabo este tipo de conductas homofóbicas tiene implicaciones institucionales, pues en tanto representante de la universidad, habla por ella y reproduce el discurso de la violencia homofóbica como adecuado. El estudiantado entonces, entiende que este tipo de conductas son aceptables y están autorizados para llevarlas a cabo. La colusión entre ambos actores educativos (profesor y estudiantes) habla de una cultura de género que permiten la perpetuación de violencia homofóbica. Es decir, este ejercicio de poder es una forma de validar la visión heterosexista de que ser gay o ser transgresor de los estereotipos de género es algo anormal y/o patológico, por lo que requiere de ser sometido.

Un ejemplo de esto es la violencia que vive Komadreja. Para mí fue sorprendente escuchar su historia pues me pareció ser una persona que vivió gran cantidad de intensas anécdotas violentas, específicamente en la escuela.

“... bueno en dos ocasiones me golpearon entre... bueno no en dos, en una si me golpearon entre los tres y en otra ocasión si me eché a correr ¿no?... Pues igual salí yo de la secundaria, yo estaba en la parte de atrás de la secundaria... y me acuerdo que llegó el primero... y después llegaron los otros dos y así como que ‘¿qué pedo

contigo? y que la chingada'... '¿pero por qué?'. Y así, no que 'pinche puto' que la chingada ¿no?... (M)e acuerdo que me tiraron al piso y otro se subió encima de mí y el otro me golpeó la cara y así como... Fue así como bien raro ¿no?... Me acuerdo que otra vez un chavo, otro chavo también me quería golpear ¿no? El chavo sí me gustaba y sí me acuerdo que se lo dije a una de esas chavas y esas chavas fue y le dijo, '¿sabes? Le gustas a este güey'. Igual, saliendo de la secundaria, llegó y me agarró, me acuerdo que me recargó... 'A ver pinche puto, que la chingada, que te gusto que la chingada'. Y yo, 'no ¿quién te dijo eso?'... Yo sí estaba bien nervioso... Sí me acuerdo que entonces me cargó y sí me dio un buen de miedo y dije, 'no, ya me van a partir la madre otra vez'. Porque eso fue después de lo que pasó con los tres güeyes.”
(Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante)

En el caso de Komadreja, resalta la homofobia interpersonal (Blumenfeld, 1992) como base de la violencia física y verbal. Parece ser que tanto sus compañeros viven la gaydad y el deseo de Komadreja como una verdadera amenaza. Desde la “masculinidad” tradicional, esta amenaza debe ser vencida. A través de estas demostraciones, le muestran a Komadreja un jerarquía entre hombres, en donde colocan a Komadreja en un lugar de desprecio frente a su “masculinidad” heterosexual. Parecería que la presencia “gay”, de este entrevistado, es una amenaza directa a la sensación de hombría de sus compañeros.

De acuerdo con las narraciones de estos participantes, viven la escuela como un lugar donde se abre un espacio para ser interpelados como víctimas, cuestión que tiene efectos importantes sobre su emocionalidad. ED narra su culpa y su vergüenza, promovida por el bullying homofóbico que vive. De acuerdo con Granados y sus colaboradoras (2007, 2008) éstas emociones son la base para el desarrollo de trastornos emocionales importantes en hombres gay. Dante, quien recibe un diagnóstico médico de ansiedad generalizada, desde su experiencia, los inicios de sus “síntomas” tienen que ver con las experiencias de violencia homofóbica que vivió en sus prácticas. La historia de Dante me interesa en particular, pero es importante tener en cuenta que el desarrollo de sus emociones

ansiosas tienen raíces en la interacción que tiene en la universidad (además de otros espacios importantes), como interacciones que se suman a su historia emocional particular. Así, la violencia homofóbica en la escuela no son sólo expresiones de la matriz heterosexual en instituciones sociales, que permean a actores sociales (como profesores y compañeros/as de clase), sino que además tienen particulares efectos en la salud y emocionalidad de hombres gay. Lo que quisiera resaltar es que estos hombres son objeto de esta violencia únicamente por sus actuaciones de género, por ser homo-eróticos y no por ninguna otra razón.

La violencia es recurrente en la vida de los entrevistados. Desde agresiones verbales cargadas de significantes y normas de género que acusan a los participantes de transgredirlas como “joto”, “puto” y “maricón” y que les enseña que su comportamiento y su deseo no son los adecuados para la vida social en la que están; hasta golpes y humillaciones públicas en donde se juega el poder de la “masculinidad” frente a otro que observa. Estas violencias pueden interpretarse y servir como una manera de mantener el control sobre aquello que no obedece al *status quo*, un intento por intimidar y mantener en la patología y en la periferia a deseos, prácticas e identidades no hetero-eróticas.

El discurso homofóbico, como señalé en apartados anteriores, proviene de diferentes instituciones. En ocasiones este discurso se expresa en violencia. El caso de César es interesante, pues él afirma que fue llevado a tratamiento hormonal para “corregir” su amaneramiento. Así, su familia y la institución médica se coludieron para ubicarlo en un espacio de abyección, para irrumpir en su integridad y su cuerpo sin autorización suya. En éste caso particular, él es citado como afeminado desde su familia, él es convocado a existencia de esta forma; es convocado desde la violencia homofóbica:

“A decir de los enfermeros que suministraban el medicamento, entre otras cosas, se me proporcionaban... hormonas. Porque era, en esa etapa, se consideraba la homosexualidad como una enfermedad. Entonces mis familia trató de curarme y por todos los medios evitar que

yo usara colores, hasta en la actualidad me visto de negro.” (*Cesar, 60 años; Generación 3; profesor*)

En el contexto de César, el homo-erotismo se expresa en actuaciones de género femeninas, en una confabulación entre el género y el deseo. Esta transgresión de los estereotipos de género lleva a su familia a “corregir” eso que no debe presentarse en un cuerpo con pene, en un cuerpo-hombre. Para César, esta experiencia es sumamente impactante, se siente violado, interrumpido. La entrevista con él fue sumamente interesante y difícil al mismo tiempo. En ocasiones yo sentía que lo que me decía no tenía sentido, su discurso era, para mí, desorganizado. Mi entrenamiento en psicología clínica me llevó a pensar en diagnósticos y en la instalación de una sensación de paranoia que siempre regresaba a este evento de intervención clínica en su infancia. La entrevista con él me dejó claro que su sentir sobre sí mismo, su constante activismo y el manejo abierto de su orientación sexo-afectiva se vinculaban con esta experiencia; era una forma de desafiar a la homofobia que le tocó vivir a tan temprana edad. De esta forma, hace propio un discurso de resistencia ante la homofobia, y a través de este discurso es capaz de vivirse abierto sobre su identidad. Es interesante que desde su experiencia existe esta apertura, sin embargo, para mí fue claro que hace ciertas negociaciones en el espacio público. Es decir, encuentra ciertos espacios en donde puede ser abiertamente gay, espacios en los cuales no se siente amenazado; hay otros espacios como la calle y en ocasiones su trabajo, en donde no siente esta seguridad, se siente amenazado. Esta amenaza lo regresa a estas primeras experiencias de violencia generando que éstas experiencias sean un elemento central y fundante de su identidad como gay.

En la familia también se expresan toda una gama de tipos de violencia y se coluden varias instituciones. La violencia verbal y psicológica, hasta la física. No me parece que alguna sea peor que otra, pero sí tienen efectos distintos. La violencia física implica una verdadera intromisión al espacio íntimo de la persona, un intento por modificar directamente esas actuaciones de género que tanto incomodan. Las violencias verbales y físicas intentan mantener alejado a ese

cuerpo que transgrede; las instituciones se cruzan, se encuentran y se tejen para generar una homofobia estructural en donde no caben los hombres gay.

10. EXPERIENCIAS Y PRÁCTICAS SEXUALES

En este capítulo, retomo las historias que me compartieron los hombres en torno a practicar su sexualidad. Distingo entre *prácticas* y *experiencias* porque, como he sostenido a lo largo del texto, “*experiencias*” está ligado a la emocionalidad de lo vivido. Por otro lado, uso “*prácticas*” en un sentido vinculado a la salud pública; una mirada como ésta es importante justo porque se ha considerado a los hombres gay como personas en mayor riesgo de adquirir ITS. El concepto de prácticas es útil porque toma en cuenta los contextos en los cuales está el hombre, defendiendo que se trata de un proceso tanto social como psicológico. La combinación de ambos conceptos permite unir la vida emocional con los contextos y los comportamientos sexuales, incluyendo las emociones en una perspectiva de salud pública.

Hablar de experiencias y prácticas sexuales puede ser sumamente amplio. Me interesa describir cómo fue que aprendieron sobre sus genitales, los usos que le podían dar, las prácticas y experiencias en torno a ellos y las de otros hombres, así como las emociones y afectos ligados a este uso. No intento reducir el sexo al uso genital, sino incorporar las actividades sexuales con la vida emocional. El análisis da cuenta de la manera en que se interseccionan las parejas sexuales, las parejas afectivas, los contextos sexuales o lugares donde se tienen sexo; dependen los unos de los otros y se vinculan de manera importante con prácticas sexuales de riesgo, con el contagio del VIH y otras ITS, y con el uso del condón.

10.1 El sexo y la educación informal

Como señalé anteriormente, es difícil que los hombres homo-eróticos aprendan sobre su deseo, sobre la homosexualidad y sobre la gaydad, debido a una falta de recursos simbólicos (como educación formal) y modelos plurales de identificación. Los hombres van buscando la manera de informarse más allá de las cuatro paredes de su aula escolar y de su familia. Algunos recurren a libros de

corte académico o científico, mientras que otros recurrieron a periódicos y revistas eróticas y pornográficas, y otros tantos al uso de internet, algunos de ellos a varios de éstos recursos. Los hombres de generaciones de mayor edad compartieron su creencia de que el uso del internet facilita a nuevas generaciones y a hombres más jóvenes aprender sobre la cultura gay. Mientras que fue evidente que las generaciones más jóvenes obtuvieron aprendizajes significativos a través de la red. Los efectos del uso de una u otra tecnología (libros, periódicos, revistas o internet) me parece que tienen efectos diferentes sobre la subjetividad. Javier platica cómo aprendió sobre la homosexualidad en libros de corte académicos que tenían familiares suyos y la manera en que le impactaron, debido a su contenido homofóbico.

“Había uno (un libro) que yo leí a los 11, 12 años que era de un tal doctor Elías, ‘Todo lo que usted quiso preguntar sobre el sexo y nunca se atrevió’. Que era un libro **terriblemente** homofóbico. Lo leí, lo leí, lo repasé, lo tenía uno de mis tíos... decía, ‘es que los homosexuales son gente que se desvió de un patrón de comportamiento, por malas prácticas... Es que son hombres que tuvieron una etapa de no desarrollo sexual’...”. (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

Estas imágenes impactan en la visión que tienen los hombres sobre sí mismos y su deseo, llevando a interiorizar una idea de patología y de anormalidad en ellos mismos. Los periódicos de la década de los setenta y sobre todo de los ochenta, con la aparición del VIH, contribuyeron a la construcción de una cultura homofóbica y violenta, impactando claramente en la subjetividad gay.

“Pero sobre todo cuando llegaban a salir (en el periódico) de cuando mataban a los ‘mujercitos’, a los ‘jotos’, a los ‘lilos’... En ese momento yo creo que la palabra el apasionarse por los hombres. Porque generalmente estaban asociados a los crímenes... Y él me pasó (un amigo), no las copias, el periódico, de ese periódico sí me acuerdo, haber visto ‘El cáncer lila’. El encabezado. El cáncer lila, era”. (*Fernando, 46 años; Generación 3 profesionalista*)

La ambigüedad en torno a las referencias a hombres homo-erótico, y el señalamiento de que eran víctimas de crímenes “pasionales”, le permitieron a Fernando construir un concepto lejano de lo que era ser homo-erótico. Es decir, para él, el acercamiento a éste concepto y por tal a la comprensión de su propia sexualidad se hizo a través de esta subordinación, de entenderse “mujercito”, “joto” y “lilo”, que a su vez se oponía a la idea que se había construido sobre su “masculinidad”. Esta ambigüedad está presente en el tema del llamado “cáncer lila”, concepto usado para referirse al VIH cuando apenas apareció en 1984. De esta forma, los medios impresos contribuyeron a producir una sensación de miedo y temor en torno a este grave mal que afectaba (aparentemente) sólo a hombres homosexuales. A través del uso de la palabra “lila”, un color tradicionalmente “femenino”, se hace referencia a la subordinación cultural hacia los hombres gay/homosexuales, subordinación matizada por la idea de un “cáncer”, enfermedad terminal y degenerativa. De esta forma, se creó la idea de una muerte inminente que únicamente los hombres homosexuales merecen vivir.

Estos elementos son contruidos desde el contexto de Fernando, que compartió con otros hombres de su generación. El temor a esa muerte, a ser merecedores de una enfermedad desconocida por sus “pecados” -como señaló un médico prominente de la Secretaría de Salud en los ochenta (García, 2009)-, afectó la manera en que los hombres homosexuales se fueron construyendo, haciendo propio ese desprecio y esa homofobia.

Otra forma de irse “educando” en el tema de lo gay es como el caso de Jorge, Javier y Komadreja, de la segunda generación, que recurrieron a la compra de revistas eróticas y pornográficas para conocer más acerca del mundo gay. Es interesante que únicamente los participantes de esta generación recurrieran a revistas eróticas y pornográficas. Los hombres buscaban activamente alguna manera de acercarse al cuerpo de un hombre, deseaban verlo, tocarlo, masturbarse con imágenes de hombres; es decir, ejercer una sexualidad basada en un deseo

homo-erótico. Contar con estas revistas era sumamente placentero y gratificante para ellos. No obstante, al haber aprendido sobre la anormalidad de su deseo, existía un elemento de culpa por ejercer su sexualidad de esta forma.

“... me acuerdo también que en este proceso de aceptarme y ver qué onda conmigo y demás y que tienes la curiosidad ¿no? Ehm, pues antes no había internet ¿no? Entonces era como un poquito más difícil encontrar información. O ir a la biblioteca de la escuela y pedir un libro de homosexuales como que no estaba tan fácil ¿no? Entonces, este, veía en los stands de revistas, que había revistas interesantes ¿no? O sea de un hombre ahí semi-encuerado en la portada y yo decía ‘a ver esa revista’, entonces, pues o sea iba y compraba mi revista y pues entre que las fotos y que... digo más por las fotos, obviamente, pero, pues ahí ibas viendo también los términos lo que quiere decir ‘homosexualidad’... No, y después me daba una culpa terrible haber comprado la revista y las tiraba. Y este, y después las volvía a comprar y las volvía a tirar, era una revoltura terrible, o sea sí no, no fue fácil. ”. (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

Así, el consumo de este tipo de materiales está vinculado al proceso de aceptación que describí en el apartado anterior. Las revistas fueron una herramienta que permitió la exploración de su deseo homo-erótico, de satisfacer un placer en observar e interactuar con un cuerpo de hombre, así como de producir fantasías y guiones internos sobre su deseo erótico. Asimismo, las revistas fueron una herramienta educativa, pues permitió que los hombres se acercaran al concepto de “homosexualidad”, que entendieran en qué consistía y qué significaba, para así contrastarlo con sus propias vivencias subjetivas. Finalmente, es evidente una dicotomía de bienestar-malestar en el uso de estas revistas, pues a pesar de que sentían placer y satisfacción en usarlas, éste era seguido de un malestar, de una culpa por irrumpir en el tabú del sexo. Juan, más adelante me dijo:

“(Aprendía) Pues toda una, ahora sí que toda la cultura gay, desde que si los osos, que si los leather, que si los

antros, que sí, o sea. Empiezas a descubrir cosas. O sea en el ‘Tiempo Libre’, antes, bueno no sé si todavía, pero venía una sección de gay. Decía que el ‘Taller’, que los antrillos que había. Así de ‘hay lugares gay’. Entonces yo o sea, pues era a través de esas revistas que conocí un poco más de qué onda con la cultura gay, porque pues es toda una cultura. Y subculturas. (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

No sólo se trataba del uso de revistas propiamente pornográficas, sino de una herramienta cultural y educativa que permitía a los hombres guardar una cercanía simbólica con la cultura (y subculturas) gay del momento. Los hombres aprendían a qué lugares podían ir para conocer e interactuar con otros hombres gay. Esto es interesante porque este tipo de espacios generan una sensación de comunidad y pertenencia, se requiere compartir ciertos gustos en torno a la vida nocturna, al tipo de ropa y al tipo de música que se consume para formar parte de ella. Sólo uno de mis entrevistados reportó que no le agradaba este tipo de consumo y puedo imaginar que hay otros tanto que no gustan de este tipo de contextos y ambientes, así restringiéndoles la posibilidad de entablar relaciones e interacciones con otros hombres gay. De la misma forma, he conocido mujeres y hombres heterosexuales que disfrutaban mucho de asistir a la vida nocturna gay justamente por el consumo de estos aspectos culturales, como la música, la ropa y la vida nocturna. Así, este tipo de espacios son espacios que incluyen o excluyen a ciertas personas.

Aunque pareciera que el consumo de este tipo de revistas es una actividad que se realiza en solitario, desde la experiencia de algunos entrevistados, se trató de una herramienta que además permitió la sociabilidad y la interacción sexual con otros hombres.

“Porque él me mostró revistas pornográficas...Fue la primera vez donde vi a un hombre adulto desnudo con un pene erecto. En esas revistas y me llamó muchísimo la atención. Incluso yo no creí que un hombre pudiera tener ese tamaño y a mí me **gustó** pero yo tenía mucho miedo. Él fue el que quería empezar a hacer cosas... Él me dijo: ‘¿Oye no quieres que hagamos lo mismo que están haciendo

aquí?’ Quería básicamente que tuviéramos sexo oral’.
(*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

“La primera, digamos me la regaló (la revista) y ya después yo le decía (a mi amigo), ‘cómprame, cómprame... cómprame’. Hasta que un día... pasó tres veces y ya para la tercera vez me dijo, ‘si quieres que te la compré, mámamela’. Y ya, es vez dije, ‘bueno va’. Pues ahí voy, chas ¿no? Y pues me lo metí en la boca, fue muy poco realmente... y así que como que ‘ya, güey’, ya con eso güey. Y ya después dije no, no, yo no vuelvo a hacer eso por una revista, no. Yo recuerdo que la primera vez que yo compré la revista, no sé, me tardé como una hora, así viendo revistas (risa) y entonces la pido, ‘quiero esa revista’, recuerdo que estaba viendo hacia abajo, me dio mucha... jaja, mucha pena, casi casi me fui corriendo”. (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

En ambos testimonios, el uso de revistas pornográficas sirve como el inicio de una relación sexual con un par. Tanto Javier como Komadreja llevaron a cabo prácticas sexuales con amigos suyos, de la misma edad, durante sus años de escuela secundaria. En ambos casos, me parece que estas prácticas obedecían a un deseo y una curiosidad erótica. Para ambos, por lo menos internamente, era claro que su deseo se orientaba hacia otros hombres, pero no encontraban formas de llevar a cabo esta sexualidad. La complicidad con sus amigos les permitió explorarse en términos sexuales, reproduciendo escenas sexuales que observaban en las revistas. De esta forma, las revistas contribuyeron a la relación amistosa y sexual que ambos mantuvieron.

Otros hombres, como Fernando, de la tercera generación, encontraron el uso de revistas como un medio para ligar y socializar con otros hombres gay/homosexuales. Hombres de esta tercera generación reportaron sentir dificultad en poder conocer a otros hombres gay durante su juventud, pues los espacios de homo-sociabilidad eran muy limitados y en los pocos que existían, el objetivo de los encuentros era meramente sexual. Fernando alza la demanda de poder encontrar a una pareja con quien compartir afectos y emociones. Reportó

usar revistas de clasificados para ligar, espacio donde conoció a su actual pareja, con quien ha mantenido una relación de 9 años.

“...nosotros decíamos que los clasificados lo único que hacían era exponer carne. Medidas, tamaños, pesos, colores ¿no? Puta... decías... Y además, la fantasía más pendeja de muchas locas, la verdad que ahí sí no, ‘que la quiero así de 25 centímetros y el güey tenga como 2 metros y medio y que sea güero y...’ puta, sí, no mames, eso no lo vas a encontrar nunca. Y por eso decía que era absurdo las relaciones de pareja”. (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

Fernando nos habla de su insatisfacción con el uso de un medio impreso. Desde su experiencia, a pesar de que los clasificados son un espacio y un medio en donde se puede conocer a gente para relaciones afectivas, hay una desilusión y frustración en su discurso porque ese espacio se usa con otros fines. Además, evidencia la importancia del cuerpo en las relaciones sexuales entre hombres. En ello se atraviesan ciertas categorías como deseo, sexualidad y raza. Parecería que Fernando hace evidente características de la cultura patriarcal y androcéntrica, pues se evalúa al pene y su tamaño como algo sumamente importante para la satisfacción sexual y la búsqueda de relaciones de pareja entre estos hombres gay. Por otro lado, se busca a los “güeros”, atribuyéndole cierto poder a esa característica fenotípica; característica que debe ser admirada, buscada y deseada. Estas características recuerdan al modelo de masculinidad hegemónica propuesto por Connel (1995) y otros autores (Kimmel, 2008).

En cambio, el uso de internet tiene implicaciones diferentes para diferentes generaciones. Para la generación 1, el uso de internet es una manera de, no sólo conocer la cultura sexual del medio gay sino además de conocer a amigos y potenciales parejas afectivas. Para la segunda y tercera generación, se trata más bien de un espacio para tener prácticas sexuales (como masturbación y el intercambio de frases e imágenes eróticas o propiamente pornográficas de uno mismo), o para conocer a parejas meramente sexuales. Esto no significa que los

hombres de las otras generaciones no usen el internet con fines sexuales. Doring (2000) ubica a todas estas actividades bajo el concepto de “cibersexo”, un concepto que utiliza de manera amplia para entender todas las actividades motivadas sexualmente que son mediadas por una computadora y que toman lugar en el ciberespacio (también llamado internet).

En los chats la identidad siempre queda protegida, uno nunca tiene que revelar aspectos de sí (como nombre, edad, lugar de residencia, ni fotografía) (Castañeda, 2006; Doring, 2000). Lo cual permite cierta protección de un mundo desconocido y que puede ser vivido como amenazante debido al estigma alrededor de él. El uso de computadoras facilita para muchas personas la expresión del deseo sexual y constituye un (ciber)espacio donde llevarlos a cabo. Desde una visión feminista, este tipo de interacción constituye una forma de que la persona se sienta liberada (Doring, 2000), pues puede encontrar escapes y fugas del sistema hetero-céntrico que estigmatiza el deseo homo-erótico; así como interacciones que les ayudan a explorar sus fantasías, sus cuerpos, además de establecer límites con otros. La compra de revistas, en cambio, significa desenvolver el deseo homo frente a un otro (aunque sea el encargado del puesto de periódicos) capaz de juzgar y rechazar. El mundo cibernético representa un espacio simbólico donde un joven gay puede conocer a otros hombres gay, mantener conversaciones e interacciones sexuales que funcionan como aprendizajes en torno a esa cultura particular. Para Dante, el internet y sus chats han sido la única manera en que se ha podido acercarse al mundo gay, debido a la relación controladora que guarda con su madre:

“Yo no lo usaba tanto para eso, yo lo usaba más para chatear y todo el tiempo buscar y andar comunicándome con los hombres... Había una que en particular que me gustaba que es de Lycos... chicos chat de España, me gustaba mucho porque era un entorno como si fuera un barco entonces tú vas platicando y entre más platicues vas subiendo de rango... Tenía salas de todo tipo entonces, tenía o sea tu puedes crear tu propia sala que se llame camarote y había un buen de camarotes gay...

Entonces pues ahí también y me gustaba tener contacto con muchos hombres así de que platicáramos, nos agregábamos al Messenger, o también por la cámara... La mayor parte del tiempo eran como pláticas muy sexuales más que nada, entonces me encantaba, yo luego sí me estaba horas ahí platique, platique así todo caliente. Así estuve durante años con ese chat

Ignacio: “¿Y que más hacían? Dices que se veían por webcam ¿Y hacían cosas sexuales por la webcam?”

Dante: Sí, no siempre, pero sí.”.
(*Dante, 24 años; Generación I; estudiante*)

Dante señala que sólo usa los chats para platicar con otros hombres. Sin embargo, más tarde en la conversación me platicó de la interacción sexual que tenía con otros hombres que conocía. Esta contradicción simplemente da cuenta de la variedad de usos que tienen las salas de chat específicamente gay. No sólo proveen de una interacción con otros hombres y otras formas de “masculinidad”, también proveen de oportunidades del ejercicio de la sexualidad y de aprendizajes en torno a la sexualidad entre varones. Castañeda (2006) señala que estos espacios permiten llevar a cabo fantasías sexuales justamente porque proveen de seguridad y clandestinidad frente a la sexualidad como tabú, ya que permiten ser explícitos en lo que uno desea y busca.

“... (Me metía a los chats) Pues por el morbo y por... pues no sé, ya sabes, a esa edad medio que no sabes ni qué pedo, quieres descubrir muchas cosas... yo ya sabía que era gay, quería saber... más allá, como estar con un, con alguien, con un hombre, o algo así, o platicar mínimo, así... Había una edad en la que ya sabes, estaba de, de moda el chat o no sé qué ¿no? Y este y ahí te empezabas a dar cuenta, te preguntabas, eres activo o pasivo y yo ‘¿qué es eso?’. Y ya, me explicaban... todo eso fue igual, como a los 13, 14 años... (*David, 22 años; Generación I; estudiante*)

El uso del internet como una forma de acceder a pornografía y a la interacción sexual cibernética, así como para conocer a parejas exclusivamente sexuales es común entre las tres generaciones. El que los hombres participantes de este estudio tuvieran acceso a internet, casi todos desde sus hogares, nos habla de un cierto nivel socio-económico, de por lo menos clase media. Así, estas

expresiones y experiencias sexuales son de acceso a cierto grupo poblacional, mientras que para hombres homo-eróticos de clase baja y trabajadora, sus interacciones y espacios de sociabilidad son otros.

Los hombres no sólo hacían uso del internet con fines meramente sexuales. Dante ha conocido a algunas parejas afectivas o novios, como él los nombra, a través de internet. Alfonso se encuentra construyendo una red de amistades gay a través de internet y no sólo con el uso de salas de chat, sino con el uso de páginas como Facebook y Hi5.

“... después me encontré otros amigos... otras personas después de ellos con los que puedo, tengo una amistad en la actualidad que es un poco, es más sana... ehh hay una diversión ahh más saludable, una amistad sin... sin este sin tanto prejuicio, tanto estigma o... lo contacté primeramente por internet, me acuerdo, y empezamos salir de al antro, empezamos salir primero al cine... esa persona tiene dos hermanos que también son homosexuales y son mis amigos y de ahí se han generado como varias redes, hemos hecho nuestro de amistades”.
(*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

“... de repente conocí un amigo por internet, de hecho yo abrí una cuenta de ambiente o sea, una cuenta de puros hombres gay... Creo que era Hi5. Y ya empecé como a agregar a chavos y así empecé a platicar con ellos y todo. Y yo sé que era como muy peligroso ¿no? Porque pues cualquier persona o así pero yo, así como que me gustaba y ‘¿Eres gay?’, y ‘¿Qué es esto?’ y así ¿no? Y me preguntaban ‘¿Eres activo o pasivo?’, y yo no sabía qué era eso. Había tenido relaciones y todo pero yo no sabía qué era eso. Entonces, ya... ‘¿oye qué es esto?’ ¿no? Y ‘¿Qué es pasivo?’, y ‘¿Qué es activo?’ Y, ‘¿Cómo te das cuenta cuando tienes SIDA?’ ... Entonces me empezaron a surgir como muchas preguntas y yo investigué en internet y de ahí, eh, sí conseguí muy buenos amigos. Creo que hasta la fecha son como dos... Los que le sigo hablando y todo bien, ya después siguió el Facebook, abrí una cuenta igualmente y también empecé a conocer como a amigos, conocí a Iván, un amigo. Y empecé a platicar mucho con él y me llamaba

por teléfono y todo, y yo creía que quería algo más conmigo pero no, en realidad él es como pues muy tranquilo y me empezaba así como que a dar consejos y yo le contaba todo. Entonces fue así como que empezamos a llevar una relación muy padre. Y este, igual y ahí, por ahí empecé a conocer chavos y teníamos como... empecé a salir con ellos ¿no? Así, ‘oye vamos a conocernos’ ¿no? ‘Me gustaste’ y ya pues si... y ya nos quedábamos de ver en tal lugar, íbamos al cine o lo que sea, y ya yo le preguntaba ‘¿tus papás saben?’ y empezaba la conversación ¿no? ‘No pues es que mis papás todavía no saben de mí, ni mi hermana’... Y yo les contaba lo mío. Y así, así prosiguió, así como mi vida, homosexual ¿no? Por llamarlo así”. (*Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante*)

El ciberespacio funciona como una forma de iniciar relaciones más duraderas, sean de noviazgo o sean de amistad. En realidad, el internet funge como una tecnología de comunicación sumamente útil para la sociabilidad y la interacción. Esta interacción también está llena de cultura, pues ahí se aprenden cuestiones relativas a la vida gay y las relaciones sexuales entre varones. Justamente por la desinformación en la educación sobre el homo-erotismo y las relaciones entre hombres, el ciberespacio se vuelve un lugar dónde las dudas se pueden resolver de otros hombres con mayor experiencia, sobre todo en el proceso de salir del clóset.

De forma similar, las herramientas del internet también se usan una vez que se inicia una relación de pareja. César, cuya pareja se encuentra en el cono sur, usa el internet para mantenerse en contacto con él.

“... me levanto en la mañana, me levanto es un decir, despierto, a veces en la madrugada para comunicarme con mi pareja a través de Skype o del Messenger, en el Amazonas y simultáneamente en lo que hablo con él, abro el Facebook y le pongo flores, plantas, frutas y ese tipo de tonterías que solemos hacer”. (*César, 60 años; Generación 3; profesor*)

Los hombres de generaciones más grandes, como de la dos y tres, ven el uso de internet como ese espacio que provee de oportunidades para el contacto sexual.

“Yo creo que lo que vino a mí a cambiarme la vida, ya que no me gustan mucho los antros, fue la revolución de internet. Cuando yo trabajaba en la universidad por el 2005, yo volví a agarrar mi vida sexual muy activa, y empiezan a aparecer los anuncios de orgías, porque son eso, no se les puede llamar otra cosa”. (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

Para Javier en particular, el internet revolucionó su vida porque le permitió un fácil acceso a anuncios, espacios y contacto con otros hombres que buscaban únicamente una interacción sexual con otros hombres. Me parece que esta búsqueda es particular de algunos hombres gay, es decir, son pocos los hombres que buscan de manera tan intensa únicamente el contacto sexual; la búsqueda es por relaciones duraderas y llenas de afecto. Javier ejemplifica y habla de una dificultad en poder entablar una relación afectiva y de pareja con otros hombres. Nunca ha tenido lo que podríamos llamar un “novio”, justamente porque nunca vio la oportunidad para poder tener uno. Es decir, su socialización y su acceso a ciertos contextos no le proveyeron de un modelo que ejemplificara la posibilidad de relaciones afectivas y de larga duración entre dos hombres. Para él es difícil entender cómo funciona eso, mientras que le es mucho más fácil entenderse y movilizarse en la arena sexual.

En mis últimos comentarios en torno al tema del uso de internet quisiera señalar la manera en que, para algunos hombres, ésta herramienta y algunas páginas en específico se han vuelto un lugar donde vierten gran parte de su subjetividad. Se convierten en espacios donde se presentan y hacen públicos aspectos de corte íntimo, sin temor a ser rechazados, estigmatizados o discriminados. En el caso de Dante, que vivió eventos que yo juzgaría como de gran discriminación, sobre todo en su escuela, tiene un perfil en Facebook en el que no teme ser visto y que valora mucho.

“Porque no soy el único que entró a trabajar aquí de la Facultad, entró otra chica que ya conocía, con ella me llevo súper bien, entonces trabajamos ahí juntos y adicionalmente otros chicos que también ya entraron como becarios ya me están añadiendo a Facebook y pues ya en Facebook, yo no tengo ningún tabú, nada, ahí está completamente abierto... Entonces, todo el mundo se va a enterar de todas maneras tarde o temprano, nada llega de improvisto”. (*Dante, 24 años; Generación I; estudiante*)

El caso de César es similar. A pesar de la diferencia de edad entre estos dos participantes, el uso que le dan a su perfil de Facebook es muy similar, permitiéndonos entender que el uso de esta tecnología de la comunicación rebasa fronteras de generación, de edad y hasta de clase. Para ellos, su Facebook es casi una especie de santuario, dónde no sólo se comunican con otras personas, sino que comunican a la sociedad en general sus ideologías, creencias y valores.

Así, aprender sobre el sexo, la sexualidad, el homo-erotismo, las relaciones y la homo-sociabilidad, logra de manera secundaria teniendo como recursos herramientas como revistas, periódicos y el internet, pues son herramientas a las que pueden acceder estos hombres. Las instituciones de la familia, la escuela y los medios de comunicación generan un discurso homofóbico con el cual los hombres homo-eróticos dialogan constantemente para generar una sensación de sí. En otras palabras, estas instituciones producen identidad. Pero por otro lado, el internet es otro espacio dónde se generan discursos en torno a lo gay. Ahí, los hombres vierten sus experiencias y conocimientos sobre sí mismos y sus interacciones, generando espacios cibernéticos y personales de resistencia hacia el rechazo vivido en las instituciones sociales. El internet y el uso de la pornografía son espacios en dónde los hombres pueden expresar su sexualidad con cierta libertad.

Al entrar a un (ciber)espacio donde pueden disipar sus dudas, conocer a otros hombres gay y establecer todo tipo de relaciones con ellos (amicales, sexuales y afectivas), se construye un lugar relativamente libre de estigma y

homofobia que a su vez permite producir emociones de bienestar como alegría, apoyo, gratitud y orgullo. Vale la pena tener en cuenta si hombres, que no tienen acceso a estos recursos materiales y simbólicos, desarrollarían una identidad propiamente “gay” u “homosexual”, o encontrarían otra forma de identificarse. Creo que son justo elementos como éstos recursos los que constituyen, en gran medida, la posibilidad de un espacio simbólico para el desarrollo identitario gay.

En palabras de Preciado (2002), estas herramientas producen una pedagogía de los órganos sexuales, enseñan a los hombres a usar su cuerpo, con quiénes y en dónde. Para esta autora, la pornografía tiene un carácter político, porque enseña a dividir los usos del cuerpo en privado y en público; los hombres aprenden que el uso de los órganos sexuales, específicamente su pene y su ano, son órganos que se usan (únicamente) para la penetración y en lo privado. Así, el uso de estas tecnologías normalizan y regulan las prácticas sexuales. Retomo el concepto de Haraway (1991) de *cyborg* para comprender cómo se relaciona el internet con el cuerpo. Sobre todo las generaciones más jóvenes cuentan con el internet y con *apps* en su teléfono celular para aprender e iniciar contacto sexual con otros hombres. La tecnología pasa a formar parte de la vida sexual y erótica cotidiana de los hombres gay, pues se vuelven espacios virtuales a través de los cuales se re/producen dinámicas de interacción sexuales y afectivas. Así, el cuerpo se vuelve un campo agujerado, con límites difusos y porosos; generando que el universo virtual se combine con el espacio físico, produciendo nuevas formas de interacción y de identidad. Aunque en las entrevistas no surgió el tema de las *apps* como tal, ha surgido una preocupación por el uso de estas tecnologías (Yianopolous, 2012). La evidencia con mis entrevistados me muestra que aquellos que hacen uso del internet lo ocupan como un espacio añadido a su vida cotidiana, es decir, el internet no se vuelve un monstruo devorador de la interacción cara-a-cara, ni una adicción.

10.2. Iniciación en las prácticas sexuales homo-eróticas

Para algunos hombres, tener estas vivencias les permite reflexionar sobre su identidad y sexualidad, y comenzar un proceso identificatorio con la homosexualidad y la gaydad. Sin embargo, en otros casos, las primeras vivencias sexuales homo-eróticas son alimentadas y motivadas por fantasías y curiosidades sexuales pre-existentes a la propia conducta sexual e inclusive a algún guión social. Tanto las fantasías como las primeras prácticas homo-eróticas son fundamentales para iniciar un proceso de identificación desde lo abyecto y de la otredad sexual; es decir, para comenzar un proceso de identificación como gay u homosexual. Este proceso es social, las prácticas sexuales se dan en contextos particulares, haciendo de la sexualidad un fenómeno social que tiene implicaciones emocionales. Las fantasías sexuales pueden entenderse como parte de un guión sexual (Whittier y Melendez, 2007), una historia que narra la persona para hacer sentido de sus deseos, atracciones y vida interna en general. Estos guiones incluyen a otros personajes de la vida de los hombres, que suelen ser compañeros de clase, vecinos o adultos, como profesores.

“... no me acuerdo si fue en segundo de secundaria que tuve este maestro de secundaria de matemáticas, o sea me encantaba su clase, no tanto por las matemáticas sino porque me encantaba él y yo incluso ya empezaba a tener fantasías sexuales con él... O sea, recuerdo a la perfección que una noche en un sueño soñaba que estábamos a punto de coger, pero me desperté... O sea, me encantaba ir, tener mis fantasías, llegaba y decía ‘sería muy padre que nos quedáramos solos él y yo en el salón y que ocurriera algo’...” (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

“... me excitaba demasiado (risas). Porque digo yo tenía ganas de cómo sentir, de estar con... como, pues, de mamar un pito, no sé güey.” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Para algunos hombres, estas fantasías se quedan como eso por muchos años. Sienten su deseo en el cuerpo y buscan activamente formas de concretar las

hazañas que tanto desean. Sin embargo, esto es sumamente complicado tomando en cuenta el contexto discriminatorio y homofóbico. Desde la experiencia de los hombres, su actividad sexual es meramente fantástica por varios años. La capacidad de fantasear es un hecho enorme en la vida de estos hombres, lo disfrutan y lo gozan, es un espacio íntimo y privado a través del cual pueden expresar un deseo que suele ser reprimido por la normatividad social; produce una serie de emociones que podríamos denominar positivas para estos hombres, hay un disfrute del cuerpo y de la sexualidad, producto de estos guiones intrapsíquicos:

“De la secundaria. Y pues también. Bien chistoso, porque era, equis, de que... ay era muy de que, alguien entraba nuevo y si me gustaba, siempre me los hacía muy mis amigos y los invitaba a mi casa (risa). Que a comer y no sé qué y se quedaban a dormir. Y pues, ya sabes ¿no? (risa). No pues que la mano (risa) ya sabes.” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

Algunos hombres logran pasar estas fantasías a hechos, pero requiere de poner en práctica toda una serie de tácticas y ejercicios de seducción, o de acercamiento sexual. Experiencias como las de David dan cuenta de una conciencia sobre el deseo y el “gusto” por otros hombres. David cuenta cómo se acercaba a otros compañeros suyos en la secundaria, a aquellos de quienes se sentía atraído, los invitaba a su casa y a que se quedaran a dormir. Este hecho habla de una experiencia de iniciar una relación fraterna con aquellos compañeros a los cuales desea sexualmente. Esto señala una coincidencia en los espacios de homosocialización. En otras palabras, para muchos hombres, la posibilidad de hacerse amigo de los compañeros que desean sexualmente es la única opción que tienen para sentirse cerca de ellos (Castañeda, 1999). Los recursos culturales para crear espacios donde chicos gay puedan encontrarse y vivir abiertamente su sexualidad no son existentes. De acuerdo con Castañeda (1999), esto obliga a los jóvenes a construir únicamente relaciones de amistad.

La amistad permite el acercamiento tanto físico como emocional que en ocasiones puede permitir llevar a cabo prácticas sexuales. Según Miglaccio (2009), las normas de la “masculinidad” no permiten la expresión del afecto físico entre varones. Sin embargo, la investigación sobre amistad entre varones en México muestra que la interacción física y sexual forma parte de este tipo de relación (López, 2007; Lozano, Fernández y Vargas, 2010); inclusive, algunos investigadores señalan que las prácticas homo-eróticas son parte del adoctrinamiento en la “masculinidad” (Gallego, 2010; Núñez, 2000). Este fue el caso para muchos de mis entrevistados, la barrera entre amistad y sexo (si es que existe una) se difumina para muchos de estos hombres. La ansiedad que este cruce de fronteras puede provocar se expresa en las risas constantes de David cuando me platicaba esto. Sus risas denotan cierto nerviosismo en contarme esta experiencia íntima, además de que podrían colocarlo como una especie de “seductor” a una temprana edad. La entrevista con él me dio la impresión de que en su mente, él tenía una imagen de sí mismo como de un niño sumamente sexual, que disfrutaba de prácticas que los niños de cierta edad no debían de disfrutar o ni siquiera tener. Para algunos entrevistados, la ansiedad y el nerviosismo que provoca el encuentro sexual fue parte de su disfrute emocional.

“... no me preguntes, pero llegó este muchacho (mi vecino). Y entonces él me empezó a agarrar, me empezó a agarrar, este, empezó a agarrar el pene, me empezó a excitar, a excitar y de repente se agacha y me empieza a mamar, frente ahí, pero... Yo estaba nerviosísimo, yo veía para todos lados que no se viera, estaba oscuro, obviamente era de noche... Después con él mismo en su casa, un día que no estaban sus hermanos, se habían ido por alguna razón, me fui a ver la tele con él a su casa. Y ahí en la sala otra vez, los toqueteos, todo. Y me la mamó hasta que, se me lo quise penetrar...” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

El nerviosismo de estos encuentros en parte se debe a que los hombres eran muy jóvenes, alrededor de los 10 años. Sin embargo, hay experiencias sexuales homo-eróticas a edades más tardías, que también producen nerviosismos

y ansiedad. La diferencia es que con un poco más de edad, los hombres cuentan con más recursos y habilidades para negociar el encuentro sexual, para que éste sea lo más placentero posible.

“... me dijo que él era gay... pues yo me quedé así ¿no? Me saqué de onda porque pues en la prepa tampoco nadie sabía de mí. Y ya yo le dije ‘¿sabes qué? Es que yo también así como que también, pues sí soy’ ¿no? Y este, pues ya o sea platicamos y todo y un día pues nos besamos... Al principio se me acercó y como que yo me quité ¿no? Así como que no, nunca había besado a un hombre, pero ya después, este, pues sí me sentí raro. Pero... no sé cómo explicarlo pero me sentí raro besándolo... Es que yo estaba inseguro yo en mí ¿no?... Y ya total de que pues fuimos a un lugar, bueno a un hotel y este... bueno, fuimos al lugar y todo pero todavía no habíamos entrado. Entonces yo le dije, ‘¿sabes qué? Es que no quiero’ y me dice ‘¿por qué?’, y le dije ‘no, es que la verdad no me siento seguro, no, no quiero’. Me dice ‘ya estamos aquí, para que se te quite la curiosidad pues vamos a intentarlo, si en algún momento dado no quieres, pues ya le paramos y ya no hay problema’... Tenía la curiosidad pero me daba miedo, entonces... Pues ya yo le dije que no y ya me dijo, ‘mira nos vamos a cuidar, nos vamos... todo, si tú no quieres le paramos y no hay problema’. Total que pues ya entramos al lugar y todo y pues ya digo pasó, pasó eso... Realmente lo hice... yo creo lo hice con inseguridad y miedo, yo creo en ese momento no lo disfruté y él sí, yo creo, porque pues, creo que (él) ya había tenido como antes relaciones y todo y para mí era mi primera vez entonces, la verdad no lo disfruté.... Obviamente me lo imaginaba (el sexo con un hombre) y por películas así pornográficas o lo que tú quieras, pero así como que qué se hace... no (risas nerviosas). Era como decir oye y qué, o sea, es como raro... Desnudarte frente a otra persona ¿no?, entonces obviamente en el momento se te quita esa, esa pena.”
(Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante)

Para Alfonso, toda la experiencia con este compañero/amigo suyo de la escuela es “rara”, le incomoda y por varias razones. Alfonso no había revelado su identidad a nadie y al encontrar a otro compañero gay, comienza un proceso de identificación que le da la seguridad para revelarse. Dicho proceso de

identificación toca directamente las fantasías y deseo sexuales, pues Alfonso comienza a sentir “curiosidad” por estar físicamente con otro hombre. La relación con este hombre le permite explorar un encuentro físico con él, desde un beso hasta penetración. Toda esta experiencia es incómoda para Alfonso, es prácticamente innombrable. Esto muestra una desconexión con sus emociones y con la situación que produce estas emociones. La falta de recursos simbólicos y de conocimiento en torno a las relaciones sexuales y afectivas entre varones permite construir la ignorancia en torno a ellas, ignorancia que afecta las emociones en torno a sus deseos y sus primeras experiencias sexuales. En corto, esta inseguridad de la que tanto habla, proviene de un espacio de desconocimiento emocional, de un desconocimiento de cómo estar con otro hombre y del estigma asociado a este homo-erotismo.

El extracto también da muestra de las habilidades de Alfonso para poder negociar el encuentro sexual con su compañero; Alfonso es capaz de expresar su temor y el no querer mantener el encuentro. La plática que reporta muestra una pequeña discusión donde no sólo su compañero sale victorioso, sino también la curiosidad de Alfonso. Es decir, hay una parte de él que desea tener ese encuentro, saber lo que se siente estar con un hombre. Gracias a que no hay interacciones en sus contextos que le permitan tener modelos o imágenes sobre esto, existe una gran curiosidad en torno a la exploración homo-erótica (porque lo homo-erótico se mantiene enigmático), cuestión que motiva las conductas de muchos hombres, a pesar de la incomodidad o “raro” de encontrarse frente a su primera relación sexual. Alfonso atribuye a sí mismo el hecho de no poder disfrutar de este encuentro, lo relaciona con su “inseguridad”. Lo que carece de su análisis es la pregunta de dónde proviene esta inseguridad ¿por qué se ha de sentir incómodo e inseguro frente a su primera relación sexual? ¿Qué de sus interacciones le han mostrado esta inseguridad?

Para otros hombres, sus primeros encuentros homo-eróticos también fueron incómodos porque no sabían cómo mantener relaciones sexuales; a pesar

de ver material pornográfico que está centrado en la penetración, algunos hombres, como David, reportaron que a pesar de intentar realizar la penetración anal, él y su pareja sexual no lo lograron. Sin embargo, reporta bienestar después de este primer encuentro sexual, su curiosidad y deseo quedan satisfechos de alguna forma y por lo menos por algún tiempo porque logran experimentar de primera mano cómo es una experiencia sexual con otro hombre; algunos hombres sienten una excitación enorme por estar próximos a un encuentro sexual con otro hombre, por estar cerca de un hombre que los seduce. La frase que usa David, “la carne es débil”, es importante porque da cuenta de una premisa fundamental de la “masculinidad”. La frase indica una especie de pérdida de control sobre el propio cuerpo cuando éste es confrontado con la idea de sexo con otro cuerpo. La pérdida de este control señala el mandato de que el sexo es primero y de que los hombres deben estar preparados y prontos para el sexo en cualquier momento, sin tomar en cuenta el riesgo que puede tener para ellos (de Keijzer, 2001; Schwartz, 2007).

Algunos hombres tienen experiencias bien distintas; conocen bien lo que desean en términos de prácticas sexuales y cómo hacerlas. Esto no significa que la experiencia no venga sin ansiedad y nerviosismo. En muchos casos la experiencia sexual se realiza con otro hombre a quien acaban de conocer o que tienen poco de conocer. El discurso sobre el amor romántico heterosexista castiga este tipo de parejas pues señala que el sexo se debe hacer con personas que se aman. A pesar de ello, estas primeras experiencias son muy liberadoras para los hombres

“Yo para empezar no lo conocía, yo no esperaba que mi primera vez fuera así y este... y pues dije, ‘no mames, no quiero, no vengo preparado psicológicamente, no mames, que pedo’. Y ya me espanté ¿no? Y pues ‘ya, estoy aquí, no le puedo decir que no’. Me acuerdo que nos metimos al baño de vapor y la chingada y yo me imagino que el güey se dio cuenta, me acuerdo que el güey fue muy lindo, eso sí. Pero, pues... yo le dije a ese güey que hiciera todo. A la hora que... pues el güey me penetró, me acuerdo que no usó condón. Emm, y este, pues no sé fue raro porque... No puedo decir, digamos sexualmente si me gustó... Me la

empezó a meter, pero como que muy despacito, como que tuvo mucho cuidado ¿no? Ya después nos bañamos, todo el desmadre ¿no? Y pues sí fue como la primera vez que me la metieron, fue raro. Y digo sexualmente sí me gustó mucho, me acuerdo que estuvo muy padre. Aunque no sé si me hubiese gustado que así fuese mi primera vez... Después de que este güey me cogió, yo me volví sexualmente muy activo...” (Komadreja, 25 años; *Generación 2; estudiante*)

“Entonces, yo estaba esperando el microbús en la esquina de la avenida de mi casa, para ir (a mi trabajo). Entonces pasó un coche y era un señor que se me quedó viendo y yo bueno, en ese instante, bueno, me sudaban las manos, dije ‘ay, este hombre me está viendo’ (Risa) ¿no? Y este, me hace la señal así de que te espero aquí a la vuelta. Y yo... en ese momento fue un shock, así. Terrible ‘¿Qué hago? Si claro que quiero ir’, o sea era un ‘sí, quiero ir... Pero finalmente fui y me subí a su coche. O sea tal cual. Y ahí, ‘¿cómo te llamas?’ y no sé qué y me empezó a agarrar la pierna, o sea, nada más, o sea ¿qué puedes hacer en un coche a las 12 del día en plena avenida? ¿No? Pero esa fue así como mi primer contacto físico con otro hombre ¿no? Y fue así de, por arribita shalala. Y ya. O sea, pero en ese momento, dije ‘no, no, no, esto es lo mío, o sea esto es’. O sea, fue una *excitación tremenda...*” (Juan, 37 años; *Generación 2; empresario*)

De todas las entrevistas, resalta la manera amplia en que cada persona define una actividad sexual, para Juan, se trató de un tocamiento ligero por encima de la ropa, mientras que para Komadreja se trató de una penetración anal. Los hombres entrevistados desafían el discurso sobre el “sexo” actual, ampliando la experiencia del sexo en sus vidas. Para muchos hombres, incluso la penetración anal era incómoda y nos les agradaba, para otros, era sumamente placentera. Estas experiencias tan diferentes marcan la forma en que viven sus experiencias sexuales. Para Komadreja, aunque incómodo, le permitió cierta liberación y continuar buscando actividades sexuales que siempre le dieron placer, lo mismo que para Juan. En el caso de Komadreja, también vale la pena resaltar lo difícil que le es decir “no”, a pesar de que hay una parte suya que se siente incómodo al entrar a los vapores donde se llevó a cabo su primera penetración, no encuentra los recursos necesarios para enfrentarse ante esta pareja sexual y

comunicárselo, como es el caso de Alfonso. Esto señala la forma tan distinta en que se acomodan los recursos culturales, sociales y por tal, psicológicos para negociar un encuentro sexual. Para Komadreja, esta falta de negociación lleva a una práctica de alto riesgo, pues su pareja no usa condón. Esta experiencia implica una especie de naturalización del no usar condón, pues como veremos más adelante, Komadreja siguió practicando sexo sin condón en muchas situaciones.

Me parece que las diferentes experiencias se vinculan con temas en común, la incomodidad y nerviosismo que experimentaron se debe a discursos culturales como el del amor romántico, que señala que el sexo se debe hacer con personas que amas. Esto mismo es parte de un discurso heterosexista más amplio, que condena el contacto sexual y el amor entre dos varones. Ante la carencia de un discurso inclusivo y propiamente homo-erótico, es entendible que Alfonso tenga esta inseguridad, misma que ha ido deconstruyendo conforme mantiene más interacciones sexuales y sociales con otros hombres gay. Para otros hombres, este discurso impide tener conocimientos sobre condones y lubricantes, accesorios que no sólo facilitan la penetración y el encuentro sexual, pero que son fundamentales para una vida sexual libre de ITS. En conclusión, la carencia de un discurso, de modelos de identificación y de información clara respecto al homo-erotismo, los hombres viven sus experiencias sexuales con incomodidad y temor, tanto a no saber qué hacer propiamente para compartir sus cuerpos y sus deseos y por no saber qué esperar de dicho encuentro. Es posible que un discurso inclusivo permita la construcción de emociones más placenteras y por tal, de encuentros sexuales satisfactorios y placenteros.

10.3 Ligue, sexo y espacios sexuales

Los primeros encuentros sexuales muchas veces no se dan de forma tan estructurada como las que acabo de describir. En muchos casos, esa primera vez es precedida por meses y hasta años de socialización en espacios particularmente

sexuales. Esto son espacios de la ciudad, generalmente públicos, concurridos por hombres que buscan sexo con otros hombres. A través de ciertas señales del cuerpo, logran entablar un proceso de seducción, o de ligue que les permite llevar a cabo prácticas sexuales. Sobre todo las generaciones dos y tres recorrían estos espacios con frecuencia. En estos espacios se animaban emociones de placer, gusto y cierto nerviosismo que les producía la búsqueda del sexo. Todo esto se hacía de forma clandestina y cuidadosa, pues temían encontrarse con el rechazo no sólo de la potencial pareja sexual, pero de cualquier persona que revelara su intención sexual, y que fueran víctimas de escarnio, de ridículo público o de autoridades judiciales. Es por esto que el ligue puede llegar a ser sumamente sutil y a veces inadvertido. Como recuerda List (2005), ha sido la misma cultura de género la que “no ha permitido que existan espacios de encuentro gay donde se propicie su convivencia, lo que ha llevado a la apropiación de espacios de manera más o menos clandestina” (p. 149).

Algunos hombres que entrevisté acudían a cines de la Ciudad de México, como el Cine México y el Cine Gloria; baños públicos como los Finisterre y los Torre Blanca; el metro de la ciudad; la Alameda Central, algunos espacios de Ciudad Universitaria como baños de ciertas Facultades y el “camino verde”, y sobre todo lo que en su momento fue como la “esquina mágica”, la esquina de las calles de Aguascalientes con Insurgentes. El ligue también se da en espacios propiamente gays, como bares, antros y cafés, y en espacios privados, como fiestas y reuniones en casa habitación. Esto último, sobre todo sucede en la primera generación. Uno de los entrevistados me contó que en ocasiones acude a orgías que se organizan en departamentos. Se anuncian por redes virtuales como Facebook y Yahoo y se cobra una cuota para ingresar.

También existen diferencias entre los espacios de ligue o sexuales en zonas rurales y zonas urbanas. Varios entrevistados de las generaciones dos y tres provienen de zonas rurales y emigraron al DF de adultos. En sus lugares de origen, no existían espacios propiamente homosexuales o de ligue homo-erótico,

sino que sus actuaciones de género motivaban el acercamiento de otros hombres. A través de ciertas miradas, podían entablar una comunicación no verbal con otros hombres. Lo que fue común entre los hombres migrantes es que eran ligados por hombres mayores que ellos cuando aún eran adolescentes; el otro hombre iniciaba el contacto verbal y posteriormente los invitaba a su coche, a su casa o a un hotel. Los hombres migrantes también eran sumamente cuidadosos durante estos encuentros, cuidaban su identidad de manera especial. Uno de ellos, Teo, solicitaba que salieran de su pueblo de origen y se fueran a un hotel o a una playa abandonada a kilómetros de su hogar para que ningún vecino lo fuera a identificar. Jorge, de una pequeña ciudad y no un pueblo, mentía sobre su nombre y su familia para que no fuera identificado. En las siguientes páginas, recuperaré la experiencia de algunos hombres para dar cuenta de la manera en que el ligue y el sexo se llevan a cabo entre hombres en zonas homosociables de la Ciudad de México y el impacto que esto tiene en su vida emocional.

“Claro, yo conocí mucha gente, ahí es donde había que conocer la gente, la gente se conocía en la calle. Este, esa era la forma de conocer a la gente, era ligar en la calle, en lugares estratégicos en donde sabías que ahí se reunía la gente homosexual ¿no? Pero ahí en ese Sanborn’s había ‘chichifos’ que ahora les dicen ‘escorts’, este, y había vestidas que ahora son travestis o transgéneros, y estaban atrás y sí había prostitución, porque era los prostitutos, las prostitutas, los prostitutos en general. Y todo eso era, tú podías dar vueltas.” (*Hernán, 58 años; Generación 3; profesionalista*)

Hernán platica de su experiencia en la “esquina mágica”. Su relato da cuenta de la diversidad de personajes y vivencias que sucedían en ese espacio. Pareciera que en ese lugar público se reunían toda una serie de disidentes sexuales: hombres homosexuales, personas trans, y trabajadores sexuales. La ocupación de este espacio por estos personajes es un tanto paradójica. Por un lado, se ocupa un espacio público que permite la visibilización de cuerpos y prácticas no convencionales que son estigmatizadas y discriminadas. El uso de este espacio se vuelve un lugar más o menos seguro para estos disidentes, se

empieza a conocer a esa esquina como un lugar frecuentado por ellos y por tal, hay una apropiación del espacio, a la par de que hay una segregación desde lo normativo. Es decir, se permite la ocupación de ese espacio y sólo ese espacio. Los entrevistados contaron de una vigilancia policiaca cuidadosa de esa zona. Uno de ellos, inclusive fue detenido por la policía y fue acusado de prostitución sin prueba de ello. Como señalan Parrini y Brito (2012), la diferencia atraviesa y se inscribe en el cuerpo de cierta forma; esta diferencia, marcada en el cuerpo, es algo que permite a los hombres identificar y ser parte de estos espacios públicos ocupados. Asimismo, esa diferencia es lo que permite leer a esos cuerpos de cierta forma, como cuerpos merecedores de vigilancia, control y castigo estatal.

La ocupación de espacios públicos tiene como consecuencia el cuestionamiento de la dicotomía público-privado (Cruz, 2011). La ocupación de un espacio público como este permite entonces la visibilización de cuerpos y prácticas no normativas, se envía un mensaje político que indica la existencia de cuerpos no normativos y demanda el respeto a los mismos; el sexo en público “proporciona alternativas de libertad y libre expresión de la sexualidad” (Cruz, 2011 p. 271). Mientras que el uso de este espacio es importante en términos políticos para la comunidad gay y forma parte de su movimiento social, también es una forma de visibilizarse como blancos de la discriminación. En otras palabras, se vuelve fácil poder distinguir su disidencia y, por tal, violentarla y discriminarla. Como fue el caso de algunos entrevistados.

Para Hernán y para otros entrevistados, sin embargo, usar ese espacio implicó un disfrute emocional muy importante. Significó un espacio dónde conocer gente, establecer amistades, redes y vínculos sexuales y afectivos. Los hombres se sentían especialmente atraídos a ese espacio por ser un espacio de intercambio sexual y de seducción. A pesar de que era un espacio público, el ligue y el coqueteo seguía ciertos signos y dinámicas. La sociabilidad entre estos varones, de cierta forma, seguía siendo clandestina, pues esa seducción y las prácticas sexuales no se podían llevar a cabo en lo público, la cobija de

clandestinidad se mantenía y era exacerbada por las constantes visitas de la policía:

“... había chicos que iban de pie, caminando, entonces pues tú ibas en tu coche y pues yo me imagino que, bueno yo te puedo hablar de mí no de ellos, porque yo iba en mi coche y, yo por ejemplo, prefería ligarme con chavos de coche... Como de coche a coche. Y por ejemplo iban artistas, gente del medio artístico iba ahí, y entonces iba mucha gente, era algo bonito... Y entonces ahí ibas y podías ligar con él y todo y pues había de todos los chavos antes no había tanto gay y teníamos más, teníamos bastante campo.” (*Roberto, 52 años; Generación 3; empresario*)

Para Roberto, la socialización en la esquina mágica era algo “bonito” que le permitía tener “bastante campo” para llevar a cabo sus actividades de seducción y prácticas sexuales; para Hernán se trataba de algo “excitante”. Me parece importante la percepción que se comparte sobre ese espacio y contradictoria con otros eventos que él me narró, como ser detenido por la policía de manera constante y ser acusado de comprar servicios sexuales. Esta percepción está cruzada por el momento histórico de la década de los ochenta, con el auge de la epidemia del VIH/SIDA, la estigmatización de ciertos grupos disidentes (sobre todo hombres homosexuales y trabajadores sexuales) y la organización socio-política y activista como consecuencia. Hechos como estos tuvieron impacto en la visibilización-ocultamiento de los hombres gay. Se trataba de un ir y venir de este espectro, a veces vulnerables ante el autoritarismo judicial mientras que como individuos, los hombres buscaban satisfacer sus deseos eróticos, sexuales y afectivos y encontraban lugares limitados para hacerlo.

Para varios de los hombres que entrevisté, el ligue y la sociabilidad entre varones gay no era tan emocionante, sienten que el foco del ligue y la seducción es demasiado sexual y dejan a un lado aspectos emocionales, relacionales y afectivos. Si bien no se pueden negar estas experiencias, sí consideraría que el hecho de que los espacios propiamente gay, donde se lleva a cabo este ligue, son una forma de

reaccionar ante la heteronormatividad pues cuestionan creencias básicas del amor romántico, como que se debe amar y querer a la persona para tener sexo con él. Los hombres gay establecen que el sexo y el amor son esferas distintas que en algún momento se pueden conectar, pero que en muchos otros están aislados. Estas expresiones se llevan a espacios públicos, que la heteronorma ha prohibido; incluir emociones, sexo y sexualidad en estos encuentros, e ir y venir en la calle y en lo público, permite el desarrollo de interacciones que construyen identidades particulares fuera de las convenciones masculinas y heteronormadas (Delany, 1999). Hombres como Mario y David se preguntan por qué en sus contextos gay están tan separados, dicha distancia les produce emociones de frustración y dolor.

“... es que a veces se me hace muy pesado, muy, decepcionante. Por ejemplo, si te gustó alguien y estás saliendo con alguien y vas y te lo encuentras en un antro y se está atascando con otro, pues, sientes feo, luego ese otro con otro y así... Pero sí mucha parte sí siento que sí es muy promiscua, muchos.” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

“Era ir como de cacería, ir a ver con quién. Y lo cierto es que generalmente lo hacía, más vacío. Yo en ese tiempo no sabía que podía vivir en pareja. Porque en lo sexual no encontraba nada. A veces mucha decepción, a veces, mucho dolor, a veces tristeza, a veces... ¿Y luego qué? ¿Y al otro día qué?” (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionista*)

Para estos entrevistados, la forma efímera y rápida de llegar a la actividad sexual entre hombres contraviene su idea de afecto y amor de pareja. Se sienten casi parte de un juego, de una “cacería”. Esto implica un juego de poder importante en el ligue entre varones, en donde hay un seductor y un seducido. Para Mario, ese poder muestra sus efectos después de entablar la actividad sexual, queda marcado por un vacío, por una ausencia de afecto que en su momento buscaba. El poder radica en que se producen emociones desagradables en el otro.

La experiencia de estos hombres da cuenta del uso de un discurso que teje sexo con amor y afecto; para ellos la actividad sexual implica y significa el primer paso hacia una conexión emocional, misma que no logran encontrar. Dicha dinámica y la clandestinidad en la cual está inmersa ni siquiera permite a Mario pensar en la posibilidad de emparejarse, de tener una relación de larga duración con otro hombre. No tener esta idea como parte de la subjetividad alimenta su frustración, su dolor frente a las relaciones sexuales rápidas y fáciles entre varones. De esta forma, encontramos hombres gay que desean, practican y gustan de una dinámica tan sexual. El gusto por esta dinámica señala un posicionamiento político claro, que cuestiona el “sexo vainilla” que forma parte del heterosexismo (Rubin, 1992) y como señala Cruz (2011) “la clandestinidad y el anonimato permiten, en cierto sentido, prácticas espaciales de resistencia, estrategias de apropiación de espacios para el ligue, para el encuentro entre iguales o para evitar la discriminación y el señalamiento” (p. 275-275). Otros hombres se adhieren de manera más fuerte con justo estas formas dominantes de sexualidad. Me parece que la adherencia a una u otra postura tiene que ver con la época histórica y el lugar geográfico en que se socializó el deseo. Mario conoció el mundo gay en la frontera norte del país, alejado del movimiento socio-político y cuando los grupos activistas terminaban de formarse a principio de los 90. David, de la primera generación, ha sido socializado en un momento donde la crítica socio-sexual es menos fuerte, donde ya existe apertura en torno a la identidad y los derechos de hombres gay, por lo que el posicionamiento político en torno a la identidad gay es menos claro.

En algunas ocasiones, el ligue y el intercambio sexual significó el inicio de relaciones afectivas y de pareja; el sexo funcionó como el puente entre la soltería y el emparejamiento. El sexo abre la puerta para estar dispuestos al intercambio sexual, y también a otros tipos de intercambios.

“... en ese cine conozco a, a, a mi amigo. Pero lo conozco, afuera, más bien. Afuera. Me dice, ‘¿para dónde vas?’ le digo ‘vengo saliendo del cine’... Este ‘yo

voy al cine apenas’, me dice. Le dije ‘¿por qué no tomamos un café mejor?’. Yo le dije. Y me dice, este ‘bueno, tomamos un café’ y me dice ‘¿o quieres venir a la casa?’. Dije, ‘pues mejor tu casa’. El café nunca se dio. Y nos fuimos a su casa, en la colonia Narvarte. Fue tal el, el enamoramiento, cuando empezó... el gusto por él, me gustaba muchísimo en aquella época... Era un cine enorme, enorme, enorme. Y ese cine era muy famoso porque había mucho movimiento gay. Sobre todo porque, eh, mirando hacia la sala, por... había unas escaleras del lado derecho, otras del lado izquierdo, desde arriba, abajo, que abarcaban como cuatro o cinco pisos. Esas escaleras eran famosas por, por, porque todo mundo se arremolinaba ahí, a hacer sus cosas. Y yo iba a ese cine, empezaba yo a ir y lo descubrí.” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionalista*)

Jorge habla de conocer a su pareja de 10 años afuera del cine México, cine concurrido por hombres homo-eróticos y en donde ligaban y sostenían actividades sexuales. La actividad sexual dentro de estos espacios era común entre varones, se generaban espacios con cierta seguridad; la parte de la ciudad dónde se encontraban y los rincones amplios y oscuros permitían estas actividades. Aunque Jorge y su pareja se conocen afuera, en lo público, pueden identificar su orientación sexo-afectiva debido a la proximidad física que tienen con ese cine. Así, el espacio público, geográfico, forma parte de una cultura sexual que brinda barreras o facilitadores para el encuentro entre hombres; estas barreras y facilitadores pueden ser o no aprovechadas por los hombres. De acuerdo con las entrevistas que realicé, el conocer a parejas afectivas en estos espacios fue muy poco común, estos espacios se usaban con la intención de mantener prácticas sexuales. Sin embargo, algunos hombres conocieron a otros hombres con quienes entablaron buenas y duraderas amistades. De esta forma, las fronteras entre lo sexual, lo afectivo y lo amistoso, se empalman y se cruzan.

Para algunos hombres, el acudir a este tipo de espacios significaba una forma de atender sus afectos y de sentirse en compañía emocional.

“En aquellos años empezó el ligue en los baños de la universidad, y ligué a varios chavos de la universidad que también eran estudiantes. Y pa’ mí era una forma de seguir teniendo relaciones y consiguiendo afecto, conociendo gente sin salir, o ir a algún lugar...” (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionista*)

Para Javier, los encuentros sexuales casuales en los baños de su universidad significan una forma de ejercer socialización con otros hombres homo-eróticos. Él menciona que no le gustan los bares y espacios nocturnos gay, y que así, sus deseos de conocer a otros hombres y su deseo erótico podían ser satisfechos. El ligue, la seducción, entonces son funciones sociales y psicológicas que permiten el acercamiento con otros hombres en un contexto hegemónico y estigmatizante. A pesar de que los hombres cuestionaban el orden sexual al integrarse a estos espacios sexuales, siempre debían ser cautelosos y cuidadosos. Encontré que la percepción de riesgo o de inseguridad varió bastante entre los entrevistados, algunos siempre han sentido una especie de vigilancia en sus quehaceres sexuales, sobre todo cuando se hacen en público, mientras que para otros es una cuestión más laxa. Estas diferencias, encuentro que tienen que ver con la ciudad en donde crecieron; sobre todo los hombres que vivieron desde siempre en la Ciudad de México que no se sienten temerosos o intimidados en estos espacios, mientras que aquellos que migraron, suelen estar vigilándose. Esta diferencia se puede deber justo a la normatividades tan diferentes entre las zonas urbanas y rurales, particularmente porque el movimiento gay siempre ha sido fuerte en la Ciudad de México.

“Lo conocí ahí en, en un Sanborns de, el del Ángel, donde era el Hotel Sheraton. Ahí iba mucha gente a ligar... Pues ligábamos, se daba mutuamente... pues era un filteo, filteo, te abordaban o te abordaban, entonces, era eso... Lo que pasa es que, luego llegaron los, eso fue en los setenta, principios de los ochenta, después se puso un poquito más vigilada, supervisada, de ahí se brincó la Zona Rosa, se volvió muy supervisada, muy vigilada. Eran principios de los ochenta y había como policía montada, que era impresionante, en la calle. Entonces todo mundo, a correr. No a correr, sino a estar muy

cauteloso, como, tipo redadas. Yo me, me salí de esa área, pues como unos 10 años...” (Teo; 68 años; *Generación 3; jubilado*)

Teo describe la sencillez del ligue en los espacios sexuales, la facilidad con que se conocía a otros hombres. No obstante, su percepción de la vigilancia judicial que se hacía de la zona lo llevó a separarse por completo de actividades sexuales en público. Esta vigilancia le produce una sensación de cautela que mantiene hasta el día de hoy y que tiene efectos en su vida social y sexual. Esta sencillez o aparente facilidad para entablar relaciones sexuales la reportaron varios entrevistados. A mí me sorprendió lo fácil que fue para ellos encontrar a otros hombres con quienes tener sexo. Me parece que hay una gran disposición de los hombres por compartir de manera sexual con otros. Su vida sexual también se veía afectada por la ausencia de conocimientos y riesgos de ITS's, específicamente el VIH. La aparición del virus cambió y afectó radicalmente la vida de varios de los hombres que entrevisté. Aunada a esta preocupación, estaba la de ser descubierto como “joto”.

La mayoría de estos hombres descubren los espacios sexuales gay casi por casualidad. Merecen un reconocimiento por prestar atención y prestar cierta observación a los códigos y señales entre varones que les permitía entender el tipo de actividad que se ejercía en ese espacio. Por ejemplo, Roberto señaló que él conoció la “esquina mágica” porque pasaba de adolescente por ahí con sus padres. Él observaba algo “raro”, veía a “muchos hombres”, cosa que le parecía extraña y que le indicó que la interacción ahí tenía connotaciones sexuales. Lo que observaba le producía excitación, le emocionaba, cosa que motivaba el querer regresar. Komadreja platicó de cómo fue que conoció lo que él llama el “putivagón”, o el vagón de la línea del metro donde acuden hombres a ligar y mantener actividades sexuales.

“... cuando iba a pasar a tercero de prepa, eh... me fui hasta atrás (del metro), pero nadie me quiso acompañar, entonces me fui sólo, me fui hasta atrás, para llegar aquí a

la universidad. Y me acuerdo que un güey se me quedaba viendo pero así muy insistentemente ¿no? Y yo me acuerdo, que, me acuerdo que pensé que de broma decía, ‘o ya ligué o este güey me quiere partir la madre’... y el güey me ve y me ve y como que me incomodaba ¿no? Y me acuerdo que ya cuando llegamos a universidad el güey se bajó y me volteó a verme y como que sonrió. Yo dije ‘¿qué pedo? ¿Qué es esto?’... Ese día no pasó nada. Me acuerdo que me quedó como una duda... y empecé a ver como que... pasaban cosas raras. Empecé a ver que había como muchos chavos y así ¿no? Y así empecé a describir como el putivagón ¿no?... pero pues si empecé como que a hacerme... cliente habitual del metro (risa)”
(Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante)

Komadreja tiene historias espectaculares sobre su vida sexual, misma que inició en el metro de la Ciudad de México. Su curiosidad, su deseo y su falta de conocimiento y modelos sobre la vida gay son elementos que en conjunto estuvieron implicados en esta vida sexual. Encontró en ese contexto una manera fácil de relacionarse con otros hombres. Komadreja platica de “etapas” de su vida en el metro. La primera, una etapa donde los hombres que lo seducían sólo lo invitaban a tomar un café. Se observaban en el metro, intercambiaban miradas, pequeños gestos con su cara, sus ojos y sus manos indicando apertura hacia el acercamiento. De ahí comenzaban una conversación que terminaba en el otro hombre proponiendo que se salieron del metro para ir a alguna cafetería y platicar. Komadreja se sentía impresionantemente excitado (incluido sexualmente) por estos encuentros y buscaba que se entablara alguna práctica sexual. En la siguiente etapa, Komadreja se dejaba “guiar” hacia el sexo oral. Señaló que eran los otros hombres quienes tomaban la iniciativa para que él les practicara sexo oral, le empujaban su cabeza hacia sus genitales o simplemente se los mostraban, señal de que Komadreja debía “hacer la chamba”, como él dijo. De ahí, algunos hombres lo invitaban a baños públicos y vapores, en donde continuaban con el encuentro y donde tuvo su primera penetración anal.

Su relato da cuenta de, primero, que para muchos hombres, recordar su historia en forma lineal y en “etapas” resulta útil para hacer sentido de su propia

historia. Esta forma de narrarse se vincula con una ciencia hegemónica que sostiene una manera determinista y lineal de entender la vida. Segundo, denota el tiempo y las interacciones que Komadreja requirió para sentirse cómodo en las prácticas sexuales. En otras palabras, para él, el platicar con los hombres a lo largo de esos meses le fue útil a la hora de comenzar a tener prácticas sexuales. Sin embargo, este tiempo y estas etapas no fueron suficientes para que Komadreja se sintiera cómodo negociando las prácticas sexuales y el uso del condón. Este tipo de negociación también tiene que ver con un juego de poder que se establece en el ligue y por el desconocimiento generalizado en torno a las prácticas sexuales, prácticas sexuales de riesgo, prácticas sexuales seguras, ITS's y VIH. En este hecho, en la no-negociación confluyen la falta de elementos culturales para lograrlo; los hombres no reciben una educación sexual integral y formal desde pequeños ni en sus casas ni en la escuela, mucho menos se habla sobre la posibilidad de amor y sexo entre varones y sus implicaciones.

“Y ya me empezaron a invitar, no que vamos a unos baños, o el sexo oral ahí en el vagón. Regularmente lo hacía yo ¿no? Porque pues la mayoría eran más grandes y pues me ponían a mí a hacer la chamba... me daban un buen de nervios, pero un buen de nervios. Ya poquito a poquito pues le fui perdiendo el miedo (risa). No sé si fue la adrenalina, pero pues cambia la sensación de miedo por la adrenalina ¿no? Los chavitos, o sea... se los comen los más grandes ¿no? Sí o sea, cuando ves, cuando se ve un chavito, bueno a mi edad, yo creo que en mi tiempo era un chavito era yo, un chavo de 16 años, pero ya un chavito, yo he visto de 14-15 años, que obviamente, me he dado cuenta que lo ven y así, todos como pirañas. Yo creo que la carne joven vende y vende bien ¿no? Porque, yo creo que es un poco como... (risa) yo creo que tiene que ver con el hecho de decir, pues ‘seguramente va a apretar más rico, el güey está más nuevecito, lo voy a estrenar, yo lo voy a enseñar’.”
(Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante)

La experiencia de Komadreja da cuenta de la manera en que los actos sexuales tienen impacto en el cuerpo y en las emociones; él deja clara la forma en que el practicar sexo oral en los vagones le permitió pasar del nerviosismo a una

forma de excitación. Este tránsito lo lleva de la angustia al disfrute y al placer de su propia sexualidad y de su cuerpo. Sus prácticas sexuales son en este espacio porque es lo único que conoce. La homofobia y la estigmatización en torno al homo-erotismo funciona de tal forma que no permite el ligue y el encuentro de los cuerpos masculinos en espacios abiertos como la calle. El metro provee de cierto clandestinaje, de hacer las prácticas homo-eróticas literalmente y metafóricamente en lo subterráneo, alejado de la luz del día. El vagón se convierte en un espacio carente de vigilancia y control estatal, judicial y civil, abriéndole camino a estos hombres para poder actuar sus deseos y fantasías. Similar a lo que sucede en “la esquina mágica”, los hombres buscan esos espacios oscuros que les provea de una cobija de clandestinaje. Los códigos y señales que usan con su cuerpo para comunicarse entre sí es otra forma de desafiar al control homofóbico, se requiere de una socialización y un entrenamiento para traducir estos códigos, como lo necesitó Komadreja en su momento. Estos espacios clandestinos permiten construir un ambiente seguro de las posibles amenazas en contra de sus deseos y prácticas. No obstante, generan otra serie de obstáculos y riesgos para la salud, particularmente en torno a las ITS's.

Komadreja toca el tema de las relaciones de poder entre los hombres. Como señala Careaga (2004a), ese poder está presente siempre en las relaciones entre varones; al ser construidos en tanto masculinos, socializados para ejercer poder, los hombres homo-eróticos desean aquello con lo que compiten. Cruz (2004) señala que esto trae consigo algunas problemáticas en las relaciones de pareja, por ejemplo, en la experiencia de Komadreja, el poder se ejerce de manera jerárquica en relación a la edad y al cuerpo. Aquellos hombres de mayor edad y con mayor experiencia sexual buscan someter a hombres más jóvenes a través de la seducción y del control del cuerpo del otro, aunque sea por un par de horas. Debido a que los jóvenes se encuentran en una situación nueva, en un lugar donde no conocen los códigos y las dinámicas, se encuentran en una situación de vulnerabilidad debido a los “nervios” que este desconocimiento genera. La ignorancia, sumada a la excitación y deseo de participar en actividades sexuales

motivan a los jóvenes a formar parte de la práctica sexual que inicia el hombre de mayor edad.

La interpretación que hace Komadreja sobre la manera en que los hombres mayores se “comen” a los más jóvenes tiene sus fundamentos en el binario del género. Un cuerpo “nuevo”, indefenso, que debe ser “estrenado” mediante la penetración son atributos que se hacen al falo y al hombre. La idea de que exista un cuerpo “nuevo” señala la manera en que es el pene, en este caso del hombre mayor, experimentado, que otorga un rito de paso, otorga la capacidad de sexualidad a dicho cuerpo. La idea de penetrar a ese cuerpo nuevo también, desde la experiencia de Komadreja, remite a una idea de placer para el pene, ya que ese cuerpo nuevo “aprieta más”. Esta expresión se refiere a la penetración anal y la capacidad de un ano que no ha sido penetrado de ejercer mayor fricción sobre el pene que lo penetra. Así, se conjugan dos biotecnologías¹³ para producir la idea de poder de un cuerpo sobre el otro: la edad y el placer sexual centrado en el pene. Otro efecto de este poder es la ausencia de preocupación por el placer de quien es penetrado, el placer es únicamente para el pene. Esto no significa que los hombres que son penetrados analmente no sientan placer. Al contrario, Komadreja vivió sumamente placenteros estos encuentros. Otros entrevistados defienden sus deseos de ser penetrados como parte de su “masculinidad”, cuestionando el orden establecido por el heterosexismo. Es el conjunto de las biotecnologías, el deseo y el placer de Komadreja que le dificultan la capacidad de negociar las prácticas e inclusive consentir a ellas.

Los espacios sexuales son comunes para practicar y mantener sexo con más de un hombre. Las experiencias de los hombres en torno a las orgías varió de manera importante. Mientras que varios de los entrevistados eran ávidos

¹³ Este concepto es usado por Preciado (2002) que refiere a las tecnologías del yo propuestas por Foucault. Preciado señala que en cuanto a la sexualidad, existen tecnologías basadas en el discurso biologicista y evolucionista que logran incorporarse a la identidad de las personas y desde ahí ejercer poder para controlar.

concurrentes a este tipo de encuentros, otros fueron una vez, presionados por sus amigos y encontraron la experiencia una muy desagradable.

“... sí participé (en la orgía) y con el chavo que me tocó... El primero que me jalo... (risa)... pues compartir mmm no estaba tan desagradable, de hecho después empezamos a platicar este... Era un ambiente muy pesado... Muy sucio en algunos sentidos... La experiencia que me tocó fue muy desagradable. Y de ahí fue donde ya decidí no entrar... En esa ocasión llegó una persona que se orinaba mientras era penetrado y me dio mucho asco. “(ED, 24 años; *Generación 1; profesionista*)

ED me platicó de una dificultad para saber cómo interactuar estando en la orgía, mismo que se ve en este extracto. Actúa sin intención, dejándose llevar por la situación, denotado a través de la expresión “el chavo con el que me tocó”. Parece ser que su participación no es proactiva, la incomodidad y el nerviosismo son impedimentos para que se sienta cómodo y sin embargo, continúa con la experiencia sexual aun sin encontrar mucho placer en ella. En particular es la idea de compartir algo que para él es sumamente íntimo frente a un grupo que comparte ese valor sobre el sexo y el ser testigo de una práctica sexual que le produce asco.

En cambio, la participación en el sexo grupal significó explorar nuevas arenas de su propia sexualidad para Komadreja. A través de estas prácticas, él descubrió formas en que podía sentir excitación, gozar de su cuerpo, del de otros e inclusive de las miradas que otros le proveían.

“Entonces me acuerdo que al principio me daba pena, como coger con gente andando, de aquí para allá. Hasta que me di cuenta que excitaba ¿no? Una vez que... No sé, me estaba excitando mucho que la gente me estuvieran viendo. Como que los güeyes pasaban y se masturbaban mientras me veían. Me cae que hasta que fingía más que lo que sentía ¿no? Y digamos, a partir de ahí empecé a darme cuenta que me gustaba un poco, ser exhibicionista y me gustaba ver, también. Y a partir de ahí me empecé a desinhibir... Cuando vi que empezaron como a jalar, como

que... la pena la vergüenza pasé a la excitación. Decir, ‘no mames, se están excitando conmigo... soy como, símbolo sexual’ (risa). No sé, un rollo así.” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Komadreja hace propia la idea de que el sexo es algo íntimo, y por tal, se hace en privado. Logra romper sus propios esquemas al acudir a espacios sexuales gay, aprende sobre sí mismo, sus deseos, fantasías y placeres en esos espacios y compartiendo con otras parejas.

“Mira, la verdad los sitios de orgía, han variado muchísimo en años, y cada vez se cambian, abren nuevos, cierran más... Voy a lugares, primero que considero que son medianamente seguros, que sé que no soy mal venido, en el término de que no piden cierto tipo de gente, o cierto tipo físico, que empiezan desde horas regularmente tempranas, no me gusta quedarme en un lugar desnudo a que amanezca, digo para eso mejor me voy a un hotel con alguien... que me guste y con toda la comodidad del mundo”. (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionista*)

Javier contrasta dos experiencias sexuales para hacer sentido de los espacios de orgía; requiere de conocer el espacio, los organizadores del evento de sexo grupal para sentirse seguro. La cuestión de seguridad aplica en dos sentidos; primero, Javier se refiere a su integridad física, de que vaya a ser violentado en la zona de la ciudad a donde va a acudir. Segundo, la seguridad se refiere a sentirse bien y seguro sobre sí mismo y sobre su cuerpo. El cuerpo, en este escenario sexual no sólo es el pene y los órganos usados para la penetración. Javier tiene que discriminar y discernir a qué espacio acudir para no sentirse discriminado por el tipo de cuerpo que posee. A pesar de ello, hay cierta incomodidad con permanecer desnudo toda la noche. La expresión de Javier da cuenta de la incomodidad que le genera el ser observado por el grupo estando desnudo con el cuerpo que posee, ya que preferiría “la comodidad” de un cuarto de hotel privado con una sola pareja sexual. Javier oscila entre el deseo de participar en una orgía y el de prácticas sexuales entre dos personas. Las prácticas en grupo rompen la idea de privacidad e intimidad en los actos sexuales tan establecida por los discursos heterosexistas y reproductivistas. Me parece que parte de la

inseguridad generada en Javier y otros entrevistados tiene que ver con que su asistencia a las orgías rompe con estos discursos, por lo que requieren de echar a andar una serie de mecanismos y recursos psicológicos que le permitan aproximarse a dicho rompimiento. Atender a ciertas horas y en ciertos lugares, con ciertos organizadores son prácticas que le permiten a Javier disfrutar de esta ruptura de fronteras y barreras.

El acudir a este tipo de espacios tiene efectos diferentes sobre las diferentes generaciones. ED, de la generación uno, se siente sumamente incómodo en estos espacios, mientras que Komadreja y Javier, de la generación dos, disfrutaban mucho de ellos. Esta diferencia, me parece que habla del impacto de momentos históricos sobre la subjetividad. La generación dos está marcada por la epidemia y el movimiento social consecuente del VIH/SIDA; los miembros de esta generación vieron florecer el discurso de los derechos sexuales para la comunidad LGBT y fueron testigos de los cambios en el tratamiento del virus, cuestiones que llevaron al movimiento gay a sus momentos más reaccionarios y fuertes (Diez, 2010; Lozano, 2010). Todo esto tuvo implicaciones de liberación para la sexualidad gay, permitiendo entablar prácticas y relaciones fuera del status quo que no sólo cuestionan ese supuesto orden, sino que también abren la posibilidad para explorar la propia sexualidad y el cuerpo. No obstante, la epidemia del VIH limitó la expresión sexual de muchos hombres gay, pues inicialmente, se desconocía su forma de transmisión y se estigmatizó a los hombres gay; y posteriormente se identificaron prácticas sexuales de riesgo (Krimp, 1989).

Resalta, de la experiencia de Javier en torno a su cuerpo que, aunque en los datos de mis entrevistados la idea de la cultura gay en torno al cuerpo no fue profunda ni suficiente, sí retomo aspectos de sus entrevistas y de la literatura (List, 2009). Hay elementos para sugerir que la cultura gay promueve y produce un cuerpo sumamente estilizado, con una estética delgada, con músculos marcados; cuerpos que consumen ciertas marcas y cierta ropa que justamente realza atributos

del cuerpo. Este tipo de veneración al cuerpo se puede hacer evidente en las orgías que se organizan en la Ciudad de México, donde se busca y se requiere de cierto cuerpo para entrar. Javier señala que se siente incómodo en ese tipo de espacios y busca orgías donde no va a sentirse discriminado por él. Abajo reproduzco un anuncio encontrado en internet con los requisitos para poder ingresar a una de estas orgías¹⁴:

“INVITACION ORGIA GAY EN D.F JUEVES 4 Y DOMINGO 7 AGOSTO

REQUISITOS:

Mayores 18 menores de 45 años

No gordos (obesos)

Limpieza

Respetar el no de los demás

Ganas de divertirse... la fiesta la haces tu!!!”

La centralidad del cuerpo se hace evidente en este anuncio: cuerpos jóvenes y esbeltos, o por lo menos carentes de “obesidad”. A través de estos espacios, por supuesto que los entrevistados logran explorar sus placeres y deseos, sin embargo es evidente que el acceso a ellos es restringido a ciertos cuerpos. La sexualidad se construye para ciertos cuerpos; los hombres deben normalizar y por tal sus hábitos para poder tener acceso a este tipo de encuentros sexuales y llevar a cabo prácticas vinculadas a su deseo.

10.4. Parejas sexuales, parejas afectivas y roles sexuales

El entablar la relación sexual con la pareja varía de muchas formas, tanto como la definición que cada hombre hace de lo que es su experiencia sexual (Gallego, 2010). Puedo discernir entre dos formas que tienen los hombres de mirar y percibir a sus parejas sexuales. Por un lado, una mirada que permitía a los hombres unir el sexo con el amor y el romanticismo, mientras que por el otro, una mirada que permitía entender al sexo y al amor como dos dimensiones diferentes. La manera en que cada uno relacionaba el sexo con el amor y el romanticismo

¹⁴ Recuperado de <http://mx.groups.yahoo.com/group/mexicocitygaywrestlingclub/message/871> el 6 de mayo del 2013

tenía impacto en la forma de buscar actividades sexuales y parejas afectivas. Distingo entonces entre *parejas sexuales* y *parejas afectivas*. La primera la uso para referirme a aquellos hombres con quienes mis entrevistados mantenían relaciones sexuales y la segunda para referirme a los hombres con los que buscaban mantener una relación que implicaba compartir intimidad afectiva, en donde se establecían vínculos emocionales y que, en general, buscaban compartir un futuro y un proyecto de vida. En muchas ocasiones, estas dos formas de relacionarse se empalmaban: la pareja afectiva también era una pareja sexual y en ocasiones, la pareja sexual se convertía en una pareja afectiva. Esto da cuenta de que el sexo y el afecto no componen un binomio completamente estructurado, sino que sus cruces e intersecciones son constantes.

El rol que cada hombre adoptaba con su pareja fue un tema que surgió durante las entrevistas -en algunos casos sin que yo preguntara directamente sobre ello-, pues se relaciona de manera importante con el tema de parejas afectivas. Me da la impresión de que la negociación sobre qué rol deseaban adoptar durante la experiencia sexual se volvía, en algunos casos, fundamental para dicha actividad. La función de los roles sexuales pasivo-activo son de suma importancia para la vida gay, cosa que Alfonso también quiere resolver y entender; para él justamente la interacción cibernética provee de cierta distancia física e interpersonal, facilitando conversaciones que a uno se le dificultaría tener en persona, como las preguntas que hace.

Los roles sexuales entre varones son producidos desde el orden del género. De acuerdo con List (2009) y Castañeda (2006), la sexualidad gay se construye a partir de los roles de pasivo y activo, ya que dan pie a la viabilidad de una relación sexual. En el imaginario, existe la idea de que dos pasivos o dos activos no tienen la posibilidad de interactuar sexualmente, reduciendo la idea de interacción sexual a la penetración anal. Esta penetración, está ligada al orden del género y también a la heteronormatividad, pues se concibe a la sexualidad cuando únicamente hay penetración.

“... igual las personas que son pasivos... no sé si sea porque tenga el carácter más débil y pues como mujer, pues, porque es el que está siendo penetrado ¿no? O, o sea, no sé si sea ¿me explico? Y el activo yo creo más el, el cómo se dice... pues el del carácter de más, no sé, cómo explicarlo, como, pues sí al final, como al que lleva el papel del hombre y la mujer, al final”. (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

“... la parte activa, pues podría ser... pues digo, es ser más dominante sobre la otra persona, como quizá tener... pues no el control porque no necesariamente tienes que tener el control sobre el acto... ay no sé qué decirte, no sé...” (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

“Yo conozco a parejas... que son como una pareja de un machín y de una medio jotita y la machín es el activo y la jotita es el pasivo. Y además los dos como que así lo asumen”. (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Así, la forma en que un hombre gay obtiene placer sexual en sus actuaciones y roles sexuales es un indicador de su personalidad, de una “debilidad” en su carácter, por lo menos en el imaginario social. Al acto de penetrar se le atribuye cierta fuerza, cierto poder ligado a la “masculinidad” y a la hombría que no nada más está presente en la actividad sexual, sino que construye a todo un personaje que puede ser admirado pues sigue ejerciendo el poder masculino. En cambio, el personaje “pasivo” o receptivo en el sexo anal es aquel subordinado, débil y “femenino”.

Ideas como estas limitan la expresión sexual, acotándola a actos penetrativos y vinculados a rasgos y características de personalidad, cómo si éstas fueran estáticas y cristalizadas. Me parece que la experiencia de vida de mis entrevistados señala una ambivalencia en éste tema. Por un lado habla de una fluidez en sus expresiones sexuales y por otro, reconoce un imaginario social ligado al orden del género. Si bien estos roles en estos personajes funcionan como una manera de construir identidad, desde un modelo con el cual identificarse y

que puede estar ligado a experiencias de transgresión de estereotipos de género; sin embargo, para muchos hombres, que hicieron propias estas ideas, sí llegan momentos y experiencias en sus vidas que les permite redefinir su concepción sobre los roles de activo y pasivo, atribuyéndose cierta liquidez en su vida sexual al romper con creencias y estereotipos en torno a la gaydad.

“... un gay puede ser pasivo, y puede ser no sé, en la vida cotidiana como normal digo, no puede ser ni más niña ni así, o sea, ni puede ser más niña. Puede ser normal y pues le guste ser pasivo, igual una persona activa no puede ser así como más varonil, entonces yo no lo veo como mal, mal visto ni nada... Bueno normalmente así como que es pasiva y es como niña, es como la ideología que se tiene, pero en realidad pueden haber personas que no. Entonces es como lo más común”. (Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante)

Algunos hombres vivieron discriminación con base en la preferencia por el rol, mientras que otros cambiaron sus preferencias debido a sus relaciones de pareja. La cuestión de la penetración anal y quién penetra a quién está circunscrita por una serie de normas, creencias y estereotipos sobre el género y la heteronormatividad que en muchas ocasiones los hombres deben de deconstruir

“... igual las personas que son pasivos... no sé si sea porque tenga el carácter más débil y lo o tengan, no sé, como la parte de, pues sí, como, pues como mujer, pues, porque es el que está siendo penetrado ¿no? O, o sea, no sé si sea ¿me explico? Y el activo yo creo más el, el cómo se dice... pues el del carácter de más, no sé, como explicarlo, como, pues sí al final, como al que lleva el papel del hombre y la mujer, al final. (David, 22 años; Generación 1; estudiante)

“... al menos yo, cuando veo a un güey, más alto que yo o más chacal... Al menos yo, voy con la idea de que yo voy a ser el pasivo. Como un rollo de poder, no sé un pedo así, yo creo. Pero sí voy con esa idea. Pues, es más alto, me va a echar... y digamos, más chacales, sí. Más chacales. Aunque no siempre me pasa. Ya al final, un par de veces, pues que pasa al revés. Pues ya... Pues digamos, no me molesta...” (Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante)

Tanto David como Komadreja remiten al binario del género, desde donde existe un cuerpo con más poder que otro y que lo somete a través de la penetración. Dicho acto borra o elimina, de cierta forma, la autonomía y la independencia de quien es penetrado, y por tal su “masculinidad”, aquello que es central en su identidad de género. Esta interpretación también señala la importancia de la penetración en las prácticas sexuales como el objetivo único alcanzable entre dos cuerpos (Schwartz, 2007). El ser penetrado o el penetrar también señala, desde este imaginario social, formas de ser, identidades completas y monolíticas. El pasivo con un “carácter débil” y los activos como aquellos que llevan el “papel del hombre”. Esta forma binaria de entender a la sexualidad la reduce a un solo acto posible entre dos hombres, un acto lleno de misoginia y de poder sobre otro. Las prácticas sexuales y las identidades se construyen alrededor de estas dos opciones y se vuelven negociaciones tensas y difíciles, pues ambos miembros de la pareja han tenido una socialización similar en torno a la “masculinidad” y el poder (Careaga, 2004a; List, 2005). Si uno escoge el rol de activo puede conservar su hombría, mientras que si se escoge el rol pasivo debe de renunciar a ella. Se elimina por completo la idea de transitar libremente entre esos roles, se olvida de la plasticidad y liquidez que acompañan las prácticas sexuales reales de los participantes. Si bien esta es la idea de los hombres, la mayoría sí transitaba entre uno y otro rol. Algunos tenían preferencias por uno más que sobre otro, cuestión que ligaban más a un placer corporal que al sometimiento.

El uso del poder se encuentra en el imaginario que circula y rodea las relaciones sexo-afectivas entre hombres. Algunos hombres adoptan estas creencias, pero pareciera que las desconectan de sus prácticas sexuales. Por ejemplo, aunque Komadreja señala el tipo de cuerpo como algo fundamental para ubicarse en un rol, me contó que para él se vuelve irrelevante cuando tiene prácticas sexuales. A pesar de que las experiencias de los hombres fueron muy variadas, me parece que el binario del género ligado a los roles sexuales impacta sobre las interacciones sociales y no tanto el acto sexual en sí mismo.

Ejemplos de esto son los de Jorge y de ED. Para Jorge la idea de transitar entre ser activo y pasivo estaba íntimamente ligada al amor y su relación emocional con su pareja. Fue esta relación y su larga duración (6 años) que le permitió tener prácticas sexuales donde él era pasivo. El hecho de poder transitar entre un rol y otro le permitió a su vez, entenderse como un hombre masculino y gay:

“Completamente diferente y entonces Rafa y yo, pues este, como al mes, nos acostamos e iniciamos la relación y ahí fui pasivo... Él era muy activo en sus relaciones... este, muy activo. Y, y fui pasivo, pero fue, dolorosísimo, para mí. Fue una cosa terrible me acuerdo. Sin embargo, ya para ese entonces, ya había gusto por Rafa, ya había desarrollado cierto cariño ¿no? Por él, me sentía bien estando con él, andando con él, de paseo, de calle, de fin de semana, de todo... y... ahí, me empecé a quedar yo en su casa, vivía allá por Televisa San Ángel. Yo me empecé a quedar, o a veces se quedaba conmigo... Un tanto cuanto presionado por él y en otro cuanto también querer sentir la experiencia. Y ahí, digamos que empecé a ser pasivo, en los treinta y pico. Pero, la dinámica fue después las subsecuentes pues yo otra vez activo y él pasivo, la dinámica te puedo decir que a lo mejor fue un 50 y 50 por ciento en los 6 años que estuvimos juntos... 50 y 50, a veces él, a veces yo, no había, ahí no había, me volví yo más, sentí que disfrutaba más plenamente funcionando digamos en ambos sentidos. Con él. Con él en particular.” (*Jorge; 51 años; Generación 2; profesionista*)

Para Jorge la idea de ser penetrado tiene que ver con la posibilidad de compartir con su pareja de manera afectiva y a través de actividades no sexuales, mismas que permitieron desarrollar “cierto cariño”. Es decir, es este cariño que los unía, lo que posibilitó el rompimiento con ideas normativas en torno a la pasividad sexual. Así, la relación emocional que compartía con su pareja le permitió la exploración y disfrute “pleno” de su sexualidad.

Por otro lado ED, desde antes de tener prácticas sexuales con otros hombres, sabía que disfrutaba de ser penetrado analmente. Esto significó una negociación con su pareja, misma que abrió la posibilidad para encontrar formas en que ambos podían disfrutar de sus prácticas sexuales. No obstante, lo que

incomoda a ED no es el hecho de ser pasivo, sino la manera en que sus amistades lo interpretaban. Esta interpretación tenía impactos importantes sobre su identidad y su sexualidad, haciéndolo sentir “sumiso”, subordinado.

“... a la primer semana... que nos hicimos novios, tuvimos la primera relación sexual. Este cuestión del rol, para él era muy importante, él jugaba un rol pasivo. Y, a mí no me desagradaba tanto ser pasivo, entonces, hubo una parte de negociación, de vamos a ser inter, en la relación. Él estaba con la cuestión de que iba a ser mi primera vez y me dijo este... eh, ‘creo que tenemos que hablar acerca de los roles que vamos a compartir en las relaciones sexuales’ este ‘yo soy pasivo’ y me dijo ‘parece también tu igual y pues creo que tenemos que jugar un rol inter’... Bueno lo disfruto mucho (ser pasivo y activo)... este solamente te puedo decir que soy, puedo disfrutar por todos los lados... He aprendido a vivir mi sexualidad, a disfrutarlo... pero hubo un tiempo donde sí el hecho de ser pasivo sí era, era devastante, era como ser el sumiso, el que entregaba la hombría por el hecho de ser penetrado... Con él no, ante las amistades sí; porque eran momentos donde decían ‘ahh mira las quesadillas’ o ‘las tortilleras’... así... Por el hecho de ser pasivo y a mí me desagradaba mucho que me dijeran ese tipo de bromitas.”
(ED, 24 años; *Generación 1; profesionista*)

Su preferencia por un rol sexual es interpretada como una forma de identidad particular. Que sus amigos le llamaran “tortillera” refiere al acto sexual entre dos mujeres. Este concepto es comúnmente usado para referirse a las lesbianas y señala la carencia o la falta de un pene que penetra. Al ser citado como mujer, como “femenino”, es privado de ese supuesto poder atribuido a los hombres. Como desde la heteronorma, el hombre penetra y tiene esa capacidad, en su preferencia por ser penetrado ED pierde ese poder fálico y es colocado en la subordinación a través de la citación de “tortillera”. Dicha citación lo colocaba en un lugar donde se reproducía ese mismo poder y él llegaba a sentirse incómodo siendo penetrado, a pesar de que era lo que disfrutaba físicamente. Las emociones de vergüenza producidas a partir de la citación que hacen sus amigos le dificultan vivir plenamente sus actos sexuales en pareja y abona a una ruptura con esa

amistad. Esta incomodidad llega a ser tal que para algunos hombres es difícil inclusive verbalizar sus preferencias y deseos:

“Fíjate que no sabía mucho (sobre sexo entre hombres). No sabía realmente, entonces mi primera vez era así de... es que me da pena decirlo (risas nerviosas), pero fui como pasivo. ¿No? Sí, sí me gustó, pero quise intentar algo diferente, entonces pues ahora supe ya también qué era inter ¿no? Y viene esa parte que experimentas, experimentas, te gustan las dos, ahí estas y como que padre.” (Alfonso, 19 años; *Generación 1; estudiante*)

La pena que siente Alfonso funciona como una defensa contra la posibilidad de ser cuestionado o agredido por la preferencia de ese rol. Se requiere de una defensa cuando la preferencia sexual es vista como indicativa de cierta personalidad monolítica y cristalizada; una subordinada y desprovista de poder. La capacidad de Alfonso para permitirse explorar eso “diferente” no sólo indica un deseo sexual particular que permite la exploración sexual, sino la colocación de una categoría más: “inter”. Esta categoría acorta a la palabra “internacional” e indica la posibilidad de ser tanto activo como pasivo en los encuentros sexuales (Cruz, 1997; List, 2009). Esta categoría, aunque permite el tránsito entre prácticas y roles, sigue estableciendo límites y fronteras identitarias que permiten difuminar los polos extremos del binario masculino-femenino. Aunque muchos entrevistados manifestaron una preferencia sobre algún rol, todos señalaron que solía depender de la interacción que se establece con su pareja sexual. Esto habla de una capacidad de ser transeúntes en su experiencia sexual, misma que cuestiona el imaginario binario sobre el cual son construidos. Así, los hombres deben enfrentar una serie de creencias, ideas y estereotipos en torno a los roles sexuales que pueden deconstruir elementos binarios y transitar de manera más libre entre categorías, a través de sus experiencias sexuales, de conocer sus gustos, de saber qué prácticas les causan placer y cuáles disfrutan.

Algo que en algunas ocasiones permitía a los hombres distinguir entre una pareja sexual y una afectiva era la posibilidad de ser “inter” en sus prácticas

sexuales. Para algunos hombres este tránsito era más fácil con sus parejas afectivas, mientras que con sus parejas sexuales vivían un rol un tanto más establecido. A pesar de que muchos hombres tenían parejas únicamente sexuales, me fue interesante observar cómo muchos de ellos mezclaban aspectos tanto sexuales como afectivos entre estas parejas. Por ejemplo, Komadreja dijo poder disfrutar de tener sexo con sus amigos; Juan habló sobre su relación abierta con su esposo y Teo habló de un “amigo con derechos” con quien no sólo tiene sexo, pero con quien entabla conversaciones agradables y con quien no tiene ningún tipo de compromiso. Por otra parte, Jorge y Dante hablaron de sus parejas de una manera romántica e idealizada. Jorge está en la búsqueda de una pareja con quien pueda “compartir” y que sea “compatible”. En su discurso impera la idea de la complementariedad de la pareja, efecto de una tecnología como el amor romántico. Una tecnología como ésta permite entender a la pareja como aquella que sea compatible con nuestros intereses y nuestros rasgos porque se trata de un compromiso para toda la vida. Así, se cree que alguien que comparte estas cosas con nosotros augura un futuro en permanencia.

Tanto Komadreja como Juan platicaron de sus relaciones abiertas con sus parejas afectivas. Con relaciones abiertas se referían a que, estando en una relación comprometida y afectiva con otro hombre, tenían el acuerdo de poder tener sexo con otros hombres. Para ambos, se trata de una manera de satisfacer sus deseos sexuales, mismos que no siempre eran satisfechos por sus parejas afectivas. Que ambos reconozcan esta posibilidad señala su reconocimiento por su sexualidad líquida y fluida, misma que no se fija o establece con una sola persona al adquirir un compromiso con ésta. Esto por supuesto sin que afecte el compromiso que han establecido con su pareja. Mucha de su explicación usa al cuerpo como la superficie sobre la cual se inscriben e instalan los deseos que quieren satisfacer mediante diferentes cuerpos. Este hecho cuestiona de manera crítica la idea de monogamia ligada a la heteronormatividad.

Komadreja, al señalar que le gustaba tener sexo con sus amigos, indica:

“... el coger con tus amigos fortalece una relación ¿no? Yo creo que te ayuda a conocerlos, a descubrirles otras facetas. Es que para mí el hecho de coger... no sé, es como equivalente a platicar. Es como si tú te pusieras, como a platicar con alguien más. Para mí eso es coger porque... no sé... Yo siento que al final el sexo es una acción más, nada más, no creo que implique muchas cosas más allá... Y el caso de los amigos, yo sí creo que, con los amigos con los que he cogido, me llevo mucho mejor y nos conocemos cosas mucho más profundas.” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Tanto Jorge como Komadreja cuestionan los límites entre categorías de relaciones sociales: pareja y amistades a través del sexo. Ambos han encontrado maneras de combinar aspectos que se entienden como propias de una categoría con otra siendo el sexo el principal actor.

Me parece que las narraciones de estos hombres también señalan una dificultad en nombrar aspectos que son entendidos como “femeninos”, como la intimidad y el cariño. En realidad, están hablando de una forma particular de compartir su intimidad con otro afectivo. Esta imposibilidad se relaciona con aquellas normas de la masculinidad hegemónica que lleva a los hombres a expresar el afecto y el cariño de una forma que cuestione abiertamente su sentido de “masculinidad”.

Vivir abiertamente este tipo de relaciones implica una resignificación del sexo. Conuerdo con Mamo (2010) al señalar que a través de los significados es que logramos queer-ar las prácticas, usarlas como mecanismos y tecnologías políticas, como base para luchar contra aquello que puede constreñir la experiencia sexual. En este caso, no sólo se trata del significado que los participantes le atribuyen a las categorías, sino de las actuaciones y prácticas que llevan a cabo. Participantes como ellos comienzan a difuminar las líneas entre conceptos y realizan el tránsito entre un tipo de relación y otra más porosa.

10.5. Infecciones de Transmisión Sexual, uso de condón y servicios de salud

De acuerdo con el Centro Nacional para el Control y la Prevención del VIH y SIDA de la Secretaría de Salud, existen 24,198 casos acumulados de SIDA en el Distrito Federal. Los datos muestran una disminución en la cantidad de casos acumulados cada año. También se muestra que las nuevas infecciones se han mantenido en los últimos años, si no es que han aumentado ligeramente. En cuanto al sexo de las personas que presentan de nuevas infecciones y casos de SIDA, existe una relación de 8 hombres infectados por cada mujer infectada. El mismo CENSIDA informa que la epidemia del VIH/SIDA en México se trata de una epidemia concentrada, indicando que a pesar de que el virus se encuentra en el 1% de la población, son los HSH los que muestran mayor prevalencia del virus y del síndrome (CENSIDA, 2011). De acuerdo con una encuesta nacional realizada por Bautista, Colchero, Sosa, Romero y Conde (2012) sobre VIH en HSH, poco más del 16% de sus encuestados salieron positivos en la prueba rápida de dicho virus, casi a la par que los trabajadores sexuales, indicando mayor prevalencia del virus entre HSH.

Entre varones, la principal forma de infección del VIH es la vía sexual. Autores como Ortíz-Hernández y García-Torres (2005), y Granados-Cosme, Torres-Cruz y Delgado-Sánchez (2009) son cuidadosos al señalar que la infección no se da por las prácticas sexuales entre varones en sí mismas, sino por el contacto con el virus o la bacteria causante del malestar. De esta forma Granados-Cosme, Torres-Cruz y Delgado-Sánchez (2009) indican la diferencia entre prácticas sexuales de riesgo y situaciones de riesgo. Las primeras son definidas como “relaciones sexuales que implican intercambio de fluidos corporales, que contienen los agentes causales de ITS y VIH-SIDA en cantidades suficientes para la transmisión de la enfermedad” (p. 485) y las segundas como los contextos en donde suceden las prácticas de riesgo. Esto quiere decir que no cualquier práctica es una práctica de riesgo, sino que sólo aquella en donde hay un intercambio de

fluidos corporales que contengan los niveles suficientes del virus o la bacteria para promover la infección. Inclusive el no usar preservativo podría no ser una práctica de riesgo si en la interacción sexual no hay intercambio de fluidos corporales, siempre y cuando los cuerpos no contengan virus o bacterias.

De acuerdo con estos mismos autores, existen tres condiciones que afectan directamente en las prácticas sexuales y situaciones de riesgos: el conocimiento de las medidas preventivas contra las ITS's y el VIH, la disponibilidad y el acceso a los medios materiales para la prevención (como condones y conocer su uso adecuado), así como la capacidad para negociar de manera explícita las prácticas y el uso del preservativo. Estas tres condiciones se pueden ver afectadas e interrumpidas por la situación sexual, como lo puede ser en situaciones clandestinas y marginales. De esta forma, la homofobia interpersonal, institucional y cultural de la cual he venido hablando, tiene efectos directos sobre las situaciones de riesgo y las prácticas sexuales de riesgo, específicamente impactando en el uso inconsistente del condón durante las prácticas sexuales (Ortíz y García, 2005).

Dos de los hombres que entrevisté, ambos de la generación dos vivían con VIH y fueron muy explícitos en contarme su experiencia en torno a la adquisición del virus, su relación con el uso de condón y los servicios de salud. Dos entrevistados, ambos de la generación uno, tuvieron experiencias muy cercanas con el VIH, uno al tener una pareja afectiva que fue diagnosticado con el virus y otro que vivió asustado por meses por creer que era portador del virus. Los hombres de la tercera generación coincidieron en que se “salvaron de milagro” ya que su generación fue a la que le tocó vivir el surgimiento de la epidemia y la organización médico-política posterior. Sus experiencias muestran un desconocimiento inicial en torno a las ITS's y el VIH, un temor a negociar prácticas sexuales debido al rechazo anticipado de sus parejas con base en su orientación sexo-afectiva, y un temor impactante a resultar seropositivo. Inclusive Ramón me contó que en su escuela le enseñaron que la mejor forma de protegerse en contra de ITS's era a través de la abstinencia, cuestión que tuvo

como efecto un gran miedo y culpa a entablar cualquier tipo de interacción sexual, ya sea con hombres o con mujeres. Otros entrevistados me platicaron que aprendieron de ITS's y el condón a través de amigos, del internet o de las noticias, y no en un programa educativo. La marginalidad en la que algunos vivieron su orientación sexo-afectiva, en colusión con el desconocimiento y el poco acceso a los preservativos, fueron elementos fundamentales en la adquisición del virus; mientras que el miedo y el temor fueron factores que funcionaron para proteger a aquellos que “se salvaron de milagro”, así como un elemento que limitó la vida sexual de muchos hombres.

“Yo creo que a mí sí me, interiorizó mucho el asunto de, de que es muy arriesgado infectarse de VIH. Me impidió, yo creo que, en comparación a muchos de mi generación, que yo conocí, que yo vi. No me dejó hacer en un principio, el VIH, no me dejó experimentar tantas cosas como me hubieran gustado, en términos de la sexualidad. Sin duda me limitó. Por ejemplo yo no lo entré a orgías, hasta como cuando tenía 30 años ¿no?” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

Fernando señala un temor interiorizado a partir de la manera en que se difundió la epidemia del VIH/SIDA, misma que sintió como limitante en su vida sexual. Me describió la manera en que observaba el cuerpo y sobre todo los genitales de sus parejas sexuales, si veía alguna señal que le pareciera “rara” o fuera de lugar, no mantenía relaciones sexuales con el hombre o las detenía. Las vivencias en torno al VIH fueron profundas y requirieron de mucho tiempo para ser externadas a lo largo de la entrevista. Esto me habla de una necesidad de los hombres de hablar de este tema y de la infinidad de interacciones que requiere la infección, la búsqueda de tratamiento, el acudir a los servicios de salud y el iniciar, apegarse y continuar un tratamiento específico.

“Ahorita ya es frecuente, o sea frecuentísimo (yo usar condón). Pero al principio como yo no sabía así nada, no sabía, sabía del sexo, nunca lo había aplicado, nunca había hecho nada y, y tenía un poco, muy poca información. Sabía que existía el VIH, el SIDA, el papiloma humano y todo ese

tipo de enfermedades porque en la escuela te lo enseñan pero pues una vez que estás en la acción o por llamarlo así. O sea dejas todo eso ¿no? Y, sinceramente mi primera vez fue sin condón. Sinceramente, entonces yo me empecé como mucho a adentrar y a preocuparme... dijo 'no, es que qué tal si tengo SIDA, y qué tal si tengo SIDA'. Entonces yo mismo me empecé a sentir como mal y me empecé a tener síntomas y todo eso, fiebre y todo eso... O sea yo empecé a investigar en internet ¿no? cómo era eso, entonces de repente me da fiebre y yo así de hígole. Entonces este, todo ese tipo de cosas. Y yo estaba preocupado, iba al doctor... Total pasó y lo dejé y así ¿no?, y después me hice la prueba, o sea afortunadamente estoy bien y todo eso.”
(Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante)

Alfonso cuenta de su desconocimiento específico sobre las ITS's, misma que reportaron muchos entrevistados, sobre todo los más jóvenes. Las prácticas sexuales de riesgo fue lo que les llevó a informarse de manera más profunda sobre cómo cuidarse. Sin embargo, esto no garantizó que sus prácticas sexuales fueran no riesgosas. Reportaron conocer algunas ITS's y en qué consistía el VIH, pero desconocían cómo se transmitía, qué prácticas eran de mayor o menor riesgo, en dónde podían adquirir condones de manera gratuita, en dónde podían realizarse análisis de detección del virus o de la bacteria, cómo y en dónde podían iniciar un tratamiento si fuera el caso y mucho menos sus derechos como pacientes gay:

“...además yo no sabía a quién acudir en caso de... y yo creo que ese es un gran problema, y a la fecha, la gente con VIH no sabe por dónde empezar, tanto tengas o no tengas seguridad social.” (Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista)

Muchos hombres iniciaron su vida sexual en ausencia del uso del condón; coincidieron en que se “dejaban llevar” por el momento y la interacción sexual. De esta forma, el inicio de la vida sexual está carente de la incorporación del uso del condón. Los hombres más jóvenes solían realizarse pruebas de detección de VIH durante campañas de prevención que organizan tanto el gobierno como

organizaciones de la sociedad civil. Por ejemplo, Alfonso de casualidad encontró una camioneta afuera de un centro comercial a donde acudió con un amigo y decidió realizarse la prueba debido a que había tenido sexo sin protección. Fue gracias a su amigo, que lo presionó para hacérsela, que lo llegó a hacer. Los hombres de generaciones más grandes no reportaron realizarse pruebas, sólo Juan, quien me comentó que se debía a que tenía una relación abierta. Aquí cabe aclarar nuevamente que la transmisión de ITS's, incluyendo el VIH, no tiene que ver con la cantidad de parejas sexuales que se tiene, sino con realizar prácticas sexuales en donde hay intercambio de fluidos que cargan el virus o la bacteria, cuestión que puede suceder con una pareja estable.

Los hombres jóvenes reportan sentir mucho miedo y temor por los resultados “¿qué tal que sale positiva?” me decían. Lo que no les ha quedado claro es que la mayoría de las ITS's son tratables y curables, incluyendo al VIH, a través de medicamentos que deben ser administrados a tiempo, antes de que el virus pase a ser síndrome. Este hecho es fundamental, pues si los hombres seropositivos logran tener niveles indetectables del virus, en teoría, no tendrían virus que transmitir. Sin embargo en México, y de acuerdo con los talleres de prevención de VIH que promueve la Clínica Especializada Condesa, se administran antiretrovirales a personas que tienen un conteo viral de por lo menos 300 (esto a pesar de que la Ley para la Prevención y Atención Integral del VIH/SIDA del Distrito Federal no especifica desde qué conteo se deben administrar los medicamentos). El temor asociado a realizarse pruebas tiene que ver con una estigmatización propia de las ITS's y la asociación que se ha hecho de la homosexualidad con el VIH. Esta estigmatización genera barreras para la prevención y la atención de éstas infecciones. Hombres de generaciones más grandes me contaron que empezaron a usar condón “religiosamente” en todas sus interacciones sexuales por un miedo instalado a través de los medios de comunicación a inicio de la década de los ochenta:

“... yo siempre me protegí con el condón desde que vino lo del SIDA, desde el ochenta y dos, (en el noticiero) con Jacobo Zabłudovsky una noche, desde ahí me protegí y me

ayudó de que me dio una blenorragia... Pero eso me ayudó mucho y desde ahí siempre usé condón... Me asustó, me asustó mucho esa parte y entonces nunca más volví a tener sexo sin condón, ni con mis parejas.” (*Roberto, 52 años; Generación 3; empresario*)

“Sí llegué por ejemplo a usar dos condones, decía yo ‘no, pues para mayor seguridad, quien dice que no, cabrón’ (risa)... Entonces esas cosas absurdas, pues, pero es que sí, había un ambiente de paranoia.” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista*)

El miedo funciona como un mecanismo que empuja a los hombres hacia la práctica de conductas sexuales seguras.

“...ya estaba lo del VIH con, con la protección, que nunca me gustaba, hasta la fecha no me gusta, pero lo tengo que hacer.” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionalista*)

Los hombres de la segunda y tercera generación coincidían con Jorge; el condón es algo que no les agrada, algo que no disfrutan, pero que sienten que deben de hacer para poder tener relaciones sexuales satisfactorias y seguras. Esto no sucede con la primera generación, en donde los hombres no reportaron incomodidad alguna por el uso del condón. Esta diferencia se puede deber justo a las intervenciones gubernamentales y no gubernamentales a raíz de la epidemia del VIH/SIDA que buscaron la incorporación del condón en la vida sexual de hombres gay. Los hombres de la generación dos y tres durante años vivieron experiencias sexuales que no incluían el condón; en cambio la generación uno entiende al condón como parte fundamental de una vida sexual.

El uso del condón también depende en gran medida de las dinámicas interpersonales que se sostienen entre la pareja. Existe la idea de que si se ama a otro hombre, no tiene porqué intervenir el condón en la relación sexual. Algunos hombres con relaciones abiertas, como Komadreja, distinguía entre parejas sexuales y parejas afectivas a través del uso del condón. Con sus parejas afectivas no veía la importancia de usar condón, mientras que con sus parejas sexuales, lo usaba con mayor regularidad. Para algunos entrevistados, el hecho de usar

condón con su pareja afectiva implicaba una ruptura en la confianza que se tenían. Esto sucedía inclusive en parejas que no eran abiertas. ED vivió una experiencia que lo marcó por muchos años con su pareja afectiva. Con él no solía usar condón hasta que su pareja resultó ser seropositivo. ED se sintió herido y dolido no sólo por el saber que posiblemente él también era seropositivo sino porque para él, este hecho implicaba que su pareja le había sido infiel. Estos eventos tuvieron un impacto significativo sobre sus emociones, me contó que por meses se sintió “deprimido”, abandonado. No quiso apoyarse en su familia, pues justo por tratarse de una condición estigmatizada, temía la reacción de ellos.

“Estaba muy triste, lloraba todo el día, este... bajé... mucho de peso, este, todo se vio plasmado en la escuela... Reprobé, este, la cuestión de querer estar todo el día... en, en mi habitación, no tener, no sentirme fuerte y estar en, imaginando cosas, de si tengo VIH, me voy a morir y qué voy a hacer y, como le voy a decir a mi familia y me van a decir que soy un sidoso. Esto, esto fue antes de estar investigando más...” (ED, 24 años; *Generación 2; profesionista*)

La historia de ED implica que la posibilidad de tener mayores conocimientos sobre el VIH y el SIDA pueden tener la función de proteger contra emociones como la tristeza y la depresión (así como de contraer alguna ITS), pues proveen de datos duros que niegan creencias que alimentan la estigmatización de esta condición. Un desconocimiento como éste tiene impactos en la productividad de los hombres y no sólo en el hecho de no atender sus cuerpos ante la posibilidad de una infección. Por otro lado, hechos como estos apuntan hacia la idea de que el condón y el látex son barreras para la consumación del amor entre dos personas. Así, se vive la penetración como una manera de demostrar firmemente la intimidad y el cariño que dos personas pueden compartir. El uso del condón entonces representa una forma de interrumpir ese amor, ese cariño y esa intimidad. Estas ideas se expresan como grandes barreras para incorporar el condón en la vida sexual de la pareja y dificultan la negociación de prácticas sexuales no riesgosas.

“Y si entonces el semen está recibido sin un mediador ahí como un látex, bueno pues entonces hacemos un acto como mucho más cercano, más íntimo todavía. Entonces ahora se recibe en un látex, entonces eso, no me gusta. Poéticamente tampoco me gusta. Es un acto antinatural, va en contra de la naturaleza... La sensación del pene en el ano y además la sensación del semen en el ano ¿sí? Y el poder recibirlo ¿no? Ya sea de una parte o de otra o sea el que alguien este compartiendo el semen contigo ¿no?... Significa esa cosa más íntima ¿no? Es algo de mí... Interrumpe, es un estorbo, el condón es un estorbo.”
(Hernán, 58 años; Generación 3; profesionalista)

“... con mi pareja fue la cuestión del sentimiento, fue mi primer pareja estable, entre comillas, este según había este grado de confianza, de fidelidad, y accedí más que nada por el sentimiento cuando... Aunque fue mucha irresponsabilidad de mi parte ¿no? porque si hubiera usado el condón pues yo creo que no se hubiera dado nada de esto, esta cuestión de los problemas, sí hubiera sido diferente; quizá a la mejor ahorita estuviera todavía con él...” (ED, 24 años; Generación 1; profesionalista)

ED refiere el sentimiento que lo une con su pareja como una barrera para negociar el uso del condón de manera frecuente. Esta negociación implica, desde la mirada hegemónica, una ruptura de las normas y reglas que circunscriben una relación de pareja; significan la infidelidad de parte de uno de los miembros de la pareja. Además, esta infidelidad es interpretada como indicador de que el miembro de la pareja ha perdido interés en el otro miembro, que el amor, cariño e intimidad que supuestamente compartían, deja de existir. De esta forma, y Hernán lo dice de manera más clara, el compartir fluidos corporales y en particular el semen, se vuelve una manera de hacerse cómplice con la pareja, de acercarse a él (Krimp, 1989). Sin embargo, mantener creencias como estas no significa que los hombres no usen preservativo, pues a pesar de sus creencias, Hernán me reportó usar condón en sus relaciones sexuales.

Otra cuestión que me pareció de suma importancia en cuanto a la atención de VIH, fueron los servicios de salud que los entrevistados usaron. Estos variaron enormemente; desde ferias universitarias sobre derechos sexuales y reproductivos,

hasta organizaciones civiles y sistemas de salud públicos como tal. Las experiencias de los hombres en estos servicios por lo general son positivos, sin embargo, sí hay algunas historias que demarcan discriminación y abuso de poder de parte de las autoridades médicas. Estos abusos tienen que ver exclusivamente con el carácter gay y seropositivo de quien recibía el tratamiento. En otras palabras, hubo historias donde un entrevistado narró discriminación sistemática en el servicio de salud debido a que era VIH positivo.

De manera concreta, Komadreja supo que tenía condilomas en el ano debido a que vio una conferencia en una feria de sexualidad en su universidad. Esto, más el malestar que le provocaban, fue lo que lo llevó a buscar atención médica. Acudió a la clínica del IMSS que le correspondía, en donde le recetaron una pomada contra las hemorroides, sin siquiera hacerle una revisión física y médica. Acudió en dos ocasiones para confirmar que el tratamiento contra las hemorroides no estaba funcionando. Fue hasta la tercera ocasión que el médico general lo mandó con un proctólogo que finalmente hizo una revisión ocular. Esto llevó al doctor a indicar una cirugía para quitar los condilomas y hacer una serie de estudios para ITS's. Dicho doctor no le avisó a Komadreja qué análisis realizaría, por lo que cuando Komadreja los revisó, se dio cuenta de que uno de ellos era para detectar el VIH. Fue así como él supo que era VIH positivo: sólo, en medio de una clínica del IMSS, a pesar de que la Ley establece que los resultados de análisis para detectar VIH deben ser entregados por un consejero especializado en el tema.

“Ya, lo peor fue cuando fui con el doctor para darle los resultados. Porque es un proctólogo y llego y me dice... se los doy. Me dice, ‘¿ya viste?’ Le digo ‘sí’. ‘Te vas a morir’. Ese fue el único en que me han dado ganas de llorar por eso. Pero dije, no, cómo se atreve, le dije, ‘no, no me voy a morir’. Me dice, ‘sí, te vas a morir’. Y yo ‘¿por qué?’. ‘La gente con esa enfermedad se muere’. ‘Pero para eso hay medicamentos’. ‘Sí, pero de todos modos se muere’. Le digo ‘pero yo pienso usar medicamentos’. Ya ese güey se quedó callado.”
(Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante)

El médico que lo atiende no solo rompe la Ley al no consentir con Komadreja los análisis por realizarse y no entregarlos con un consejero, sino que demuestra una serie de prejuicios que permiten la reproducción de esquemas de estigmatización en torno a las personas gay y el VIH. La declaración del doctor “te vas a morir” es cierta, pues todos los seres humanos vamos a morir, pero denota una agresión dirigida únicamente a quienes portan el virus, así como una ignorancia en torno a los tratamientos actuales para el VIH que han logrado extender la esperanza de vida de los portadores. La reacción de Komadreja es aún más sorprendente, pues ante la autoridad del médico, logra defenderse en un acto de agencia que me parece sobresaliente. Komadreja usa los recursos disponibles para sí (como conocimientos científicos en torno al VIH) para detener la agresión del médico.

Debido a que el VIH es un virus que debilita el sistema inmunológico, es necesario ser en extremo cuidadosos con el cuerpo y otras enfermedades. Komadreja fue tratado por sus condilomas, mismos que podían agravar su condición de seropositivo. En los preparativos para esta cirugía, conoce a una enferma a quien describe como un “ángel”, que le dio palabras de aliento y esperanza para su futuro, sobre todo al contrastarlo con la actitud del médico.

Recibir un diagnóstico de ser VIH positivo, o inclusive pensar que uno ya es VIH positivo por las prácticas sexuales de riesgo que ha mantenido, tiene efectos importantísimo sobre las emociones.

“En este momento yo me sentía muy mal, me sentía hecho popó, literal, porque pues, yo no le podía decir a mi familia ‘oye, sabes qué, muy probablemente tengo VIH’...”. (*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

“Y dije ‘no mames, tengo VIH’...Entonces si pasaron muchas cosas por mi cabeza. Dije ‘a ver, a ver tranquilo, güey’... Por un lado dije, ‘sé que esto no me va a tirar. Yo sé que esto... esto no, no voy a permitir que estoy detenga

mi vida' como tenía... te digo que era, eso fue en mayo que me dieron esos papeles. Y este, yo decía 'no, es que seguramente no voy a llegar vivo a diciembre...'. Era como, aquel temor, como la conciencia, uno echándose porras y otro tirándose, no sé. Entonces recuerdo que lo primero que dije fue, 'no voy a llorar, esto no me va a hacer llorar'." (*Komadreja, 25 años; Generación 2 estudiante*)

"...regreso y me hago la prueba. Me la dan a la semana y cacho, me la da una chica, y me dice que soy positivo. ¿Qué hacer? Fue una sensación encontrada, sigo estudiando, me dedico a hacer otra cosa, como yo sentía de que si dejaba de hacer lo que estaba haciendo me iba a perder, pues le seguí y le seguí con mayor dedicación y dejé un poco el ambiente... (Mi reacción ante el diagnóstico fue) Ah, muy mala, muy mala pero traté de no derrumbarme... Mal, mal porque decía yo, '¿qué voy a hacer, qué voy a decir, cómo voy a vivir, cuándo va a pasar esto?'. Una reacción yo creo que para poderme defender fue entrarle con más ganas a lo que estaba haciendo, que era la carrera. (*Javier, 40 años; profesionalista*)

La vida emocional se ve gravemente afectada a partir de una experiencia cercana o un diagnóstico de VIH; desde emociones como el dolor y la tristeza, hasta negación y pasando por negociación con uno mismo, las respuestas son variadas. Me llama la atención la gravedad de estas reacciones y de la manera en que los entrevistados vivieron estas experiencias. Para ellos se trató de una sentencia de muerte, del inicio de una vida con fecha de caducidad. Esta es la forma en que viven y entienden al virus. La vergüenza y el estigma están sumamente asociados a estas experiencias y de hecho, pueden jugar un papel fundamental en producir dichas emociones (Fortenberry y cols, 2002) y limitar el acceso a servicios de salud (Varas-Díaz, Neilands, Guilamo-Ramos, Cintrón, 2008). Los mecanismos de afrontamiento que usan Komadreja y Javier de hecho son comunes entre personas que viven con VIH, ya que permiten focalizar las cogniciones en el problema y resolverlo y, como consecuencia, disminuir niveles de depresión y ansiedad (Gaviria, Quiceno, Vinaccia, Martínez y Otalavaro, 2009).

Me parece que las reacciones emocionales vinculadas al diagnóstico del VIH tienen que ver más con ideas construidas alrededor del virus que al tratamiento y atención en sí mismas. Como nos recuerda García (2009), los ochenta y noventa estuvieron llenos de una construcción negativa alrededor del virus, de un estigma que apuntó hacia la población gay, construyendo la idea de que los hombre gay son responsables de ésta enfermedad, entonces mortal. El gobierno mexicano fue tardío en actuar tanto jurídica como medicamente para el tratamiento de los casos de VIH, provocando así grandes cantidades de muertes por el virus, cuando ahora se sabe que se trata de una enfermedad sumamente tratable y controlable debido a las terapias con antiretrovirales (Hogg y cols. 2008).

Otros hombres buscaron atención en servicios que proveen organizaciones de la sociedad civil. Por ejemplo, ED y su pareja acudieron a una organización religiosa que brinda servicios de prevención y atención al VIH. De acuerdo con su experiencia, recibieron un trato amable, que usaba un discurso católico de apoyo y amor al prójimo, y recibieron la atención médica y psicológica que necesitaban. Las experiencias de ambos entrevistados dan cuenta de las carencias en los sistemas formales de salud en torno a la atención al VIH. Esto significa que la sociedad civil se ve obligada a cubrir lo que el Estado es incapaz de realizar. Así, el tercer sector surge para llevar a cabo los procesos de prevención, atención y tratamiento que el gobierno no puede realizar y además lo hace con un trato que no discrimina ni estigmatiza.

A pesar del poco conocimiento que los hombres pueden tener en torno a las prácticas sexuales seguras, saben que el condón es la forma más eficaz de protegerse. Me surge la pregunta de porqué muchos siguen sin usarlo. Ya hablé arriba de las diferencias entre generaciones y la incorporación del condón a sus vidas sexuales y cómo las políticas públicas en torno a los derechos sexuales y reproductivos, así como de la comunidad LGBT han permitido esta incorporación.

Sin embargo, en las generaciones dos y tres fue algo común encontrar a hombres que no usan el condón, inclusive cuando son seropositivos y saben que el condón es la mejor forma de evitar nuevas infecciones (tanto para ellos mismos como para sus parejas sexuales).

Para Javier, el hecho de dejar de usar condón tuvo que ver con el dejar un grupo de amistades que le permitieron fortalecer su identidad como gay desde joven. Estas amistades representaron para él su vínculo directo con la comunidad y la cultura gay, así como le proveyó de relaciones amicales significativas. El dejar a este grupo lo llevó a buscar nuevas interacciones sociales en contextos gay, como antros y bares. En su deseo de sentirse aceptado y deseado afectiva y sexualmente por otros hombres, dejó la importancia del uso del condón. También me señaló que no se sentía atractivo en su cuerpo y su físico, llevándolo a pensar que posiblemente al acceder a sexo sin condón, sus parejas sexuales podían demostrar afecto y construir una relación de noviazgo.

La experiencia de inicio y mantenimiento de tratamiento para Komadreja y Javier, ambos seropositivos es ambivalente. Komadreja no recibe ningún tipo de medicamento porque sus niveles de virus son bajos, a pesar de que desconoce en qué nivel están. Esto significa que no acude regularmente a citas con el médico y no se realiza análisis de manera sistemática. Esto no tiene que ver con decisiones propias, sino justo con este estigma que circunscribe al virus, así como las leyes y políticas que se han desarrollado en torno al mismo y el acceso a servicios médicos. Estas leyes no promueven un chequeo sistemático del cuerpo en aquellos hombres seropositivos. Conocer con precisión el conteo de virus y de CD4 es fundamental para conocer el riesgo al cual la persona se expone y expone a sus parejas sexuales¹⁵; el no acudir a los servicios de salud también señala la fuerza de la masculinidad hegemónica y cómo ésta produce una idea de invulnerabilidad en los hombres (de Keijzer, 2001). Así, podríamos señalar una colusión entre las políticas de salud y la “masculinidad”. Javier cuenta que

¹⁵ información obtenida de <http://www.webmd.com/hiv-aids/cd4-count-what-does-it-mean> el 14 de mayo del 2013

cuando fue diagnosticado a inicios de la década de los 90, él no fue candidato a tratamiento con AZT porque éste estaba reservado a personas hospitalizadas. Javier tuvo que ser hospitalizado a finales de esa década por complicaciones relacionadas con el VIH y debido a contactos que él tenía, fue ingresado a manera de emergencia a la Clínica Especializada Condesa en el DF. Desde entonces recibe sus antiretrovirales ahí, mismos que controlan su conteo del virus.

“Pero sí hay veces en que después de tantos años, me da **flojera** saber que en determinado tiempo tengo que ir al médico, hacerme análisis, controlarme, de que este tratamiento en el que llevo, lleva funcionando muy bien, ya va para los 10 años, pero yo no sé en qué momento no va a funcionar y voy a tener que hacer una migración que yo no sé si va a ser igual de exitosa que esta. Y meterme otra vez a procesos con el infectólogo, con los hospitales, con la readaptación a un esquema que a lo mejor no es tan cómodo, para seguir mi vida.” (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

Javier señala lo desgastante de ser responsable en ser seropositivo. La “flojera” de la que habla, me parece que se asocia con el estar enfrentándose constantemente a un potencial deterioro extremo de su salud. Es decir, él nunca sabe en qué momento puede mostrar una crisis de salud debido al VIH, a pesar de que está en tratamiento. Se trata de un enfrentamiento constante con la muerte y con su bienestar. Esto requiere de grandes cantidades de energía y de un sistema de apoyo que le permite solidificarse frente a este sistema de salud. Tanto Javier como Komadreja señalaron que no usan el condón en todas sus relaciones sexuales. Ambos por diferentes razones

“Ahorita y te voy a ser franco, hace 3 años conocí un lugar, para coger sin condón y empecé a coger sin condón, después de casi 17, 18 años cogiendo sin condón para mí se volvió una... yo creo que es una adicción que tengo ahorita que volver a repensar. Porque coger sin condón después de **años** de coger con condón, me gusta. Se siente distinto y hay gente que está dispuesta a hacerlo, incluso gente que sabe que tú eres seropositivo, ya no lo oculto y le estoy entrando, yo sé que tiene riesgos. Yo después de dos años

que casi todas mis relaciones se han empezado a volver sin condón no he visto efectos adversos en mi salud”. (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionista*)

“El chiste es que han cambiado (mis prácticas sexuales) pero no tanto a partir del VIH, sino más bien, por otras cosas que voy buscando... No, la neta no siempre, no (siempre uso condón)... Sí uso mucho más condón de lo que usaba antes. A lo mejor ese fue el gran cambio. Sí uso condón más que nada, porque no me gustaría infectarme de otro tipo de virus, o de otra cepa del VIH y no me gustaría que me diera otra infección ¿no?... Cuando llego a... coger... con un chacal por ejemplo, o sea como que realmente no da tiempo siquiera de sacar el condón. Además como que siento que es... como la... la idea de ser chacal, no, no se lleva un condón en medio, no sé... Pues no sé si, se siente como que, como que los chacales son más de... sexo a pelo”. (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Las razones en el uso del condón son distintas para estos dos entrevistados. Para Javier, tienen que ver con placeres del cuerpo propiamente. El condón se vuelve una especie de restricción al placer por su estado seropositivo, como si debido a esto no pudiera tener acceso a una sexualidad más libre. Javier se vuelve parte de una subcultura que busca mantener relaciones sexuales sin condón, cuestión que le produce cierta ambigüedad en sus emociones. Su discurso dio cuenta de esta ambigüedad, en ocasiones se sentía atraído a estas prácticas, mientras que en otras ocasiones le interrumpían una especie de llamado moral que le llevaba a pensar en los riesgos que estas prácticas implican. A la práctica de tener relaciones sexuales sin protección se le ha llamado “bareback” que significa “sexo a pelo”. Se trata de hombres que intencionalmente buscan este tipo de contacto, algunos inclusive con la intención de ser infectados del VIH (si no son portadores) y otros con la intención de infectar a otro (si sí son portadores) (Aguilar, 2010)

El discurso de Komadreja también da cuenta de esta ambigüedad, le es imposible tener una sola respuesta clara, cuestión que me hace pensar que no

siempre usa condón. Cuando le pregunté si su diagnóstico había cambiado su uso del condón, contestó que sí y que no. Tanto para él como para Javier el uso del condón gira en torno a la preocupación de su salud, de no adquirir una nueva infección que pueda aminorar su estado. Me parece interesante la visión que tiene Komadreja sobre el sexo con “chacales” pues señala elementos culturales producidos desde la masculinidad hegemónica. Monsiváis (2009) describe al chacal como “...el joven proletario de aspecto indígena o recién mestizo... el cuerpo que proviene del gimnasio de la vida, del trabajo duro...”; un personaje hombre, urbano, de clase trabajadora, que tiene sexo con otros hombres y que adopta algunas características estéticas de la metrosexualidad (como usar cadenas y anillos, depilarse la ceja y otras partes del cuerpo, entre otras). Sin embargo, el chacal sigue manteniendo una postura estoica entendida como masculina. Así, para Komadreja, el uso del condón con un chacal rompe la idea de la “masculinidad” porque implica que el chacal es vulnerable y se interesa en aspectos de la salud. A diferencia de Javier, Komadreja no busca intencionalmente los encuentros sexuales sin el uso de condón, sino que el no uso del preservativo, en su caso, tiene que ver más con elementos psicológicos y socioculturales, como la integración de un sistema de género en su identidad y cómo ésta se contrapone con la idea de proteger el cuerpo.

Experiencias como estas dan cuenta de la dificultad que tienen los hombres gay para iniciar un tratamiento para ITS's; el desconocimiento sobre formas de protección, prácticas sexuales entre varones, mecanismos de negociación, espacios de prevención y atención de las ITS's y VIH, formas de tratamiento del VIH, derechos de los pacientes; así como contextos homofóbicos que marginan a los hombres homo-eróticos a contextos de riesgo y estigmatizan al virus, significan que el individuo queda completamente solo para buscar su camino de tratamiento. Se requiere de un nivel significativo de agencia y resiliencia para poder iniciar un proceso de tratamiento debido al impacto que tienen en las emociones. Asimismo, desde la experiencia de los hombres seropositivos que entrevisté, el acceso al tratamiento y a la atención es difícil,

tardado y tiene efectos en las emociones, cuestión que impacta directamente en el deseo de usar o no usar condón en sus relaciones sexuales. Finalmente, es necesario hacer evidente la cultura de género en la cual todas estas tecnologías están inmersas, pues las políticas de prevención y de tratamiento no se dirigen a la masculinidad hegemónica, dada una cultura que promueve la idea de invulnerabilidad del cuerpo del hombre y por tal, la no necesidad de buscar atenderlo. La cultura masculina es vivida en carne propia por estos hombres, que buscan placeres a través del cuerpo, placeres que ponen en peligro su bienestar, así como el de otros.

10.6. Violencia sexual en contextos gay

Hablar sobre violencia sexual en contextos gay es un tema preocupante para mí. Temo que la experiencia del entrevistado que la vivió pueda ser interpretada como una experiencia común en los ambientes gay mexicanos y por tal, como un arma para seguir discriminando y patologizando a los hombres gay. Me preocupa que exista violencia dentro de contextos gay mexicanos, porque permite a grupos conservadores usar argumentos como que los hombres gay “son violentos”, “son promiscuos” y otros más para propagar su homofobia estructural. Lamentablemente, los contextos gay no están exentos de la violencia, misma que es ejercida por otros hombres gay. Sin embargo, me parece que el ejercicio de esta violencia está vinculada a un sistema patriarcal más amplio, que también afecta a mujeres y a hombres heterosexuales. Sabemos que las mujeres, en el 90% (INEGI, 2009) de los casos, son víctimas de crímenes con violencia y sobre todo víctimas de crímenes sexuales; sabemos que hasta 22.8% de mujeres han vivido violencia sexual a manos de su pareja (INEGI, 2011). Estos datos nos señalan que las personas que perpetúan la violencia son hombres, violencia que se sostiene gracias a una cultura patriarcal que les otorga poder y privilegios. Desde aquí, cabe señalar que la violencia ejercida no tiene que ver con la condición gay, sino con la socialización de la masculinidad hegemónica. En tanto los hombres gay son socializados como hombres, me parece que se llevan a cabo pactos

patriarcales y ejercicios de poder masculinos, inclusive dentro de contextos gay. Una forma de expresión de este poder es la violencia sexual, específicamente sobre aquellos hombres vistos como “femeninos”, incluyendo a los más jóvenes.

ED cuenta cómo un hombre en una fiesta le administró alguna droga en su bebida. Desde la experiencia de ED, la fiesta a la que acudió fue de las primeras fiestas gay a las que fue con un grupo de amigos. Él caracterizó a ese grupo de amigos como difíciles y después de algunos años de relación con ellos, decidió alejarse y construir un grupo de amigos distinto, ya que ese grupo en particular le incomodaba, tomaban en exceso y usaban drogas recreativas, actividades con las cuáles él no se sentía cómodo. Gracias al contacto con este grupo, ED estuvo en la escena nocturna del mundo gay, rodeado de grandes cantidades de alcohol y de drogas como metanfetaminas y cocaína:

“... vi como unos grumitos blancos (en mi vaso)... muy, muy finos y se me hizo algo así como ‘ah, es normal’, pero ya después me empecé a sentir como mareado, como alejado de mi cuerpo y esta persona, quien me invitó la copa, se acercó y pues me empezó a estar besando y ya después me subió, me subió a una de las habitaciones... No me gustó, no, por más, por el hecho, había una cierta consciencia en mí, pero, este, era como si estuviera muy alcoholizado, porque aparte había bebido mucho y sumando esta cuestión de la droga, pues estaba, estaba perdido... Y, solamente recuerdo que el tipo quiso, quiso tener relaciones pero yo, no, ahí sí... Tomé conciencia y le dije ‘no, no, no, no’.” (ED, 24 años; *Generación 1; profesionista*)

Un contexto y situación como esta son preocupantes, claro. Significa que existen hombres que se identifican como gay que son blanco de violencia sexual no sólo frente a los “guardianes del género”, como hombres heterosexuales, profesorado, la institución escolar, padres, madres y hermanos/as, sino también frente a algunos hombres gay. También significa que existen hombres homoeróticos que están dispuestos a violentar y a interrumpir la dignidad de otros con tal de satisfacer sus deseos y prácticas sexuales. Sin intentar justificar estos francos actos de violencia, me parece importante analizar cómo se insertan en el

sistema social amplio. Creo necesario, como mencioné antes, entender que los hombres gay también son socializados en tanto hombres, educados para re/producir privilegios y pactos patriarcales y entender a otro cuerpo como *su* objeto sexual. También es importante entender que en los contextos gay se inserta el binomio masculino-femenino, dónde existen cuerpos-hombre-femeninos—descifrados a partir de sus actuaciones de género, la presentación de su cuerpo y su edad—y cuerpos-hombre-masculinos, que actúan los privilegios masculinos. Así, los cuerpos-hombre-femeninos pueden ser blanco de toda una gama de violencias, incluidas las que narra ED.

Lo que le sucedió a ED es preocupante, ya que tiene implicaciones para su autonomía sexual, la droga que le fue administrada tenía la intención de borrarlo como un sujeto consciente y capaz de tomar decisiones sobre sí mismo. Esta falta de autonomía lo ponía en riesgo para el abuso sexual y lo exponía a la posibilidad de sexo sin condón, lo cual a su vez lo arriesgaba a contraer una ITS. Me parece que este es un acto de violencia, justamente porque atenta en contra de su autonomía y capacidad de decisión. La falta de autonomía, según Amorós (2009) nos habla de un espacio en donde no se reconoce al sujeto. Así, la violencia interrumpe la experiencia subjetiva al quitar la posibilidad de autonomía.

Encontré dos anécdotas que consideré importantes incluir en esta sección, específicamente porque se trataba de eventos dónde la situación se desarrollaba con la violencia como actor principal. En ambos casos, la violencia incluyó, de una u otra forma, algún espacio público. De manera un poco más marginal, la sexualidad también se vio involucrada, pues se presentaba en la situación. En el primer caso, Jorge cuenta cómo durante algunos años de su vida, se “hizo aficionado” de mantener relaciones sexuales con taxistas que conocía en la calle. Me comentó que después de salir a tomar algunas copas con sus amigos y tomar un taxi de regreso a su casa, entablaba conversación con el taxista hasta “ligarlo”. Así, se iban a su departamento o a algún cuarto de hotel en donde mantenían relaciones sexuales. Jorge narra los eventos una vez que estaba dentro de su departamento:

“... me quisieron matar un día, un, un tipo de estos (un taxista)... yo estaba sentado en la cama y él estaba todavía parado, me pasa las medias por aquí atrás de mí (señala que el taxista coloca las medias alrededor de su cuello) y me dice, ‘vamos a jugar un rato’... Y las quiere, las, la quiere cruzar (señala a su cuello, indicando que el otro hombre intentó rodear su cuello con las medias)... Uy uy uy, le metí la mano aquí (mueve su brazo a la altura de su cuello y la mueve bruscamente hacia delante), rápidamente... y como tengo un físico, en aquella época mucho mejor de, de, de, de todavía de deportes ¿no? Que hacía mucho deporte y soy ágil en ese sentido ¿no? Me muevo con facilidad, este, le metí la mano y le dije ‘ese jueguito no me gusta, vístete y vete, en este momento’.”
(Jorge, 51 años; *Generación 2; profesionalista*)

Desde la experiencia de Jorge, el “jueguito” que quiso jugar su pareja sexual del momento, se vivió como un atentado en contra de su vida. El contexto en el cual conoció a esta pareja (en la noche y en la calle de la Ciudad de México, en una época con menos apertura sexual que la actual), son elementos que alimentan la sensación de peligro que vivió Jorge en ese momento. Como me explicó después, la experiencia que muestro arriba fue la última que tuvo con taxistas, debido al temor que se le infundió. La sensación de violencia que vivió es permanente en toda la interacción; es decir, Jorge se mantiene atento a cualquier posible atentado en contra suya a lo largo de la interacción, la violencia funciona como una manera en la que Jorge sea capaz de mantenerse a salvo. Pareciera que Jorge está entrenado en defensa, está siempre atento a cualquier agresión que pueda vivir, inclusive cuando intenta compartir íntimamente con alguien. Esto se puede deber a la particular forma que Jorge tenía de desenvolverse. Rodeado de rechazo homofóbico desde su infancia, se le hizo fácil estar siempre al pendiente de quién podría atacarlo de una u otra forma. Esto además, tiene que ver con una situación que vivió en su juventud, cuando un hombre lo insultó en la calle. Este evento fue muy importante para él, pues en su momento fue una forma de rechazar la identidad gay que comenzaba a explorar.

La segunda anécdota es una historia que me contó Roberto y que involucra a la policía de la Ciudad de México. Cuando empecé a explorar la homofobia que Roberto pudo haber vivido, me llamó la atención que para él todo fue “muy fácil”. Según sus palabras, él nunca se sintió discriminado ni violentado. Esto, a pesar de que desde mi juicio, vivió claras experiencias de discriminación y hasta de violencia homofóbica y de abuso de poder por homofobia. Fue interesante ver cómo para él estas historias no se registraron como violencia, ni como discriminación.

“Sí, jamás me tocó nada y jamás me tocó una redada, jamás me tocó la policía; sí me llegaron a querer, sí me llegaron a detener pero me acusaban de otras cosas y me llevaron a la delegación, sí me llegaron a patrullar... Estando ahí y en la zona rosa...”

O sea, así ellos te llevaban a la delegación, porque llevabas un chavo así te decían que lo acababas de levantar... Exacto, y era mi amigo, nunca levanté un prostituto, creo que sí levanté una vez pero nunca me agarraron levantando a un prostituto, o sea no era mi línea, o sea no era mi línea... No, es que te voy a decir lo que pasa, lo que pasa es tan sencillo, no es homofobia de los policías, los policía quieren dinero y te van a querer sacar dinero donde sea...”

“... entonces ha habido gente en el ambiente gay que ha encontrado la forma de pues también asaltar gente gay y unos se especializaron en asaltar a gente gay entonces yo no sé con qué me durmieron, bueno te voy a platicar desde la primera vez. La primera vez que me pasó ya sales en copas ¿No? ves un chavo, me lo llevé a mi casa, me dio, yo le serví una copa, le pregunté qué quería pero nunca te imaginas que pasaría y me puso algo en la copa... Llegué a mi casa, lo metí, me durmió, me acostó y... Pero el tipo no se podría salir de mi casa entonces yo le decía que las llaves estaban ahí colgadas, pero no me entendía y entonces me mueve de tal manera, porque yo cerré con llave la puerta y ya yo en la drogada que me había dado, me levanto, me paro, agarro las llaves y le digo te estoy diciendo que están ahí, abro y sin que él se dé cuenta, agarro, lo saco de la casa sin que él se dé cuenta, ya ni siquiera le hablé afuera, cierro y me fui a dormir; y cuando me desperté como a la una de la tarde, toda mi casa estaba empacada, porque se la iba a llevar,

no se llevó nada. Claro, (este tipo de cosas) te lo buscas.
(Roberto, 52 años; Generación 3; empresario)

Cuando le pregunté a Roberto si alguna vez se había sentido violentado o atacado debido a su orientación sexo-afectiva, dice que “nunca le ha pasado nada”, como asegura al inicio de este extracto. En la conversación, me fue platicando de eventos en donde fue detenido por la policía en varias ocasiones. Roberto nunca identifica esto como una discriminación homofóbica, sino que es parte del modus operandi de la policía de la Ciudad de México. Platica que fue detenido por policía en una parte de la ciudad que él llama “la vuelta mágica”, la esquina de las calles de Insurgentes y Aguascalientes, muy conocida en la década de los ochenta por ser un sitio de ligue gay. Roberto cuenta que recogió a un amigo suyo desde su coche cuando la policía lo detuvo, acusándolo de que estaba “levantando” a un trabajador sexual. Este hecho fue suficiente para que la policía lo detuviera y lo acusara, sin evidencia y elementos suficientes para comprobar que lo había hecho (según la narración de Roberto). La “vuelta mágica” era muy conocida por la afluencia de hombres “afeminados” u homosexuales. Me parece que el hecho de que la policía, en varias ocasiones detuviera a Roberto en ésta esquina, habla de que la policía observaba a estos hombres homosexuales como blancos para ser extorsionados. La posibilidad de extorsionar a hombres visiblemente afeminados o gays tiene que ver con que esas características no son deseables y por tal posibles de castigar. La policía en México es conocida por intentar extorsionar a la ciudadanía prácticamente por cualquier razón. Lo que me interesa del extracto es que Roberto no registra este evento como un intento de extorsión vinculado a sus actividades sexuales, a pesar de que en varias ocasiones fue detenido estando en la “vuelta mágica”.

Por supuesto, el conocimiento de las prácticas de extorsión de la policía motivan esta sensación en Roberto, pero también creo que esta vivencia tiene que ver con una negación a vivirse como vulnerable debido a su orientación sexo-afectiva. Es decir, el no reconocer que fue víctima de un acto de violencia, le permite vivirse de manera más fácil como gay, pues reconocer ese acto de

violencia, sería reconocer que el sujeto gay es blanco de extorsiones y por tal, de una interrupción en su sensación de autonomía. Aún con esta interrupción, Roberto encuentra formas de resistirse a la extorsión, encuentra formas de combatir ese poder, como me explica más adelante en la entrevista.

También es sorprendente la segunda parte de su testimonio. Como en el caso de ED, Roberto es blanco del uso de drogas para dormirlo, para robarle de su autonomía, para que otro hombre pueda tomar provecho de él. A diferencia de ED, en el caso de Roberto, no hay intento de usarlo sexualmente, pero sí de robarle sus propiedades. Es interesante, que a pesar de que parece ser que quien roba tiene estudiada la manera en que los hombres gay suelen ligar y establecer acuerdos para mantener relaciones sexuales, para Roberto, él se lo buscó. Es decir, el victimario de Roberto tuvo que haber conocido la dinámica que él establecía al salir a divertirse por las noches. La actividad del victimario no fue sencilla, pues implicó encontrar a Roberto en un bar, establecer contacto, provocar interés sexual, etc. Roberto se responsabiliza por una forma de socializar con otros hombres gay, por desear sexualmente a otro hombre y por tener ciertas prácticas sexuales. Esta responsabilidad sugiera un eje moral en su evaluación, casi como si esas prácticas estuvieran mal, porque trae como consecuencia un asalto a su hogar y a su autonomía.

11. RELACIONES Y VIDA SOCIAL

Desde el *Interaccionismo Simbólico* y el *Construccionismo Social*, las relaciones sociales de cada persona son *fundamentales* para el desarrollo de la identidad. Los datos cualitativos muestran la manera en que cada círculo de relaciones va marcando y dejando impactos importantes en los hombres. Con círculos de relaciones me refiero a la serie de relaciones sociales que los hombres mantienen en diferentes espacios institucionalizados. Con fines de análisis, hablaré de cuatro círculos: las relaciones familiares, las relaciones amistosas, las relaciones de pareja y las relaciones laborales. En cuanto al primero, las relaciones familiares, proveen de material pedagógico respecto al género y la sexualidad, generalmente a partir de discursos hegemónicos desde los cuales se desatan dinámicas de poder. Sobre el segundo, las relaciones amistosas, son relaciones construidas en lugares como la escuela, grupos de apoyo y espacios gay; en este caso, sobre todo las amistades con otros hombres gay, son relevantes porque proveen de materiales y recursos que permiten a los hombres deconstruir los aprendizajes provistos por la familia y entrar a un discurso propiamente gay. Respecto al tercer círculo, las relaciones de pareja, difieren del resto de las relaciones en tanto se combinan las emociones y afectos en torno al amor y el romance en conjunto con el sexo y las prácticas sexuales. Y finalmente el cuarto círculo, las relaciones laborales, si bien no fueron tan importantes para los hombres que entrevisté, hablan de un espacio ambivalente en torno a su gaydad; se trata de relaciones en donde no se sabe con exactitud cómo manejar el deseo homo-erótico ni la revelación de su orientación sexo-afectiva, a pesar de que son relaciones con las que se interactúa en promedio ocho horas diarias.

11.1. El poder en la interacción familiar y los aprendizajes en la infancia

Un elemento persistente a lo largo del discurso de los hombres que entrevisté es el del poder. Dentro de sus familias y contextos educativos, se

vivieron como sujetos subordinados ante el poder de sus padres, madres y profesores debido a un sistema adultocéntrico. De acuerdo con Butler (2001, 2004), es esta subordinación la que permite la formación del sujeto. Los hombres que entrevisté entran en existencia (en tanto sujetos) al ser citados dentro de los discursos hegemónicos, heterosexistas, misóginos y homofóbicos, que a su vez generan el espacio para la posibilidad de la masculinidad hegemónica. Desde el poder de la familia se producen espacios dicotómicos (hombre-mujer, masculino-femenino) de existencia para estos hombres y desde donde son citados e interpelados. En ellos se desarrollan y se desenvuelven y los cuestionan. Resalta la reflexión profunda que hacen los hombres sobre la manera en que dicho binarismo les afecta y, en algunas ocasiones, les movilizan para separarse de este entramado, generando un espacio que cuestiona esta realidad dual.

En la interacción de éstos hombres, desde su infancia, la familia intenta asegurarse de que cumplan con los roles establecidos por el orden del género. En algunas ocasiones, la familia es permisiva en cuanto a la demostración de roles típicamente “femeninos” de estos hombres, pero llega un punto en sus vidas en que dicha permisividad decreta y aumentan los castigos sociales por su transgresión:

“Mi padre, para empezar todo el tiempo me andaba diciendo ‘vamos a jugar fútbol’, una vez quería que tomara cerveza con él... Sí desde chiquito; me hicieron meterme al equipo de fútbol de la escuela, yo no quería pero me inscribieron. Entonces me obligaban a estar viendo partidos de fútbol, o sea de hecho ahorita odio el fútbol”. (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

“Yo aprendí que eso no se esperaba de mí (ser amanerado y llorar), que eso era, era malo ¿no? Que tenía que disfrazarlo, de alguna manera y... transformarlo ¿no? Tenía que hacerme resistente, no podía yo llorar. No... conforme iba creciendo me dejaban llorar menos, por ejemplo ¿no?”. (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista*)

Los padres y madres no sólo juegan papeles de “modelos” a seguir, sino de fuerzas que empujan a los sujetos a ciertos espacios simbólicos, en este caso, hacia la “masculinidad”, demostrada en roles y actividades específicas. Dichos roles requieren de mayor participación por parte de los hombres conforme se acerca esa edad “adolescente”. Como mencioné anteriormente, la adolescencia es una etapa construida culturalmente en donde se supone que culmina la construcción identitaria; una identidad sexuada y generizada, implicando una “masculinidad” para los hombres y una “feminidad” para las mujeres. De esta forma, las performatividades de género, de acuerdo al sexo biológico, tienen que ser mucho más evidentes conforme se rebasa la etapa de la infancia, en donde la familia es un elemento fundamental para vigilar su cumplimiento. Al respecto, sostengo que la identidad no se cristaliza en la adolescencia, sino que es algo que se negocia a lo largo de toda la vida. Mario narra la manera en que las familias vigilan el cumplimiento de la “masculinidad”:

“... una vez que estaba jugando con (mi hermana menor), yo no me di cuenta, él (mi padrastro) llegó y me jaló de las orejas y me dijo que ese no era un juego para niños. Me levantó así... de una forma violenta y fue muy impactante... En otra ocasión, jugando beisbol con mis hermanos y amigos, siendo niños, 7 o 9 (años). Cuando él me vio y me dijo ‘no quiero que lances como puto, no quiero que lances como vieja, vas a tener que...’ y me empezó a aventar la pelota de beis. Me gustaba mucho el beis, pero de una manera muy fuerte que, de hecho me dio dos golpes ¿no? Y yo no quería y ya empecé a llorar”. (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionista*)

El poder de los padres sobre los niños puede tener su expresión en la violencia. El poder se vuelve no sólo una moneda para castigar y vigilar las actuaciones de género, sino que además los padres lo usan para modelar lo apropiado para sus hijos. Así, la transgresión, por mínima que sea, es merecedora de castigo, para mantenerla dentro de la rigidez del género. En otras ocasiones, el poder se hace notar de manera más sutil, pero siempre con una intención de controlar y permeado de estereotipos desde el discurso médico y las creencias

populares. En el siguiente extracto podemos observar cierta permisividad, cargada de prejuicios y presupuestos:

“...mi abuela me decía ‘los jotitos son muy pasionales, hay que tener cuidado’. Sí, mi abuela me decía ‘yo prefiero tener un nieto jotito que uno drogadicto’, me decía ‘pero son muy pasionales’...” (*Roberto; 52 años; Generación 3; empresario*)

Así, la familia instaura una suerte de norma en cuanto a lo correcto e incorrecto. Estas normas y morales son adoptadas desde la sociedad en general y es matizada por la familia, como es el caso de Roberto. Parecería que su abuela hace una especie de amenaza y de advertencia, marcando un camino lineal de cómo podría ser Roberto si es “jotito”. Algunas familias son contradictorias o ambiguas en su discurso sobre la orientación sexual. Reproducen un discurso hegemónico, al mismo tiempo que incorporan aspectos que podrían ser considerados de la diversidad:

“Fue el crecimiento y pues porque uno va creciendo y va aprendiendo nuevas cosas. Ya antes sentía la atracción, cuando estaba en la primaria... pero yo no entendía ese concepto de la orientación sexual, yo no sabía qué era eso y ya conforme fui creciendo fui aprendiendo esas cosas y fui aprendiendo lo de la orientación sexual... Me hablaban de ello... mi madre me hablaba de ello y ella fue la que me comenzó a decir de que algún día teníamos que sentir atracción hacia las personas y tocó el caso de que sintiéramos atracción por personas del mismo sexo... En aquel entonces no lo puso como algo malo, entonces para mí pues es algo normal. Sin embargo, al mismo tiempo ella y mi hermana en ocasiones tomaban posturas muy homófobas, entonces fue por eso que yo lo mantuve en secreto.” (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

Dante hace explícita cierta incapacidad para entender su deseo, a pesar de que sentía atracción por otros hombres. No es hasta que recibe información directa sobre la capacidad de atracción y enamoramiento que comienza a entenderse como un ser capaz de desear y de expresar ese deseo. El hecho de que su madre incluya el deseo homo-erótico en su discurso le ayuda a entenderse

como “normal”, recibiendo una aprobación discursiva que le permite vivirse homo-erótico sin aparente complejo. Es hasta años más tarde, cuando Dante comienza a manifestar de manera más fuerte su atracción hacia otros hombres, ante lo que su familia demuestra posturas homofóbicas. Estas expresiones ambivalentes muestran la incorporación de modelos discursivos híbridos (Carrillo, 2005) y su impacto en la subjetividad. A pesar de que en ocasiones a Dante la aparente apertura de su madre le permitió sentirse “normal”, la ambigüedad de posturas lo llevó a mantener oculto su deseo por muchos años y por temor al rechazo y a ser expulsado de su núcleo familiar.

También se hacen evidentes creencias en torno a la infancia y la sexualidad. Esta etapa es igual de importante que la adolescencia para la conformación de la identidad, pues si hay una “desviación”, se cree que esta afecta la vivencia actual. Dicha creencia proviene de un psicoanálisis freudiano temprano/ortodoxo que es enseñado y socializado en la cultura. La teoría psicoanalítica nace a finales del siglo XIX y continúa fuerte a lo largo del siglo XX; entre otras cosas, plantea que la personalidad es formada desde la infancia temprana y resignificada en un “segundo tiempo”, la adolescencia. Estas ideas han sido muy difundidas en los medios y en la sociedad en general:

“... pues es que algo que me explicaba (mi terapeuta) ¿no?... me dijo ella que se supone que de cero edad a los 5 años, es donde agarras todo ¿no? Para bien o para mal. Entonces es donde ella cree que yo agarré, pues todo esto ¿no?”. (David, 22 años; *Generación 1; estudiante*)

Los niños son seres que requieren de una vigilancia constante, pues si muestran una performatividad que rompa con la matriz heterosexual o inclusive alguna conducta sexual, se torna preocupante para el mundo adulto. El discurso sobre la sexualidad adulta como única sexualidad y la patologización de la experiencia sexual en la infancia afectan la vivencia actual del homo-erotismo, no

sólo por una linealidad y determinismo en la historia de vida, sino porque a través de las interacciones se re/produce un discurso hegemónico que patologiza:

“... pero igual y siento que esa parte también fue (las prácticas sexuales con mi tío)... pues de desarrollar mi homosexualidad ¿no? Porque... o sea yo no le tengo rencor ni nada, eh, al día de hoy, o sea equis. Yo sé qué pasó y todo pero, pues ni modo ¿no?”. (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

“Siempre he dicho... ‘a ver ¿me habrán violado?’ Un pedo así ¿no?” (*Komadreja 25 años; Generación 2; estudiante*)

La narración de David es problemática, pues carece de una denuncia sobre el abuso que vivió de niño por parte de un adulto de su familia. David no vive con rencor, ni enojo, ni malestar, ni vergüenza las prácticas sexuales que tuvo en su infancia. Esto puede sugerir una falta de abuso de poder en estas prácticas y por tal, abrir la posibilidad de que sintió placer durante estos encuentros. Es este placer el que, desde su experiencia, lo llevó al desarrollo del homo-erotismo. También incluye un discurso psiquiátrico sobre el homo-erotismo en donde se puede observar al homo-erotismo como patología, como resultado de experiencias sexuales antes de la adolescencia, cuando no “deben” suceder. Sin embargo, David se vive plenamente en su gaydad, para él ser gay es ser humano, desde donde se ha permitido de-construir estereotipos negativos en torno al personaje homosexual. A pesar de ello, en su discurso existe la idea de que *debido* a las prácticas sexuales con su tío, hoy es homosexual, evidenciando una relación causal. Ni sus experiencias sexuales tempranas ni su homo-erotismo implican, de ninguna manera, una forma de patología. Butler (2004) profundiza sobre las relaciones incestuosas (que en este caso pueden ser útiles debido a que se trata de un tío), señalando que el trauma que puede implicar el incesto, sólo existiría en tanto la persona sienta vergüenza por ese hecho. Señala que el abuso sexual y el incesto son vergonzosos a nivel social, por lo que es desde afuera que se instala la vergüenza en los sujetos. David no reporta sentirse avergonzado por estas prácticas.

Por su parte, la narración de Komadreja también evidencia un discurso de patología sobre su homo-erotismo, pues se pregunta si alguna vez fue violado, como causante de su actual gaydad. Ambos casos dan cuenta de que el discurso que patologiza al homo-erotismo no tienen fundamento en la experiencia vivida de los hombres y que más bien, son fundantes en su confusión y malestar emocional. Con estos argumentos, de ninguna manera sugiero la aprobación de prácticas de abuso sexual, pero sí quisiera resaltar un discurso que ha enfermado la posibilidad de prácticas sexuales inter-generacionales y en la infancia debido a que observa a la infancia sin deseo erótico y sin capacidad de placer sexual. La ausencia de estas características facilita el ejercicio de control sobre la sexualidad como elemento de una biopolítica que resulta en una tecnología del yo, una forma de sujetar a las personas dentro de un marco normativo restringido. Pero cabe preguntarnos sobre la posibilidad de observar a los niños como seres deseantes. En el capítulo 7 señalé las experiencias sexuales de Komadreja con sus sobrinos (tanto Komadreja como sus sobrinos son de la misma edad). Jorge y Javier platicaron de experiencias sexuales durante su infancia con otros niños de su edad. Me parece que estas experiencias hablan de la infancia como un sujeto lleno de deseo y erotismo, que debe ser escondida y guardado por el bien de las normas sociales. Sin embargo, la experiencia vivida de estos hombres nos habla de una exploración de su sexualidad que contribuyó a entenderse en tanto sujetos deseantes.

El discurso de la sexualidad como patología, permite vigilar la infancia y vivir la sexualidad como peligrosa, vigilancia que insiste en una separación basada en las señales “sexuales” del cuerpo, o en otras palabras, en los genitales. Los genitales se vuelven el indicador máximo a través del cual se adorna el cuerpo en la infancia y por tal, una señal de pertenecer a tal o cual sexo y exigir tales o cuales performatividades de género.

“(en 1º de primaria) las chicas se me acercaron y me dijeron, ‘vente a jugar con nosotras’ y yo les dije ‘ok,

vámonos' y ahí me agarró la maestra y me dijo '¡No! Los niños tienen que ir allá, tienes que jugar fútbol! ¡¿Cómo te juntas con niñas?!' Y entonces dije, 'ok', y ya a partir de ahí me empecé a llevar con los niños, a jugar, los mismos niños que me agredieron..." (ED, 24 años; *Generación 1; profesionalista*)

"...pues está el hombre y la mujer y así... Y que el matrimonio y no tener relaciones sexuales antes de casarse y así". (Ramón, 20 años; *Generación 1; estudiante*)

Las narraciones dan cuenta de las formas en que tanto la familia, y la escuela ejerce la vigilancia de género. Esta segregación por sexo tiene la finalidad de enseñar y socializar a la infancia en los roles aceptados para su cuerpo y sexo; a los niños en lo activo, en la fuerza y en la instrumentalidad y a las mujeres en lo pasivo, en expresivo y debilidad.

Quiero resaltar la frase de ED: "y ya a partir de ahí me empecé a llevar con los niños, a jugar, los mismos niños que me agredieron...". Es una frase poderosa, pues señala la ironía de los espacios de homo-sociabilidad desde edades tan tempranas como la escuela primaria. ED es obligado a socializar con "los niños", para que desde ahí aprenda lo apropiado para él. Ahí aprende la agresión como moneda de cambio de la "masculinidad" (Kaufman, 1989; Kimmel, 2008). Sin embargo, existe un tono de dolor en sus palabras, él es castigado no sólo por la profesora, sino por sus pares por transgredir las normas y los estereotipos de género. Él sí se vive como víctima de la violencia estructural y psicológica del género. Así, la socialización dicotómica permite la vivencia subjetiva contradictoria con la "masculinidad", con la violencia y con la "feminidad".

La socialización de los roles de género a partir la dicotomía activo-pasivo, fuerza-debilidad, forma parte de la agenda de reproducción. De tal forma que la reproducción es el fin de la sexualidad, y se debe ejercer dentro de la institución matrimonial, como aprendió Ramón. Este aprendizaje, en su contexto particular

(familia católica conservadora), permite vivir sus experiencias con el homoerotismo con mucha culpa. Ramón se vive conflictivamente entre el placer obtenido por sus experiencias homo-eróticas y la culpa instaurada por sus contextos. Además, esta dicotomía tiene implicaciones importantes para las prácticas sexuales y el desenvolvimiento sexo-afectivo de los hombres.

Así, en gran parte, los aprendizajes primarios y secundarios en torno al género se limitan a la reproducción de los binarismos de género, sexo, deseo y de la moral; enseñando la sexualidad genital, falocéntrica y reproductiva como la hegemónica, deseada y la “buena”; y una sexualidad homo-erótica, intergeneracional y no destinada a la reproducción como patológica y “mala”. Los hombres viven experiencias contradictorias de poder, pues son enseñados a ostentarlo a través de sus performatividades de género y sus actuaciones sexuales, pero a su vez se vuelven blanco del poder al ser obligados a participar en prácticas sexuales o al ser víctimas de lo que ahora conocemos como bullying. Se trata de un poder que los coloca en una situación ambivalente frente al orden del género (Careaga 2004a).

11.2. Relaciones amicales

En apartados anteriores hablé un poco sobre las relaciones de amistad que desarrollan los hombres, específicamente en sus años escolares. Estas primeras amistades permiten a los hombres disipar emociones de soledad y aislamiento, pues logran identificarse con esa amistad que también es gay. En estas amistades suelen tejerse el sexo y los afectos, pues al no conocer sobre la vida y los espacios de socialización gay, los hombres depositan expectativas y deseos de vínculos sexuales en esta única amistad. Las amistades también son el primer grupo al cual el hombre suele decirles que es gay.

Encuentro un cambio en la dinámica en las relaciones amistad conforme los hombres comienzan a construir amistades a partir de contextos gay. Esto

suele coincidir con cierta edad, alrededor de los 18 años, cuando están terminando la preparatoria e iniciando la universidad. Me parece que se da alrededor de esta edad porque finalizar la preparatoria puede significar un paso hacia la independencia y madurez, un momento en el cual los hombres buscan relaciones que les permita generar lazos de identificación; además de que es cuando legalmente pueden entrar a lugares donde se vende alcohol (muchos de los espacios gay en la ciudad son bares y antros que requieren de esta mayoría de edad). Lo que quedó claro es que como señala List (2005), la identidad gay y sus contextos no tienen un camino definido por el cual los hombres pueden caminar para entablar relaciones y construir su identidad. Esto, si bien da la libertad para construir el propio camino identitario, puede producir emociones de ansiedad y temor al no saber por dónde y cómo proceder, qué reglas y dinámicas seguir.

El conocer a otro hombre gay, generalmente se da de manera casual. Muchos conocieron a otro hombre gay en su secundaria o preparatoria porque eran compañeros de clase. Algunos de estos hombres entablaron prácticas sexuales con ese compañero, pero sobre todo, esta relación les significó el establecimiento de una conexión con una vida social gay. Otros hombres tuvieron que buscar el establecimiento de estas relaciones, empezaron a acudir a espacios gay, como antros, bares o zonas de la ciudad; algunos a marchas y a grupos de activistas que se reunían semanalmente y otros usaron internet. A través de estos espacios conocieron a otros hombres gay. Al acudir a espacios propiamente gays y entablar en ellos relaciones amicales, permitió la producción de sensaciones de “libertad” y “comodidad”. Esa primera persona gay que se conoce es fundamental, pues representa la conexión que el hombre guarda con el contexto gay. Como bien señala Nardi (1999), los primeros amigos gay son un rito de paso hacia la construcción de una identidad gay y además, se trata de la inmersión en una vida política gay.

“... tenía un amigo, también era homosexual, que es homosexual. Y él me llevó a una fiesta y ahí fue mi primer acercamiento hacia, hacia este, personas homosexuales... Me

agradó mucho el tipo de ambiente que había... No me sentía ajeno, me sentía parte de... compartía los mismos gustos, entonces era así como, era un, un mundo nuevo para mí, en el cual yo estaba, este, entrando, quería conocer más... Él me presentó a unos amigos y bueno, ya después, se hicieron mi amigos y me invitaban a salir y me mostraron pues más acerca de, de la cuestión de mundo, pero más, más que nada, cuestiones de antro, de fiestas... me sentía muy, pero muy libre, como que, ese peso se había, se había apartado por ese momento, por ese, por esas horas se había apartado de mí. ”
(*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

“... salí del clóset con él. Porque ya sabía que él también era gay ¿no? Que él vivía con su pareja. Y ya en ese antro, ya me empecé a encontrar a gente de mi universidad, me encontré a una chava que trabajaba conmigo en el periódico de la escuela, en la universidad. Y ya ‘¿pues qué haces aquí?’ ‘pues lo mismo que tú’. Este y ya en la universidad me empezó a presentar a sus amigos y demás y fue así como, empecé a hacer mi círculo de amigos.” (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

La conexión con estos espacios y amistades también permite interactuar para generar aprendizajes, sobre todo en torno a la cultura gay: qué lugares son más populares, qué tipo de hombres y personas acuden ahí, cómo es la interacción en cada uno. Estos aprendizajes suelen tener implicaciones a nivel individual, generando una especie de flexibilidad en torno a la propia identidad y las emociones que acompañan este proceso. El vínculo con espacios y amistades gay permite producir y mantener una sensación de conexión, de apoyo y de bienestar general que es fundamental para la salud de las personas. Estas sensaciones se conectan con el hecho de que en estos espacios los hombres se sienten aceptados, no hay un juicio heterosexista que les mira y evalúa. Así, las amistades permiten a los hombres ocupar ciertos espacios y transitar por la ciudad:

“... cuando empecé a salir, bueno, empecé conocer así como chavos y todo eso, este, me decían ‘ay pues vamos por una cerveza’ ¿no? Y yo así de ‘ah sí’, entonces pues yo... Yo no frecuentaba Insurgentes, lo que es la zona rosa, no lo frecuentaba,

e íbamos y me llevaban ahí, ‘ah, y ¿oye este cómo se llama?’, ‘ah pues este bar se llama así’ ¿no? Y fue así como que me empecé a relacionar con ese tipo de lugares y empecé a conocer más lo que era Insurgentes, Reforma y todo eso. Pasaba yo pero por coche... En coche con mis papás... veía raros a todos, los veía raro (risa)... Entonces, pues ya nada más me les quedaba viendo y pues yo nada más observaba ¿no? Cómo era el ambiente, y qué tipo de gays iban, sí iban así como más afeminados, otros iban así normal, me empecé a dar cuenta de todo lo tipo de personas que pudieran haber. Hasta de personas de 60 años y yo me quedaba así de ‘no manches’ ¿no? Pues que yo ya podía hacer lo yo que quería, o sea ya no podía... por ejemplo, un ejemplo, o sea si yo... para mí la palabra, no sé, es... ‘amor’ era como muy gay y ahí ya lo podía decir ¿no? Entonces así como que me empecé a desenvolver más y dije pues aquí no hay ningún problema ¿no? Entonces me empecé a sentir como bien y a desenvolverme como un poco más. *(Alfonso, 19 años; Generación 1; estudiante)*

“Pues, yo lo relaciono con un, una cultura. Ehm... O sea, ser gay es asumirte como homosexual. Ehm, vivir tanto una relación, bueno, no necesariamente de pareja, pero más con tus amigos ¿no? Tiene que ver con estar relacionado con este mundo gay, y que es tu grupo de amigos, lugares, o antros gays, o donde la gente como convive ¿no? Y se encuentra y haces amigos y haces, conoces personas que quizá para tener una relación o sexual o este o de pareja. Es como todo un concepto, una cultura... Bueno, en orgullo, o sea, asumirte como tal...”
(Juan, 37 años; Generación 2; empresario)

Esta conexión con la cultura gay es fundamental para el bienestar de los hombres, pues provee del terreno para la producción de emociones agradables que plantan las raíces para un proceso de identificación. A través de los aprendizajes y la convivencia, los hombres no sólo aprenden lo apropiado y lo que se valora entre hombres gay, sino que les permite sentirse bien alrededor de sí mismos.

“Ah pues, una verdadera revolución (tener a mis primeros amigos gay), o sea fue un cambio paradigmático, fue de un lado a otro haz de cuenta. O sea, todas mis emociones, toda mi forma de vivir, cambió. O sea, de pronto me encontré con otros que vibraban de esa manera ¿no? Que pensaban y sentían la vida muy similar ¿no? Y me sentí muy a gusto ¿no? Me sentí muy bien, fluía muy bien, la comunicación, la forma de ver las cosas ¿no? Esos lenguajes ocultos,

silenciosos ¿no? En donde tú percibes, que no es necesario decir ciertas cosas para poder percibir las ¿no? Para poder entenderlas con el otro ¿no? Que cuando tú estabas en presencia de mucha gente, hombres y mujeres homosexuales había muchas coincidencias ¿no? Y que cuando yo estaba allá con alguien que además de que tuviera esas coincidencias en lo político, en lo social, en lo intelectual, tenía una influencia perdón, una correspondencia sexual ¿no? eso lo hacía más atractivo, eso lo hacía más rico en todos los sentidos ¿no?” (*Hernán, 58 años; Generación 3; profesionista*)

Hernán habla de un verdadero cambio en su estilo de vida, señala la manera en que la dinámica interaccional entre él y otros hombres gay le permitieron sentirse bien sobre sí mismo, disfrutar de su sexualidad, sentirse cómodo en ella, poder compartir y aprender en términos ideológicos, políticos, sociales y personales. Este tipo de interacciones, en espacios propiamente gays, como la “esquina mágica” o centros nocturnos, permiten la continuación de la dinámica amical, una especie de instauración de la amistad en el espacio físico donde se compartió.

“A veces voy sólo, a veces voy con un amigo, Ale... Este y, a veces voy con él y si no, ahí me encuentro con todo mundo, somos muy conocidos, ya todos somos como una... fraternidad ahí.” (*Jorge, 51 años, Generación 2; profesionista*)

Los amigos no sólo brindan este puente hacia la subcultura gay, sino que son un sistema de apoyo fundamental en momentos difíciles, específicamente cuando los hombres revelan y socializan su deseo homo-erótico y se asumen como gay y en momentos de crisis debido al VIH/SIDA. Más que la familia, los amigos son quienes demuestran un apoyo casi incondicional durante la salida del clóset. La cercanía y los elementos de identificación como la edad y los gustos permiten este sistema de apoyo:

“Sí, realmente me he sentido más apoyado por mis amigos en esa cuestión, cuando yo salí del clóset, por mis amigos que con mi familia.” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

“Steven, un amigo mío, que ahorita es el director de un programa, de una oficina de asuntos de la comunidad LGBT en la Universidad, me ayudó, me acompañó, incluso me prestó para los pagos del seguro porque ya se me estaba acabando el seguro...” (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

Los elementos de identificación suelen ser aspectos que mantienen las relaciones de amistad. Cuando estos elementos no se comparten, es difícil que la amistad de consolide o se mantenga. Estos aspectos no son meramente psicológicos, como los gustos y los intereses, también son sociales. Por ejemplo, ED dejó de relacionarse con un grupo de amigos gay porque ellos acudían mucho a fiestas y raves en donde se drogaban y entablaban sexo grupal, actividades que ED no disfrutaba. David, por su cuenta, tiene buenos amigos en su escuela pero no siempre convive con ellos porque dice que a ellos les gusta ir a antros “nacos”. Sus expresiones dan cuenta de cómo la clase socioeconómica interfiere en las relaciones interpersonales.

“...por ejemplo a mis amigos de (mi escuela), les encanta ir ahí ¿no? Bueno, pues vamos, luego digo, no equis, vamos a a *Envy, Guilt*, no sé. ‘Ay no, no me gusta ir ahí’. Les gusta más... naquear (risa). O sea, equis, la verdad yo en todo me la paso bien. Pero pues sí, como tú dices, sí preferiría, preferiría ir a otros lugares que ahí.” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

Las diferencias de clase socioeconómica se ven expresadas en los espacios de esparcimiento usados por los hombres. Algunos espacios, como los que comenta y a los que acude David, son concurridos por personas con ingresos económicos más altos. Estos lugares se ubican en zonas de clase alta de la ciudad cobran y una cuota por la entrada. Esto restringe el acceso a una parte importante de hombres gay. Los hombres sin acceso a estos espacios pueden recurrir a los espacios que David entiendo como “nacos”, que se ubican en la Zona Rosa de la Ciudad de México, zona conocido por su afluencia de personajes gays y

lesbianas. En ésta zona los bares no suelen cobrar una cuota de entrada, sus bebidas cuestan menos y la música suele ser diferente. Así, los gustos y el ingreso económico de los hombres impacta de manera importante sobre los lugares a los que puede acudir, y esto a sus gustos y a la gente con quien se relaciona.

Otro elemento que produce diferencias en la interacción y en la calidad de la amistad es la orientación sexo-afectiva de los hombres amigos. La mayoría de los entrevistados señaló que sus amigos cercanos suelen ser gays, como ellos y que, a pesar de que tienen amistades heterosexuales, su amistad con ellos es diferente.

“En que, quieras que no, con los bugas, sí, es más reservado, en tus comentarios y ciertas cosas y no van contigo a lugares... Pues al final con los gays, te identificas más, pensamos de cierta forma, tenemos... algo en común, que es la homosexualidad, tenemos, vivimos con ello y al final... es algo que nos identifica ¿no? Simplemente por el hecho de ser gays.” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

“... por ejemplo mis amigos de ambiente son profesionistas, todos tienen licenciaturas... Y hay algunos amigos de la, con los que yo me juntaba, no terminaron la licenciatura, o sea su nivel, su nivel económico es diferente...” (*ED, 24 años; Generación 2; profesionista*)

“... socialmente interactuando, son muy diferentes. Principalmente porque en el mundo gay que yo me muevo, con mis amigos, tengo más en común cosas que platicar, les gusta leer como a mí, platicamos de libros, novelas, de lo que fuera, de política, y que en el mundo heterosexual somos bastante incultos, bastante incultos. Mi, mi, por lo menos la que me toca a mí vivir. Y, y platicamos puros chismes de pueblo, nada más. Entonces, a pesar de que tenemos aquí añisimos, las pláticas son recurrentes, recurrentes, recurrentes, sobre lo mismo...” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

Las experiencias de los hombres en torno a las amistades heterosexuales y gay son diversas. Dan cuenta de un proceso de identificación constante. Los hombres suelen encariñarse amistosamente con hombres con quienes comparten gustos e intereses. Sin embargo, es interesante que la orientación sexo-afectiva es puesta por delante de estas diferencias. Es decir, es la orientación sexo-afectiva la que produce estas diferencias, funcionando como una categoría cognitiva que permite a los hombres separar a sus amistades. Los hombres argumentan que la diferencia en las amistades se debe a características que no tienen que ver con la orientación sexo-afectiva, pero al analizar su discurso, se mantiene la premisa de que es la orientación sexo-afectiva la que produce diferencias. Por ejemplo, los extractos anteriores señalan las diferencias entre ellos y sus amigos “bugas”, mismas que sostienen la inviabilidad o lejanía de la amistad. Sin embargo, los hombres también hablaron de diferencias con sus amigos gay y a pesar de ello, siguen siendo “grandes amigos”. No son diferencias en gustos, intereses e ideologías lo único que separa a las amistades, sino que el compartir la gaydad permite construir una complicidad que no es posible con hombres heterosexuales. Estos resultados difieren de los que encuentra Nardi (1999) en EEUU. Este investigador indica que el hecho de que los hombres gay distingan de esta forma a sus amistades permite producir dos tipos de relaciones: la primera, a nivel micro e interpersonal, ya que une a los hombres gay; y dos, permite generar vínculos a nivel macro y social con el resto de la comunidad de hombres gay y mujeres lesbianas porque dentro de esta comunidad se pueden respetar e incluir las diversidades racial y de clase. Es esto último lo que no sucede entre los hombres que entrevisté; las marcas de clase y gustos son, para varios, razones suficientes para romper la amistad. Son menos los casos, como el de Jorge, en donde las diferencias en ideologías le permiten fortalecer su amistad con otros hombres gay:

“... el hecho de (que mi amigo) sea una persona más de derecha y yo más de izquierda-- nos vacilamos y nos decimos cosas pero finalmente, la amistad está por encima de todo ese tipo de cosas ¿no?” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

También me atrevo a decir que la masculinidad hegemónica en las relaciones entre hombres gay y hombres heterosexuales, juega un papel importante respecto a la homofobia (Cruz, 2002; Lozano y Rocha, 2011), porque los niveles de homofobia suelen ser más altos entre hombres; ésta homofobia es expresada en las interacciones entre hombre gay y hombre heterosexual, interacción que produce emociones como temor y vergüenza en los hombres gay, alejándolos de la interacción con el hombre heterosexual. Esta hipótesis es congruente con las reacciones de los amigos heterosexuales cuando los entrevistados salieron del clóset con ellos.

“De hecho, al principio mis amigos heterosexuales se espantaron cuando yo le dije que era homosexual, porque cuando teníamos momentos de convivencia de todos los varones compartíamos en la misma habitación nos quedamos a dormir, y pues nunca hice nada, entonces ya después ya les cayó de raro que nunca hubiera hecho algo... ya en la actualidad me han preguntado de mi pareja, entonces...” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

Que el amigo sea homosexual provoca un distanciamiento de parte de los amigos heterosexuales, porque se trata de una amenaza a la “masculinidad” como estructura y a la “masculinidad” como parte de la identidad (Kimmel, 2008). Esto significa que hay un cambio en la dinámica amical en donde el hombre gay se ve aislado y sin ese apoyo que en algún momento representaron los amigos. Suelen ser las amigas mujeres las que muestran mayor apoyo durante este tiempo. Las mujeres, al no ser socializadas dentro de las normas y estándares de la masculinidad hegemónica presentan menores niveles de homofobia que los hombres (Lozano y Díaz-Loving, 2010; Lozano y Rocha, 2011), cosa que les permite mantener un acercamiento con el hombre gay.

“Siempre he tenido mucho más amigas que amigos. Siempre, siempre.” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

“... mis amigas siempre han sido como muy abiertas de mente. No tienen mucha esa cuestión de prejuicio o

estigma, sino de ellas he recibido todo lo contrario, mucho apoyo.” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionalista*)

Encontré diferencias en las relaciones con mujeres entre generaciones. La generación uno (que solían ser más jóvenes) tenían buenas amistades con mujeres de su edad; mientras que fue menos común que los hombres de las generaciones dos y tres tuvieran amigas cercanas. Me parece que esto tiene que ver con la manera en que se consolidó y desarrolló la subcultura gay en los noventa y los 2000’s. Para muchos hombres de las generaciones dos y tres que crecieron en los noventa, la gaydad aún se trataba de manera clandestina en muchos espacios, como el espacio laboral y la familia; únicamente vivían abiertamente en contextos gay en donde sólo acudían otros hombres gay. En cambio, la generación uno, debido a algunos cambios estructurales en la homofobia, comenzaron a manejar su orientación sexo-afectiva en espacios “heterosexuales”, como la escuela. Esta apertura no garantizaba aceptación pues, como hemos visto, sobre todo los varones amigos aislaron al individuo, y éste se vio apoyado por mujeres. A su vez, esto tiene que ver con la colusión entre “feminidad” y homo-erotismo de la que hablé en el capítulo 7.

Así, las amistades representan una coyuntura entre lo micro y lo macro: fortalecen el desarrollo individual a través de interacciones simbólicas y une a los hombres con la comunidad gay. Las amistades son una forma de hacer comunidad, los hombres encuentran formas de resistir a la masculinidad hegemónica y de realizar acciones políticas a favor de su visibilización. Con esto en mente, quisiera hablar de dos dinámicas amicales que surgieron entre los hombres que entrevisté. La primera fue los espacios propiamente activistas a los que acudieron en búsqueda de generar amistades y comunidad. La segunda se trata de lo que se ha descrito como “jotería” y “perreo” (Marquet, 2006), una dinámica que sucede entre hombres gay en donde se usa el “femenino” para referirse a las amistades y en donde suele haber intercambios en tonos irónicos, sarcásticos y abiertamente hostiles entre los hombres. Ambas dinámicas son formas que pueden permitir crear un espacio libre de la masculinidad hegemónica.

Algunos hombres comienzan sus amistades gay a través de grupos de activismo. Estos grupos tienen o tuvieron la finalidad de reunir a un grupo de hombres homo-eróticos y hablar sobre los problemas a los que se enfrentan. Se parece a los grupo memorial de agravios que reunía a las mujeres durante la primera ola del feminismo (Perrot, 2008). El poder compartir e intimar sobre aspectos que afectaran de manera personal a los hombres funge como una forma de unir y generar interacciones identificatorias entre los hombres. Fernando empezó en estos grupos cuando los conoció en la marcha del orgullo gay a mediados de los ochenta y en talleres que se anunciaban en algunos programas de radio a principios de los noventa. Javier conoció a sus primeros amigos gay a través de la revista “Tiempo libre”, en dónde se anunciaba un grupo de jóvenes homosexuales activistas. Komadreja y Dante conocieron a grupos universitarios activistas en su universidad y sus facultades. Inclusive, Komadreja considera que él fue quien inició un grupo activista muy reconocido. Me contó la curiosidad que sus amistades gay de la facultad le provocaban y observó la necesidad de producir un espacio seguro para todos los compañeros gay universitarios. Estos espacios proveyeron de herramientas para construir una identidad con un deseo homo-erótico que cuestiona el orden del género. Estos grupos proveen de un espacio público que cuestiona constantemente al orden del género y por tal de la masculinidad hegemónica. Estos espacios se vuelven políticos al ocupar un espacio público, como los parques o los cafés donde se reunían o las revistas y programas de radio en donde difundían sus actividades. Su funcionamiento desde estos espacios se vuelve fundamental pues logran reunir a los hombres que buscan un grupo en donde desarrollarse y disipar emociones que pueden afectar su salud. Como hemos visto, la existencia de estos grupos es útil para la producción de emociones como liberación y alegría, mismas que dan un sentido de vida y de autoestima a los hombres.

La segunda dinámica que se suscita entre las amistades gay es lo que Marquet (2006) y los propios hombres han nombrado “jotería” y “perreo”.

...hablaban de la jotería y la jotería. Me acuerdo que había como una palabra sinónima que era ‘el ambiente’... wow ‘el ambiente’... La jotería, pues. Pero ¿qué es eso? Y yo siento que es como una forma particular de socializar, en donde la persona homosexual juega, por ejemplo, mucho, con lo femenino... Y entonces, exagera, exagera aspectos desde lo femenino para socializar. Entonces es, ‘no sé si me traje tacones’ o ‘¿no te gusta mi minifalda’. Cosas así, un poquito jotear...” (Mario, 46 años; Generación 2; profesionalista)

“Aprendí... el perreo con todo y la carga violenta que puede tener, te da, te despierta, te pone en el estado de alerta permanente, mano. A ver a qué hora te van a chingar y cómo respondes para que no te chinguen. Y mejor te chingas primero al otro antes de que te jodan. Y eso está, te ayudaba también a... a prepararte ¿no? Aunque no fuera una enseñanza formal... No teníamos un discurso por ejemplo, hasta los noventa, no teníamos un discurso de derechos humanos que nos protegiera y que pudiéramos decir ‘eso que haces es discriminación’ o ‘eso que haces es homofobia’, no antes, ni madres.” (Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista)

La jotería y el perreo son dos dinámicas culturales que los hombres aprenden al interactuar con sus amistades gay, en espacios propiamente gay como centros nocturnos y bares. Son una manera de comunicación cifrada, a la cual no todas las personas tienen acceso (List, 2005), de esta manera, la jotería y el perreo generan espacios únicamente para los gay, pues se trata de espacios simbólicos de acceso restringido. Al predominar el uso del femenino, como describe Mario, hay un cuestionamiento y transgresión al género de forma permanente. Desde el análisis de List (2005), a través del joteo, los hombres se apropian de un rol que no debe ser el propio, mismo que sirve para enfrentar y establecer vínculos con otros hombres gay. Se trata de una forma de construir un discurso propio que da sentido a la identidad, al grupo amical y a la comunidad en la cual se están desarrollando los hombres y a través de este discurso, apropiarse de ciertos espacios en donde esta transgresión es permitida. Al apropiarse de un sustantivo usado para agredir y ridiculizar al personaje homosexual (joto), los hombres gay están redefiniendo la manera en que la heteronormatividad les define y abren el

camino para nuevas formas de transgresión e identificación. Con el uso de lo “femenino”, realizan una especie de zigzag dentro del binarismo de género y de la matriz heterosexual. Si bien no es usar formas y prácticas fuera de esa matriz o que la cuestionen, la iteración del joteo, de lo “femenino” dentro de un cuerpo que “debe” ser masculino, es una forma de transformar ese orden.

“Ah pues primero porque en el mundo gay, inicial, mariconearnos era fundamental, si no, no podías circular, no podías entrar al círculo de convivencia ¿no? Yo creo que era en dos sentidos porque... Es que es bien cagado por, algunos nada más ven... feminizar ¿no? A la gente, en el lenguaje puede ser un asunto de descalificación, nada más. Y efectivamente se hace... para descalificar al otro ¿no? Entonces ‘jota’ , ‘maricona’ ¿no? Pero lo que yo sí veía es que, y eso yo creo que hoy lo tengo más claro, es que también te hermanaba. Pero en mi tiempo, no se podía hermanar si no se joteaba... Te joteo porque te quiero.”
(*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista*)

De acuerdo con Marquet (2010) el perreo consiste en una serie de intercambios entre dos personas, en donde sobresale el uso del femenino; se trata de un juego verbal en donde ambas parten adoptan una posición femenina y se convierte en una forma de competir por quien es más ingenioso (List, 2005). En la experiencia de los hombres, se vuelve una competencia que permite generar una sensación de fraternidad, de hermanar a los amigos. Sin embargo, no está exenta de un carácter misógino y violento. En esta interacción se reproduce el poder y la violencia de la masculinidad hegemónica, y a la vez, los hombres se apropian de ella a través de una resignificación de lo “femenino”. Implica una iteración de la violencia misógina donde los hombres se colocan como victimarios y como víctimas de ella, de tal forma que dibujan un zig-zag dentro del binomio del género: ocupan posiciones tanto “femeninas” como “masculinas”.

Me parece que esta dinámica es particular de las generaciones más grandes, sobre todo las generaciones dos y tres porque se vuelve una forma de imitar y reproducir la hostilidad que como hombres gay se enfrentan en sus vidas

cotidianas. El perreo no apareció en la generación uno, posiblemente debido a que la homofobia cultural es mucho menor a la que se enfrentaron los hombres de las generaciones dos y tres. En esta imitación, los hombres incluyen formas binarias de género, reproducen esa colusión entre el homo-erotismo y la “feminidad”, pero al hacerlo, encarnan a un sujeto “femenino” con pene. Se vuelve una manera de cuestionar y deconstruir, y por tal de transgredir a la masculinidad hegemónica. El mensaje que mandan es que se puede ser varón y ser “femenino” y que en sí, la cultura de género puede ser un simple juego. La citación de las normas de género permiten la iteración de la que habla Butler (2004) como una forma de subvertir las mismas normas. No obstante, estas competencias pueden ser violentas, como señala Fernando, considerando a la violencia como una característica muy masculina. Así, los hombres subvierten las normas de género, pero perpetúan la idea de violencia que caracteriza a la “masculinidad”.

11.4. Relaciones de pareja

Las relaciones de pareja son una de las formas más institucionalizadas de relaciones sociales que existen en nuestra sociedad (Bauman, 2005; Beck y Beck-Gernsheim, 2001). El amor romántico, como recurso cultural y la institución religiosa y estatal del matrimonio contribuyen a la construcción de un ideal de pareja que, a través de una relación monógama, entre dos personas y de larga duración, es una forma de arribar a la felicidad (Ahmed, 2010), así como de contribuir de manera importante a la producción de bienes capitales (Rubin, 1992). Asimismo, la vida en pareja tiene una serie de efectos psicológicos a nivel individual que contribuyen al bienestar o malestar de la persona (Pozos, 2012).

“Una relación que digamos pueda ser vista a largo plazo, que vayamos a un lugar, que seamos una compañía para los dos, digamos que sí quiero hablar con alguien o quiero estar comunicado con alguien ya sea con quien que pueda ir, si deseo cariño ya sea con quien ir, para salir a divertirme. O sea empezar a compartir lo que me gusta, lo que no me gusta...” (*Dante, 24 años; Generación 1; estudiante*)

“... para mí una pareja es como, es una persona, una relación que te va a permitir, a lo mejor crear un proyecto de vida a mediano y largo plazo, de una forma más fácil...”
(*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

La relación de pareja es vista como una manera de construir el futuro. La pareja tiene la función, para éstos hombres, de construir un futuro que sea agradable en la cotidianidad. Este sistema también tiene efectos sobre las prácticas sexuales y la salud.

En el 2010 se aprobó en el Distrito Federal el matrimonio entre personas del mismo sexo, sin embargo, a nivel federal, este tipo de uniones sigue siendo ilegal. La iglesia católica ha jugado un papel importante en mantener al homotrotismo visto como un pecado y en México ha contribuido a construir un discurso homofóbico en torno a la igualdad de derechos para la comunidad LGBT (de la Dehesa, 2010). A pesar de ello, los hombres gay han intentado establecer relaciones de pareja duraderas, y a través de ello, reproducen el modelo hegemónico de pareja. Los datos de las entrevistas que levanté señalan una cercanía con éste modelo; los hombres están activamente en la búsqueda por encontrar un hombre que satisfaga una serie de requisitos que les permita entablar y desarrollar una relación de pareja duradera. Algunos hombres incluyen pequeños cambios o cuestionamientos al modelo hegemónico, como abrir la relación, o inclusive ser poli amorosos al establecer “triadas”.

“... con esta pareja de 3 años alguna vez intentamos una relación de tres. Yo creo que fue muy complejo, más que por nosotros, por... bueno si de por sí ya es complejo por nosotros, creo que fue más por el rollo social, por los amigos... yo seguía teniendo relaciones sexuales con otros hombres, con penetración, muchas veces sin protección y aparte seguía platicando con este güey, bueno, empecé a platicar más con estos güeyes...”. (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

“... lo estuvimos platicando un rato. Lo que pasa es que yo soy mucho más sexual y él no... Finalmente acordamos en que, en abrir la relación, nuestro acuerdo es ‘ok, yo no

quiero saber, tú no quieres saber' lo manejamos con discreción y este y ya ¿no? Todos felices..." (Juan, 37 años; *Generación 2; empresario*)

El abrir la relación implica una negociación con la pareja, implica llegar a un acuerdo hablado. Que esto suceda, me parece señala un sistema y una institución pre-existente a la pareja misma. Este sistema se trata de un sistema romántico que establece la manera en que se deben llevar a cabo las relaciones de pareja (Rubin, 1992). Este sistema marca una relación cerrada, monógama en donde sólo se puede tener relaciones sexuales con la pareja afectiva estable. El hecho de que los hombres negocien la idea de abrir o cerrar su relación es un movimiento que cuestiona el sistema romántico y la institución de la pareja. Otra forma de cuestionar este orden es el incluir a otra persona en su relación. Komadreja señala que lo difícil de su triada no fue la dinámica entre los 3 miembros de la misma, sino el ser constantemente cuestionados por sus amigos y conocidos. Este cuestionamiento es representativo de un juicio social hecho sobre este tipo de relaciones, un cuestionamiento constante que rechaza la existencia de relaciones sexo-afectivas entre más de dos personas.

Las relaciones de pareja se cruzan con otros tipos de relaciones como las amicales y sobre todo las de familia. Algunos hombres conocen a su pareja a través de amistades que se los presentan y, posteriormente buscan una forma de conciliar su vida en pareja con la familiar. Inclusive, para algunos hombres, el hecho de tener una pareja estable era la razón para salir del clóset frente a su familia, como si éste fuera en último peldaño en su construcción de identidad gay. En ocasiones, al grado de que es el sexo y el género de la pareja lo que define el ser gay:

"Ser gay es como... tener un novio hombre." (Ramón, 20 años; *Generación 1; estudiante*)

"Para mí siempre fue muy importante esta parte de, formalizar, tener algo estable, formal y yo supongo que algo para darle formalidad era como, incluirlo en mi familia ¿no? Entonces, en caso de (mi pareja), pues... O

sea iba a mi casa, me acuerdo mucho cuando mi hermana salió de la universidad hicimos una fiesta en la casa, Rafa fue y conoció a toda mi familia, a mis tíos, a mis papás, a todo mundo. Entonces era como, como, bien. Para mí era importante.” (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

Cuando Ramón señala que ser gay es “tener un novio hombre”, no sólo hace referencia al sexo biológico de la pareja, sino que está implicado el compartir sexual y afectivamente con otro hombre. Así, el ser gay implica una transgresión de las normas tanto sexuales como de género. La familia forma parte fundamental del desarrollo de los hombres, tanto que a pesar de sentirse discriminados y rechazados por ella, buscan una manera de incluir a su pareja en la vida familiar. Este no fue el caso para varios hombres de las generaciones dos y tres, particularmente la 3. Estos hombres no deseaban que su pareja formara parte de su vida familiar. Por el contrario, la familia nuclear (madre, padre, hermanos/as) perdía importancia para ellos y los hombres construían una familia con amigos y otros hombres que conocían a lo largo de su vida. Lograban salirse de la institución familiar consanguínea y romper barreras; su familia no tiene lazos de sangre, sino que se trata de grupos conformados por hombres que también se identifican como gay y que se sienten unidos con otros gracias a que comparten un deseo homo-erótico, que han sido expulsados a un espacio abyecto y que comparten afectos, emociones, cariño y amor con el otro. En cambio para la generación uno y para algunos hombres de la generación dos, la familia nuclear representaba un elemento fundante en su proceso de aceptación, socialización y emparejamiento.

En el caso de los hombres que deseaban vincular su relación de pareja con sus relaciones familiares, el deseo de hacerlo tenía que ver con una sensación de libertad fuera del clóset. El no poder compartir con su familia o con la familia de la pareja en calidad de pareja romántica, significaba una restricción en lo que se podía compartir dentro de la dinámica amorosa, era una forma de regresar a las emociones negativas de estar en el clóset. El poder ser abiertos y “libres” sobre su relación de pareja, así como la aceptación que reciben de la familia resulta

importante en la cotidianidad de la pareja, pues sin estos elementos, el poder “estar juntos” resulta muy difícil, las parejas tienen que buscar espacios (generalmente públicos) donde pueden socializar y pasar tiempo juntos. En cambio, si la familia aprueba, se puede usar el hogar familiar para que la pareja comparta tiempo. Esto también tiene implicaciones para las relaciones sexuales, pues sin la aprobación familiar, la pareja puede recurrir a contextos de riesgo como hoteles y espacios públicos para mantener relaciones sexuales.

“No sabían sus papás (de mi pareja), no me gusta eso, no pues no, porque al final yo, si yo ya soy libre, así, no voy a andar lidiando con alguien que ¿no? Si yo ya súper... Si súper tengo, súper declarado ya... ¿Qué voy a andar lidiando con eso? Eso me empezó a cansar...” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

La diversidad de relaciones de pareja se hizo evidente a lo largo de las entrevistas. La forma en que los hombres conocían a sus parejas varió, algunos en bares y centros nocturnos, otros en la calle y otros los conocieron a través de sus amistades. En la mayoría de los casos, los hombres se sintieron físicamente atraídos al otro hombre e iniciaron un proceso de ligue y plática que fue cambiando hasta llegar a una cita o tener relaciones sexuales. En este proceso, los hombres hicieron evidente su interés por vincularse de forma afectiva y sexual con su futura pareja, sea esto a través del lenguaje verbal o no verbal. La duración de las relaciones también varió mucho, los más jóvenes reportaron las relaciones más cortas y los hombres de más edad reportaron relaciones cortas durante su juventud, generalmente de 3 a 5 meses. Sin embargo, entrevisté a hombres que llevan cerca de 20 años en su actual relación de pareja y otro hombre que estaba casado. Algunos hombres jamás han tenido pareja romántica. También llamó la atención que para los hombres de la generación dos y tres, la posibilidad de “hacer vida en pareja”, es decir, de encontrar a otro hombre con quien compartir su vida, vivir juntos, compartir gastos, etc. no existía en su visión del futuro.

“Realmente nunca pensé en casarme, porque antes ese concepto no existía, pero...”. (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

Me parece que esto tiene que ver con una homofobia institucionalizada que invisibilizaba por completo la existencia de esta posibilidad. El lento derrumbamiento de la homofobia institucional tiene efectos en los significados que los hombres le otorgan a la idea de pareja y de matrimonio en específico. Así, el hecho de que el matrimonio entre personas del mismo sexo esté permitido en el DF implica construir significados distintos a los que existían antes. Para Mamó (2007) el queer-ar las instituciones como las de reproducción, de familia y matrimonio radica en el significado que la gente le otorga. Desde fuera, el hecho de que dos hombres puedan legalmente casarse puede parecer “queer”, que se deconstruye la institución matrimonial pero ¿qué significado le dan los hombres al matrimonio? Encontré que la idea de amor, y de demostrar el amor públicamente, son las definiciones que se mantienen en el discurso de los hombres. En estos significados se confunde la idea de amor con la de matrimonio legal. La definición del matrimonio legal no se refiere a amar alguien, sino compartir bienes y vida. El significado otorgado por los participantes no logra cuestionar estas instituciones. De tal forma que el adscribirse al matrimonio es, como indica Ahmed (2010), una forma de ocultar “realidades permanentes de discriminación, no-reconocimiento y violencia”¹⁶ para parejas del mismo sexo. En ello coincide Halperin (2009) cuando retoma a Foucault para explicar qué nuevas dinámicas y qué nuevas interacciones tienen como resultado por la naturalización de la sexualidad. Que hombres gay tengan acceso al matrimonio se vuelve una forma de naturalizar tanto el matrimonio como las uniones entre personas del mismo sexo y no una forma de cuestionar la institución matrimonial. Decir “acepto” a la institución matrimonial es una manera de conformarse a ella y a la definición legal provista para el matrimonio, y no una manera de otorgar un significado propio y disidente. Al aceptar cumplir

¹⁶ traducción libre de libro electrónico

con los derechos y obligaciones que requiere el matrimonio, se entra a una institución general y única, regulada por el Estado. Es en las acciones que incluyen algunos hombres en su matrimonio, como el caso de Juan que tiene una relación abierta, que se cuestiona el significado del matrimonio. Así, el “queer-ar” a las instituciones se hace desde el significado y también desde las acciones que los hombres incorporan a su relación de pareja.

Los hombres que han estado en relaciones donde se co-habita una misma residencia y han estado juntos por varios años describen dificultades en su relación, pero siempre sobresale una sensación de compromiso y de amor que permite a la pareja mantenerse junta:

“...durante ese tiempo, 7 años y medio, viví muy a gusto con él, con sus bemoles, o altibajos, con broncas, como todo mundo, como cualquier pareja, como siempre. Pero muy a gusto y con mucho compromiso... Discutíamos mucho, pero yo con argumentos y muy fuertes, fuerte, fuerte, fuerte, pero bueno, siempre había el cariño al final y nos queríamos, al final.” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionalista*)

Como muchas otras relaciones, las relaciones de pareja entre varones no están libres de algún tipo de malestar o violencia. Como señalan Careaga (2004b) y Cruz (2004), la “masculinidad” como sistema y como parte de la identidad de los hombres son elementos que procuran y regulan la dinámica entre estas parejas, una dinámica donde existe el poder y por tal, donde el poder se puede convertir en violencia.

“Sobre todo una violencia psicológica. Porque, yo creo que, eso era donde el clóset mata. Ahí yo sí entendía porque el clóset mataba, porque quien se asumía un poco más, pareciera ser que pudiera tener un control de la vida del otro, pero el otro funcionaba desde el closet desde una especie de chantaje, de chantaje y una violencia emocional, muy fuerte. Digamos de lo que yo, el símil que yo hacía era de cómo los hombres trataban a las mujeres y entonces muchos se empoderaban más en un cierto machismo,

estando en el clóset y el trato hacia los chavos que se abrían un poco más, que parecía que tenían el control de la relación, pues no. Más bien era de supeditación, de, de dolor, de mucha humillación ¿no?” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista*)

La experiencia de Fernando señala que la “masculinidad” funciona como una manera de colocarse en supraordinación al otro. A través de la aceptación y socialización del deseo, el hombre que se siente en más “libertad” con su sexualidad, adquiriendo un poder sobre el otro. El no estar oculto significa mantener cierto poder sobre su pareja, mismo que puede ser usado para violentarlo. Toro-Alfonso y Rodríguez (2005) señalan que justo la amenaza de “desclosetar” al otro es una dinámica violenta que sucede entre parejas de varones. Algunas parejas inclusive llegaron a los golpes. Desde su experiencia, cuando había celos y frustraciones que no se comunicaban, que se dejaban sin hablar, llegaban a un momento donde las emociones eran imposibles de contener, cuestión que se transformaba en golpes.

“Yo lo amaba, yo lo amaba y a mí no me afectaba tanto que me pegara, porque yo sabía que en el momento en el que yo quisiera le iba a poner una putiza. Pero a mí me daba mucho sentimiento que yo decía ‘pobre, con lo que ha sufrido y con las mil tristezas de su vida’... Yo lo quería tanto que tampoco que me traumaba mucho... está bien que yo le tenga lástima pero a mí yo no le tengo miedo, yo lo hacía por amor, pero tampoco voy a dejar que este se pase...” (*Roberto, 52 años; Generación 3; empresario*)

Lo que dice Roberto es interesante, pues se vuelve un juego constante con el poder masculino. A pesar de que Roberto fue golpeado en varias ocasiones por su pareja del momento, me cuenta la experiencia como si esto no fuera nada grave, me demuestra que en su calidad de hombre, él puede soportar este tipo de trato, sobre todo porque él en el momento que “quiere” puede responder con una violencia mayor. Es esto lo que le permite mantenerse firme en la relación. Posteriormente, señala que se queda con su pareja “por amor”, no sólo porque puede regresarle la “putiza”, sino porque en realidad lo ama. Es en este soportar

los golpes y la violencia, que se demuestra qué tanto amor se le tiene y qué tan hombre es. Un hombre que es capaz de amar a otro y vivir con los golpes que le propina. Al vivir con estos golpes, al demostrar poder recibir la violencia, mantiene su estatus masculino.

Finalmente quisiera comentar sobre el no tener pareja estable. De esto hablaron exclusivamente los hombres de la tercera generación. Su discurso señalaba un desprendimiento de buscar y mantener una relación de pareja a toda costa, comentaron que se cansaban rápidamente si veían que la relación que intentaban iniciar no funcionaba y valoraban la idea de soledad. Si bien todos comentaron que desearían estar en una relación de pareja, fueron muy claros al señalar que no cualquier relación de pareja, que no “andarían por andar”; buscan una relación donde la convivencia sea fácil y honesta, donde haya admiración y respeto mutuo.

“pero vuelvo a lo mismo, no voy andar por andar, o sea ya llega una en la que dices ‘ya no voy andar contigo para echar desmadre este mes y al otro terminamos’, ya, o sea también ese desgaste emocional no me lo voy a seguir jugando porque sí te agota... Sí te agota.” (*Roberto, 52 años; Generación 3: empresario*)

Cuando estos elementos no están presentes, se procede a un agotamiento emocional, uno que los hombres no están dispuestos a vivir. El no estar dispuestos a mantener una relación sólo porque sí, me parece que es una forma de cuestionar el orden hetero-sexista romántico de la pareja. Si bien la psicología ha encontrado que las relaciones de pareja permiten el desarrollo de emociones de bienestar (Díaz-Loving y Sánchez, 2002) y se han orientado a defender la idea de parejas heterosexistas y de matrimonio permanente como la forma “sana” de relacionarse, los hombres que entrevisté cuestionan estas ideas. Estos hombres están dispuestos a involucrarse en una relación, pero no en cualquiera, no por el hecho de estar en una relación.

11.5. Relaciones laborales

El trabajo y el espacio laboral son actividades fundamentales para la vida en una sociedad capitalista, bajo el supuesto de que la producción de bienes y servicios son básicos para el desenvolvimiento y la sobrevivencia cotidiana. El trabajo además ocupa gran parte del día de las personas. Esto significa que los hombres pasan la mayor parte de sus vidas dedicados al trabajo, siendo éste un lugar central para la construcción de significados en torno a la propia identidad.

“Mira, de lunes a viernes prácticamente yo vivo para el trabajo. Entro a las 10 de la mañana, entre 9 y 10... Lo cual me permite tener mañanas bastante tranquilas... Digo la hora de salida ya va en dependencia, digo ahorita ya salimos a las 8:30 o 9:00 de la noche, antes salíamos 10, 11, o incluso de madrugada... Tengo dos horas para comer, que tampoco tienen restricción de entrada y de salida, pero sí hay que estar digamos disponible... La hora de la comida la aprovecho para hacer ene cosas, hago trámites, voy a comer con gente o amigos con los que me quedo de ver, paso a ver cosas, voy a algún centro comercial, etc. Ya a las 5 voy de regreso, ya desde las 5 vas viendo si eso se va a cortar a las 8 o 9 o se va a seguir... Y así de lunes a viernes...” (*Javier, 40 años; Generación 2; profesionalista*)

“... creo que soy una persona muy dedicada a mi trabajo, me gusta mucho lo que hago, lo disfruto, elegí estar en esto. Construí los medios para realizarlo y gran parte de mi vida cotidiana es eso, es prepararme para trabajar, estar aquí, en todo lo que este trabajo implica que es promover pues la coordinación de un equipo de trabajo...” (*Mario, 46 años; Generación 2; profesionalista*)

Las narraciones de los hombres dan cuenta de la centralidad del trabajo en sus vidas. Deben organizar su cotidianidad y las demás actividades de su vida alrededor de su espacio y tiempo laboral, que suele ocupar más de 8 horas al día. Al ser algo tan fundamental en el desarrollo cotidiano, y por tal de la identidad, la cuestión del deseo homo-erótico y la orientación sexo-afectiva cobra relevancia, específicamente la manera en que los hombres viven su orientación dentro del

espacio y relaciones laborales. El ocultamiento del deseo produce ciertas emociones como temor y ansiedad, mientras que la socialización del deseo puede llevar a una sensación de libertad y bienestar. Si comprendemos que las instituciones son homofóbicas, podemos entender que el trabajo será un espacio donde los hombres se sentirán discriminados y estigmatizados, la matriz heterosexual también se inmiscuye en lo laboral y puede contribuir al estigma. Algunos hombres no abren para nada su vida personal en el trabajo; otros luchan por incluir su orientación sexo-afectiva en ella y ser respetados a pesar de ello, algunos no lo logran y otros son violentados en el camino. Unos pocos logran construir un espacio de respeto y diversidad en su espacio laboral.

“No platico absolutamente de mi vida personal con nadie de ahí (del trabajo)... Nada. Si alguien quiere preguntar, porque hay veces que preguntan o así, este, los evado con cierta... vericuetos por ahí, por la tangente y... Me parece que cuando alguien se entera en los trabajo que tú tienes la preferencia, cierta preferencia ¿no? Eee... pudiera haber agresiones o pudiera limitaciones de, en los trabajo, porque la sociedad así actúa...” (*Jorge, 51 años; Generación 2; profesionista*)

“Siempre he sido abierto en los trabajos que he tenido...” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

El temor a perder el trabajo, a ser discriminado constantemente, violentado o forzado a renunciar, está presente en algunos hombres que entrevisté, sobre todo aquellos de la segunda y tercera generación. Los hombres de la primera generación que ya habían ingresado al mercado laboral no hablaron de estos temores, más bien mostraron querer ser abiertos y socializar su deseo con compañeros/as de trabajo. Esto no viene sin dificultades, por ejemplo, la experiencia de ED es ejemplar al mostrar la discriminación verbal que un hombre gay puede recibir en el espacio laboral.

“Al principio cuando, cuando entré, sí me costó mucho trabajo, porque ya es un, son personas mayores. Había una cuestión muy machista dentro, de, de, había una cuestión

muy machista cuando entré a la empresa. Este... a veces usaban palabras muy discriminatorias, refiriéndose a los homosexuales.... Porque de hecho sí se burlaban de mí. NO lo hacían frente, pero yo escuchaba los comentarios que, que hacían. Porque, había, un señor que está ahí trabajando y tiene como 80 años... y me decía ‘¿qué hijo te gusta que te den por atrás?’ y yo así... Simplemente, pues yo trataba, no trataba de que afectara mi trabajo. Daba la vuelta o, y me iba.” (ED, 24 años; Generación 1; *profesionista*)

Experiencias como estas tienen efectos en las emociones, los hombres reportaron sentirse atacados, sentirse “mal”, violentados y como víctimas. Este tipo de violencia, como ya he analizado produce ciertas emociones que sustentan problemáticas de salud mental como ansiedad y depresión y como tal, pueden tener efectos en el trabajo y en la productividad de esos hombres dentro del espacio laboral. Este tipo de contextos y de reacciones lleva a los hombres a ser selectivos con quien socializan su deseo. En general, suelen escoger a una o dos personas en quien confiar y de ahí van abriéndose poco a poco a otras personas de su oficina.

La socialización del deseo en espacios laborales y sus posibles consecuencias dependen del espacio laboral. Encontré que un par de hombres trabajaron en las artes, específicamente el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Ambos reportaron no sentir el mínimo temor o ansiedad por su orientación sexo-afectiva. Hernán describió ese ambiente como muy “relajado”, en donde muchos de los demás trabajadores también era gay, donde había afluencia de trabajadores de otras partes del mundo. Este escenario diverso (en términos sexuales, culturales y nacionales), permitía la interacción de toda una serie de identidades que producían aprendizajes y formas de ver la vida con mayor apertura.

Para algunos participantes, el socializar su deseo en el trabajo tiene fines políticos. El hacer pública su orientación lo ven como una forma de proveer de educación y de cambiar actitudes en sus compañeros/as de trabajo. Esta práctica

sobre todo la adoptan aquellos hombres que se identificaron como activistas del movimiento LGBT. Sin embargo, por el contexto homofóbico, esto no era posible en la década de los noventa, Fernando, activista desde los ochenta, explica:

“... había un desclosetamiento pero, en algún momento decía, por ejemplo Tito Vasconcelos en esa época, que era un desclosetamiento estratégico, lo hacíamos en ciertos espacios, lo hacíamos con ciertas personas... No siempre, no con todos, pues ¿no? Porque no todos te aceptaban, había mucho rechazo, sobre todo en los trabajos, en los trabajos y en la familia, yo creo que era la, la mayor bronca de los que yo conocí...” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

Teo, que trabajó muchos años en el sistema de salud, nunca reveló su orientación sexo-afectiva a nadie de su trabajo, pero considera que en alguna ocasión no se le consideró para ser promovido debido a su performance de género. Los hombres deben aprender a vivir con este tipo de discriminación; algunos la minimizan y la aprenden a ver como algo que no afecta su vida; otros toman acción como ser sumamente abiertos al respecto. La realidad es que este tipo de discriminación es anticonstitucional e ilegal, pues niega la igualdad de derechos para todas las personas. A pesar de ello, la sensación que tienen los hombres permanece, el temor y la vergüenza permanecen. Las diferencias entre la percepción de cómo serán tratado en el trabajo y las conductas de socialización llevadas a cabo por los participantes de diferentes generaciones señala cambios en la homofobia institucional laboral. Esto no quiere decir que la homofobia no exista, por el contrario, como hemos visto, se mantiene. Significa que algunas instituciones están siendo transformadas por el movimiento LGBT y por las identidades gay que forman parte del movimiento y de las instituciones mismas. Arriba señalaba la forma oscilante e inclusive contradictoria en que los hombres le dan significado a la institución del matrimonio y que a través de su conformación a ella, hacían poco para transformarlo, que la transformación en todo caso, radica en las prácticas y conductas dentro del matrimonio. Algo

similar sucede en el espacio laboral, son las acciones de socialización y la dinámica abierta que adoptan los hombres lo que permite la transformación de esa institución.

12. PRÁCTICAS POLÍTICAS: ENTRE LA TENSIÓN Y LA NORMALIZACIÓN¹⁷

Me interesa discutir y analizar la dimensión política de la vida y la identidad de los hombres gay, entendiendo por político aquello que se encuentra en el espacio público. Colocar aspectos identitarios en lo público es, en este sistema Estatal, la única forma de hacer demandas al gobierno. De acuerdo con Pecheny y de la Dehesa (2010), las políticas públicas definen las posiciones que toma el Estado sobre su ciudadanía, y es necesaria, o comienza a existir cuando existe algún asunto en alguna categoría de ciudadanos. Debido a que las políticas públicas definen el procedimiento de distribución de bienes y servicios entre la comunidad, terminan definiendo las categorías de personas que tienen acceso al estatus de ciudadanía. En este sentido, el asunto “gay” u “homosexual” surge en México a finales de la década de los setenta, cuando inicia el movimiento gay. Desde entonces, dicho movimiento le ha venido presentando al gobierno una serie de cuestiones a considerar para que las personas denominadas “lesbianas”, “gay”, “bisexuales” y “trans” sean consideradas dentro de las políticas públicas y por tal, como ciudadanos/as.

Las cuestiones que afectan a la llamada diversidad sexual pueden ser innumerables, como he señalado en capítulos anteriores (la variabilidad de identidades, facetas, formas de expresar el deseo y problemas es prácticamente infinita). El contexto histórico-socio-político ha definido guiones en torno a la diversidad sexual, permitiendo cierto campo común para dar inicio al movimiento y a demandas públicas consensuadas y claras. Esto se ha facilitado por la construcción de una identidad colectiva de acuerdo con Diez (2010), Dicha identidad ha empujado su mismo movimiento. En otras palabras, el sentido de una identidad colectiva entre población gay es fundamental, pues es a través de esta que se construyen y desarrollan políticas públicas que pueden garantizar el carácter de ciudadanos a este grupo.

¹⁷ Agradezco la asesoría de Rodrigo Parrini Roses para la elaboración de este capítulo.

12.1. Políticas públicas, identidad y deseo

El movimiento y la identidad gay se vuelven dos partes de un engranaje, pues la acción conjunta incentiva la identidad colectiva y a su vez, la apropiación de dicha identidad propicia la movilización. Esta dialéctica la expresa Alfonso:

“... o sea iban a la marcha gay ¿no? Yo así de ‘¡ah! No pues yo no voy a ir ¿para qué voy si...?’ y este, pero ahorita yo creo que ya como que sí, sí me considero parte de la comunidad gay... Pues eso ¿no?... el, el, el estar saliendo y relacionarte con ese tipo de personas, te hace así como que pues... soy así ¿no? Me gusta ser así, y soy gay, entonces soy parte de esta comunidad”. (*Alfonso, 19 años; Generación I; estudiante*)

La experiencia de Alfonso señala cómo la convivencia con otros hombres también definidos como gay le permitió generar vínculos y formar una identidad colectiva y personal con el discurso gay que lo involucró en algunos aspectos del movimiento, como acudir a la marcha y apoyar en grupos de activismo. Retomando nuevamente a Diez (2010), los conceptos de “homosexual” y “diversidad sexual” fueron fundamentales para el desarrollo de una identidad colectiva y por tanto, del movimiento gay y a su vez, del impacto que este tuvo sobre las políticas públicas. El concepto de homosexual fue sumamente politizado en el inicio del movimiento, desde los setenta hasta finales de los ochenta. Fue con el impulso y uso del discurso de Derechos Humanos en la década de los noventa que el movimiento lésbico gay encontró fuerza en el concepto de derechos sexuales y acuñaron el término “diversidad sexual”, que según Diez (2010) y Mogrovejo (2008) permitió agrupar a una mayor cantidad de personas sexo-diversas bajo una misma identidad colectiva. Dándole fuerza al movimiento y a sus peticiones políticas:

“La adopción de esta nueva identidad fortaleció de manera inédita el movimiento, pues le dio el sustento teórico necesario para forjar una identidad colectiva nueva que resonó dentro de la nueva realidad socio-política del país, dándose así una muy fuerte visibilidad y vitalidad.” (Diez, 2010, p. 707-708).

De acuerdo con estas argumentaciones, el eslogan feminista (que también fue adoptado por el movimiento gay en México) “lo personal es político” se vuelve fundamental. Es decir, se requiere hacer público lo personal para que las necesidades, cuestiones y peticiones particulares de la comunidad gay lleguen a ser atendidas. Estas acciones no sólo son sociales ni comunales, se requiere que los hombres, en tanto individuos, lleven a cabo prácticas de visibilización, como por ejemplo vivir su sexualidad en lo público. Para muchos hombres, esto es sumamente complejo, se trata de una petición casi imposible, pues como señalé el capítulo 7, el deseo, aunque es cuestionado constantemente por la norma heterocéntrica, no está constituido por norma alguna. Como mostré en capítulos anteriores, algunos hombres no desean hacer pública su orientación sexo-afectiva, pues sienten que puede tener efectos discriminatorios para ellos, especialmente en su trabajo y en su familia. La decisión de compartir y con quién compartir la intimidad es una decisión personal. No sólo eso, sino que manejar su OSA en público puede tener efectos en las emociones, y por tal, en la salud.

En los datos que levanté, encontré que algunos hombres de la segunda y tercera generación fueron impactados por el discurso activista de la década de los ochenta y noventa y por consiguiente, vivieron más abiertamente su deseo en comparación con los que no se inmiscuyeron en el activismo. En cambio, sólo uno de los hombres de la primera generación ha participado activamente en el movimiento, pero me parece que a casi todos, ese discurso activista les ha afectado. Los hombres más jóvenes suelen vivirse sin temor a discriminación por vivirse abiertamente homo-eróticos. Esto es un indicador de que la identidad colectiva de la que habla Diez (2010) y el movimiento al cual le dio fuerza, ha mostrado efectos en nuevas generaciones de hombres gay. De cierta forma, las nuevas generaciones están heredando los efectos de la lucha que iniciaron hombres homosexuales hace décadas. En otras palabras, son las generaciones mayores las que produjeron y llenaron el concepto de gay, lo llenaron de una identidad, de un modo de vida que ahora se reproduce y es adoptado por los hombres más jóvenes. En el hecho de que los hombres jóvenes reproduzcan esta

identidad colectiva gay, significa que la transforman. En otras palabras, la forma de ser “gay” de los hombres de la segunda y tercera generación, no es igual a la de los de la 1ª. Aunque los hombres más jóvenes se apropian de la categoría identitaria, la llenan de una forma distinta; una forma un tanto más libre y flexible.

Se trata de una iteración diferente en cada generación. La participación política de los hombres de diferentes generaciones se ha ido modificando. Me parece que son los hombres de la tercera generación quienes llevaron a cabo prácticas políticas con mayor ahínco y con una clara vinculación con principios políticos de partidos de izquierda, a diferencia de los hombres de generaciones más jóvenes. Esto por supuesto, tiene que ver con que los hombres de la tercera generación fueron socializados en la década de los ochenta, década donde comenzaba a construir fuerza el movimiento gay mexicano. En la primera generación, interpreto un interés mucho menor por la participación política a través del activismo. Me da la impresión de que los logros del movimiento gay y de los hombres de la tercera generación son suficientes en la mirada de los hombres más jóvenes. De cierta forma sí, pues esto se ve en la manera en que las diferentes generaciones salen del clóset o no frente a sus familias. Ese acto puede ser uno sumamente político, pues se trata de interrumpir en el orden familiar y sembrar la disidencia. Salir del closet con la familia es fundamental para los hombres de la primera generación al hacerlo, llevan a cabo un acto político de gran impacto. Mientras tanto, los hombres de mayor edad no consideraban importante sincerarse frente a la familia.

En pocas palabras, las formas de actuar en lo político varían y tocan la vida personal. Me parece, sin embargo, que la participación de política de los hombres entrevistados sigue siendo limitada, como la de la población mexicana en general. Las acciones conducentes a generar cambios en otros no son una práctica que estos hombres lleven a cabo como centrales en su vida (a excepción de un par). No se trata de este grupo de hombres en particular, pero de un modo

de vida más generalizado en el país. Las recientes represiones por parte del Estado, por lo menos en la Ciudad de México, son muestra de la negligencia del Estado a dialogar con la ciudadanía, por lo menos en ciertos temas. Esto puede generar temores y reservas en el resto de las personas a expresar libremente e intentar conversar con las autoridades.

Volviendo con la identidad, hay una iteración de la categoría identitaria gay y es a través de esta iteración que se han modificado los asuntos, las normas y funciones que llenan esa identidad. Por ejemplo, en los ochenta, el movimiento y la identidad gay se vio afectada por la epidemia del VIH/SIDA, sus demandas giraban en torno a la salud, mismas que se comenzaron a ver resueltas a mediados de los noventa (García, 2009; Laguarda, 2009).

Con la solidificación de la identidad colectiva que describe Diez (2010) a partir de 1997, las demandas comenzaron a cambiar, ahora solicitando igualdad de derechos civiles, como el matrimonio. Lo que se me hace evidente a partir del trabajo de campo que realicé, es que aunque estas peticiones se han cumplido en la Ciudad de México, los hombres siguen viviendo violencia y homofobia desde diferentes sectores, cuestión que sigue afectando su bienestar y su salud. Propongo que ahora la demanda sea para erradicar la homofobia. Me parece que a través de esta lucha, se logran modificar estructuras e instituciones discriminatorias y opresivas, que producen estigma. Con la reducción del estigma es posible construir contextos que acepten y funcionen con una diversidad de formas sexo-genéricas, cuerpos y de deseo (homo-eróticas, hetero-eróticas, bi-eróticas y demás erotismos que no estén categorizados). Así, es posible exponer el bienestar y experiencias emocionales apegadas a la salud.

Los encuentros entre hombres gay se ven envueltos en el movimiento activista; mismo que genera una sensación de identidad a través del discurso. Los hombres usan vocablos y conceptos que parecen ser únicos para la población LGBT. Por ejemplo, el uso de “ambiente”, “la marcha”, “jotear” y “buga”, son

conceptos que no requieren de explicación entre los hombres que entrevisté. Ellos aprenden su uso conforme se van inmiscuyendo con amistades y ambientes gay.

“Pues por los mismos amigos ¿no? O sea es que ‘el ambiente’, y yo así ‘¿de qué ambiente hablas?’ este, y ya, pues ya me dijo, ‘no pues es que el ambiente, el ambiente gay’. Se le llama así como ambiente. Entonces yo empecé así porque... Pues términos ¿no? Que van usando ese tipo de personas... bueno... Los gays y todo eso. Ya fue por eso que ya sé qué onda ¿no?” *(Alfonso, 19 años; Generación I; estudiante)*

12.2 Visibilidad

La visibilidad que hacen los hombres de sí mismos, les permite entablar relaciones con la comunidad gay, permeando su discurso y logrando que se apropien de conceptos ya existentes para comunicarse y generar identidad. Es decir, estos vocablos son particulares para ciertos hombres y en ciertos espacios, se vuelven una forma de comunicación muy particular que permite identificar a aquellos hombres que son parecidos, que comparten su deseo y la visibilidad de su deseo. En otras ocasiones, no fue la visibilidad que los hombres hicieron de sí mismos lo que les permitió conocer esta identidad colectiva, sino que fue el acercamiento a grupos formados (generalmente activistas) de hombres gay lo que les llevó a identificar elementos, demandas, peticiones y problemáticas compartidas que agruparon bajo el nombre de “homosexual” o “gay”. Sobre todo en la segunda y tercera generación, encontré a hombres que por casualidad se toparon con manifestaciones, marchas o grupos organizados de hombres gay y al ver que estos hombres se permitían expresar abiertamente su deseo, y que ese deseo homo-erótico se comparte, los hombres comienzan a sentirse parte de ese grupo.

“Y entonces me asomo y empiezo a escuchar todo lo que están gritando ¿no?... Y yo lo veo, veo la marcha en el

Hemiciclo... No sé qué me dio, hasta la fecha creo que me dio una fascinación muy rara porque me dio miedo, pero también una parte de gusto. Podía asociarla (la marcha) conmigo porque veía que se besaban los chavos... Me dio gusto, pues ¿no? Yo creo que al final sí fue gusto. Ver que dos hombres se podían besar. No me dio, no me gustó el contexto, si me dio, se me hizo muy agresivo, me dio mucho miedo ¿no? Sobre todo me dio mucho miedo la reacción de la gente.” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionista*)

“No me identificaba (aún como homosexual), no me identificaba, precisamente por todos estos prejuicios ¿no? Auto-represión. Pero cuando yo veo que hay un contingente que se, que sale y sale a luz y tal y se reivindican como homosexuales y lesbianas, además políticamente ¿no? Y yo estaba en grupos políticos y todo, entonces digo es que yo debo de estar ahí ¿no? Yo debo de acercarme ¿no?” (*Hernán, 58 años; Generación 3; profesionista*)

A partir de observar a dos hombres besarse en un contexto de marcha política, Fernando, como otros entrevistados, es capaz de identificarse con ese deseo, de encontrar a un grupo de referencia. Hernán, al ver a hombres y mujeres que portan con la etiqueta de homosexual, le permite iniciar un proceso de identificación, inclusive identificación política e iniciar un acercamiento a la comitiva. Otro de los entrevistados buscó grupos activistas en medios impresos y dio con uno de jóvenes, a partir de donde pudo construir una red de amistad y de apoyo. La identidad colectiva “gay”, permitió a ese grupo darse a conocer, para que otros hombres, en este caso con previo conocimiento del significado de “gay”, pudieran unirse a su causa. El movimiento gay ha fungido como una base a partir de la cual los hombres pueden comenzar a identificarse como parte de una comunidad, de iniciar un estilo de vida particular, uno que gira en torno a lo que Diez (2010) llama identidad colectiva, a sus prácticas, ritos y significados. Una identidad, que en gran medida, es unificada a través del discurso. La identidad y el movimiento gay han construido un discurso particular, un discurso que unifica a los hombres bajo este término y que les permite entrar en diálogo con el estado y con tomadores de decisiones para la generación de políticas públicas.

En otros casos, este discurso permite que los sujetos tomen las riendas de la organización social y convertirla en política. Por ejemplo, Komadreja, que aunque de la segunda generación, por su edad, vivió los resultados del movimiento de los ochenta y noventa, empapándose de ese discurso de derechos e igualdad, cuestión que le permitió apropiarse de los vocablos “gay” y “homosexual” y convertirlos en su identidad. En su caso, le fue sumamente complejo conocer a otros hombres gay, por lo que recurrió a prácticas sexuales clandestinas con otros hombres en su universidad. Y fue a través de estas prácticas que inició la convivencia afectiva y amical con otros hombres. Eso se transformó en un grupo organizado, que ocupó espacios públicos de la universidad con el mensaje y las insignias gay. Este grupo es ahora muy conocido dentro de la universidad y dentro del movimiento gay de la ciudad.

“... para mí nació en los baños del anexo de ingeniera, porque de repente con un güey, nos dimos cuenta que él conocía como a unos 20 y yo a otros 25. No nos conocíamos entre todos. Y dijimos, pues somos tantos, aunque sea hay que juntarnos para salir o para recomendarnos profes... Ahí ya nos enteramos que había un grupo virtual... pero no hacían más cosa, más que como para jotear. Y ya, a partir de eso, el colectivo. Yo creo que el colectivo transformó radicalmente mi vida porque. Te digo, ahí conocí ahora sí, la jotería, como tal. El ‘chica’, el ‘nena’, todo este rollo. Empecé a hablar más de los derechos, de las personas, de la población LGBTI. Pues todo, más lo que me gustó es que nos seguimos hablando hasta ahorita, un grupo desde los principios. Es que... creó como un nuevo círculo social, para mí...”
(Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante)

Me parece que este es un claro ejemplo de cómo lo personal es verdaderamente político. El deseo de vinculación sexual, afectiva y amical con otros hombres, también abiertamente homo-eróticos, en conjunto con lo heredado por el discurso del movimiento gay, permite su continuación y la organización de grupos lésbicos y gays. El elemento que une a los sujetos en estos grupos no es sólo el deseo erótico por personas de su mismo sexo, pero el deseo de vincularse

con otras personas como ellos y de reivindicarse como sujetos políticos y como ciudadanos. Esto implica una vivencia compartida de segregación, discriminación y estigmatización que les permitió encontrar terreno común para organizarse.

Sin embargo, muchos hombres, a pesar de identificarse como gay u homosexual, no se sienten parte de la comunidad o de la vida política gay. Desde mi punto de vista, su discurso está politizado, pero ellos no se viven como parte de la vida política, ni se incluyen en las demandas hechas por el movimiento gay actual. Para algunos hombres, el discurso político gay gira en torno al matrimonio y las uniones civiles, cuestión con la que los hombres no se sienten identificados o que deseen llevar a cabo. En otras palabras, me pareció encontrar en su discurso y en sus experiencias la herencia del movimiento gay, la necesidad de avocar por ciertos derechos, pero al mismo tiempo, ellos no se vivían como parte de la comunidad gay que demanda dichos cumplimientos. Este aparente desencuentro tiene sus bases en la identificación que los hombres hacen con grupos y subgrupos de la comunidad gay, con inmiscuirse o no en ciertas actividades y prácticas. La separación de estos grupos y actividades también permite un alejamiento del discurso político propiamente gay; estos hombres se vivían como gays, pero su gaydad no cobraba la relevancia que cobraba para los hombres que sí forman parte de estos subgrupos.

“Yo no me siento parte de un grupo de osos, ni de un grupo de musculosos, ni de un grupo activista radical, yo me siento como parte de alguien que comparte una sexualidad más amplia, con lazos, con afectos, que tiene derecho igual que toda otra persona independientemente de su orientación sexual, por ser ciudadano, por pagar impuestos, por vivir en un país, por tener libertades, por saber de que estamos ahí, independientemente y esto es lo que me hace ir y hacer, y estar solidario pero **no** como vivir o únicamente hacer mi vida dentro de la comunidad gay, hacerme activista pues. Sé que creo que tengo que empezar a jugar un papel más importante, por eso empecé a ir a este grupo y a ayudar a alguna gente, pero también quiero ver otras cosas de una sociedad y un mundo más amplio, que meramente mi orientación sexual. Los problemas de la sociedad, es decir me siento adentro y no

adentro, es una cosa rara, es una... Y yo lo hago pero porque es una parte de mí, no es toda mi parte.” (Javier, 40 años; Generación 2; profesionista)

El discurso de Javier apela a una definición amplia de ciudadanía, que toma en consideración las diferencias, gamas y diversidades de seres humanos. Su discurso es impactado por la visión de los Derechos Humanos, que señala la igualdad para todos los seres humanos y su debido acceso a la ciudadanía. Este extracto señala cómo Javier no se identifica únicamente como gay o como homosexual y cómo se distancia de esa identidad política. Me parece que este discurso lo comparten varios hombres gay; son hombres que no desean ser catalogados públicamente como homosexuales, ni ser incluidos en esa categoría de ciudadanía, sino que buscan que su estatus de ciudadanía no se vea cuestionada por sus prácticas sexuales, su deseo y la manera en que lo ejercen. Como señala Parrini (2011b), este discurso es compartido por varios hombres y oculta las grandes desigualdades, maltratos y discriminación de las cuales son objeto los hombres gay, orientado a pensar la igualdad “vaciada de cualquier contenido y tensión política” (p. 1). Esto significa que este discurso olvida justo todos los maltratos y opresiones que viven los hombres gay. Continúo retomando a Parrini cuando señala que este discurso de la “igualdad”, niega que existen diferencias y que estas diferencias están basadas en un sistema heteronormativo y excluyente. Esto nos indica que justo el movimiento gay ha dejado a un lado los aspectos dolorosos y de malestar que afecta a su comunidad y a los hombres homoeróticos, para centrarse en demandas en torno a derechos civiles, particularmente el matrimonio. De acuerdo con Meccia, este tipo de demandas obedecen a las “políticas de reconocimiento” (2011, p.84) que ha buscado el movimiento desde los noventa. Desde esta perspectiva, las uniones civiles son una forma de hacer visible a la comunidad gay. Considero que en los últimos 10 años, el tema del matrimonio entre personas del mismo sexo se ha vuelto el tema *ad hoc* para referirse a la población gay, que si bien ha permitido su visibilización política y social, a su vez, justamente ha invisibilizado toda una serie de problemáticas que no se resolverán con el matrimonio igualitario, como la violencia, el estigma y sus

efectos en las emociones, en la salud, en las relaciones de pareja, en las relaciones familiares y en la identidad misma.

Me parece que es este discurso “igualitario” el que ha sido consecuencia de la adopción de un discurso de los derechos humanos acrítico y que en algún momento le dio fuerza al movimiento gay (Mogrovejo, 2008). Sin embargo, como señala Parrini (2011b), las consecuencias de seguir asentándose en este discurso es borrar y eliminar las diferencias en las cuales viven los hombres gay. Sí, el ideal es que en un futuro próximo todos y todas seamos entendidos e interpretados como iguales frente a la ley y la sociedad. Sin embargo, la evidencia empírica señala que ese momento no ha llegado y que las minorías siguen siendo objeto de estigma. Continuar con este tipo de discursos es arriesgarse a olvidar las experiencias de dolor, tristeza, culpa, vergüenza y frustración de los hombres gay (Ahmed, 2010).

Algunos hombres entendían su vida política a través de las prácticas que realizaban y los lugares a los que acudían. Es a través de esto que lograban articular y verbalizar su identidad en torno a un colectivo y a una comunidad particular, la gay:

“... por mi parte, yo, pues sí he difundido información cuando me lo solicitan amigos o conocidos, les digo donde acercarse para hacer pruebas de VIH, cuando, cuando también tiene problemas, pues hacer esta labor como de, de acompañamiento. O, pues el grado de sensibilización que también se los trato de, de, enseñar. Aunque no todos lo toman...” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionista*)

“... es que al final los antros son pues, pues diversión ¿no? Pero... pues identificar en un antro, no sé. Porque... ¿En qué parte sí me considero...? En que... en que pues, entiendo el, el, el que yo también soy gay y entiendo estar con personas gays y... ay creo que ya enredé todo...” (*David, 22 años; Generación 1; estudiante*)

Los hombres articulan y tejen su realidad y su identidad a partir de espacios que pueden compartir con otros hombres gay, como pueden ser centros nocturnos y en menor medida, espacios de acción política, como el activismo. Es importante tomar en cuenta que únicamente son los hombres que se autodenominan como “gay” o como “homosexual” los que articulan su identidad de esta forma. Existe amplia evidencia en nuestro país que señala que el deseo homo-erótico no necesariamente toma el camino de la gaydad (Carrier, 2001; Núñez, 2010, Prieur, 2008), sino que este es resultado de la interacción con ciertos contextos, como puede ser el urbano. Sin embargo, no todos los hombres simplemente se encuentran con estos espacios, muchos hacen una búsqueda proactiva por encontrarlos. Es en estos espacios en donde encontré que hay un discurso que permite construir ideas y un discurso claro sobre demandas y problemáticas que viven los hombres gay. En cambio, en casos como el de David, la aproximación a espacios que son únicamente de esparcimiento, dificultan la articulación y construcción discursiva de la identidad, como se hace evidente en sus expresiones verbales. Lo que queda claro es que entre más alejados están los hombres de la vida “gay”, por llamarla de una forma, alejados de los centros de esparcimiento, de reunión, de grupos organizados, de noticias y eventos políticos, menos cargan con un discurso de comunidad, y se encuentra menos articulado con la identidad colectiva que se ha construido desde el movimiento y se vuelve una construcción centrada en necesidades personales, como la experiencia de Dante:

“No, no; yo lo que veo digamos, por encima, lo que es la comunidad gay lo veo muy superficial; lo veo mucho así todas loquititas bailando canciones de Thalía, que nada más se la pasan de antro en antro, yendo a marchas, así un buen de cosas, es más a mí-- ni siquiera me interesa ir a marchas, no me identifico con eso... A mí lo único que me interesa es lo personal, o sea lo que a mí me concierne...”
(Dante, 24 años; *Generación 1*; estudiante)

Al mismo tiempo, Dante me platicó de su deseo de casarse, tener hijos y formar una familia, cosa que compartía con algunos otros hombres de su generación. Sin embargo, varios hombres de la generación dos y tres, particularmente arriba de ellos 45 años, me comentaron que ellos pocas veces se habían cuestionado la idea de casarse o tener hijos y si lo llegaron a hacer, se contestaban que debido a su deseo homo-erótico, esto no era posible (Lozano y Jiménez, 2010). Estas diferencias vuelven a hablar de cambios en el movimiento gay y sus peticiones políticas y de la manera en que afecta a la identidad y a la subjetividad. Si bien las nuevas generaciones y los hombres gay más jóvenes pueden incorporar a su proyección a futuro una idea de vida en familia, esta visión de familia es una producida a partir de un modelo completamente heterosexista.

Activistas en México y en otras latitudes han argumentado que lograr el matrimonio igualitario permite la visibilización de la población gay y colocar la igualdad de este grupo en la agenda política y en la opinión pública, me parece importante preguntarnos ¿a costa de qué? Si bien el discurso de los participantes que entrevisté estaba politizado gracias a esta visibilidad, considero que se trata de un discurso poco crítico y que se olvida de las condiciones opresoras en las cuales se sitúa el matrimonio. No puedo evitar preguntarme si el cambio a las ley de la Ciudad de México, que permite el matrimonio entre personas del mismo sexo, y la adopción de niños/as por parte de estas parejas, es una forma de “queerar” las instituciones y las normativas, o si es simplemente una forma de (hetero)normalizarse.

El matrimonio fue, hasta 2010, una institución de la cual las personas homo-eróticas (entre otras personas, como aquellas que desean compartir su vida con más de una persona) estaban excluidas y es posible que debido al matrimonio igualitario, las fronteras entre inclusión y exclusión se vuelvan más porosas y permita a las parejas del mismo sexo tener a una serie de bienes materiales, como derechos a la salud a través del seguro social y a residencias a través de hipotecas compartidas, herencia, entre otras cosas. Sin embargo, ahora las parejas del

mismo sexo pueden ser incluidas en el sistema normativo que pensó y creó al matrimonio, un sistema que según Ahmed (2010) borra, olvida y esconde “realidades permanentes de discriminación, no-reconocimiento y violencia”. Siguiendo a esta autora, permitir las uniones civiles entre personas del mismo sexo es una manera de volverse “aceptable” en un mundo “que ya ha decidido qué es aceptable”¹⁸. Esto significa que las instituciones no se pueden “queerar” o transformar. Halperin (2009) al retomar a Foucault, concuerda, pues señala que las nuevas luchas políticas y nuevas dinámicas sexuales resultan en nuevas formas de constreñir y naturalizar la normatividad sexual.

Parrini (2011b) también está de acuerdo con estos autores y señala que el matrimonio entre personas del mismo sexo en la Ciudad de México es una mimesis del matrimonio heterosexual; no hay ironía, no hay burla, solo reproducción. El autor señala que el movimiento gay Mexicano ha peleado por una transformación de marcos e instituciones legales que permiten hacer comparables a las minorías sexuales. En otras palabras, las minoría sexuales en México han deseado ser comparadas para ingresar a la realidad social. Pero en este esfuerzo, el movimiento no puede crear nuevos horizontes de inteligibilidad personal y colectiva, o imaginar otras formas de vida y de relaciones sociales justo porque las políticas de igualdad son políticas de normalización. Así, el matrimonio entre personas del mismo sexo ha sido una estrategia para normalizar a la disidencia. El fin del proyecto gay en México ha sido la mimesis, la reproducción y la repetición del sistema heteronormal. En esta mimesis, el movimiento gay hace una especie de pacto (similar al pacto patriarcal descrito por Amorós, 1992) con el Estado, se articula con él y desde ahí—desde el poder, se define de qué manera puede ingresar la diversidad sexual a la realidad socio-política.

¹⁸ Traducciones libres

Esto se hace evidente cuando, como sugiere Mamo (2007), volvemos la mirada al significado que se le atribuye al matrimonio. Uso un extracto del único entrevistado que estaba casado al momento de entrevistarlo:

“...digamos que tenga un reconocimiento social, el matrimonio ¿no? El, estar casado pues no es lo mismo a ‘ah, mi pareja’ o ‘ah, mi novio’... Te digo, para mí realmente, que esté, que tengamos firmado un papel, no signifique que esté más comprometido o menos comprometido. Nada más es formalizarlo y tener estas ventajas. Por ejemplo, después de que nos casamos, sí me dio de alta en su seguro, en su seguro de gastos médicos menores y mayores. Estamos reconocidos como una pareja y puedo hacer uso también de los beneficios de este...de este seguro. Pero, no es que yo me tenga, tenga mayor compromiso con él, o sea lo tendría de igual manera estuviéramos casados o no.” (*Juan, 37 años; Generación 2; empresario*)

Juan, al casarse, se incluye al significado legal de matrimonio, un significado único que aplica para todas las personas que desean ingresar a esta institución. Sin embargo, Juan y su pareja atribuyen un significado particular a su relación matrimonial, pues “no cambia mi compromiso”, además de que viven en una relación abierta que permite explorar nuevas y otras relaciones eróticas y sexuales con otros hombres que no están incluidos en su acuerdo de matrimonio. En este sentido, Juan y su pareja han seguido la vía del deseo. Seguir el camino del deseo no sólo depende del significado atribuido a tal, sino además de las prácticas vinculadas a ella. Al hacer esta “burla” del matrimonio, repiten la institución sin caer en una mimesis, sino que transgreden las normas mismas de la institución matrimonial al darle una forma propia a su amor. En este sentido, la vía del reconocimiento, a través de la demanda de derechos “igualitarios” lo que hace es bloquear el deseo, lo controla. Una política igualitaria permite la visibilidad de la identidad y de la comunidad gay, pero a costa de congelar la heterogeneidad, de (hetero)normalizar el deseo y sin permitir una forma libre de expresión y vivencia del deseo.

Poner el deseo como eje articulador de la identidad política fue muy poco común entre mis entrevistados. Sin embargo, lo detecté en por lo menos dos, que curiosamente tenían experiencias de activismo.

“...yo hablaría de una reivindicación y de una confirmación. Soy realmente homosexual porque mi sexualidad funciona a partir de otro hombre. Yo me excito, me alegro, me emociono, me pasan cosas a partir del otro hombre. Y saber que yo soy esto ¿no? Que yo tengo este cuerpo, que yo tengo este cuerpo como de un hombre ¿no?... Entonces cuando tú te identificas ¿no? y te asumes, a mí me gusta más la palabra asumir ¿no? Es como tener la conciencia de lo que soy, y actuar en consecuencia ¿no? Si yo soy homosexual, y además tengo una conciencia social y política oye pues con mayor razón voy a exigir derechos, voy a incidir en la sociedad, en los medios de comunicación para que hablen de estos temas y que seamos nosotros quien hablen y no ellos ¿no? Ni la ciencia, ni la iglesia, ni la escuela, ni la familia, somos nosotros que tenemos el derecho de hablar de nuestra propia sexualidad...” (*Hernán, 58 años; Generación 3; profesionista*)

El discurso de Hernán gira en torno a una vindicación del homo-erotismo. Sus palabras dejan ver la importancia de la visibilidad, pero sin especificar la vía que esta visibilidad debe de tomar. También señala la opresión vivida por grandes instituciones sociales, instituciones que han opacado y oprimido de una u otra forma al homo-erotismo y a formas no heterocentradas de deseo y sus expresiones. El cuerpo, sus expresiones y la interpretación del deseo a través de éste son el eje que articulan la vida política y activista en este caso. El deseo es el que se tiene que vindicar y el obstáculo principal son las instituciones que lo norman. El medio para realizar esto es la voz, hay que “hablar”, hablar del deseo, de la sexualidad y del cuerpo. Es en este sentido que para muchos lo público y la visibilidad se vuelven fundamentales.

12.3. Homosexual vs. gay... y sus transformaciones

Uno de los intereses principales de este proyecto fue conocer qué significaba la categoría “gay” en aquellos hombres que se identificaban así. Después de llevar a cabo algunas entrevistas, me di cuenta de que para algunos de estos hombres, el uso de “gay” u “homosexual” era indiferente, se empleaban para referirse a ellos mismos o a otros, era indistinto. La significación que hacían de ambos términos además varió mucho. Desde aquellos entrevistados que por el simple hecho de sentirse atraídos sexualmente por otro hombre se consideraban “homosexual”, hasta que los que explicaron detalladamente las diferencias entre “gay” y “homosexual”, así como las transformaciones que ambos conceptos habían tenido.

“... pues gay porque me gustan los hombres y ya.”
(Roberto, 51 años; Generación 3; empresario)

“...es que no entiendo muy bien como la diferencia entre gay y homosexual...este...pus...es que no sé, o sea...si (puedo definirme con ambas palabras). Ajá.” (Ramón, 20 años; Generación 1; estudiante)

La categorización es algo que atraviesa a las tres generaciones. Los hombres definen a la gaydad y la homosexualidad principalmente por su deseo; es decir, su deseo los lleva a ser “gay” u “homosexual”. Los hombres no tienen en su realidad social ni subjetiva la importancia y los efectos que tiene el hecho de definirse así, pues como señalé anteriormente, el ser gay u homosexual, permite vincularse de cierta forma, relacionarse en ciertos espacios e incorporar significados y practicas particulares a la sensación de identidad. Son estos elementos los que permiten la expresión del deseo homo-erótico. No quiero decir con esto que la interpretación de los hombres sea equivocada, sino que sus interacciones les han permitido construir un significado particular de su gaydad es porque poseen un deseo homo-erótico, como lo señala el discurso médico.

En cambio, entre los hombres que entrevisté, surgió un discurso claro y contundente que cuestiona esta forma simplista de entender la gaydad y la

homosexualidad. Este discurso lo reflejaron los hombres activistas, y en particular Komadreja, activista universitario. Su discurso me parece que es producto de su interacción con otros jóvenes universitarios y con académicos de su universidad, que han producido conocimiento sobre estas dos categorías. De esta forma, podemos hallar de una tendencia un tanto crítica, sobre todo desde los activistas, que cuestiona la homosexualidad entendida únicamente como deseo.

“Ser homosexual, como tal es, digamos, cualquier, hombre... que siga... ahora sí que... que se sienta atraído sentimental y sexualmente a otro hombre. Y también para mujeres. Pero creo que sí ser gay, implica, toda una forma de ser, de ver la vida. Yo creo que el ser gay implica que viva en la ciudad, yo creo que por eso soy gay. Sí creo que tiene como una connotación particulares, no sé porque, igual he conocido mucha gente que se asume como chacal, o mucha gente que cree que yo soy un chacal, de repente, a primera vista o cuando me conoce. Y no, yo digo, no, yo soy gay. Porque, por la forma en que llevo mi vida, la forma en que llevo mi sexualidad. Yo me asumo como gay... Para mí, pues sí, es como ser consciente de que no es algo malo, incluso el ser gay es, pues no sé, un poco el estilo de vida... El hecho de, para empezar, sí estar estudiando, yo creo que el hecho de repente ir a eventos culturales, ir a teatros, ir a eventos, ir a museos, creo que... es cierto nivel educativo y cultural... Es que yo creo, digamos, el ser gay es como una... mmm... ¿cómo se podría decir? Como un caso particular de la homosexualidad, o una forma particular de ser homosexual. Yo creo, como una identidad, dentro de la homosexualidad.” (Komadreja, 25 años; *Generación 2; estudiante*)

La disertación de Komadreja muestra lo que algunos investigadores ya han señalado, que lo gay marca un estilo de vida, no sólo por el deseo sino por la clase (Laguarda, 2009; List, 2005; Uribe y Arce, 2005), el acceso a recursos simbólicos como educación y espacios culturales que permiten integrar elementos de reflexión a la identidad. Desde esta visión académica, en efecto, la gaydad es una forma de ser homosexual, mientras que la homosexualidad señala sencillamente hacia dónde se orienta el deseo. Un discurso como este cuestiona la idea de homosexualidad como patología y genera una categoría que permite a ciertos

hombres homo-eróticos identificarse, específicamente a los que se nombran activistas; este proceso de identificación implica un llevar a lo público el deseo y que cuestiona constantemente el binomio bueno-malo en el cual se concibe la homosexualidad. Es así como lo gay es político, de cierta forma, es crítico ante la matriz heterosexual y para ello, el deseo se vive en espacios públicos, al relacionarse amicalmente, afectivamente, familiarmente, etc.

Fernando me describió el “estilo de vida” gay de su juventud. Señaló que el ser gay tenía impactos políticos, se trataba de una categoría a través de la cual los hombres podían vindicarse y encontrar valor en sí mismos a través de esta identidad. El tiempo que describe fue cuando la categoría gay tomó fuerza y se fue construyendo, por lo que cuenta de cierta segregación y separación basada en el deseo y en la identidad. Esta categorización-segregación en ese momento era necesaria para establecer los límites de la identidad, los espacios que ocuparía y las dinámicas a llevar a cabo.

“Pues el homosexual para mí... es que mira para mí, el homosexual tenía una, una connotación política, pero, no siempre comulgaba con toda la vida gay que había... para mí lo gay era, esos chavos de esos espacios que nada más se movían ahí que no salían de ahí y que toda su vida amorosa, familiar, sentimental, la hacían en esos espacios (los antros)... había mucha frivolidad, desde mi punto de vista... no había tanta solidaridad... Había mucha clasificación y mucha etiquetación ¿no? Había muchas prácticas discriminatorias, muy, muy fuertes... Incluso yo creo que lo gay ha empezado a difuminarse, pues ¿no? Ya no es una identidad o una categoría tan dura como era antes... Porque aquél cuate que se definiera bisexual, para muchos decíamos ‘es que es un gay encubierto’ y efectivamente lo... no es que lo obligáramos, pero si quería interactuar con nosotros, si tenía que definirse como gay y si no se definía era una agresión constante, ‘closetera, closetera, closetera, hipócrita, pinche cobarde, maricona’. Entonces... Y bueno y si llegábamos a enterarnos que se iba con, que tenía relaciones con chavas, puta, ‘traidora’ era en verdad, era una ejecución muy ojete. (Ahora) Mucho más flexible. Sí, hace años era muy, muy rígido y era rígido, era violento, además. No solamente era rígido, o esa rigidez era muy

violenta.” (*Fernando, 46 años; Generación 3; profesionalista*)

Fernando nos muestra cómo la interacción individual y colectiva va construyendo una identidad. En este caso, la identidad gay se presenta como una que clausura, que prohíbe el deseo y ciertos tipos de deseo en particular. El deseo que no era única y exclusivamente homo-erótico era violentado y segregado; se llevaba a cabo un proceso de ostracismo hacia la persona que no cumplía con ciertos estándares. Estos no sólo son en torno al deseo, sino al estilo de vida y la manera en que consume el mercado: los lugares a donde acude, la ropa que viste, las bebidas que toma, la música que disfruta, etc. A pesar de las clausuras que la identidad gay representa, la experiencia de los hombres de generaciones más grandes es que la categoría se ha transformado y se ha vuelto un tanto más porosa, permitiendo un poco más el movimiento y la liquidez del deseo.

Finalmente, esta identidad ha dado, como he argumentado, emociones y sensaciones de bienestar, tranquilidad e inclusive felicidad a los hombres, pues provee de un espacio simbólico y real donde construir una sensación de sí. Además, para algunos hombres, ha brindado libertad y expresión pública. A algunos les permite expresar en público su amor y su deseo homo-erótico con sus parejas

“... ya me siento libre, sin prejuicio, en esto de que si le agarro la mano, que si me vean, me ven de todos modos si la agarro o no.” (*ED, 24 años; Generación 1; profesionalista*)

“yo no podría pensar mi vida hoy, sin pensar que lo que todo lo que hago siendo gay, es político. El hecho de, de repente irme agarrando de la mano con mi pareja, el hecho de estar en la delegación de repente defender esos temas.” (*Komadreja, 25 años; Generación 2; estudiante*)

Es así como la identidad gay es una tensa y contradictoria. Brinda una serie de elementos a los hombres que permite la producción de emociones que construyen bienestar y los orientan hacia la salud. Al mismo tiempo, es una identidad que normaliza, pues busca ser parte del sistema heterocentrista al ser

reconocido por éste. Cabe la pregunta de si el bienestar y la salud son a costa de esta normalización, o si hay la posibilidad de generar otros caminos y otros espacios simbólicos que cuestionen y mantengan tensión de otra forma, de una forma que no sea a costa del malestar emocional.

Hasta ahora, el movimiento socio-político gay ha optado por la vía de la identidad y por tal, de la homogeneidad. La identidad forzosamente implica homogeneidad, pues para poder entablar un diálogo con el Estado y con el mismo movimiento, los hombres deben etiquetarse bajo el nombre de “gay”. Es por eso que algunos de los hombres que entrevisté no se miran como parte de esa comunidad, no se identifican con las expresiones públicas de quienes participan en el movimiento, o no se identifican con los gustos y con el mercado que ha mermado a la cultura gay. Estos son indicios de que el homo-erotismo y quienes se nombran “gay”, no son homogéneos. Por el contrario, el deseo es heterogéneo, no se cristaliza, ni se congela. El movimiento gay lo que ha hecho es producir una identidad colectiva a través de la cual ha generado políticas públicas que congelan este deseo, obligando a los hombres homo-eróticos de la Ciudad de México a nombrarse bajo este nuevo sujeto político de la “diversidad sexual”, que ha hecho todo menos respetar esa diversidad.

En este esfuerzo de (hetero)normalización, el movimiento gay ha dejado a un lado la violencia, la discriminación y el estigma vivido por los hombres gay y homo-eróticos. Es esta violencia homofóbica la que tiene efectos importantes sobre las emociones y la salud de los hombres y hacia dónde tendrían que enfocarse las políticas públicas de la “diversidad sexual”. El camino (de la identidad y) de la normalización no tiene implicaciones en el bienestar emocional de los hombres, pero sí tiene efectos sobre a quiénes considera sujetos; aquellos que no encajan en esta (hetero)normalización, no entran en la categoría de sujetos que el movimiento que intenta reconocerlos ha propuesto, porque no reconoce el carácter fluido del deseo. Los asuntos del deseo y del estigma, me parece, son los que deben de estar al centro de la “diversidad sexual”, porque de esta forman, se

reconoce el deseo de todo sujeto (hetero, bi, homo, etc.) y cómo algunos son subordinados frente a otros.

13. CONCLUSIONES: LA CRISIS DE LA “IDENTIDAD GAY”

En este proyecto he intentado hacer un análisis exhaustivo y ambicioso de la categoría “gay” y de lo que eso significa en la vida de hombres homo-eróticos. Hablar de identidad implica analizarla en diferentes niveles, ya que como se vio a lo largo de este trabajo, no sólo tiene que ver con la subjetividad de cada persona, sino que además está atravesada por múltiples factores socioculturales que permean dicha subjetividad. Desde mi mirada, el constructo de identidad me ha permitido analizar aspectos complejos como el “deseo” de los participantes, aspecto que con frecuencia suele escaparse de procesos de investigación y reflexivos, y también prácticas sociales y políticas, pasando por las relaciones amicales, familiares y de pareja de los hombres. Todo esto lo he hecho con la intención de intentar comprender cómo se desarrollan los hombres que se autodenominan “gay” y lo que ello significa en su vida. Lo que me queda claro es que, desde la subjetividad, no existe una sola forma de “ser gay”, o una sola identidad gay. Por el contrario, la forma de vivirse como gay es de lo más variado. No obstante, la manera en que los hombres definen y significan la gaydad comparte más elementos, elementos referidos sobre todo a la atracción y al deseo, pero también a la violencia. Desde el nivel cognitivo y de los significados, hay elementos compartidos por los hombres, en una suerte –tal vez- de reproducción de ciertos discursos sociales, empero, en la práctica cotidiana, esto no es tan homogéneo. Es decir, hay aspectos culturales que permiten a los hombres compartir significados en torno a lo gay, pero la forma de llevar a cabo “lo gay”, es de lo más variado.

Las narraciones de los hombres dejan muy claro que están expuestos constantemente a la violencia homofóbica. Se enfrentan a discriminación y estigma en todos los contextos de sus vidas. La violencia psicológica y verbal es constante en el ámbito familiar y la escuela, en donde también suceden episodios de violencia física. La violencia verbal también se hace presente en la calle, en las instituciones médicas y en el trabajo. Finalmente, las autoridades judiciales han jugado un papel importante en el ejercicio de violencia tanto física como

verbal y en obstruir la expedita resolución de crímenes de odio por homofobia (Parrini y Brito, 2012). Esto significa que los hombres gay se encuentran bajo el dominio de aquellos cuerpos hetero-eróticos y que cumplen con las características dominantes de la matriz heterosexual. El estigma funciona como una tecnología del yo (Foucault, 1984; Rangel, 2009), un mecanismo biopolítico que se integra a la identidad de los hombres para controlar su deseo y sus expresiones (Preciado, 2002). Esta tecnología funciona a lo largo de varios años, sobre todo los de la infancia y juventud. La violencia, la discriminación y el estigma son elementos fundamentales en la construcción identitaria de los hombres gay, elementos que los acompañan en todo momento y a los cuales deben enfrentarse. Los hombres desarrollan habilidades y mecanismos de enfrentamiento para resolver esta situación en sus vidas frente a estas estructuras violentas. El deseo tiene la función de enfrentar a esa tecnología estigmatizante y a las normas heterocéntricas, pues seguir su camino lleva a los hombres a romper con dichas restricciones.

Me parece que uno de los mecanismos para enfrentar esta violencia homofóbica ha quedado institucionalizada: “salir del clóset”. Se trata de una acción tanto personal como social que posibilita al sujeto para empoderarse como homo-erótico frente a una sociedad que discrimina su deseo. También es un rito de paso para entrar a la categoría de “gay”. El salir del clóset toma diferentes tonalidades para diferentes hombres; para algunos significa sincerarse frente a su familia, amistades, co-trabajadores/as, etc. Para otros se trata de un proceso mucho más personal de aceptación. En cualquiera de los casos implica una reflexión y cuestionamiento sobre el orden de género y de la sexualidad en nuestra sociedad que posibilita colocarse la etiqueta de “gay” u “homosexual”, como un proceso pendular. Al usar esta categoría identitaria, los hombres entran a un mundo particular de significados y prácticas desde donde pueden construir amistades y relaciones de pareja.

La violencia de la cual los hombres gay son objeto, tiene que ver con un sistema de género heterosexista donde domina la idea de masculinidad hegemónica. Si bien para muchos de los hombres del estudio, esta “masculinidad” tuvo y sigue teniendo efectos sobre su modo de entender a las relaciones de género y las relaciones entre personas -entre hombres en particular-, terminan encarnando diferentes expresiones de “masculinidad”. La masculinidad hegemónica afecta a las expectativas que tienen los hombres sobre su identidad, sobre las relaciones afectivas y sexuales que pueden tener. Pero la exploración que hacen de sus cuerpos, de sus deseos, de los modelos de identificación (que en muchas ocasiones se asocian a lo femenino), les permite una reflexión y alejamiento del modelo dominante. Comienzan a incorporar aspectos divergentes del modelo hegemónico a su vida cotidiana, como el transvestirse, tomar a su pareja de la mano en público o acordar relaciones abiertas. A pesar de este distanciamiento con el imaginario de la masculinidad hegemónica, los hombres siguen enfrascados en un juego entre el binario femenino-masculino. Es decir, este binario se encuentra tan instalado en la realidad y los contextos de cada uno de estos hombres, que su realidad está constituida a partir de él y por tal, no encuentran forma de encarnar algo fuera de lo “masculino” o de lo “femenino”. Es posible que en este ir y venir dentro del binario, les permita construir otras formas de “ser hombre”, no necesariamente en concordancia con lo que se espera de ellos en tanto masculinos, pero sí dentro de la dicotomía masculino-femenino.

En este sentido, los modelos de identidad gay que han sido propuestos desde los ochenta, que señalan una forma lineal de construir la identidad de hombres gay (Ardila, 2009; Cass, 1984; D’Augelli, 2006; Rotheram-Borus y Fernández, 1995), se quedan cortos para entender las complejidades de la identidad, pues se fundan en el discurso heterocéntrico. Estos modelos señalan etapas e hitos que los hombres vencen para aceptar su deseo. Sin embargo, estos modelos no toman en cuenta que existen sistemas hegemónicos (de género y de la sexualidad) a priori del individuo que asientan dichas etapas e hitos. En otras palabras, debido a las estructuras sociales, el desarrollo identitario es de por sí

complicado para los sujetos homo-eróticos y más aún para los que desean aceptar y socializar su deseo. Esto es importante de tomar en cuenta porque permite deslindar los efectos de salud “patológicos” del individuo y colocarlos en los discursos de género y sexualidad y por tal, en la cultura. Debido a que el estigma es constante, los hitos y etapas no son lineales, como bien quedó registrado en las experiencias de los hombres, sino que el desarrollo identitario va y viene constantemente entre ellos. También considero peligroso adscribirse a este tipo de modelos, puesto que, al comprender la epistemología estructuralista y los modelos teóricos (lineales) de donde provienen estos modelos, se puede generalizar que si un hombre gay no lleva a cabo este desarrollo, caerá en malestares emocionales o inclusive patologías, que contribuyen a la discriminación de los hombres gay.

Este vaivén entre etapas e hitos, se hace evidente cuando los hombres definen lo que es ser gay. Si bien este concepto tiene una historia y significado sumamente político, existe una diversidad de formas de entenderlo desde quienes se definen así; desde quienes lo entienden como las prácticas sexuales que realizan y con quien las llevan a cabo, hasta un estilo de vida marcado por lugares a donde ir, música que escuchar y ropa que usar. Cabe aclarar que definir la gaydad como un estilo de vida, proviene de hombres cuyos discursos son más politizados y que tienen una historia de activismo. El activismo gay ha intentado y logrado, generar un discurso que permite entender a los hombres gay como algo más que hombres que desean a otros hombres, sino hombres con prácticas sociales y culturales que los unen y socializan de cierta forma. Así, la interacción con contextos y grupos socio-políticos permiten entender el concepto y por tal, su identidad de una forma más amplia que no nada más recae en las prácticas sexuales. También me parece que los hombres que sostienen definiciones apegadas a las prácticas sexuales son hombres que primero tuvieron acercamientos a otras definiciones usadas para el homo-erotismo como “joto”, “puto”, “maricón” y que provenían de contextos rurales. Esto significa que el concepto de gay tuvo su desarrollo y auge en la capital, en lo urbano.

Esto me lleva a un tema que no he tocado antes, el de la clase social. Si bien el homo-erotismo existe en todos los estratos sociales, grupos raciales y étnicos y en diferentes edades, se ha sostenido que la categoría “gay” es clasemediera (Laguarda, 2009; Parrini, 2011). Creo que justo la clase media es un sesgo importante en este proyecto, pues todos los participantes pertenecían a este estrato social: todos tuvieron/tienen educación superior, acceso a internet, un hogar y un trabajo. Se trata de una serie de recursos materiales y simbólicos que afectan su forma de identificarse. Por ejemplo, el poder asistir a bares o centros nocturnos “gay” permite la socialización bajo ese nombramiento, o el tener acceso a internet permite acceder a información sobre sexualidad, infecciones, cuidados y con otros hombres homo-eróticos. La carencia de estos recursos limita el identificarse bajo estos términos (Núñez, 2010). Entonces, lo gay sí requiere de ciertos recursos a los cuales sólo una parte de la población tiene acceso. Ha sido desde este estrato social que se ha construido el “movimiento”, “la comunidad” y la “agenda” gay. Estos elementos entienden lo gay como generalizado y universal, cuando no es así, sino que está circunscrito a contextos particulares.

Para tratar de entender los efectos de los contextos histórico-socio-políticos en la identidad gay, entrevisté a tres generaciones de hombres, basándome en momentos clave del movimiento social gay. En la siguiente tabla, resumo los elementos en donde más difieren los hombres de las tres generaciones distintas.

Tabla 7 Diferencias identitarias entre las tres generaciones

Elemento	Generación 1	Generación 2	Generación 3
Etiquetas.	Mayor uso de conceptos propios del movimiento gay: “homosexual” y “gay”.	Mezcla de acercamiento a “sinónimos” como “puto” y “maricón”, así como “homosexual” y “gay”.	Uso de “sinónimos” para referir a los homo-erótico como “puto” y “maricón”.

Parejas.	Referirse a la pareja sexual y/o afectiva como “novio”.		Referirse a la pareja sexual y/o afectiva como “amigo”.
Socialización del deseo.	Importancia de compartir el deseo con la familia y otros círculos sociales importantes.		Negligencia a socializar el deseo homo-erótico con la familia.
Uso del internet.	Se usa para informarse, contactar amigos y posibles parejas sexuales y/o afectivas.	Se usa para informarse y contactar posibles parejas sexuales.	
Rompimiento con la “masculinidad”.	La aceptación del deseo homo-erótico es vivido con dolor y culpa pero no como un rompimiento con la “masculinidad”.	La aceptación del deseo homo-erótico es vivido como un acercamiento a lo “femenino” y con dolor y culpa.	
Ligue y contacto sexual.	Se hace en espacios específicamente gay (cafés, bares y centros nocturnos) y casa-habitación.	Además de realizarse en espacios específicamente gay, se hace en espacios públicos, como baños y parques.	
Uso del condón.	No se reportan efectos en el placer o la sensación.	Se usa pero es desagradable. Los hombres seropositivos no lo usan en todas sus relaciones sexuales.	Se usa pero es desagradable.
Perreo y joteo.	No se practica.	Usado de manera más o menos común entre amistades.	Aparece de manera más común entre hombres amigos.

Me parece que en términos generales, las diferencias entre generaciones señalan cambios estructurales en la forma de expresión de la homofobia, no hacia una reducción de ella, pero que sí se expresa de manera más sutil. Este cambio ha permitido que el homo-erotismo no se vincule de manera tan clara con lo “femenino” y por tal, con lo subordinado porque con el tiempo, la homofobia (aunque existe) se ha transformado y los hombres de la generación uno logran asumir y socializar su deseo a edades más tempranas en comparación con la generación dos y tres.

Algunas comunidades entre generaciones, es que al identificarse como gay se comparte una serie de experiencias no sólo sexuales sino también de

violencia y discriminación. Me parece que al asumirse así, los hombres se hacen responsables de dicho estigma y buscan la manera, aunque sea mínima, de revertirla. Las experiencias de los hombres señalan que asumir esta categoría identitaria es un proceso complejo y doloroso porque significa ubicarse en un espacio simbólico por debajo de lo hegemónico. Pero al mismo tiempo, es un espacio que brinda tranquilidad pues permite compartir la opresión y formar redes de apoyo con otros hombres homo-eróticos. En estas experiencias de dolor, los hombres, en ocasiones, buscan donde atender sus malestares. Algunos de ellos lo encuentran en la espiritualidad o religión y otros en espacios para la atención de la salud mental. En todos los casos, estos espacios brindan una forma para reflexionar y construir una narración diferente sobre sí mismo (White y Epston, 1993). Así, los hombres gay no sólo comparten su deseo erótico, sino experiencias de subordinación que han generado una serie de malestares vinculados con su “salud” emocional, por ejemplo vivirse desde la ansiedad, depresión y somatizaciones. La hegemonía masculina y de la heterosexualidad institucionalizada oprimen los cuerpos que caen fuera de sus normas para tratar de constreñir su construcción identitaria. El deseo fluido y líquido, al enfrentarse a estas normativas, permite el desarrollo de experiencias de malestar. Es así como la hegemonía impacta en el deseo y en las emociones (Meyer, 2003).

No obstante que ha sido la opresión compartida la que ha motivado la construcción de una comunidad, parece ser que existe una desarticulación y una heterogeneidad de demandas y asuntos por resolver para los hombres gay. Varios hombres no se viven como partícipes de las actividades políticas que se realizan en nombre de la comunidad gay y por ello no viven como parte de dicha comunidad. Esta desarticulación impone dificultades en el establecimiento de una agenda y de una representación “gay”. También implica dificultades no sólo para lo que se ha nombrado colectivo LGBTTTI, sino para todas las personas con algún deseo homo-erótico, independientemente de su identificación. Hasta ahora, la agenda “gay” ha sido llevada a cabo por un sector muy particular, es decir, bajo el cruce de ciertas categorías de clase y edad, y se ha centrado en derechos

civiles, específicamente el matrimonio. Si bien esta agenda ha sido sumamente significativa e importante en el devenir de la vivencia homoerótica y de su vindicación política, ciertamente vale la pena decir que no es representativa de la heterogeneidad de deseos y expresiones identitarias. Como se hizo evidente en muchas entrevistas, la idea de matrimonio no es una meta de vida para los participantes, lo que se vuelve prioritario para estos hombres es escapar de la violencia y la discriminación.

Aquí me parece importante discernir entre la identidad psicológica y la identidad política. Considero que este trabajo señala el carácter líquido y fluido de la identidad en términos de una realidad psicológica ligada a la cultura. Se trata de una narración que los hombres se hacen sobre sí mismos y cómo se comprenden; una narración que se basa en elementos compartidos de significación. En cambio, la identidad política es la manera en que un grupo de personas queda plasmado en la política pública y jurisdicción del Estado. El hecho de quedar plasmado en políticas públicas y leyes implica un congelamiento de la identidad. Aquí radica la crisis de la identidad gay, que le da título a este capítulo. Una crisis puesto que la identidad política que se ha ido construyendo a lo largo de los últimos 30 años gracias a la comunidad gay mexicana, no ha sabido representar ampliamente al sector homo-erótico nacional. Por el contrario, la diversidad y disidencia sexual mexicana ha tenido que integrarse a la comunidad gay y a su agenda, a pesar de que éstos no representen ni vindiquen las necesidades tan variadas de todo ese sector.

Al quedar en estas formas estatales, lo “gay” sufre una especie de institucionalización en las prácticas cotidianas. Sí, lo gay representa un piso firme donde muchos hombres pueden encontrar significantes que les permitan expresar su deseo y resolver experiencias de malestar emocional, pero a la vez funciona como un mecanismo que encuadra al deseo. Por ejemplo, si un hombre es gay no puede sentir atracción por una mujer, o si se es gay, ahora requiere de casarse. Las políticas públicas y la propia agenda de la “diversidad”, me parece, deben

orientarse principalmente a resolver el estigma y la violencia de la cual los deseos no hegemónicos son víctimas a través de normativas que permitan la expresión libre del deseo. Esto sólo se puede hacer a través de una re-estructuración del orden del género y de la sexualidad, en donde los binomios se vean críticamente cuestionados como ejes articuladores de la realidad. La institucionalización entonces normaliza ciertas prácticas sexuales y las hace lo deseable y hegemónico para este grupo en particular, nuevamente invisibilizando todas las demás formas de existencia. Es por ello que lo “gay” debe permanecer siempre tenso, siempre en cuestionamiento y ser desechado cuando excluya formas psicológicas de identificación y encontrar nuevas categorías que permitan la visibilidad, respeto y autonomía de otras tantas formas identitarias. Es decir, lo “gay” debe de permanecer siempre en crisis.

Implicaciones para la práctica clínica

Aunque no es la intención de este proyecto, me parece que el análisis de las entrevistas da un poco de luz para hablar sobre las implicaciones que las identidades, y sobre todo las experiencias emocionales de hombres gay tiene sobre la práctica clínica psicológica. Si entendemos las experiencias emocionales como la base para la construcción de la identidad así como el sostén para el desarrollo del bienestar o de problemáticas de salud mental, tiene sentido que las personas busquen atender esas emociones en un espacio que pretende salvaguardar la salud mental, como la psicoterapia.

Las experiencias de los hombres que participaron en esta investigación en torno a la psicoterapia son variadas. Algunos hombres se encontraron con un proceso psicoterapéutico que continuaba estigmatizando su deseo y la identidad que comenzaban a construir a partir de dicho deseo. Sin embargo, hubo un par de hombres que estuvieron en un proceso terapéutico donde no se les culpabilizó o discriminó por su deseo y orientación sexo-afectiva, sino que el proceso implicó hacer sentido de la homofobia que vivían y resignificarla. Estos hechos señalan

la posibilidad de encontrar profesionistas comprometidos con principios éticos de igualdad, equidad y justicia. Por otro lado, varios entrevistados se negaron a acudir a un proceso terapéutico porque, desde sus perspectivas, consideraban que se les iba a discriminar y estigmatizar. Esta variedad de experiencias señalan la ambigüedad y heterogeneidad de formas que tienen los/as psicoterapeutas de ejercer su profesión y de intervenir en la mejora de los asuntos de salud mental de las personas que atienden.

Me parece que este proyecto es eso lo que aporta, la necesidad e importancia de que los/as profesionistas de la salud comprendan que a pesar de existir estereotipos y comunalidades en torno a la gaydad y su comunidad, las identidades gay son heterogéneas y diversas; que el sistema de género y el sistema heterocentrista impactan de maneras particulares a cada individuo. Sin embargo, no se puede perder de vista que a pesar de estas divergencias, la violencia, la discriminación y el estigma son aspectos sociales que impactan en la vida de todos los hombres bajo la identidad de “gay”. En este sentido, la identidad que construyen y sus experiencias emocionales están afectas por la homofobia interpersonal, institucional y cultural. Niveles de homofobia que producen emociones como la culpa, el miedo y la vergüenza que contribuyen en gran medida a un estado de soledad y aislamiento y que afectan sus prácticas sexuales, empujándolos al riesgo de contagio de ITS's. Es indispensable que los/as profesionistas de la salud mental tomen en cuenta para todas sus intervenciones la manera en que este sistema de género homofóbico puede llegar a afectar, tanto a hombres gay, como a la población en general y que estos son aspectos que rebasan la propia noción de individualidad.

En este sentido, pueden ser útiles algunas propuestas de la *Teoría Queer*. Por ejemplo, la idea de que la identidad se construye mediante la repetición y la iteración, y que en consecuencia la identidad se puede modificar, resignificar, recontar, deconstruir y construir. Esta mirada implica inevitablemente, soltar la idea de que quienes se desvían de patrones y discursos hegemónicos poseen

alguna patología y permite entender que es más bien la patología como producto cultural la que se relaciona con ese sujeto. Facilitar la producción de nuevas narraciones y visibilizar discursos escondidos en la vida de los hombres que lleguen a la consulta, pueden ser estrategias que permitan el desarrollo del bienestar y no del malestar. Finalmente, me parece importante que aquellos/as profesionistas de la salud mental incorporen a su método de trabajo la idea de que la identidad no es algo estático ni previamente establecido, sino todo lo contrario. Que la identidad se moldea y produce en constante interacción con la experiencia y en gran medida con las experiencias emocionales. De esta forma, la identidad se construye en co-autoría con discursos y condiciones sociales en donde el sujeto tiene poder para modificar. Así, se trata de un sujeto agéntico, que si bien es afectado por estados subjetivos, como el deseo y las emociones, llega a expresarlas y a incorporarlas a la identidad gracias a los recursos simbólicos disponibles en sus contextos. Entonces el proceso terapéutico sería un contexto en donde la persona podría resignificar su identidad y sus experiencias.

Reflexiones finales

Este trabajo ha representado para mí 4 años de reflexiones profundas a nivel académico y personal. La estructuración teórica y metodológica del proyecto me ayudó a darme cuenta de la importancia que tiene el posicionamiento político que tomamos como seres sociales y del impacto tan profundo que tienen los discursos y las categorías en nuestra vivencias cotidianas. Es a través de estas categorías que reproducimos jerarquías de poder que nos mantienen en la subordinación o que mantienen a otros en ese espacio. Me parece necesario cuestionarnos, deconstruir y resignificar esas categorías que en algún momento nos fueron tan útiles para respondernos la pregunta “¿quién soy?”. Es a través de este cuestionamiento que la identidad se mantiene siempre tensa y siempre líquida; que permite transformarse y por tal, transformar la realidad en la cual vivimos.

Convivir con los entrevistados fue una experiencia inmensamente rica que me proveyó de elementos para comprender la diversidad de formas de existir. Siempre me quedé sorprendido por la manera en que lo “gay” podía enmarcar tanta heterogeneidad. Al escuchar sus experiencias, de revisar los comunicados en torno a la Marcha del Orgullo Gay a lo largo de estos años, las noticias, conferencias y congresos sobre la “diversidad” o “disidencia” sexual, me percaté de que en nuestra ciudad no se ha logrado representar a la gama amplia de heterogeneidad identitaria y que posiblemente nunca se logre. Ese acercamiento me ayudó a ser sospechoso de los discursos, en particular del discurso de los Derechos Humanos, pues aunque estos han intentado avanzar hacia la igualdad y la justicia, me queda claro, por la experiencia vivida de los hombres que entrevisté, que aún estamos muy lejos de ello.

Como siempre, queda mucho por investigar. Me parece importante reflexionar sobre la manera en que los cambios legales de la Ciudad de México impactan en la subjetividad y en la vivencia del deseo, en particular el deseo de casarse y de tener familia. Al ser estas instituciones heteronormadas, me pregunto ¿qué se juega de la “disidencia” al incluirse en las instituciones? ¿Se transforman o se reproducen? ¿Cómo afectan éstas institucionales a las experiencias emocionales? En cuanto al tema de la salud, me sorprenden los espacios para tener sexo sin condón entre hombres y las motivaciones que tienen para llevar a cabo estas prácticas. Es un hecho que existen y que muchos hombres practican sexo sin condón, cosa que me indica que impulsar su uso a través de políticas de salud no es suficiente. Se deben mirar otras formas de prevenir y tratar las ITS que permitan des-estigmatizarlas. Las políticas de salud también deben de incluir al personal médico, pues es éste quien muestra importantes niveles de homofobia que, se sabe, impactan en el tratamiento de las personas seropositivas. Por último, me interesa conocer el proceso de construcción identitaria en mujeres lesbianas, sobre todo por el doble estigma en el cual se desarrollan: ser mujer y ser homoerótica. ¿Qué impactos tendrá esto en sus experiencias emocionales? Confieso que una investigación así me preocupa y hasta cierto punto me asusta,

pues me doy cuenta que al trabajar con hombres, mi cuerpo de hombre facilitó la comprensión de muchos elementos. Pero al igual que algunas investigadoras feministas se interesan en trabajar con hombres, me parece importante que hombres nos intereseamos en la investigación sobre mujeres, pues esto abonaría a hacer porosos los límites del género y del sexo.

Temo en este espacio y en otros, dar recomendaciones sobre la manera de transformar la realidad opresiva en la que viven los hombres gay, ya sea a nivel personal, familiar o político, pues pienso que si se incorporan nuevas prácticas, nuevas miradas y nuevas políticas públicas, éstas se vuelvan a institucionalizar y ahora excluyan a otros deseos, prácticas e identidades. Al mismo tiempo, tal vez sea ésta la salida: perder ese miedo a la institucionalización, permitir que las nuevas ideas se cuajen y se institucionalicen, para que cuando esto suceda, se vuelvan a cuestionar y a cambiar. Eso sería tener a las políticas y a las identidades en tensión permanente.

14. REFERENCIAS

- Adam, B.D. (2010). Masculine Sexuality, Risk, and HIV Vulnerability. En Rivas, E. (comp.). *Memorias del IV Congreso de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres*. AMEGH.
- Aguilar Flores, A. (2010). *Varones que practican barebacking: discursos sobre "masculinidad" es en comunidades virtuales*. Tesis de maestría no publicada en antropología social. Escuela Nacional de Antropología e Historia
- Ahmed, S. (2010). *The promise of happiness*. London. Duke University Press
- Álvarez-Gayou, J.L.- (2000). Homosexualidad. En McCary, J.L.; McCary, S.P.; Álvarez-Gayou, J.L.; del Río, C.; Suárez, J.L., *Sexualidad Humana de McCary* (págs. 295-312). México: Manual Moderno.
- Álvarez-Gayou, J.L. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa: Fundamentos y metodología*. México. Paidós Educador.
- Amadio, D.M., Chung Y.B. (2004). Internalized homophobia and Substance Use among Lesbian, Gay, and Bisexual Persons. *Journal of Gay & Lesbian Social Services*.17 (1).83-100
- American Psychiatric Association (2013). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (Fifth ed.). Arlington, VA: American Psychiatric Publishing.
- Amorós Puente, C. (1992). Notas para una teoría nominalista del patriarcado. *Asparkia, Investigación Feminista*. 1. 41-58.
- Amorós, C. (2009). Prologo. En Oliva, A. *La pregunta por el sujeto en la teoría feminista, el debate filosófico actual*. Salamanca. Universidad de Salamanca.
- Amuchástegui, A. (2006). ¿Masculinidad(es)?: Los riesgos de una categoría en construcción. En Careaga, G., Cruz, S. (coords.) *Debates sobre "masculinidad" es: poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. (págs. 121-140). UNAM. México.
- Ardila, R. (2009, julio). *Desarrollo del homosexual*. Documento presentado en el XXXII Congreso Interamericano de Psicología, Ciudad de Guatemala, Guatemala.
- Austin, J.L. (1955). *Cómo hacer cosas con palabras*. Edición electrónica. Escuela de filosofía Universidad ARCIS.
- Bach, A.M. (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Argentina. Biblos.
- Baile Ayensa, J.I. (2008). *Estudiando la homosexualidad: Teoría e Investigación*. Madrid: Ediciones Piramide.
- Bauman, Z. (2005). *El amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Bautista Arredondo, S.; Colchero, A., Sosa Rubí, S.G., Romero Martínez, M., Conde, C. (2012). Resultados Principales de la Encuesta de Sero-Prevalencia en Sitios de Encuentro de Hombres que Tienen Sexo con Hombres. *Instituto Nacional de Salud Pública, Centro de Investigación en Evaluación y Encuestas*. 3. (3).
- Beck, U., Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor*. México. Paidós.

- Berger, P.L., Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Blashill, A.J., Vander Wal, J.S. (2010). Gender Role Conflict as a Mediator Between Social Sensitivity and Depression in a Sample of Gay Men. *International Journal of Men's Health*. 9 (1).26-39.
- Blazquez Graf, N. (2010). Epistemología feminista: temas centrales. En Blazquez Graf, N., Flores Palacios, F., Ríos Everardo, M. (coords.). *Investigación Feminista: Epistemología y Representaciones Sociales*. (pags. 21-38). México. UNAM-CEIICH-CRIM-Facultad de Psicología.
- Blumenfeld, W. (1992). Introduction. En Blumenfeld, W. (ed.). *Homophobia, how we all pay the price*. Boston: Beacon Press. 1-22.
- Blumer, H. (1969/1998). *Symbolic interactionism, perspective and method*. New Jersey. Prentice Hall.
- Bonino, L. (2000). Varones, género y salud mental: desconstruyendo la normalidad masculina. En Segarra Montaner, M., Carabí, A. (eds). *Nuevas masculinidades*. Madrid. Ikaria.
- Brewer, M.B. (1991). The social self: on being the same and different at the same time. *Personality and Social Psychology Bulletin* . 17. 475-482.
- Burin, M. (2000). Atendiendo el malestar de los varones.. En, Burin, M., Meler, I. (comps.). *Varones, género y subjetividad masculina*. Buenos Aires. Paidós Ibérica.
- Butler, J. (1992). *El Género en disputa*. México. Paidós
- Butler, J. (2001). *Cuerpos que importan*. México. Paidós
- Butler, J. (2004). *Deshacer el género*. México. Paidós.
- Cañizo, E., Salinas, F. (2010). Conductas sexuales alternas y permisividad en jóvenes universitarios. *Revista de Enseñanza e Investigación en Psicología*. 15 (2). 285-309.
- Careaga Pérez, G. (2004a). Orientaciones Sexuales. Alternativas e Identidad. En Careaga, G. y Cruz, S. *Sexualidades Diversas. Aproximaciones para su análisis* (págs. 171-188). México: Miguel Ángeles Porrúa-PUEG.
- Careaga Pérez, G. (2004b). La familia, apoyo y represión para el ejercicio de la sexualidad. En Careaga, G. y Cruz, S. *Sexualidades Diversas. Aproximaciones para su análisis*. (pags. 203-215). México: Miguel-Angel Porrúa-PUEG.
- Careaga Pérez, G. (2010). Escudriñar las sexualidades, mirando a través de las categorías. En List Reyes, M., Tuttle López, A. (coords.) *Florilegio de deseos, nuevos enfoques, estudios y escenarios de la disidencia sexual y genérica*. (pags. 47-62). México. BUAP-Eón Ediciones.
- Carlson, H.M., Steuer, J. (2001). Age, sex-role categorization, and Psychological Health in American Homosexual and Heterosexual Men and Women. *The Journal of Social Psychology*. 125 (2). 203-211.
- Carrier, J. (2001). *De los otros: intimidad y comportamiento homosexual del hombre mexicano*. Madrid: TALASA Ediciones.
- Carrillo, H. (2005). *La noche es joven*. México. Océano.
- Cass, V.C. (1979). Homosexual Identity Formation: a theoretical model. *Journal of homosexuality*. 4(3). 219-235.

- Cass, V.C. (1984). Homosexual Identity Formation: Testing a Theoretical Model. *Journal of Sex Research*. 20 (2). 143-167
- Castañeda Gutman, M. (1999). *La Experiencia Homosexual. Para comprender la homosexualidad desde dentro y desde fuera*. México: Paidós.
- Castañeda Gutman, M. (2006). *La nueva homosexualidad*. México. Paidós.
- Castañeda Gutman, M. (2007). *El machismo invisible regresa*. México: Trillas.
- Castro, R. (2010). *Teoría Social y Salud*. Cuernavaca. UNAM-CRIM.
- CENSIDA (2011). *El VIH/SIDA en México 2011. Numeralia Epidemiológica*. Centro Nacional para la Prevención y el Control del VIH/SIDA. Secretaría de Salud.
- Cochran, S. Mays, V.M. (2006). Prevalencia de trastornos mentales y abuso de sustancias entre lesbianas y gays. En Omoto, A. y Kurtzman, H.S. *Orientación sexual y salud mental* (págs. 131-150). México: Manual Moderno.
- Cole, S. (2006). Amenaza Social, identidad personal y salud física de gays que no han salido del clóset. En Omoto, A. y Kurtzman, H.S. *Orientación sexual y salud mental* (págs. 223-243). México: Manual Moderno.
- Collicutt, J. (2011). Psychology, religion and spirituality. *The Psychologist*. 24 (4). 250-251.
- Connell, R. (1992). A very straight gay: masculinity, homosexual experience and the dynamics of gender. *American Sociological Review*, 57 (6), 735-751.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. California: University of California Press.
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (2010). Encuesta Nacional sobre Discriminación.
- Cortina, A. (2008). *La Escuela de Frankfurt: crítica y utopía*. Madrid. Síntesis.
- Coté, J. (2006). Identity Studies: How Close Are We to Developing a Social Science of Identity?—An Appraisal of the Field. *Identity: An International Journal of Theory and Research*. 6 (1). 3-25
- Cruz, S. (1997). *Estructura y Funcionamiento de la Pareja Gay Masculina*. Tesis de Maestría no publicada. Facultad de Psicología. UNAM.
- Cruz, S. (2002). Masculinidad y homofobia. *El cotidiano*. 18 (113). 8-14.
- Cruz, S. (2004). La pareja gay masculina. En Careaga, G. y Cruz, S. (coords.). *Sexualidades diversas: aproximaciones para su análisis*. México: PUEG-Miguel Ángel Porrúa. 217-236.
- Cruz, S. (2011). “El comercio sexual masculino de calle en el centro de Juárez: Repensando la intimidad y la masculinidad en el espacio público”. En Fuentes Flores, C.M., Cervera Gómez, L.E., Monárrez Fragoso, J.E., Peña Medina, S. (Coords.). *Espacio Público y Género en Ciudad Juárez, Chihuahua: Accesibilidad, sociabilidad, participación y seguridad*. El Colegio de la Frontera Norte y Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- D’Augelli, A. (2006). Factores de desarrollo, contextuales y de salud mental entre jóvenes lesbianas, gays y bisexuales. En Omoto, A. y Kurtzman, H.S. *Orientación sexual y salud mental* (págs. 35-49). México: Manual Moderno.
- Davies, M. (2004). Correlates of negative attitudes toward gay men: sexism, male role norms, and male sexuality. *Journal of Sex Research*. 259-266. 41.
- de Keijzer, B. (2001). Hasta donde el cuerpo aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina. En: Cáceres, C., Cueto, M., Ramos, M., Vallenás, S. (coords.). *La salud como derechos ciudadano: perspectivas y propuestas*

- desde América Latina. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
 Disponible en línea
www.umng.edu.co/www/resources/Genero.CuerpoySalMasculina.pdf
 Consultado del 21 de julio de 2011.
- de la Dehesa, R. (2010). *Queering the public sphere in Mexico and Brazil: Sexual rights movements in emerging democracies*. London. Duke University Press
- de Lauretis, T. (2008). *Gender identities and bad habits*. Conferencia Magistral del 4o Congreso Estatal Isonomía sobre Identidad de Género vs. Identidad Sexual. Universitat Jaume I.
- de Lauretis, T. (2010). Teoría Queer: sexualidades lesbiana y gay. En List Reyes, M., Teutle López, A. (coords.). *Florilegio de deseos, nuevos enfoques, estudios y escenarios de la disidencia sexual y genérica*. (pags. 21-46). México. BUAP-Eón Ediciones.
- De Sousa, B. (2009). *Una epistemología del sur*. Mexico: Siglo XXI
- Delany, S.R. (1999). *Times Square Red, Times Square Blue*. New York. New York University Press.
- Del Collado, F. (2007). *Homofobia: Odio, crimen y justicia. 1995-2005*. México. Tusquets.
- Denzin, N., Lincoln, Y. (1998). *The Landscape of Qualitative Research*. London. SAGE Publications.
- Díaz-Guerrero, R. (2003). *Bajo las garras de la cultura: psicología del mexicano 2*. México Trillas.
- Díaz-Loving, R., Sánchez Aragón, R. (2002). *Psicología del amor: una visión integral de la relación de pareja*. México. Facultad de Psicología y Miguel Ángel Porrúa.
- Díaz-Loving, R., Rocha, T.E., Rivera, S. (2007). *La instrumentalidad y expresividad desde una perspectiva psico-socio-cultural*. México. Miguel Ángel Porrúa y UNAM
- Díaz, R. Bein, E. y Ayala, G. (2008). Homofobia, pobreza y racismo: una triple opresión y sus consecuencias en la salud mental de latinos gays. En Omoto, A. y Kurtzman, H.S. *Orientación sexual y salud mental* (págs. 189-204). México: Manual Moderno.
- Diez, J. (2010). The importance of policy frames in contentious politics: Mexico's National Homophobia Campaign. *Latin American Research Review*. 45 (1). 33-54
- Doring, N. (2000). Feminist Views on Cybersex: Victimization, Liberation and Empowerment. *Cyberpsychology & Behavior*. 3 (5). 863-884.
- Dunbar, E. (2007): Hate crimes targeting race and sexual minorities: same and different. *Comuniqué: Psychological perspectives on sexual orientation in communities of color*. August 2007. 28-32
- Embrick, D.G., Walther, C.S., Wickens, C.M. (2007). Working class masculinity: keeping gay men and lesbians out of the workplace. *Sex Roles*. 56. 757-766.
- Fischer, A.R., Tokar, D.M., Good, G.E., Snell, A.F. (1998). More on the structure of male role norms, exploratory and multiple sample confirmatory analyses. *Psychology of Women Quarterly*. 22. 135-155.

- Fleiz Bautista, C., Ito Sugiyama, M.E., Medina-Mora Icaza, M.E., Ramos Lira, L. (2008). Los malestares masculinos: narraciones de un grupo de varones adultos de la Ciudad de México. *Salud Mental*. 31 (5). 381-390.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid. Ediciones Morata.
- Floyd, F.J., Bakeman, R. (2006). Coming-out Across the Life Course: Implications of Age and Historical Context. *Archives of Sexual Behavior*.35 (3). 287-296
- Floyd, F.J., Stein, T.S. (2002). Sexual Orientation Identity Formation Among Gay, Lesbian Youths: Multiple Patterns of Milestone Experiences. *Journal of Research on Adolescence*.12 (2). 167.191.
- Fonseca Hernández, C., Quintero Soto, M.L. (2009). La Teoría Queer: la deconstrucción de las identidades periféricas. *Sociológica*.24 (69).43-60.
- Foucault, M. (1978). *The history of sexuality, an introduction, Volume I*. New York. Vintage Books.
- Foucault, M. (1984). Docile bodies. En. Rabinow, P. (ed.) *The Foucault Reader*. New York. Pantham Books.
- Fortenberry, J.D., MacFarlane, M., Bleakley, A., Bull, S., Fishbein, M., Grimley, D.M., Malotte, C.K., Stoner, B.P. (2002). Relationships of Stigma and Shame to Gonorrhea and HIV Screening. *American Journal of Public Health*. 92 (3). 378-381.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. New York. Herder & Herder.
- Freud, S. (1903/1972). Tres ensayos de una teoría sexual. En, Freud, S. *Obras Completas* Tomo VII. (pp. 111-211). Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Frost, D.M., Meyer, I.H. (2009). Internalized Homophobia and Relationships Quality Among Lesbians, Gay Men, and Bisexuals. *Journal of Counseling Psychology*. 56 (1). 97-109.
- Frost, D.M., Meyer, I.H. (2012). Measuring Community Connectedness among Diverse Sexual Minority Populations. *Journal of Sex Research*. 49 (1). 36-49.
- Frost, D.M. (2011). Stigma and Intimacy in Same-Sex Relationships: A Narrative Approach. *Journal of Family Psychology*. 25 (1). 1-10.
- Fuertes, A., López, F. (1997). *Aproximaciones al Estudio de la Sexualidad*. Salamanca. Amarú
- Gallego, G. (2010). *Demografía de lo otro: biografías sexuales y trayectorias de emparejamiento entre varones en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México
- García, M.A. (2009). *Memoria de la lucha contra el VIH en México*. México. CONAPRED.
- Gaviria, A.M., Quiceno, J.M., Vinaccia, S., Martínez, L.A., Otalvaro, M.C. (2009). Estrategias de Afrontamiento y Ansiedad-Depresión en Pacientes Diagnosticados con VIH/SIDA. *Terapia Psicológica*. 7(1). 5-13.
- Goldfried, M.R., Goldfried, A.P. (2001): The Importance of Parental Support in the Lives of Gay, Lesbian, and Bisexual Individuals. *Journal of Clinical Psychology, In Session: Psychotherapy in Practice*. 681-693. 57 (5)

- González, M., Ortiz, M., Dávila, R., Toro-Alfonso, J. (2007). Attitudes towards homosexuals and lesbians among Puerto Rican Public Health Students. *Puerto Rican Health Science Journal*. 26 (3). 221-234.
- González Guzmán, M., Santos Ortiz, M., Dávila Torres, R., & Toro-Alfonso, J. (2007). Attitudes towards homosexuals and lesbians among Puerto Rican public health students. *Puerto Rican Health Science Journal*, 26 (3), 221-224.
- Granados, J., Delgado, G. (2007). *Salud mental y riesgo de VIH-SIDA en jóvenes homosexuales. Aproximación cualitativa a la experiencia de la homofobia*. UAM División de Ciencias Biológicas y de la Salud.
- Granados-Cosme, J. y. Delgado-Sánchez, G. (2008). Identidad y riesgo para la salud mental de jóvenes gays en México: recreando la experiencia homosexual. *Saúde Pública*, 24 (5): 1042-1050.
- Granados-Cosme, J.A., Torres-Cruz, C., Delgado-Sánchez, G. (2009). La vivencia del rechazo en homosexuales universitarios de la Ciudad de México y situaciones de riesgo para VIH/SIDA. *Salud Pública de México*. 51 (6). 482-488.
- Gregory, H.M., Kimmel, D.C., Amaro, H., Melton, G.B. (1991). Avoiding Heterosexist Bias in Psychological Research. *American Psychologist*. 46 (9).
- Grov, C., Bimbi, D.S., Nanín, J.E., Parsons, J.T. (2006). Race, Ethnicity, Gender, and Generational Factors Associated with the Coming-out process Among Gay, Lesbian, and Bisexual Individuals. *The Journal of Sex Research*. 43 (2). 115-12.
- Guasch, O. (1995). *La sociedad rosa*. España. Anagrama
- Guasch, O. (2007). *La crisis de la heterosexualidad*. Barcelona. Laertes
- Halperin, D. (2004). *San Foucault. Para una hagiografía gay*. El cuenco de plata, Literales. Córdoba.
- Halperin, D. (2009). *What do gay men want?* The University of Michigan Press.
- Haraway, D. (1991). *Manifiesto Cyborg. El sueño irónico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado*. http://webs.uvigo.es/xenereo/profesorado/beatriz_suarez/ciborg.pdf
- Harding, S. (2010). ¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? ARGumentos en torno a la controversia sobre le punto de vista feminista. En Blazquez Graf, N., Flores Palacios, F., Ríos Everardo, M. (coords.). *Investigación Feminista, epistemología, metodología y representaciones sociales*. (pags. 39-68). México. CEIICH-CRIM-Facultad de Psicología.
- Heller, A. (1989). *Teoría de los sentimientos*. México. Fontamara.
- Herek, G. M. y Gonzalez-Rivera, M. (2006): Attitudes Toward Homosexuality Among U.S. Residents of Mexican Decent. *Journal of Sex Research*. 122-135.43 (3).
- Herek, G.M. (2008). *Sexual Prejudice: Understanding Homophobia and Heterosexism* tomado 23 de marzo del 2008 en http://psychology.ucdavis.edu/rainbow/html/sexual_prejudice.html
- Herzberb, L.A. (2009). Direction, causation, and appraisal theories of emotion. *Philosophical Psychology*. 22 (2). 167-186.

- Hogg, R., Lima, V., Sterne, J.A., Grabar, S., Battegay, M., Bonarek, M., D'Arminio Monforte, A., Esteve, A., Gill, M.J., Harris, R., Justice, A., Hayden A., Lampe, F., Mocroft, A., Mugavero, M.J., Staszewski, S., Wasmuth, J.C., van Sigem, A., Kitahata, M., Guest, J., Egger, M., May, M. (2008). Life expectancy of individuals on combination antiretroviral therapy in high-income countries: a collaborative analysis of 14 cohort studies. *The Lancet*. 372(9635).
- Horowitz, J.L., Newcomb, M.D. (2002). A multidimensional approach to homosexual identity. *Journal of Homosexuality*. 42 (2). 1-19.
- Ibáñez Rueda, L. (2003). El análisis del discurso en las ciencias sociales: variedades, tradiciones y práctica. En Ibáñez Rueda, L. (ed.). *Análisis del discurso: manual para las ciencias sociales*. Barcelona. Editorial UOC. 83-123
- Ito, E. (2010). *La identidad: una Mirada desde la psicología*. Documento no publicado
- INEGI (2009). Mujeres y hombres en México, 2009. México. Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Instituto Nacional de las Mujeres.
- INEGI (2010). Mujeres y hombres en México, 2010. México. Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Instituto Nacional de las Mujeres.
- INEGI (2011). Mujeres y hombres en México, 2011. México. Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Instituto Nacional de las Mujeres.
- Jäger, S. (2003). Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos. En Wodak, R. y Meyer, M. (comps.) *Métodos de Análisis del Discurso*. Barcelona. Gedisa.
- Jagose, A. (1996). *Queer theory: an introduction*. New York. New York University.
- Janesick, V. (1998). The Dance of Qualitative Research Design. Metaphor, Methodolatry and Meaning. En Denzin, N. y Lincoln, Y. (comps.) *Strategies of Qualitative Inquiry*. London. SAGE Publications.
- Jetten, J., Postmes, T., Haslam, C. (2009). Social Identity, Health and Wellbeing: an Emerging Agenda for Applied Psychology. *Applied Psychology, an International Review*. 58 (1).1-23.
- Jordan, K.M. (2000). Substance abuse among Gay, Lesbian, Bisexual, Transgender and Questioning Adolescents. *School Psychology Review*. 29 (2).201-206.
- Kaufman, M. (1989). *Hombres. Placer, poder y cambio*. Santo Domingo: CIPAF.
- Kaufman, M. (1999). Men, feminism and Men`s Contradictory Experiences with Power. In Kuypers, J.A.(ed.).*Men and Power*. Fernwood Books: Halifax. pp. 59-83.
- Kegan Gardiner, J. (2005). Men, Masculinities, and Feminist Theory. En Kimmel, M.S., Hearn, J., Connell, R.W. (eds.) *Handbook of Studies on Men & Masculinities*. (pags. 35-50). USA. SAGE Publications.
- Kelley, T.M., Robertson, R.A. (2008). Relational Aggression and Victimization in Gay Male Relationships: The Role of Internalized Homophobia. *Aggressive Behavior*. 34. 475-485.

- Kertzner, R.M., Meyer, I.H., Frost, D.M., Stirratt, M.J. (2009). Social and Psychological Well-being in Lesbians, Gay Men, and Bisexuals: the effects of Race, Gender, Age and Sexual Identity. *American Journal of Orthopsychiatry*.79 (4). 500-5010
- Kimmel, M. (ed.)(2007). *The sexual self.The construction of sexual scripts*. Nashville. Vanderbilt Press.
- Kimmel, (2008).*Guyland, the perilous land where boys become men*.New York. Harper
- Kinsey, A., Pomeroy, W.B., Martin, C.E. (1948): *Sexual behaviour in the human male*. W.B. Saunders Company: Philadelphia
- Kinsey, A., Pomeroy, W.B., Martin, C.E., Gebhard, P.H. (1954): *Conducta sexual de la mujer*. W.B. Saunders Company: Philadelphia.
- Kite, M. E., & Whitley, B. E. (1996): Sex differences in attitudes towards homosexual persons, behaviour, and civil rights: A meta-analysis. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 336-353. 22.
- Kite, M. E., & Whitley, B. E. (1998): Do heterosexual women and men differ in their attitudes towards homosexuality? A conceptual and methodological analysis. In Herek, G.M. (Ed.), *Stigma and sexual orientation: Understanding prejudice against lesbians, gay men and bisexuals*. California: Sage
- Koenig, H. (2010). Spirituality and Mental Health. *International Journal of Applied Psychoanalytic Studies*. 7(2). 116-122
- Kong, T.S.K, Mahoney, D., Plummer, K. (2002). Queering the Interview. En Gubrium, J.F., Holstein, J.A. (eds.).*Handbook of Interview Research, Context and Method*. Thousand Oaks. SAGE Publications.239-259.
- Krimp, D. (1989). Mourning and Militancy. *October*. 51. 3-18
- Kvale, S. (2007).*Doing interviews*. Los Angeles. SAGE Publications.
- Lagarde, M. (1997). Identidad de género y derechos humanos. La construcción de las humanas. En Papadimitriou Cámara, G. (Coord.). *Educación para la paz y los derechos humanos. Distintas miradas*. Asociación Mexicana para las Naciones Unidas. A.C./ Universidad Autónoma de Aguascalientes y El Perro sin Mecate. México.p. p. 71- 106.
- Laguarda, R. (2005). Construcción de identidades: un bar gay en la Ciudad de México. *Desacatos*. Vol. 19. 137-158.
- Laguarda, R. (2009). *Ser gay en la ciudad de México: Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*.México: CIESAS-Instituto Mora.
- Lamas, M. (1997): Sexualidad y género: la voluntad del saber feminista. En *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las Ciencias Sociales*. Sasz, I. y Lerner, S (ed.). 49-67. México: COLMEX
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*. Vol. 7(18).
- Letra S (2009). *Informe de Crímenes de odio por Homofobia. 1995-2008*. Letra S, Sida, Cultura y Vida Cotidiana.
- Levine, H. (1997). A further exploration of Lesbian identity development process and measurement. *Journal of Homosexuality*. 34 (2). 67-76
- List, M. (2005). *Jóvenes corazones gay de la Ciudad de México*. Puebla, BUAP.

- List, M. (2009). *Hablo por mi diferencia, de la identidad gay al reconocimiento de lo queer*. México. Eón
- List, M. (2010). Teoría Queer, implicaciones para la investigación en sexualidad, género y cuerpo. En: List, M., Teutle, A. (coords.). *Florilegio de deseos, nuevos enfoques, estudios y escenarios de la disidencia sexual y genérica*. México. Eón.
- Lizárraga Cruchaga, X. (2003). *Una historia sociocultural de la homosexualidad: notas sobre un devenir silenciado*. México: Paidós.
- Longmore, M.A. (1998). Symbolic Interactionism and the Study of Sexuality. *The Journal of Sex Research*. 35 (1). 44-57
- López Becerra, C. (2007). *Amistad: Conceptuación y Mantenimiento, una Visión Psicosociocultural*. Tesis de doctorado no publicada. Facultad de Psicología. UNAM
- Lozano, G. (noviembre, 2010). *El Movimiento Gay en México*. Conferencia en 3ª Semana de la Diversidad Sexual. Instituto Tecnológico Autónomo de México.
- Lozano Verduzco, I. (2008). *El amor que no osa decir su nombre: Un estudio exploratorio de la homofobia en el D.F.* México D.F. Tesis de licenciatura no publicada. Facultad de Psicología, UNAM.
- Lozano Verduzco, I. (2009). El significado de homosexualidad en jóvenes de la Ciudad de México. *Revista de Enseñanza e Investigación en Psicología* . 14 (1). 153-168.
- Lozano, I., Delgado, G. (2010). Significado Psicológico de la Violencia Familiar en el Distrito Federal en el Marco de los Derechos Humanos. En Comisión Nacional de Derechos Humanos. “*Masculinidad*”, *Género y Derechos Humanos*. Primera Visitaduría General CNDH. México.
- Lozano Verduzco, I., Díaz-Loving, R. (2010). Medición de la Identidad Sexual en México. *Revista Puertorriqueña de Psicología*. Vol. 21. 133-154.
- Lozano, I., Fernández, M., Vargas, M. (2010). *La caracterización de las redes de amistad de varones jóvenes: su impacto en la violencia*. México. GENDES-INDESOL.
- Lozano Verduzco, I., Jiménez Solórzano, A. (2010). La homoparentalidad desde gays y lesbianas. *Revista Digital Universitaria*. 11 (1).
- Lozano, I., Díaz-Loving, R. (2011). Medición de la homofobia en México: Desarrollo y Validación. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación Psicológica*. 30 (2). 105-124.
- Lozano, I., Rocha, T.E. (2011). La homofobia y su relación con la “masculinidad” hegemónica en México. *Revista Puertorriqueña de Psicología*. 22.
- Mamo, L. (2010). *Queering Reproduction: Achieving pregnancy in the AGE of Technoscience*. Duke University Press
- Margolis, J. (2004). *O: historia íntima del orgasmo*. México. Emece
- Martín Rojo, L. (2003). El análisis crítico del discurso. Fronteras y exclusión social en los discursos racistas. En Ibáñez Rueda, L. (ed.) *Análisis del discurso: manual para las ciencias sociales*. Barcelona. Editorial UOC. 157-191.

- Marquet, A. (2006). *El Crepúsculo de Heterolandia, Mester de Jotería, Ensayos sobre cultura de las exuberantes tierras de la Nación Queer*. México. UAM.
- Marquet, A. (2010). *El Coloquio de las Perras*. México. UAM.
- McCann, P.D., Plummer, D., Minichiello, V. (2010). Being the butt of the joke: Homophobic humour, male identity, and its connection to emotional and physical violence for men. *Health Sociology Review*. 19 (4).
- Mead, M. (1990). *Adolescencia y cultura en Samoa*. Madrid: Paidós Ibérica
- Meccia, E. (2011). *La cuestión gay; un enfoque sociológico*. Buenos Aires. Gran Aldea Editores.
- Méndez, L. (2002). Cuerpo e identidad, modelos sexuales, modelos estéticos, modelos identitarios. En Blanco, C., Miñambres, A., Miranda, T. (coords.). *Pensando el cuerpo, pensando desde el cuerpo*. (pp. 123.138). Universidad de Castilla-La Mancha.
- Meyer, I.H. (1995). Minority Stress and Mental Health in Gay Men. *Journal of Health and Social Behavior*. 36. 38-56.
- Meyer, I.H. (2003). Prejudice, Social Stress, and Mental Health in Lesbian, Gay, and Bisexual Populations: Conceptual Issues and Research Evidence. *Psychological Bulletin*.129 (5).674-697.
- Meyer, I.H., Oullette, S.C., Haile, R., McFarlane, T.A. (2011). “We’d be Free”: Narratives of Life Without Homophobia, Racism, or Sexism. *Sexuality Research and Social Policy*. 8. 204-213.
- Migliaccio, T. (2009). Men’s Friendships, performances of masculinity. *The Journal of Men Studies*.17 (3). 226-241
- Millet, K. (1969/1995). *Política sexual*. Madrid. Cátedra
- Mogrovejo, N. (2008). Diversidad sexual, un concepto problemático. *Revista trabajo social*. No. 18. 62.72
- Monsiváiz, C. (1998). El mundo soslayado (Donde se mezclan la confesión y la proclama). En *La estatua de sal Novo*, S. 11-41. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: México.
- Monsiváiz, C. (2009). *Apocalipstick*. México. Debate.
- Moors, A. (2009). Theories of emotion and causation: a review. *Cognition and emotion*. 23 (4). 625-662.
- Moreno Esparza, H. (2010). La construcción cultural de la homosexualidad. *Revista Digital Universitaria*. Vol.11 (8).
- Nardi, P. (1999). *Gay men’s friendships: invisible communities*. Chicago. The University of Chicago Press.
- Núñez Noriega, G. (2000). *Sexo entre varones: poder y resistencia en el campo sexual*. México: Porrúa y PUEG.
- Núñez Noriega, G. (2005). *Diversidad sexual y afectiva, un nuevo concepto para una nueva democracia*. México. MIMEO.
- Núñez, G. (2007). ¿Quiénes son los HSH? Identidades sexuales, clases sociales y estrategias de lucha contra el SIDA. En: “masculinidad” e intimidad: identidad, sexualidad y sida. México: PUEG-Miguel Ángel Porrúa-El Colegio de Sonora.
- Núñez, G. (2010). *Vida vulnerables: hombres indígenas, diversidad sexual y VIH-SIDA*. México. Edamex/CIAD.

- Organización Mundial de la Salud (2009). *Salud mental: un estado de bienestar*. Consultado en línea http://www.who.int/features/factfiles/mental_health/es/ el 11 de agosto del 2011.
- Ortiz-Hernandez, L. (2005). Influencia de la opresión internalizada sobre la salud mental de bisexuales, lesbianas y homosexuales de la ciudad de México. *Salud Mental*, Vol. 28(4). 49-65.
- Ortiz Hernández, L., García Torres, M.I. (2005). Opresión Internalizada y Prácticas Sexuales de Riesgo en Varones Homo- y Bi-Sexuales de México. *Revista de Saúde Pública*. 39 (6). 956-65
- Otis, M.D., Rostosky, S.S., Riggle, E.D.B. y Hamrin, R. (2006): Stress and relationship quality in same-sex couples. *Journal of Social and Personal Relationships*. 81-99. 23 (1)
- Pachankis, J.E., (2007). The Psychological Implications of Concealing a Stigma: A Cognitive-Affective-Behavioral Model. *Psychological Bulletin*. 133(2). 328-345.
- Pandey, R., Choubey, A.K. (2010). Emotion and Health: an Overview. *Journal of Projective Psychology and Mental Health*. 17. 132-152
- Páramo, P. (2008). La construcción psicosocial de la identidad y el self. *Revista Latinoamericana de Psicología*. Vol. 40 (3). 539-550.
- Parrini, R. (2007). *Panopticos y labernitos: subjetivación, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres*. México. Colegio de México.
- Parrini, R. (2011a). Los estudios gay en México. En Parrini, R. y Brito, A. (coords.) *Apertura al seminario: Los estudios gay en México*. Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM.
- Parrini, R. (2011b). *Políticas híbridas: Mímesis, justicia y abyección en los colectivos minoritarios*. Document available online http://www.pueg.unam.mx/diversidad/images/stories/pdf/M_V/parrini-politicas_hbridas.pdf
- Parrini, R., Brito, A. (2012). *Crímenes de odio por homofobia: un concepto en construcción*. INDESOL, CDHDF, Letra S.
- Pecheny, M., de la Dehesa, R. (2010). Sexualidades y políticas en América Latina: el matrimonio igualitario en contexto. En *Matrimonio Igualitario en la Argentina: Perspectivas sociales, políticas y jurídicas*. Buenos Aires. Eudeba.
- Pellegrini, A. (1992). S(h)ifting the Terms of Hetero/Sexism; Gender, Power, Homophobia. En Blumenfeld, W. (ed.) *Homophobia, how we all pay the price*. Boston. Beacon Press. 39-56.
- Pérez Ransanz, A.R. (s.f.) *La dimensión afectiva de la racionalidad*. Consultado en línea el 22 de octubre de 2012. <http://www.google.com.mx/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0CCEQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.artemasciencia.unam.mx%2Ftextos%2Ffanarosapr.pdf&ei=eOKFUKrADKe42QXkn4DIAQ&usg=AFQjCNGb5uwMeIJclGjxe1reDRqB-eFNng&sig2=akQBv3ZNWS2OiGy7KmF7QQ>
- Perrot, M. (2008). *Mi historia de las mujeres*. México. Fondo de Cultura Económica.

- Placencia, N. (2010). Am I who I say I am? Social Identities and Identification. *Social Theory and Practice*. Vol.36 (4).
- Plante, R.F. (2007). In search of Sexual Subjectivities, exploring the Sociological Construction of Sexual Selves. En Kimmel, M. (ed.). *The sexual self, the Construction of Sexual Scripts*. Nashville. Vanderbilt University Press. Pp 31-48.
- Plummer, K. (2003). Queers, bodies and postmodern Sexualities: A Note on Revisiting the “Sexual” in Symbolic Interactionism. *Qualitative Sociology*. Vol. 26 (4). 515-530.
- Pozos Gutiérrez, J.L. (2012). *Etnopsicología de la felicidad en la pareja*. Tesis de doctorado no publicada. México. UNAM.
- Preciado, B. (2002). *Manifiesto contrasexual (prácticas subversivas de identidad sexual)*. Madrid. Ópera Prima.
- Preciado, B. (2009). *Sostenibilidad e identidades sexuales*. Conferencia Magistral llevada a cabo en el Festival SOS 4.8. 2 de mayo, 2009. Murcia, España. Video retomado de <http://www.youtube.com/watch?v=KTKr00L7eiM&feature=related> el 25 de marzo del 2011.
- Preciado, B. (2012). “*Queer*”: *historia de una palabra*. Parole de Queer. Consultado el 13 de septiembre de 2012 en <http://paroledequeer.blogspot.com.es/2012/04/queer-historia-de-una-palabra-por.html>
- Prieur, A. (2008). *La casa de la Mema, travestis, locas y machos*. México. PUEG-UNAM.
- Pujal i Llombart, M. (2004). La identidad (el self). En Ibáñez, T. (coord.). *Introducción a la Psicología Social*. 93-137. Barcelona. Editorial UOC.
- Ramírez. R.L., García-Toro, V. I., Solano, L. (2005). Dando y cogiendo, los puertorriqueños y el deseo homoerótico. *Centro Journal*. 17 (1).
- Ramírez, F.A. (2000). *Violencia masculina en el hogar*. México. Editorial Pax
- Rangel, P. (2009). La vigencia del concepto de poder de Michelle Foucault. *Compendium*. 23.
- Rapley, T. (2007). *Doing Conversation, Discourse and Document Analysis*. London. SAGE Publications.
- Rattansi, A., Phoenix, A. (2004). Rethinking youth identities: modernist and postmodernist frameworks. *Identity: International Journal of Theory and Research*. 5 (2). 97-123.
- Razú, D. (2011). Matrimonios entre personas del mismo sexo: aspectos jurídicos. En Medina, A. *1er foro “El derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo: Conmemoración del 1er año de entrada en vigor de la reforma al artículo 146 del Código Civil para el Distrito Federal”*. 13 de marzo del 2011. México DF. Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal.
- Ríos, M. (2010). Metodología de las ciencias sociales y perspectiva de género. En N. Blazquez, F, Flores, M. Ríos (coords.) *Investigación feminista, epistemología, metodología y representaciones sociales*. México. UNAM-CEIICH-CRIM-FACULTAD DE PSICOLOGÍA.

- Rivas, M. (2002). La entrevista a profundidad: un abordaje en el campo de la sexualidad. En Szasz, I., Lerner, S. (coomps.). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México. El Colegio de México. 199-223.
- Ross, M. and Rosser, B. (1996) Measurement and correlates of internalised homophobia: a factor analytic study. *Journal of Clinical Psychology*, 52, 15–21
- Rosser, B.R.S., Bockting, W.O., Ross, M.W., Miner, M.H., Coleman, E. (2008). The Relationship Between Homosexuality, Internalized Homo-Negativity, and Mental Health in Men Who Have Sex with Men. *Journal of Homosexuality*.55 (2).185-203.
- Rotheram-Borus, M.J., Fernandez, M.I. (1995).Sexual orientation and developmental challenges experienced by gay and lesbian youths. *Suicide and Life Threatening Behavior*. Vol. 25. 25-39.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: nota sobre la “economía política” del sexo. *Revista Nueva Antropología*. 30 (VIII). 95-145.
- Rubin, G. (1992). Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality. In Vance, C.S. (ed.) *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*. London: [Pandora](#). 267-293.
- Sakalli, N. (2002): Application of the attribution--value model of prejudice to homosexuality. *Journal of Social Psychology*. 142(2). 264-271.
- Salinas Hernández, H.M. (2010). *Políticas de Disidencia Sexual en América Latina: Sujetos sociales, gobierno y mercado en México, Bogotá y Buenos Aires*. México. Ediciones Eón.
- Sandfort, T.G.M., Melendez, R.M., & Díaz, R.M. (2007). Gender nonconformity, homophobia and mental distress in Latino gay and bisexual men.*Journal of Sex Research*, 44(2):181-9.
- Savin-Williams, R.C. (1998).Lesbian, Gay, and Bisexual Youths’ Relationships with Their Parents. En Patterson, C.J. y D’Augelli, A.R. (eds.)*Lesbian, gay and bisexual identities in families*.75-98.New York.Oxford University Press.
- Savin-Williams, R. C. (2005). *The new gay teenager*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Saxena, P., Dubey, A., Pandey, R. (2011). Role of Emotion Regulation Difficulties in Predicting Mental Health and Well-being. *Journal of Projective Psychology and Mental Health*. 18. 147-155
- Schaffer, R.H. (2000). *Desarrollo Social*. México. Siglo XXI.
- Schwartz, P. (2007). The social construction of heterosexuality.En Kimmel, M. (ed.)*The sexual self, the construction of sexual scripts*.Nashville. Vanderbilt University Press.
- Scott, J.W. (1991). The evidence of experience. *Critical Inquiry*. 17 (4). 773-797.
- Span, S.A., Derby, P.L. (2009). Depressive Symptoms Moderate the Relation Between Internalized Homophobia and Drinking Habits. *Journal of Gay & Lesbian Social Services*.21 (1).1-12.
- Stall, R., Paul, J.P., Greenwood, G., Pollack, L.M., Bein, E., Crosby, G.M., Mills, T.C., Binson, D., Coates, T.J., Catania, J.A. (2001). Alcohol use, drug

- use, and alcohol-related problems among men who have sex with men: the Urban Men's Health Study. *Addiction*. 96. 1589-1601.
- Stecher, A. (2010). El análisis crítico del discurso como herramienta de investigación psicosocial del mundo del trabajo. Discusiones desde América Latina. *Universitas Psychologica*. 9 (1). 93-107
- Steffens, M. C. (2004): Attitudes Toward Lesbians, Gay Men, Bisexual Women, and Bisexual Men in Germany. *Journal of Sex Research*. 137-149. 41 (2).
- Strauss, A., Corbin, J. (1994). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia
- Suyemoto, K.L. (2002). Constructing Identities: A feminist, culturally contextualized alternative to "personality". En Ballou, M. y Brown, L.S. (eds.) *Rethinking Mental Health and Disorder*. New York. The Guildford Press.
- Tarrés Barraza, M. L. (2007.) Las identidades de género como proceso social: rupturas, campos de acción y construcción de sujetos. En *Los significados del trabajo "femenino" en el mundo global*, México, Anthropos-UAM-I.
- Taylor, B. (1999). `Coming out` as a life transition: homosexual identity formation and its implications for health care practice. *Journal of Advanced Nursing*. 30 (2). 520-525.
- Tena Guerrero, O. (2007). Problemas afectivos relacionados con la pérdida, disminución y riesgo de pérdida del empleo en varones En Jiménez Guzmán, M.L. y Tena Guerrero, O. (ed). *Reflexiones sobre "masculinidad" y empleo*. México. CRIM-UNAM. 357-375
- Tharinger, D.J. (2008): Maintaining the hegemonic masculinity through selective attachment, homophobia, and gay-baiting in schools: challenges to intervention. *School Psychology Review*. 37 (2). 221-227.
- Tolman, D.L., Szalacha, L.A., (1999). Dimensions of desire. Bridging Qualitative and Quantitative Methods in a Study of Female Adolescent Sexuality. *Psychology of Women Quarterly*. 23. 7-39.
- Tolman, D.L., Diamond, L.M. (2001). Desegregating sexuality research: Cultural and biological perspectives on gender and desire. *Annual Review of Sex Research*. 12. 33-74
- Toro-Alfonso, J., Rodríguez Madera, S. (2005). Al Márgen del género: la violencia doméstica en parejas del mismo sexo. Ediciones Huracán.
- Toro-Alfonso, J. y Varas-Díaz, N. (2004): Los otros: prejuicio y distancia social hacia hombres gay y lesbianas en una muestra de estudiantes de nivel universitario. *International Journal of Clinical and Health Psychology*. 537-551. 4 (3)
- Toro-Alfonso, J. (2005): El estudio de las homosexualidades: Revisión, retos éticos y metodológicos. *Revista de Ciencias Sociales*. 78-97. 14
- Toro-Alfonso, J. (2009). *"masculinidad" es subordinadas: investigaciones hacia la transformación del género*. Puerto Rico. Publicaciones Puertorriqueñas.
- Unger, R.K. (2000). Outsiders Inside: Positive Marginality and Social Change. *Journal of Social Issues*. 56 (1). 163-179
- Uribe, R.; Arce, A. (2005): Subiendo Escalones: Reflexiones a partir del trabajo grupal con adolescentes gay. *Subjetividad y Género. Revista de Psicología de la UAM-X*. 137-149. VII

- Van Dijk, T. (2002). Critical Discourse Studies: a Sociocognitive Approach. En Wodak, R., Meyer, M. (eds.). *Methods of Critical Discourse Analysis*. London. Sage. 95-120.
- Van Dijk, T. (2011). *Sociedad y Discurso*. Barcelona. Gedisa.
- Varas-Díaz, N., Neilands, T.B., Guilamo-Ramos, V., Cintrón Bou, F.N. (2008). Desarrollo de la Escala sobre el Estigma Relacionado con el VIH/SIDA para profesionales de la Salud mediante el uso de métodos mixtos. *Revista Puertorriqueña de Psicología*. 19.
- Veenstra, G. (2011). Race, gender, class, and sexual orientation: intersecting axes of inequality and self reported health in Canada. *International Journal of Equity in Health*. 10 (3).1-11.
- Wassman, C. (2010). Reflections on the “body-loop”: Carl George Lange theory of emotion. *Cognition and Emotion*. 24 (6). 974.990.
- Weeks, J.(1998). La construcción de las identidades genéricas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.), *Sexualidades en México*. México: El Colegio de México. (pp. 199-222)
- Wengraf, T. (2001). *Qualitative Research Interviewing*. Londrés. SAGE.
- West, C., Zimmerman, D.H. (1987). Doing Gender. *Gender & Society*. 1(2). 125-151.
- Westerhof, G.J., Keyes, C.L.M. (2010). Mental Illness and Mental Health: The Two Continua Model Across the Lifespan. *Journal of Adult Development*. 17. 110-119.
- White, M., Epston D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Barcelona. Paidós.
- Whittier, D.K., Melendez, R. (2007). Sexual scripting and self-process: intersubjectivity among gay men. En Kimmel, M. (ed.). *The sexual self, the construction of sexual scripts*. 191-208. Nashville. Vanderbilt Press.
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona. Egales.
- Worthington, E.L., Nook, J.N., Davis, D.E., McDaniel, M.A. (2011). Religion and Spirituality. *Journal of Clinical Psychology*. 67(2). 204-214
- Yianopolous, M. (2012, Noviembre 12). Did Grindr Accidentally Kill Gay Culture? *The Kernel*. Tomado de <http://www.kernelmag.com/yiannopoulos/3256/did-grindr-accidentally-kill-gay-culture/>
- Zubiaur, I. (2007). *Pioneros de los homosexual*, K.H. Ulrichs, K.M., Kertbeny, M. Hirschfeld. Madrid. Anthropos.

15. ANEXOS

Guión de entrevista

Inicio de la entrevista:

Buenas/os días/tardes/noches. Me gustaría poder hacerte una serie de preguntas acerca de cómo te has llegado a identificar como gay. Esta entrevista forma parte de mi proyecto de doctorado (en Psicología, por la UNAM). Puede tomar varias horas y la idea es que puedas ser lo más descriptivo en cada pregunta, brindando la información de la manera más rica posible. Para ello, quiero pedirte permiso para grabarla.

Ficha sociodemográfica

*Edad:*_____ *Fecha de nacimiento:*_____/_____/_____ *Lugar de nacimiento:*_____

Nivel educativo: primaria () secundaria () Técnico () preparatoria ()
Licenciatura () posgrado ()

*Profesión:*_____ *Lugar* _____ *donde labora/estudia:*_____

Con quien vives: madre () padre () pareja () hermanos/as ()
Otro familiar () amigo/a ()

Estado civil: soltero () casado () divorciado ()

*Ingresos mensuales:*_____

*Si vives en pareja, ¿desde hace cuánto viven juntos?:*_____

1. Contexto y cotidianidad

Cuéntame un poco de ti, en dónde vives, con quién, en qué trabajas...

2. Orientación sexo-afectiva

Generalmente, en algún momento de nuestra adolescencia y juventud vamos descubriendo nuestra sexualidad... ¿cómo fue este proceso para ti?

¿Te consideras homosexual? ¿Por qué si? ¿Por qué no?

¿Qué te hace ser homosexual o tener esa orientación sexual?

¿Cuándo y cómo deseaste o te sentiste atraído por primera vez a un hombre?

¿Qué implicó para ti darte cuenta de esto? ¿Qué sentiste/sentías/sientes?

¿A qué edad sucedió?

¿Le platicaste a alguien?

¿A quién?

¿Cómo reaccionó/reaccionaron?

¿En qué situación lo platicaste?

¿Crees que platicarlo con esta gente te ayudó en algo?

¿Dejaste de hacer cosas por tu OSA? ¿Empezaste a hacer otras?

¿Te sentiste limitado por tu OSA? ¿En qué espacios? ¿Por qué?

3. Gaydad

¿Me puedes platicar cómo fue que te llegaste a definir como un hombre gay?

¿Qué significa para ti ser gay?

¿Crees que ser gay es diferente a ser homosexual? ¿En qué?

¿Tú te consideras gay? ¿Por qué?

¿Te consideras parte de la comunidad LGBT? ¿Por qué?

¿Qué haces o no haces para formar parte de ella?

4. Cuerpo

Cuando vamos creciendo, nos vamos dando cuenta de que tenemos un sexo o que pertenecemos a un sexo ¿tu cómo te diste cuenta que tú eres hombre?

Para ti ¿qué significa ser hombre?

¿Crees que tu orientación sexual afectó tu definición de ser hombre?

¿Haces algún tipo de ejercicio? ¿Cuál y con qué frecuencia? ¿Por qué es importante para ti hacer este ejercicio? ¿Cómo crees que afecta tu cuerpo?

¿Tomas algún complemento/proteína que afecta tu cuerpo? ¿Por qué?

¿Qué tan importante es para ti la apariencia? ¿Por qué?

¿En qué te concentras/esfuerzas/qué haces para dar una apariencia de tu agrado?

¿Tienes tatuajes o piercings? ¿Por qué te los hiciste? ¿Qué significan?

¿Usas cremas, geles, maquillaje, depilación, o algún producto de belleza? ¿Por qué?

¿Cuánto dinero te gastas en ello al mes? ¿Cuánto porcentaje representa en términos de tu ingreso mensual?

¿Te has sometido a alguna cirugía o procedimiento permanente estético?

¿Por qué decidiste hacerlo?

5. “Masculinidad” y género

¿Qué entiendes por “masculinidad”?

¿Tú te consideras masculino?

¿Tu homosexualidad te hizo cuestionar tu “masculinidad”? ¿Qué cuestionaste?

¿Qué entiendes por “feminidad”?

¿Tú te consideras “femenino”? ¿Por qué?

¿Qué te hace a ti ser “masculino” o “femenino”?

6. Relaciones familiares

Cuéntame un poco sobre tu familia...

¿Cómo es tu relación con ellos/as?

¿Siempre ha sido así?

¿Cómo manejas tu orientación sexual con ellos/as? ¿Con tu familia extendida?

¿Crees que la relación con tus familiares cambiaron en algo cuando supieron de tu homosexualidad? ¿En qué? ¿Por qué crees que cambió?

¿Cómo te han afectado estos cambios?

7. Relaciones amicales

¿Qué tal es tu vida social?

¿Qué lugares te gusta frecuentar? ¿Desde cuándo? ¿Con quiénes?

¿Crees que tu relación con tus amigos cambió en algo cuando supieron de tu homosexualidad? ¿Cómo?

¿Cómo fue tu primer contacto con personas homosexuales? ¿Con personas gay?

¿Tu vida cambió en algún sentido cuando te empezaste a relacionar con otros hombres homosexuales? ¿En qué? ¿Tus emociones, pensamientos, actividades...?

8. Relaciones de pareja

¿Me puedes contar sobre tu vida romántica...?

¿Tú ahorita tienes pareja? ¿Cómo se conocieron? ¿Cuánto tiempo llevan juntos? ¿Por qué crees que no tienes pareja?

¿Me puedes platicar de cómo fue tu primera relación con otro hombre?

¿Qué esperabas de esa relación?

¿Cómo se conocieron? ¿Crees que el medio por donde se conocieron afectó el tipo de relación que tuvieron?

¿Cómo fue tu primer contacto sexual con otro hombre?

¿Qué sentiste, pensaste, hiciste?

¿Cómo crees que influyó en ti este contacto?

Los contactos sexuales posteriores ¿cómo fueron?

¿Deseas tener una pareja?

¿De qué tipo?

¿Qué buscas/esperas en una pareja?

9. Relaciones laborales

¿Cómo es tu vida laboral?

¿En qué trabajas actualmente?
¿Siempre has trabajado en esto?
¿Cómo te llevas con tus compañerxs de trabajo? ¿Con tus superiores?
¿Has forjado amistades en tu lugar de trabajo?
Cuéntame más sobre estas amistades...

10. Percepción de salud

¿Me puedes platicar sobre cómo te fuiste sintiendo al descubrir tu sexualidad?
¿Qué te hizo sentir y pensar el darte cuenta de tu atracción hacia otros hombres?
¿Crees que fue un momento de crisis para ti?
¿Alguna vez buscaste atención psicológica y/o psiquiátrica? ¿Por qué?
¿Qué resultados obtuviste?
¿Alguna vez fuiste con algún curandero, padre, cura o guía espiritual?
¿Por qué?
¿Qué resultados obtuviste?
¿Alguna vez buscaste atención médica? ¿Por qué?
¿Qué resultados obtuviste?
¿Cómo calificas tu estado de salud? ¿Puedes describirlo?
¿Has escuchado hablar de prácticas sexuales de riesgo?
¿Las conoces? ¿Cuáles?
¿Alguna vez has practicado alguna de ellas? ¿Cómo sucedió?
¿Cómo fue/ron la/s situación/es en donde las practicaste?
¿Consumes alguna droga?
¿Cómo describes la experiencia de consumirla? ¿Por qué la consumes?

Carta de consentimiento informado

¡Hola! Me gustaría poder hacerte una serie de preguntas acerca de cómo te has llegado a identificar como gay. Esta entrevista forma parte de mi proyecto de doctorado (en Psicología, por la UNAM). Puede tomar varias horas y la idea es que puedas ser lo más descriptivo en cada pregunta, brindando la información de la manera más rica posible. Para ello, quiero pedirte permiso para grabarla.

También es importante que sepas que no es necesario que des tu nombre, puedes dar un seudónimo, el cual yo usaré para dirigirme a ti durante la entrevista y el cuál usaré para referirme a ti cuando presente los resultados. Se trata de un estudio anónimo, nadie sabrá tu nombre. La información que proporciones será confidencial, es decir, únicamente yo y las personas que me asesoran en el proyecto conocerán todo lo que estás diciendo.

Los fines de esta entrevista son de investigación, es importante que sepas que no se trata de un proceso terapéutico, o de rehabilitación. Aunque si lo deseas, se te puede informar sobre centros de salud o terapeutas. Por ello, queremos que conozcas los riesgos de participar en el estudio. Puede ser que surjan temas que remuevan recuerdos dolorosos, o tristes de tu pasado, o que en momentos sientas algún grado de ansiedad o incomodidad, si esto ocurriera, debes saber que puedes abandonar o suspender la entrevista en el momento que lo desees. Sin embargo, tu participación es de suma importancia para poder expresar las vivencias de hombres que se identifican como gay y entender de qué forma viven su vida, lo cual se manifestará en un beneficio para esa población

Si deseas continuar en contacto con los investigadores o hablar con ellos por alguna razón, te proporciono los datos.

Investigador principal: Ignacio Lozano Verduzco 044 55 28 98 43 04
Lvignacio@gmail.com

Tutora: Dra. Tania Rocha tania_rocha_sanchez@yahoo.com.mx

Al firmar esta carta, autorizas al investigador a hacer uso de la información conforme se establece anteriormente y asumes los riesgos y beneficios que esto implica.

Nombre

Firma

Fecha